

La Dama del Sudario

Por

Bram Stoker

Freeditorial 

LIBRO I

EL TESTAMENTO DE ROGER MELTON

LECTURA DEL TESTAMENTO DE ROGER MELTON Y TODO LO QUE SIGUIÓ

Relación escrita por Ernest Roger Halbard Melton, estudiante de Derecho en Inner Temple, primogénito de Ernest Halbard Melton, primogénito de Ernest Melton, hermano mayor del arriba mencionado Roger Melton y pariente suyo más próximo.

Considero cuanto menos útil —y tal vez también necesario— guardar registro completo y exacto de todo lo relacionado con el testamento de mi tío abuelo Roger Melton, q.e.p.d.

A cuyo fin permítaseme enumerar a los distintos miembros de su familia y explicar algunas de sus ocupaciones e idiosincrasias. Mi padre, Ernest Halbard Melton, era hijo único de Ernest Melton, primogénito de sir Geoffrey Halbard Melton, de Humcroft, condado de Salop, en sus tiempos juez de paz y presidente de la audiencia territorial. Mi bisabuelo, sir Geoffrey, había heredado una pequeña propiedad de su padre, Roger Melton. Por cierto, en su época el nombre se deletreaba Milton, pero mi tatarabuelo cambió la i de la primera sílaba por una e, como quiera que era un hombre práctico muy poco dado al sentimentalismo, y para que la opinión pública no lo confundiera con otros miembros de la familia de cierto individuo radical llamado Milton, que escribió poesía y fue una especie de funcionario en tiempos de Cromwell, mientras que nosotros somos conservadores. El mismo espíritu práctico que originó el cambio de ortografía en el apellido lo empujó también a meterse en negocios. Así, siendo aún joven, se hizo curtidor. A tal fin utilizó los estanques y arroyos así como los bosques de acacias de su propiedad, sita en Torraby, Suffolk, Como le fueron bien los negocios, amasó una fortuna considerable, parte de la cual destinó a la compra de las tierras de Shropshire, que dejó en heredad con vínculo inalienable y de las que yo soy heredero por línea directa.

Además de mi abuelo, sir Geoffrey tuvo otros tres varones y una hembra, la cual nació veinte años después de su hermano más joven. Estos hijos eran: Geoffrey, que murió —sin dejar sucesión— en el Motín Indio de Meerut en 1857, en el que empuñó la espada, aunque no era militar, para defender su vida; Roger (a quien me referiré acto seguido), y John, el último, que, al igual que Geoffrey, murió sin haber llegado a contraer matrimonio. Así pues, de la familia de cinco hijos de sir Geoffrey, solo tres han de ser aquí considerados: mi abuelo, que tuvo tres hijos —dos de los cuales, un hijo y una hija, murieron jóvenes, quedando solo mi padre—, Roger y Patience. Esta última, nacida en

1858, casó con un irlandés de nombre Sellenger —que era la manera corriente de pronunciar el nombre de St. Leger o, como ellos lo escriben, Sent Leger—, restaurado por las generaciones posteriores con la ortografía primitiva. Tipo arrojado y temerario, fue capitán de lanceros, y no le faltó la cualidad del valor —fue distinguido con la Cruz de Victoria en la Batalla de Amoaful, en la Campaña de Ashantee—. Pero mucho me temo que careció de esa seriedad y perseverancia que, según mi padre, son los rasgos que caracterizan y adornan a nuestra familia. Dilapidó casi toda su hacienda, si bien esta no fue nunca demasiado grande, y, de no haber sido por la pequeña fortuna de mi tía abuela, en caso de que hubiera llegado a viejo habría vivido en una relativa pobreza. Relativa, y no absoluta, pues los Melton, que son personas de considerable orgullo, no habrían tolerado que la pobreza se cerniera sobre una rama de la familia. En cualquier caso, ninguno de nosotros tiene una opinión demasiado buena de esa rama.

Afortunadamente, mi tía abuela Patience solo tuvo un hijo, y el fallecimiento prematuro del capitán St. Leger (como prefiero escribir el apellido) no le permitió tener más. No volvió a casarse, aunque mi abuela trató varias veces de buscarle nuevo marido. Según me han contado, fue siempre una persona muy recta y muy altanera, reacia a rendirse a la sabiduría de sus superiores. Su único hijo heredó al parecer el carácter de la familia de su padre más bien que el de la mía. Gandul y casquivano, con frecuencia anduvo metido en líos en la escuela, intentando siempre cosas ridículas. En su calidad de jefe de la familia, y dieciocho años mayor que él, mi padre trató a menudo de amonestarlo, pero su afición a las cosas perversas y truculentas era tal que acabó desistiendo. Incluso he oído decir a mi padre que alguna vez llegó a amenazarlo con quitarle la vida. Tenía un carácter pésimo y no sabía lo que era el respeto y la reverencia. Nadie, ni siquiera mi padre, ejercía influjo alguno sobre él —hablo de influjo bueno, por supuesto—, salvo su madre, que era de mi familia; bueno, y también otra mujer que vivía con ella, una especie de gobernanta: la tía, como la llamaba él. He aquí cómo estaban las cosas: El capitán St. Leger tenía un hermano pequeño, que realizó un casamiento ruinoso con una muchacha escocesa siendo ambos muy jóvenes. No tenían nada de qué vivir, salvo lo que el temerario lancero les daba —y este no tenía prácticamente nada—, y ella estaba «in albis» (esta es, creo saber, la manera poco cortés como los escoceses llaman a la carencia de dote). Sin embargo, según he oído, ella era de una vieja y en parte buena familia venida a menos —por usar una expresión que, sin embargo, no debería utilizarse precisamente con relación a una familia o persona que nunca tuvo el dinero suficiente como para luego poder tener mucho menos—. Menos mal que los MacKelpie —tal era el nombre de soltera de Mrs. St. Leger— eran famosos, al menos por lo que al aspecto bélico se refería. Habría sido demasiado humillante para nuestra familia haber entroncado, aunque fuera por el lado materno, con otra familia

sin posibles y sin campanillas. El simple pelear no ennoblece a una familia, en mi opinión. Los soldados no son todo, por mucho que se lo crean. En nuestra familia hemos tenido hombres que pelearon, pero yo nunca he oído hablar de nadie que peleara porque quería hacerlo. Mrs. St. Leger tenía una hermana; por suerte, solo hubo estos dos retoños en la familia, pues, de lo contrario, todos habrían tenido que ser mantenidos con el dinero de mi familia.

Mr. St. Leger, que era un simple subalterno, perdió la vida en Maiwand; y su mujer se quedó sin un penique. Sin embargo, esta murió —la hermana divulgó el bulo de que fue a consecuencia del duro golpe y el desconsuelo subsiguiente— afortunadamente antes de que naciera el hijo que esperaba. Todo esto sucedió cuando mi primo —o, más bien, el primo de mi padre y tío segundo mío, para ser más precisos— era todavía un pequeñajo. Su madre mandó luego buscar a Miss MacKelpie, la cuñada de su cuñado, para que viniera a vivir con ella, cosa que esta hizo —los pobres no pueden elegir—, y le ayudó en la educación del joven St. Leger.

Recuerdo que en cierta ocasión mi padre me dio un soberano por una observación ingeniosa que hice sobre ella. Yo era un niño a la sazón; no debía tener más de trece años de edad. Pero los miembros de nuestra familia han sido siempre inteligentes desde muy jóvenes, y mi padre me contaba muchas cosas sobre la familia St. Leger. Por supuesto, mi familia no había visto a nadie de esta rama desde la muerte del capitán St. Leger —el círculo al que pertenecemos no se preocupa de los parientes pobres—, y mi padre me estaba explicando lo que pintaba en ella Mrs. MacKelpie. Debió de ser una especie de niñera, pues Mrs. St. Leger le dijo en cierta ocasión que le había sido de grandísima ayuda para criar a su hijo.

—¡Entonces, padre —dije—, si ella ayuda a criar niños pequeños debería llamarse más bien Miss MacSkelpie!

Cuando Rupert, mi tío segundo, tenía doce años, murió su madre, a la que estuvo llorando más de un año. Pero Miss MacSkelpie siguió viviendo con él en la casa. ¡Cómo se iba a largar! ¡Cómo se iba a volver a su chamizo si podía vivir en una casa mejor pegando la gorra! Al ser mi padre el jefe de la familia, era, por supuesto, uno de los fideicomisarios del joven, al igual que su tío Roger, hermano del testador. El tercero era el general MacKelpie, un terrateniente escocés empobrecido que tenía grandes extensiones de terreno sin valor en Croom, en el condado de Ross. Recuerdo que mi padre me dio un billete nuevo de diez libras esterlinas cuando lo interrumpí, mientras me estaba contando lo de la falta de previsión del joven St. Leger, para puntualizarle que estaba confundido en cuanto a las tierras. Por lo que oí sobre las tierras de MacKelpie, estas solo producían una cosa; al preguntarme mi padre de qué cosa se trataba, le contesté: «¡Hipotecas!». Yo sabía que mi padre había comprado, no hacía mucho tiempo, un montón de ellas a un precio que un

compañero mío de Facultad, que era de Chicago, solía llamar «de risa». Al reconvenir a mi padre por habersele ocurrido comprarlas, deteriorando con ello la herencia familiar que en su día pasaría a mí, me dio esta astuta contestación, que no he olvidado desde entonces:

—Lo hice para mantener mejor controlado al osado general, en caso de que alguna vez planteara algún problema. Y, en caso de que ocurriera lo peor, Croom siempre es un buen terreno para los urogallos y los ciervos. —Poca gente le gana a mi padre en previsión.

Cuando mi primo Rupert St. Leger —lo llamaré primo en lo sucesivo en la presente relación para evitar que alguna persona malintencionada que la pueda leer en el futuro piense que quería mofarme de su posición un poco oscura al insistir en la lejanía de su parentesco respecto de mi familia— quiso cometer cierto acto sandio en el plano financiero, vino a ver a mi padre, presentándose en nuestra propiedad de Humcroft en un momento inoportuno, sin previa autorización y sin ni siquiera haber tenido la cortesía de avisar diciendo que venía a vernos. Yo no era entonces más que un crío de seis años de edad, pero no pude por menos de reparar en su aspecto desastrado. Venía manchado de polvo y desgredado. Al verlo mi padre —entré en el estudio con él—, exclamó horrorizado:

—¡Qué horror! —Y más se horrorizó aún cuando el muchacho reconoció bruscamente, en respuesta al saludo de mi padre, que había viajado en tercera clase. Por supuesto, todos mis familiares han viajado siempre en primera clase; y nuestra servidumbre viaja incluso en segunda. Mi padre se enfadó muchísimo cuando confesó haber llegado andando desde la estación.

—¡Bonito espectáculo para mis arrendatarios y comerciantes! ¡Ver a mi..., a un pariente mío, por lejano que este sea, arrastrando los pies, como un pordiosero, por el camino que conduce a mi propiedad! ¡Camino que, por cierto, mide dos millas y cinco yardas y media! No cabe duda de que eres un joven sucio e insolente. —La verdad es que Rupert (no puedo llamarlo primo aquí) se había pasado de insolente con mi padre.

—He venido andando, señor, porque no tenía dinero; pero le aseguro que no he pretendido ser insolente. He venido simplemente aquí porque quería pedirle consejo y ayuda, no porque sea usted persona importante y tenga un camino de entrada a su casa muy largo —como he podido comprobar demasiado bien—, sino simplemente porque usted es uno de mis fideicomisarios.

—¿Yo fideicomisario tuyo, amiguito? —exclamó mi padre, interrumpiéndolo—. ¿Yo fideicomisario tuyo?

—Disculpe, señor —dijo sin inmutarse—. Quería decir fideicomisario del

testamento de mi querida madre.

—¿Y qué tipo de consejo, si puede saberse —repuso mi padre—, busca usted de uno de los fideicomisarios del testamento de su querida madre? —Rupert se puso colorado, e iba a decir algo improcedente —lo adiviné por su mirada—; pero luego se contuvo y dijo con el mismo tono ecuánime:

—Quiero su consejo, señor, sobre cuál sería la mejor manera de hacer algo que me gustaría hacer y que, como quiera que soy menor de edad, no puedo hacer por mí mismo, sino que tiene que hacerse a través de los fideicomisarios del testamento de la madre.

—¿Y qué tipo de ayuda desea? —preguntó mi padre, llevándose la mano al bolsillo. Yo sé qué tipo de acción significa esto cuando estoy hablando con él.

—La ayuda que deseo —dijo Rupert, poniéndose más colorado que nunca — es la ayuda propia de... de un fideicomisario. Es para llevar a cabo lo que quiero hacer.

—¿Y de qué se trata exactamente? —preguntó mi padre.

—Me gustaría, señor, hacer cesión de mi herencia a favor de mi tía Janet... —Mi padre le interrumpió con la siguiente pregunta (obviamente, había recordado mi burla):

—¿A favor de Miss MacSkelpie? —Rupert se puso aún más colorado, y yo miré a otra parte: no quería que me viera reír. Él prosiguió sosegadamente:

—¡MacKelpie, señor! Mis Janet MacKelpie, mi tía, que siempre ha sido muy buena conmigo, y a quien amaba tanto mi madre... Quiero hacer cesión a su favor del dinero que me dejó mi querida madre. —Mi padre ciertamente quería que el asunto tomara unos derroteros menos serios, pues los ojos de Rupert estaban relucientes de lágrimas, aún no vertidas; así, tras una pequeña pausa, dijo con una indignación que yo sabía simulada:

—¿Tan pronto te has olvidado de tu madre, Rupert, que ya quieres desprenderte del postrer regalo que te hizo? —Rupert estaba sentado, pero se puso de pie como un resorte y se enfrentó a mi padre con el puño cerrado. Ahora estaba completamente pálido, y sus ojos parecían tan fieros que pensé que le iba a golpear. Habló con una voz tan vigorosa y profunda que no parecía la suya:

—¡Señor! —aulló. Supongo, si fuera escritor (lo que, gracias a Dios, no soy, pues no tengo necesidad de dedicarme a trabajos de medio pelo), que escribiría «atronó». «Atronó» tiene una letra más que «aulló», y, por supuesto, ayudaría a ganar el penique que el escritor obtiene por una línea. Mi padre se quedó también pálido, y permaneció completamente inmóvil. Rupert lo miró fijamente durante medio minuto, un tiempo que me pareció más largo

entonces, y de repente sonrió mientras se volvía a sentar.

—Disculpe —agregó—. Claro, usted no entiende de estas cosas. —Y siguió hablando, antes de que mi padre tuviera tiempo para reaccionar—: Pero volvamos a los negocios. Como usted no parece seguirme, permítame que le explique que es precisamente porque no olvido por lo que quiero hacer eso. Recuerdo el deseo de mi querida madre de hacer feliz a tía Janet, y quisiera imitarla en esto.

—¿Tía Janet? —exclamó mi padre, soltando una risita más que fundamentada ante su ignorancia—. No es tía tuya. Y, para que lo sepas, su propia hermana, que se casó con tu tío, fue solo tía tuya por cortesía. —No pude por menos de notar que Rupert quería ser desagradable con mi padre, aunque sus palabras fueron perfectamente educadas. Si yo le hubiera llevado los años que él me llevaba, me habría abalanzado sobre él; pero era un tipo bastante grande para su edad. Yo, sin embargo, soy más bien delgado. Mi padre dice que la delgadez es un «apanage de buena cuna».

—Mi tía Janet, señor, es tía mía por amor. La cortesía es una palabrita que se queda muy corta comparada con la devoción que ella ha mostrado con nosotros. Pero yo no quiero molestarlo con tales cosas, señor. Supongo que las relaciones de parentesco por el otro lado de mi familia no le conciernen particularmente. ¡Yo soy un Sent Leger! —Mi padre pareció cogido por sorpresa. Permaneció un rato sentando antes de hablar.

—Bien, Mr. St. Leger, reflexionaré sobre este asunto unos momentos y le daré a conocer dentro de un rato mi decisión. Entre tanto, ¿no quiere comer algo? Supongo que ha debido levantarse muy temprano. ¿No ha tomado nada para desayunar? —Rupert sonrió con bastante cordialidad:

—Eso es cierto, señor. No he probado bocado desde la cena de anoche, y estoy que me muero de hambre. —Mi padre tocó la campanilla, y dijo al lacayo que había asomado que fuera a buscar al ama de llaves. Cuando esta acudió, mi padre le dijo:

—Mrs. Martindale, llévese a este joven a su habitación y sírvale algo de desayunar. —Rupert permaneció muy tranquilo durante unos segundos. Su rostro había vuelto a enrojecer después de su palidez. Luego se inclinó ante mi padre y siguió a Mrs. Martindale, que salía ya por la puerta.

Casi una hora después, mi padre mandó a un criado para que le dijera que ya podía venir al estudio. Mi madre estaba también allí —yo había venido con ella—. El criado volvió y dijo:

—Señor, Mrs. Martindale desea saber, con sus debidos respetos, si puede hablar un momento con usted. —Antes de que pudiera contestar mi padre, mi madre le dijo que la hiciera entrar. El ama de llaves no podía estar muy lejos

—este tipo de personas suelen estar pegadas a los ojos de las cerraduras—, pues se presentó al punto. Cuando apareció, se quedó en la puerta haciendo reverencias y con el rostro pálido. Mi padre dijo:

—¡A ver, qué pasa! —Mi padre tiene una manera muy severa de tratar a los criados. Cuando yo sea el jefe de la familia, los trataré a patadas. Es la mejor manera de ganarse su total sumisión.

—Si permite que le diga, señor, me llevé al joven gentilhomme a mi cuarto y ordené que le prepararan un buen desayuno, pues se notaba que tenía mucha hambre: ¡un joven que está creciendo, como él, y tan alto! El desayuno llegó al punto. ¡Y vaya desayuno tan bueno! Solo el olorcillo daba hambre a cualquiera. Había huevos, jamón y riñones a la parrilla, café y tostada con mantequilla, y pastel de arenque.

—No nos dé la lata hablándonos de desayunos —exclamó mi madre—. Siga contando.

—Cuando ya estaba todo preparado, y la doncella se había ido, acerqué una silla a la mesa y dije: «Señor, su desayuno está listo». Él se levantó y dijo: «Gracias, señora; es usted muy amable», y me hizo una reverencia, como si yo fuera una dama, señora.

—Siga —conminó mi padre.

—Luego, señor, alargó la mano y dijo: «Adiós, y gracias», y cogió su gorra.

»“Pero ¿no va a tomar nada para desayunar, señor?”, le pregunto yo. “No, gracias, señora”, me dice él. “Yo no podría comer aquí..., quiero decir en esta casa”. Bueno, señora, parecía tan desvalido que el corazón se me enterneció, y me aventuré a preguntarle si había alguna cosa en este mundo que pudiera hacer por él.

»“Dígame, querido joven”, me aventuré a decirle, “yo soy una mujer ya mayor, y usted no es más que un muchacho, aunque se ve que va a ser todo un caballero, al igual que su querido y excelente padre, a quien recuerdo muy bien, y gentil como su pobre madre”.

»“Es usted muy amable”, dijo, y entonces tomé su mano y la besé, pues recuerdo perfectamente a su pobre y querida madre, que murió hace solo un año. En fin, en esto que apartó su cabeza, y cuando lo cogí por un hombro y lo hice volverse hacia mí —es muy joven aún, señora, pese a lo grandote que está —, vi que unas lágrimas estaban rodando por sus mejillas. Así pues, dejé reposar su cabeza sobre mi pecho —yo tengo también hijos, como usted sabe, señora, aunque todos están ahora fuera—. Él aceptó mi afecto y estuvo unos momentos sollozando. Luego se enderezó, y yo seguí respetuosamente a su

lado.

»“Diga a Mr. Melton”, me dijo, “que no quiero molestarlo con lo del fideicomiso”.

»“Pero ¿no se lo dirá usted mismo, cuando lo vea ahora?”, le pregunté.

»“Ya no lo voy a ver”, me dice; “me marchó ahora mismo”.

»En fin, señora, yo sabía que no había desayunado, aunque estaba hambriento, y que volvería a pie, como había venido, por lo que me aventuré a decirle:

»“Si no lo considera una falta de respeto, señor, ¿puedo hacer algo yo para que su regreso resulte menos penoso? ¿Tiene dinero suficiente, señor? Si no, ¿puedo darle, o prestarle, un poco? Será para mí un gran orgullo poder hacerlo”.

»“Sí”, me dice con toda la espontaneidad del mundo. “Si quiere, podría prestarme un chelín, pues no tengo dinero. Nunca lo olvidaré”. Y, mientras cogía la moneda, añadió: “Le devolveré el dinero, aunque nunca podré devolverle la amabilidad. Aceptaré la moneda”. Cogió el chelín, señor —no quiso nada más— y luego me dijo adiós. En la puerta se volvió y avanzó hacia donde yo estaba, y me echó los brazos al cuello, como hacen los niños pequeños, mientras decía: “Mil gracias, Mrs. Martindale, por su infinita bondad, por su simpatía y por la manera como ha hablado de mi padre y mi madre. Usted me ha visto llorar, Mrs. Martindale”, dijo. “Yo lloro muy pocas veces. La última vez fue cuando volví solo a casa tras el entierro de mi pobre madre. Pero ni usted ni ninguna otra persona volverá a ver una lágrima mía”. Tras lo cual, enderezó sus grandes hombros e irguió su hermosa y altiva cabeza, y se marchó. Yo lo vi por la ventana alejarse de la finca a grandes zancadas. ¡Vaya que si tiene orgullo ese chico, señor! Un auténtico honor para su familia, señor, permítame que le diga con todos mis respetos. Y ese orgulloso mozalbete se ha ido con el estómago vacío, y estoy segura de que nunca se servirá de ese chelín para comprar comida.

Como era de suponer, mi padre no podía aceptar aquellas apreciaciones y le hizo la siguiente precisión:

—Permítame que le diga que no pertenece a mi familia. Es cierto que está emparentado con nosotros por el lado materno; pero nosotros no lo consideramos, ni a él ni a su rama, de la familia. —Dicho lo cual, le dio la espalda y se puso a leer un libro. Aquello fue un claro desaire para ella.

Pero mi madre tenía aún algo que decirle a Mrs. Martindale antes de que se retirara. Mi madre tiene también bastante orgullo y no tolera la insolencia de parte de los inferiores, y la conducta del ama de llaves le pareció un tanto

presuntuosa. Por supuesto, mi madre no es enteramente de nuestra clase, aunque el suyo es también un linaje muy digno y enormemente rico. Mi madre pertenece a la familia de los Dalmallington, famosa en el negocio de la sal y que adquirió un título de nobleza cuando los conservadores salieron del gobierno. Así pues, dijo al ama de llaves:

—Mrs. Martindale, creo que no voy a necesitar sus servicios de aquí en adelante. Y como no albergo a los criados en mi casa cuando los despido, aquí tiene lo que se le debe hasta la fecha, día veinticinco de mes, más otro mes en concepto de despido. Firme ahora este finiquito. —Esto último lo dijo mientras redactaba el documento. La otra lo firmó sin decir palabra, y luego se lo devolvió. Parecía completamente atónita. Mi madre se levantó y, como hace siempre que está enojada, salió precipitadamente de la estancia.

Consignaré, antes de que se me olvide, que el ama de llaves despedida fue contratada aquel mismo día por la condesa de Salop. Puedo decir a modo de explicación que el conde de Salop, K. G., que es primer magistrado del condado, está celoso de la posición de mi padre y de su creciente influencia. Mi padre va a presentarse a las próximas elecciones por el bando conservador, y está seguro de ser nombrado barón dentro de muy poco tiempo.

Carta del comandante general sir Colin Alexander MacKelpie, VC., K. C. B., residente en Croom, Ross, N. B., a Mr. Rupert Sent Leger, 14, Newland Park, Dulwich, Londres, S. W.

4 de julio de 1892

Querido ahijado:

Siento profundamente no poder aceptar tu deseo de traspasar a Miss Janet MacKelpie la herencia que te legó tu madre, de la que soy fideicomisario. Permíteme decirte antes de nada que, de haberme sido esto posible, habría considerado un privilegio satisfacer tu petición, y no porque la persona a quien deseas nombrar beneficiaría sea parienta próxima mía. He aquí el verdadero obstáculo que se opone a ello: Yo he aceptado un fideicomiso realizado por una dama honorable a favor de su hijo único habido de un hombre de honor intachable y amigo íncito mío, hijo que ostenta un rico legado de honorabilidad por parte de ambos padres y que, estoy seguro, querrá un día ver retrospectivamente su vida como algo digno de sus padres y de aquellos en quienes sus padres confiaron. Pero también estoy seguro de que comprenderás que, si bien estoy libre para otorgar lo que sea a cualquier otra persona, mis manos están atadas en este caso particular.

Y ahora déjame que te diga, mi querido joven, que tu carta me ha deparado un placer enorme. Es para mí una delicia indescriptible descubrir en el hijo de

tu padre —un hombre a quien amé, y un joven a quien amo— la misma generosidad de espíritu que hizo de tu padre un ser tan querido entre todos sus compañeros, tanto viejos como jóvenes. Ocurra lo que ocurra, siempre me sentiré orgulloso de ti; y si la espada de un soldado —es lo único que tengo— puede servirte alguna vez de algo, esta, y la vida de su dueño, son, y lo serán siempre, tuyas mientras me quede vida.

Me entristece pensar que Janet no pueda, merced a una acción mía, disponer de ese desahogo y solaz de espíritu que suelen acompañar a la independencia financiera. Pero, mi querido Rupert, ya solo faltan siete años para que seas mayor de edad. Entonces, sí sigues con el mismo pensamiento —y estoy seguro de que así será—, serás dueño de tu propia vida y podrás hacer libremente lo que desees. Entre tanto, para proteger, en la medida de mis posibilidades, a mi querida Janet contra cualquier posible desgracia, he dado órdenes a mi agente para que le remita semestralmente la mitad justa de los ingresos que puedan originarse de cualquier forma de propiedad mía en Croom, Siento decir que dicha propiedad se encuentra fuertemente hipotecada; pero confío en que, de lo que hay —o pueda haber— libre de las cargas derivadas de la hipoteca, le quede a ella al menos un poco. Mi querido joven, te digo con total franqueza que es para mí un verdadero placer el que tú y yo coincidamos en un nuevo aspecto de la misma comunidad de fines. Siempre he sentido por ti el mismo cariño que habría sentido por un hijo mío. Permíteme ahora que te diga que has actuado como me habría gustado que actuara un hijo mío, de haber tenido yo esa suerte, Que Dios te bendiga, mi ahijado querido.

Tuyo afectísimo,

COLIN ALEX. MACKELPIE

Carta de Roger Melton, de Openshaw Grange, a Mr. Rupert Sent Leger, 14, Newland Park, Dulwich, Londres S. W.

1 de julio 1892

Querido sobrino:

Recibí la tuya del pasado 30. Tras considerar detenidamente el asunto en ella expuesto, he llegado a la conclusión de que mi deber como fideicomisario no me permite dar cumplida satisfacción a tu deseo. Déjame que te explique. Al hacer su testamento, la testadora pretendió que toda la fortuna que tenía a su disposición se utilizara para procurarte a ti, su hijo, todos los beneficios que produjera anualmente. A este fin, y en previsión de posibles derroches o imprudencias por tu parte, así como de cualquier acto de generosidad, por meritorio que esto sea, que pudieran empobrecerte y, por tanto, tornar vanas sus benévolas intenciones para con tu educación y bienestar futuros, no puso

la sucesión directamente en tus manos ni te dejó actuar como podrías haberte sentido inclinado a hacer. Antes al contrario, confió el grueso de la misma en manos de hombres que ella consideró suficientemente resueltos y firmes para llevar a cabo sus intenciones, inclusive contra cualquier halago o presión que pudiera producirse en sentido contrario. Como su intención era, pues, que los fideicomisarios nombrados a tal fin utilizaran en beneficio tuyo los intereses devengados anualmente por el capital disponible, y solo esos (como se especifica en el testamento), con el fin de que, una vez alcanzada tu mayoría de edad, el capital a nosotros confiado te sea entregado en su integridad, considero un deber ineludible atenerme exactamente a las directrices recibidas. No me cabe la menor duda de que mis cofideicomisarios enfocarán este asunto exactamente de la misma manera que yo. En las circunstancias actuales, pues, los fideicomisarios tenemos un único e indiviso deber no solo hacia ti en cuanto objeto de las voluntades de la testadora, sino también hacia cada uno de nosotros por lo que se refiere a la manera de cumplir dicho deber. Así pues, estimo que no estaría en consonancia con el espíritu del fideicomiso, ni con nuestras propias ideas, aceptar que alguno de nosotros tomara alguna medida personal que implicara, o pudiera implicar, la oposición terminante de cualquiera de los demás cofideicomisarios. Espero te hagas cargo de que el tiempo que debe transcurrir para que llegues a la posesión absoluta de tu herencia es, en realidad, bastante limitado. Según lo estipulado en el testamento, tendremos que hacer cesión de nuestro fideicomiso una vez hayas alcanzado la edad de los veintiún años, para lo cual solo faltan siete años. Pero, hasta entonces, si bien a mí me gustaría satisfacer tus deseos si eso pudiera ser, he de atenerme al compromiso contraído. Cuando se cumpla el susodicho plazo, serás perfectamente libre para desprenderte de tu herencia sin protesta ni comentario de ser humano alguno.

Y ahora, tras haber expresado lo más claramente posible las limitaciones que me atan respecto al cuerpo de tu herencia, permíteme decirte que, de cualquier otra manera que esté en mi poder o discreción, me será sumamente grato ver tus deseos cumplidos en lo que de mí dependa. En efecto, utilizaré todos los influjos que estén en mi poder para inducir a mis cofideicomisarios a adoptar una postura afín a tus deseos. A mi particular parecer, eres perfectamente libre para utilizar tu herencia según Dios te dé a entender. Pero hasta que no hayas alcanzado la mayoría de edad solo tienes libertad para disponer de lo que renten los intereses anuales, no del cuerpo de la herencia vitalicia que te legó tu madre. Con relación a dichos intereses, los fideicomisarios tenemos, por nuestra parte, el encargo ineludible de que se empleen para fines de tu manutención, vestido y educación. En cuanto a lo que pueda sobrar de cada semestre, serás libre para actuar según tu propia discreción. Una vez que todos los fideicomisarios hayamos recibido de ti la autorización preceptiva para que este resto, o una parte del mismo, sea

abonado a Miss Janet MacKelpie, yo me encargaré de que tu deseo en este sentido se vea plenamente cumplido. Debes creer que es nuestro deber proteger el cuerpo de la herencia y que, a este fin, no podemos considerar ninguna instrucción que la ponga en peligro. Pero ahí acaba nuestra garantía. Durante nuestro fideicomiso solo podemos tratar con dicho cuerpo legado. Más aún, para que no se produzca ningún error por tu parte, solo podemos considerar instrucciones generales que no hayan sido revocadas. Tú eres, y debes ser, completamente libre para modificar tus instrucciones o autorizaciones en cualquier momento. Así, tu documento definitivo deberá servirnos de guía.

En cuanto al principio general que subyace a tu deseo, no tengo nada que objetar. Sé que tus intenciones están guiadas por la generosidad, y creo sinceramente que se hallaban en perfecta consonancia con los que siempre han sido los deseos de mi hermana. De haber seguido ella con vida —ojalá así fuera—, y haber tenido que pronunciarse sobre tus intenciones, estoy convencido de que las habría aprobado. Así pues, mi querido sobrino, si tú lo apruebas, me complacerá sobremanera, por amor a ella así como a ti, transferir a tu cuenta (quedando esto solo entre nosotros dos), pero de mi exclusivo bolsillo, una suma igual a la que tú quisieras que se transfiriera a Miss Janet MacKelpie. Espero tu contestación para saber cómo he de proceder a este respecto.

Haciendo votos por que te encuentres perfectamente, te abraza cariñosamente tu tío que te quiere,

ROGER MELTON

A Mr. Rupert Sent Leger

Carta de Rupert Sent Leger a Roger Melton.

5 de julio de 1892

Querido tío:

Gracias de todo corazón por su amable carta. Comprendo perfectamente lo que me dice, y ahora veo que no debería haberle pedido, en su calidad de fideicomisario, una cosa semejante. Veo con claridad cuál es su deber y comparto su opinión al respecto. Le adjunto una carta dirigida a mis fideicomisarios, en la que les pido paguen anualmente, hasta nueva notificación, a Miss Janet MacKelpie, a la dirección indicada, todo el dinero que pueda restar de los intereses de la herencia de mi madre tras ser deducidos los gastos que crean razonables para mi mantenimiento, vestido y educación, junto con una suma de una libra esterlina al mes, que era la cantidad que mi querida madre me daba siempre para mi uso personado «dinero de bolsillo», como ella lo llamaba.

Con respecto a su amabilísimo y generosísimo ofrecimiento de dar a mi querida tía Janet la suma que yo mismo le habría dado, de haber estado ello en mi poder, se lo agradezco de todo corazón, tanto en nombre de mi querida tía (a quien, por supuesto, no mencionaré el asunto a no ser que usted me lo autorice expresamente) como en el mío. Pero, sinceramente, creo que será mejor no ofrecérsela. Tía Janet es una mujer muy orgullosa y no aceptaría ningún beneficio. Conmigo, por supuesto, actúa de manera distinta, pues desde que yo era pequeño ella ha sido como otra madre para mí, y yo la quiero muchísimo. Como mi madre ha muerto —y, por supuesto, ella lo era absolutamente todo para mí—, no ha habido ninguna otra persona más querida; y en un amor como el nuestro el orgullo no tiene, naturalmente, cabida alguna. Gracias de nuevo, querido tío, y que Dios le bendiga.

Le abraza cariñosamente su sobrino,

Rupert Sent Leger

RELACIÓN DE ERNEST ROGER HALBARD MELTON - CONTINUACIÓN

Y ahora trataremos del que queda de los hijos de sir Geoffrey, Roger. Fue el tercer hijo y el tercer varón, pues la única hija, Patience, nacería veinte años después del último de los cuatro varones. Acerca de Roger referiré todo lo que he oído decir de él a mi padre y a mi abuelo. A mi tía abuela no le oí decir nada —yo era muy pequeño cuando ella murió—; recuerdo haberla visto solo una vez: una mujer muy alta, y guapa, de poco más de treinta años, de pelo muy oscuro y ojos claros. Creo que eran o grises o azules, no estoy seguro del color exacto. Parecía muy orgullosa y altiva, pero he de decir que fue muy buena conmigo. Recuerdo haberme sentido muy celoso de Rupert por tener una madre tan distinguida. Rupert tenía ocho años más que yo, y yo tenía miedo de que me pegara si decía algo que no le gustara. Así que yo guardaba silencio salvo cuando me olvidaba de hacerlo, y Rupert decía con muy poca amabilidad, y creo también que injustamente, que yo era «un pequeño animal resentido». Aún no he olvidado aquello, ni creo que lo olvide jamás. Sin embargo, no importa demasiado lo que él dijera o pensara. Él está —si es que está en alguna parte— donde nadie puede encontrarlo, sin ningún dinero ni nada, pues el poco que tenía decidió dárselo, al alcanzar la mayoría de edad, a la MacSkelpie. Ya había querido dárselo al morir su madre, pero mi padre, que era fideicomisario, se negó a ello; y tío Roger, como lo llamaré aquí, que es otro fideicomisario, creía que los fideicomisarios no tenían poder para permitir a Rupert tirar por la borda su matrimonio, como yo lo llamé, haciendo una broma ante mi padre cuando él lo llamó patrimonio. El viejo sir Colin MacSkelpie, el tercero de los fideicomisarios, dijo que no podía intervenir en la concesión de semejante permiso, dado que la MacSkelpie era parienta directa suya (su sobrina, para más datos). Es un viejo bastante rudo, lo puedo

asegurar. Recuerdo cierta ocasión en que no recordaba su parentesco y hablé de los MacSkelpie, y él me soltó un sopapo tal que di con mis huesos en el otro lado de la habitación. Su escocés es muy cerrado. Recuerdo que dijo: «Procura tener un mínimo de educación, pequeño mamarracho, y no faltar al respeto a tus mayores o, de lo contrario, te arrancaré una oreja». Mi padre, lo recuerdo bien, se enfadó muchísimo, pero no dijo nada. No se le hurtaba, sin duda, que el general tenía una Cruz de Victoria y era amigo de batirse en duelo; y, para dejar bien claro que mi comportamiento no era culpa suya, también él me retorció —a mí— una oreja, ¡y encima la misma que había recibido el sopapo! ¡Supongo que creía hacer así justicia! Pero es justo decir que posteriormente lo compensó. Cuando el general se hubo marchado, me dio un billete de cinco libras esterlinas.

No creo que tío Roger aprobara particularmente la manera como se condujo Rupert con la herencia de su madre, pues creo que no lo ha vuelto a ver desde entonces hasta el día de hoy; aunque tal vez esto se haya debido al hecho de que Rupert se largara poco después. Pero ya hablaré de eso cuando trate expresamente de él. En realidad, ¿por qué iba mi tío a preocuparse por él? Después de todo, no es un Melton, mientras que yo voy a ser el jefe de la familia —por supuesto, cuando el Señor crea oportuno llamar a mi padre a Su seno—. Tío Roger tiene muchísimo dinero, y nunca se ha casado; así, si decidiera dejarlo a quien en buena lógica le corresponde, no tendría ningún quebradero de cabeza a la hora de hacer su testamento. Amasó su gran fortuna en lo que él llama «el negocio del oriente». Esto, por lo que se me alcanza, incluye el oriente medio y los países situados más hacia el este. Sé que posee lo que en el mundo del comercio llaman «casas» repartidas por toda suerte de lugares: Turquía, Grecia y toda la zona circundante; Marruecos, Egipto, sur de Rusia, Tierra Santa, Persia, India y zona circundante; y, finalmente, el Quersoneso, China, Japón y las islas del Pacífico. No se puede pedir a un terrateniente, como yo, que sea experto en temas mercantiles; pero no cabe duda de que mi tío posee —o, ay, tengo que decir «poseyó»— una vasta extensión de la Tierra. Tío Roger era un hombre demasiado antipático, y de no haber sido porque desde pequeño me dijeron machaconamente que tratara de ser amable con él, no me habría atrevido nunca a hablarle. Pero cuando yo era niño, mi padre y mi madre —especialmente mi madre— me obligaban a ir a verle y a mostrarme cariñoso con él. Que yo recuerde, él no se mostró nunca educado conmigo: ¡el viejo gruñón! Pero tampoco vio nunca a Rupert, por lo que supongo que este se encuentra completamente fuera de juego, al menos por lo que al testamento se refiere. La última vez que vi al viejo se mostró decididamente rudo conmigo. Me trató como a un niño, aunque ya andaba rondando los dieciocho años. Entré en su despacho sin llamar a la puerta, y él, sin levantar la vista de su mesa, donde se hallaba escribiendo algo, me dijo: «¡Fuera de aquí! ¿Cómo se te ocurre molestarme cuando estoy ocupado?

¡Fuera, maldita sea!». Yo esperé donde estaba, listo para fulminarlo con mi mirada cuando él levantara la suya, pues no puedo olvidar que, cuando muera mi padre, yo seré el jefe de la familia. Pero, cuando levantó la cabeza, no hubo fulminamiento posible. Y él me dijo con absoluta frialdad:

—Ah, eres tú... Creí que era uno de mis ayudantes. Siéntate, si quieres hablar conmigo, y espera a que acabe. —Así pues, tomé asiento y esperé. Mi padre siempre dijo que hay que tratar de ser conciliador y agradar a mi tío. Mi padre es un hombre muy precavido, y tío Roger tiene muchísimo dinero.

Pero no creo que tío Roger sea todo lo astuto que cree ser. A veces comete errores terribles en los negocios. Por ejemplo, hace unos años compró una propiedad enorme en el Adriático, en un país que llaman «El país de las Montañas Azules». Por lo menos, él dice que la compró. Eso contó a mi padre confidencialmente. Pero no le enseñó ningún título de propiedad, y mucho me temo que «se la hayan dado con queso». Mal asunto para mí, pues mi padre cree que pagó una enorme suma por esas tierras, y, como yo soy su heredero natural, eso reduce sus bienes disponibles en buena parte.

Y ahora, algo más acerca de Rupert. Como ya he dicho, se marchó del país cuando tenía unos catorce años, y no volvimos a oír hablar de él durante muchos años. Cuando nosotros —o, más bien, mi padre— volvimos a oír hablar de él, no fueron cosas particularmente buenas las que oímos. Había zarpado como grumete en un barco que debía rodear el Cabo de Hornos. Luego se unió a varias partidas de exploradores: en el centro de la Patagonia, en Alaska y en las Islas Aleutianas sucesivamente. Después atravesó América Central, y luego pasó a África occidental, las islas del Pacífico, la India y un sinnúmero de otros lugares. Todos conocemos la sabiduría del adagio que dice: «piedra movediza nunca moho la cobija», y, ciertamente, si el moho posee algún valor, primo Rupert morirá en la pobreza. En efecto, nada podrá ser perdurable ante su necia y vana inutilidad. Baste recordar cómo, apenas alcanzada la mayoría de edad, hizo cesión de toda la pequeña fortuna de su madre a la MacSkelpie... Estoy seguro de que a tío Roger, aunque no hizo a mi padre ningún comentario al respecto —como jefe de la familia, debería, por supuesto, haber sido informado del asunto—, esto no debió hacerle ninguna gracia. Opino que mi madre, que posee una pequeña fortuna propia y ha tenido la sagacidad de mantenerla bajo su propio control —como yo la voy a heredar, y no forma parte del patrimonio familiar, soy en este aspecto casi imparcial—, se ha conducido de manera mucho más perspicaz. En cualquier caso, nosotros nunca tuvimos una buena opinión de Rupert; pero, ahora que va camino de convertirse en un pobre de solemnidad, y por tanto en un engorro peligroso, lo consideramos un elemento completamente extraño. Sabemos de qué pie cojea. Por mi parte, yo lo detesto y desprecio. Precisamente ahora estamos irritados con él, pues nos tiene a todos en vilo a propósito del testamento del querido tío

Roger. En efecto, Mr. Trent, el abogado que se ha encargado siempre de los asuntos de mi querido tío, y que tiene la encomienda de su testamento, dice que es necesario saber dónde se encuentran todos los posibles beneficiarios antes de que se pueda hacer público el testamento. Así pues, a todos nos toca esperar por su culpa; y esto resulta particularmente penoso para mí, que soy el heredero natural. Sin duda es una prueba de insensatez por parte de Rupert hallarse tan lejos de aquí como se halla. Yo escribí al viejo MacSkelpie al respecto, pero no pareció entender ni se mostró en absoluto impaciente (¡claro: no es el heredero!). Dijo que probablemente Rupert Sent Leger —también él lo escribe a la antigua— no estaba al corriente de la muerte de su tío, pues, de lo contrario, ya habría tomado las medidas oportunas para aliviar nuestra impaciencia. Nuestra impaciencia... ¡Mira quién fue a hablar! Nosotros no estamos en modo alguno impacientes; simplemente queremos saber. Y si nosotros —y, especialmente, yo—, que tenemos que preocuparnos de pagar en su día —próximo, por cierto— los aborrecibles e injustos impuestos sobre sucesiones, estamos impacientes, bueno, pues tenemos todas las razones para estarlo. En cualquier caso, Rupert se llevará un buen chasco cuando asome por aquí y descubra que su pobreza es endémica y sin esperanza...

Hoy, mi padre y yo hemos recibido sendas misivas de Mr. Trent, en las que nos dice que se ha dado con el paradero de «Mr. Rupert Sent Leger», al que se le ha enviado una carta participándole la muerte del pobre tío Roger. Se encontraba en Titicaca cuando oímos hablar por última vez de él. Así pues, sabe Dios cuándo le llegará la carta, en la que se le «pide que vuelva cuanto antes, y en la que solo se le facilita sobre el testamento la información que ya se ha facilitado a los demás miembros de la familia del testador»; es decir, nada. Y yo me atrevería a decir que tendremos aún que esperar varios meses para poder hacernos con la herencia que nos pertenece. ¡Mal asunto!

Carta de Edward Bingham Trent a Ernest Roger Halbard Melton

176, Lincoln's Inn Fields,

28 de diciembre de 1906

Muy Sr. mío:

Me complace comunicarle que acabo de recibir carta de Mr. Rupert St. Leger, en la que me dice que piensa zarpar de Río de Janeiro en el vapor Amazonas, de la Royal Mail Company, el 15 de diciembre. Dice asimismo que enviará un telegrama justo antes de salir de Río de Janeiro, precisando el día en que se espera arribe el barco a Londres. Como todos los demás probables interesados en el testamento de Roger Melton, q.e.p.d., y cuyos nombres me han sido facilitados en las instrucciones relativas a la lectura del testamento, ya han sido avisados y han expresado su intención de acudir a la misma, una vez sean informados del tiempo y lugar, ahora me permito participarle que,

según un telegrama que acabo de recibir, la fecha fijada para la llegada al puerto de Londres es el próximo 1 de enero. Así pues, me permito notificarle que, salvo aplazamiento debido a un eventual retraso del Amazonas, la lectura del testamento del finado Mr. Roger Melton tendrá lugar en mi bufete el próximo 3 de enero, martes, a las once en punto de la mañana.

Sin otro particular, le saluda atentamente

Edward Bingham Trent

A Mr. Ernest Roger Halbard Melton

Humcroft,

Salop.

Cable de Rupert Sent Leger a Edward Bingham Trent:

El Amazonas llega a Londres el 1 de enero. Sent Leger.

Telegrama (por Lloyd's) de Rupert Sent Leger a Edward Bingham Trent:

The Lizard,

31 de diciembre

El Amazonas llega a Londres mañana por la mañana. Todo bien. Sent Leger

Telegrama de Edward Bingham Trent a Ernest Roger Halbard Melton:

Rupert Sent Leger ya ha llegado. La lectura tendrá lugar en la fecha anunciada. Trent.

RELACIÓN DE ROGER HALBARD MELTON

4 de enero de 1907

La lectura del testamento de tío Roger ya ha tenido lugar. A mí padre le han entregado una copia de la carta a mí dirigida por Mr. Trent, así como del cable y dos telegramas que adjunto a esta relación. Los dos esperamos pacientemente hasta el día tres; es decir, no hicimos ningún comentario. El único miembro impaciente de nuestra familia fue mi madre. Ella sí que dijo cosas, y si el viejo Trent hubiera estado aquí, de seguro que le habría sacado los colores. Dijo que era una ridiculez y una tontería aplazar la lectura del testamento y mantener al heredero esperando a que llegara un individuo que ni siquiera era miembro de la familia —como ya he dicho, ni siquiera lleva nuestro apellido—. Yo tampoco creo que sea un proceder particularmente respetuoso para mí, que un día voy a ser el jefe de la familia. Creo que mi padre estaba empezando a perder la paciencia cuando dijo: «Cierto, querida..., cierto» y, levantándose, salió de la habitación. Unos días después, al pasar

junto a la biblioteca, lo oí ir y venir nerviosamente de un extremo a otro de la sala.

Mi padre y yo fuimos a la ciudad el miércoles, día 2 de enero, por la tarde. Por supuesto, nos alojamos en el Claridge's, donde paramos siempre que vamos a la ciudad. Mi madre quiso venir también, pero mi padre juzgó más oportuno que no lo hiciera, y ella no se avino a quedarse en casa hasta que los dos le prometimos mandarle sendos telegramas por separado una vez finalizada la lectura.

A las once menos cinco hicimos nuestra entrada en el despacho de Mr. Trent. Mi padre no quiso entrar antes pues, como dijo, era señal de mala educación mostrarse impaciente en general, pero, sobre todo, con ocasión de la lectura de un testamento. Fue un auténtico fastidio, pues tuvimos que estar paseando un buen rato por todo el barrio haciendo hora, para no llegar demasiado pronto.

Al entrar en la sala del abogado, encontramos allí al general sir Colin MacKelpie y a un hombre imponente, muy bronceado, que supuse sería Rupert St. Leger (un pariente con aspecto muy poco recomendable, me pareció a mí). Tanto este como el viejo MacKelpie se preocuparon por llegar sobrados de tiempo... Rasgo este bastante ruin, pensé. Mr. St. Leger estaba leyendo una carta. Evidentemente, había llegado hacía poco, pues aunque parecía ávido por leer la carta, se encontraba aún por la primera página, y yo observé que había muchas hojas. No levantó la vista cuando nosotros entramos, ni en ningún momento hasta que hubo terminado la carta; y podéis estar seguros de que ni yo ni mi padre (quien, como jefe de la familia que es, debería haber merecido más respeto de su parte) nos molestamos en acercarnos a él. Después de todo, es un pobretón y un gandul, y no merece el honor de portar nuestro apellido. Sin embargo, el general sí se acercó y nos saludó a los dos cordialmente. Evidentemente había olvidado —o eso al menos pareció— la manera descortés como me había tratado en cierta ocasión, pues me habló con un tono muy afable —creo que con mayor simpatía a mí que a mi padre—. A mí me gustó mucho que me hablara con tanta cortesía, pues, después de todo, por rudos que sean sus modales, es un hombre ilustre: cuenta con una Cruz de Victoria y una baronía. Esta última la consiguió no ha mucho, tras la Guerra de la Frontera, en la India. Sin embargo, no me dejé impresionar por su afabilidad. Yo no había olvidado su brusquedad, y sospeché que podría estar haciéndome la pelota. Yo sabía que, cuando tuviera los numerosos millones de mi querido tío Roger, me convertiría en una persona muy importante; y, por supuesto, él también lo sabía. Así que decidí quedar empatado con él por su antigua insolencia, y, cuando me alargó la mano, yo puse solamente un dedo en ella, diciéndole: «Qué tal». Él se puso muy encarnado y dio media vuelta. Mi padre y yo terminamos mirándonos el

uno al otro, y ninguno de los dos parecimos lamentar la pérdida de su amistad. Durante todo el tiempo que estuvo Mr. St. Leger leyendo su carta no pareció ver ni oír nada. Creí que el viejo MacSkelpie lo iba a informar de lo que había pasado entre nosotros, pues, al alejarse, le oí decir algo en tono confidencial. Me pareció que decía «¡Ayuda!», pero Mr. Sent Leger no lo oyó. Ciertamente, no reparó en ello.

Como los MacSkelpie y Mr. Sent Leger seguían sentados en silencio, sin mirar ninguno de ellos en nuestra dirección, y yo quería mostrar mi indiferencia hacia ellos —mi padre se hallaba sentado al otro lado de la habitación con una mano en la barbilla—, tomé mi cuaderno de notas y aproveché para poner al día —y al minuto— la presente relación.

RELACIÓN - CONTINUACIÓN

Cuando hube terminado de escribir, miré a Rupert.

Al vernos él, se puso en pie de un salto, se acercó a mi padre y le estrechó la mano calurosamente. Mi padre lo recibió con mucha frialdad, pero Rupert no pareció advertirlo, y se acercó a mí con simpatía. Yo estaba haciendo alguna otra cosa en ese momento, y al principio no vi su mano; pero, en el preciso momento en que yo estaba mirándola, el reloj marcó las once. Mientras sonaba el reloj, Mr. Trent hizo su entrada en la sala. Detrás de él venía su ayudante, portando una cajita metálica sellada. Lo acompañaban también otros dos hombres. Hizo una reverencia a todos y cada uno de los presentes, empezando por mí, que me encontraba de pie, junto a la puerta. Los demás estaban repartidos por la estancia. Mi padre no se movió de su asiento, pero sir Colin y Mr. St. Leger se levantaron. Mr. Trent no nos dio la mano a ninguno, ni siquiera a mí. Nada más que su respetuosa reverencia. Esta es la etiqueta que impera entre los abogados, creo entender, en estas ocasiones solemnes.

Se sentó presidiendo la gran mesa que había en el centro de la habitación, y nos pidió que nos sentáramos. Por supuesto, mi padre, en su condición de jefe de la familia, tomó asiento a la derecha. Sir Colin y St. Leger se sentaron a la izquierda, el primero junto al abogado. Por supuesto, el general sabe que un barón tiene precedencia en una ceremonia. Probablemente yo sea también barón algún día y tenga que enterarme bien de todas estas formalidades.

El escribano cogió la llave que su jefe le tendía, abrió la cajita y sacó de ella un fajo de documentos atados con cinta roja. Lo colocó delante del abogado y dejó la caja vacía detrás de él, en el suelo. Luego otro hombre y él se sentaron en el extremo opuesto de la mesa; el primero sacó un gran cuaderno de notas y varios lápices, que colocó ante él. Era, evidentemente, el taquígrafo.

Tras desatar el fajo de documentos, Mr. Trent sacó un sobre cerrado de la parte superior y, roto el sello, lo abrió extrayendo de él un pergamino entre cuyos pliegues se encontraban otros sobres cerrados, que dispuso formando un montón aparte. Luego extendió el pergamino y lo colocó sobre la mesa de manera que fuera imposible ver su contenido; se caló las lentes y dijo:

—Caballeros, el sobre sellado que me habéis visto abrir tiene por título: «Mis Últimas Voluntades y Testamento. Roger Melton, junio de 1906». El contenido de dicho documento —prosiguió mientras lo levantaba— es el siguiente:

«Yo, Roger Melton, natural de Openshaw Grange, condado de Dorset, residente en el número ciento veintitrés de Berkeley Square, Londres, y en el Castillo de Vissarion, en el país de las Montañas Azules, hallándome en pleno uso de mis facultades mentales, pongo por escrito mis últimas voluntades y Testamento en este lunes, día once del mes de junio del año del Señor mil novecientos seis en el bufete de mi viejo amigo y abogado Edward Bingham Trent, residente en el número ciento setenta y seis de Lincolns Inn Fields, Londres, revocando con ello todos los demás testamentos que pueda haber redactado con anterioridad y declarando este mí único y definitivo testamento, por el que dispongo de mi propiedad de la siguiente manera:

»1. A mi pariente y sobrino Mr. Ernest Haibard Melton, juez de paz, residente en Humcroft, condado de Salop, para su exclusivo uso y beneficio, la suma de veinte mil libras esterlinas libres de todos los impuestos, cargas y gravámenes, pagaderas con mis títulos al cinco por ciento de la ciudad de Montreal, Canadá.

»2. A mi respetado amigo y colega como cofideicomisario del testamento de mi hermana Patience, q.e.p.d., viuda del fallecido capitán Rupert Sent Leger, que la precedió en la tumba, comandante general sir Colin Alexander MacKelpie, barón, distinguido con la Cruz de Victoria, caballero comandante de la orden de Bath, natural de Croom, condado de Ross, Escocia, la suma de veinte mil libras esterlinas libres de todos los impuestos, cargas y gravámenes, pagaderas con mis títulos al cinco por ciento de la ciudad de Toronto, Canadá.

»3. A Miss Janet MacKelpie, actualmente residente en Croom, condado de Ross, Escocia, la suma de veinte mil libras esterlinas libres de todos los impuestos, cargas y gravámenes, pagaderas con mis bonos al cinco por ciento del Consejo de Condado de Londres.

»4. A las respectivas personas, organizaciones benéficas y fideicomisarios nombrados en la lista anexa a este testamento y contrasñada con la letra A, las correspondientes sumas mencionadas en la misma, todas libres de impuestos, cargas y gravámenes cualesquiera.

(Aquí Mr. Trent leyó la lista en cuestión y para nuestra cabal comprensión nos informó de que la cantidad total ascendía a la suma de doscientas cincuenta mil libras. Muchos de los beneficiarios eran viejos amigos, camaradas, subalternos y criados, algunos de los cuales recibieron sumas de dinero bastante considerables y objetos concretos como, por ejemplo, piezas de colección y cuadros).

»5. A mi pariente y sobrino Ernest Roger Halbard Melton, que vive actualmente en la casa de su padre de Humcroft, Salop, la suma de diez mil libras esterlinas.

»6. A mi antiguo y apreciado amigo Edward Bingham Trent, residente en el ciento setenta y seis de Lincoln's Inn Fields, la suma de veinte mil libras esterlinas libres de impuestos, cargas y gravámenes, pagaderas con mis títulos al cinco por ciento de la ciudad de Manchester, Inglaterra.

»7. A mi querido sobrino Rupert Sent Leger, hijo único de mí querida hermana Patience Melton y de su marido el capitán Rupert Sent Leger, la suma de mil libras esterlinas. También lego al susodicho Rupert Sent Leger una suma adicional en caso de que acepte las condiciones establecidas en una carta a él dirigida y contraseñada con la letra B, que dejo bajo la custodia del antes mencionado Edward Bingham Trent, carta que forma parte integrante de este mi testamento. En caso de no aceptación por su parte de las condiciones establecidas en dicha carta, dispongo que sean los albaceas aquí nombrados, Colin Alexander MacKelpie y Edward Bingham Trent, quienes hagan de manera que la totalidad de las sumas y propiedades se distribuya según los términos especificados en el documento contraseñado con la letra C, que queda ahora por mí sellado y depositado en el sobre, a su vez sellado, que contiene mis últimas voluntades y que confío a la custodia del susodicho Edward Bingham Trent, carta C que forma también parte integrante de mi testamento. Y en caso de que surja alguna duda en cuanto a mis intenciones exactas sobre la disposición de mi propiedad, los antes mencionados albaceas tendrán plenos poderes para decidir y zanjar todas estas cuestiones como más oportuno juzguen, sin necesidad de consultar con ninguna otra persona. Y si cualquier beneficiario de este testamento impugnara el mismo o parte del mismo, o discutiera la validez del mismo, lo que aquí se le haya legado pasará a la herencia global, y tal legado resultará ipso facto nulo y sin valor a todos los efectos y para siempre.

»8. Para la debida observancia de la ley, así como para el cumplimiento de los deberes relacionados con los procedimientos testamentarios y el mantenimiento en secreto de algunas disposiciones mías, insto a mis albaceas a que paguen todos los impuestos —y tasas cualesquiera— de sucesión, fallecimiento, propiedad y testamentaría por el residuo patrimonial deducidos los legados ya mencionados según la escala practicada para los parientes

lejanos y los no consanguíneos.

»9. Por la presente nombro albaceas míos al comandante-general sir Colin Alexander MacKelpie, barón, residente en el condado de Ross, y al abogado Edward Bingham Trent, licenciado en leyes, residente en el ciento sesenta y seis de Lincolns Inn Fields, Centro Oeste de Londres, con plenos poderes para actuar según su discreción en cualquier circunstancia que pueda presentarse en el cumplimiento de mis deseos, tal y como quedan expresados en este testamento. En recompensa a sus servicios en esta su función de albaceas, recibirá cada uno de la herencia global la suma de cien mil libras esterlinas, libres de impuestos y gravámenes cualesquiera.

»12. Los dos memorándums incluidos en las cartas B y C forman parte integrante de mis últimas voluntades, y en el tribunal de testamentarías han de tomarse definitivamente como cláusulas 10 y 11 del mismo. Los sobres están marcados con las letras B y C tanto por fuera como por dentro, y el contenido de cada uno está precedido por los siguientes títulos respectivos: “B, a leerse como cláusula 10 de mi testamento”; y “C, a leerse como cláusula 11 de mi testamento”.

»13. Si alguno de los susodichos albaceas muriera antes de finalizar el año y medio arriba indicado a partir de la fecha de la lectura de mis últimas voluntades, o antes de los plazos especificados en la carta C, sobre el albacea que le sobreviva recaerán todos y cada uno de los derechos y obligaciones encomendados a los dos en mi testamento. Si murieran los dos albaceas, entonces la tarea de interpretar y ejecutar todas las cuestiones relacionadas con mis últimas voluntades será competencia del presidente en funciones de la cámara de los lores de Inglaterra o de la persona que este nombrara a tal fin.

»He concluido de redactar el presente testamento el día uno de enero del año del Señor mil novecientos siete.

»ROGER MELTON

»“Los abajo firmantes, Andrew Rossiter y John Colson, reunidos ambos junto con el testador, hemos visto a este, Roger Melton, firmar y sellar el presente documento. En fe de lo cual, estampamos aquí nuestros nombres

»ANDREW ROSSITER, escribano residente en 9 Primrose Avenue, Londres W. C.

»JOHN COLSON, empresario de pompas fúnebres, residente en 176 Lincoln’s Inn Fields y sacristán de la iglesia de St. Tabitha, Clerkenwell, Londres”».

Cuando Mr. Trent hubo terminado la lectura, recogió todos los papeles y luego los ató de nuevo con la cinta roja. Con el legajo en la mano, se puso en

pie y dijo lo siguiente:

—Esto es todo, caballeros, a no ser que alguno de ustedes quiera hacerme alguna pregunta; en cuyo caso la contestaré, por supuesto, de la mejor manera que pueda. A usted, sir Colin, le pediré que permanezca conmigo, ya que tenemos que solventar algunos asuntos y concertar el mejor día y momento para tal fin. Y también usted, Mr. Sent Leger, pues tenemos que entregarle esta carta; es necesario que la abra en presencia de los albaceas. Pero no hay ninguna razón para que esté presente nadie más.

El primero en hablar fue mi padre. Por supuesto, en su calidad de gentilhombre por condición y fortuna, a quien a veces se le pide participar en las sesiones —naturalmente, cuando no hay nadie con un título nobiliario—, consideró oportuno tomar la palabra en primer lugar. El viejo MacKelpie tenía un rango superior; pero se trataba de un asunto de familia, y mi padre es el jefe de la misma en la actualidad, mientras que el viejo MacKelpie no es más que un extraño entroncado con la familia, y encima por el lado femenino; a saber, a través de la mujer del hermano pequeño del hombre que entroncó con nuestra familia. Mi padre habló con el mismo tono y gesto que emplea cuando hace preguntas importantes a los testigos en las sesiones de distrito.

—Me gustaría dilucidar algunos puntos.

El abogado hizo una reverencia (se llevaba nada menos que ciento veinte mil billetes, así que ya podía permitirse algunas zalamas —o cortesías, como supongo que diría él—); entonces mi padre miró a una hoja de papel que sostenía en la mano y preguntó:

—¿A cuánto asciende el monto global de la herencia? —El abogado contestó prestamente, y creo que con cierta brusquedad. Se había ruborizado, y esta vez no hizo reverencia alguna; se me antoja que los hombres de su clase tienen un acervo de modales bastante limitado:

—Lo siento, señor, pero no estoy facultado para decírselo. Además, me permito precisarle que no se lo diría aunque pudiera.

—¿Ronda el millón? —volvió a preguntar mi padre, que estaba ahora enfadado, e incluso más encarnado que el viejo abogado. El cual le dio la siguiente contestación, esta vez con deliberada parsimonia:

—Ah, esto es un interrogatorio. Permítame decirle, señor, que nadie puede saber eso hasta que los contables que se han de nombrar a tal fin no hayan examinado el saldo del testador hasta el día de hoy.

Mr. Rupert St. Leger, que durante todo este tiempo me había parecido más enfadado que los propios abogados y mi padre —aunque no se me alcanza por qué motivo podría estarlo—, dio un puñetazo en la mesa y se levantó como

para hablar; pero al cruzarse su mirada con las del viejo MacKelpie y el abogado, volvió a sentarse. Nota Bene: Estos tres parecen entenderse bastante bien. No deberíamos quitarles el ojo de encima. En aquel momento mi mente se fue a otro asunto, pues mi padre hizo una nueva pregunta, que me interesó mucho más:

—¿Puedo preguntar por qué no se nos muestran los otros apartados del testamento? —El abogado se dispuso tranquilamente a limpiarse las gafas con un gran pañuelo de seda antes de contestar:

—Pues sencillamente porque las dos cartas contraseñadas respectivamente con las letras «B» y «C» contienen instrucciones precisas relativas a su apertura y al secreto de su contenido. Me permito llamar su atención sobre el hecho de que ambos sobres están sellados, y que el testador y los dos testigos hemos estampado nuestros nombres sobre la solapa de cada sobre. Los leeré. La carta contraseñada con la letra «B», dirigida a «Rupert Sent Leger», contiene la siguiente nota:

»“Esta carta será entregada a Rupert Sent Leger por los fideicomisarios y será abierta por él en su presencia. Él tomará este ejemplar o tomará las notas que quiera hacer y luego entregará la carta con el sobre a los albaceas, que la leerán al punto, cada uno de ellos estando capacitados para hacer una copia o tomar notas si así lo desearan. La carta será introducida de nuevo en su sobre, y la carta y el sobre se colocarán dentro de otro sobre en cuyo exterior se hará mención de su contenido y en cuya solapa firmarán ambos albaceas y el susodicho Rupert Sent Leger.

»(firmado) ROGER MELTON 1/6/1906”.

»La carta contraseñada con la letra “C”, dirigida a “Edward Bingham Trent”, contiene la siguiente nota:

»“Esta carta, dirigida a Edward Bingham Trent, se mantendrá cerrada bajo su custodia durante un período de dos años a partir de la lectura de mis últimas voluntades, a no ser que dicho período concluya antes por la aceptación o rechazo por parte de Rupert Sent Leger de las condiciones mencionadas en mi carta a él dirigida y contraseñada con la letra ‘B’ que él recibirá y leerá en presencia de mis albaceas en la misma reunión de, aunque subsiguientemente a, la lectura de las cláusulas (salvo las que serán definitivamente los números diez y once) de mis últimas voluntades. Esta carta contiene instrucciones referentes a lo que tanto los albaceas como el susodicho Rupert Sent Leger han de hacer cuando se haya notificado la aceptación o rechazo por el susodicho Rupert Sent Leger o, si este se olvida o se niega a formalizar la aceptación o rechazo, transcurridos dos años después de mi fallecimiento.

»(firmado) Roger Melton 1/6/1906”

Cuando el abogado hubo terminado de leer la última carta, la metió con cuidado en su bolsillo. Luego cogió la otra carta, y se levantó.

—Mr. Rupert Sent Leger —dijo—, por favor, abra esta carta, de manera que todos los aquí presentes vean que el memorándum que figura en primer lugar tiene el siguiente título:

«B. A considerarse cláusula diez de mi testamento».

St. Leger se remangó mangas y puñetas como si fuera a ejecutar algún tipo de prestidigitación —su gesto pareció hartamente teatral y ridículo—, y luego, con las muñecas al aire, abrió el sobre y sacó la carta que había dentro. Todos la vimos bastante bien. Estaba doblada, con la primera página hacia arriba, y en la parte superior había una línea, justo como el abogado decía. Obedeciendo a la petición del abogado, colocó carta y sobre encima de la mesa delante de él. El escribano se incorporó y, tras entregar un trozo de papel al abogado, volvió a sentarse. Mr. Trent, tras escribir algo en el papel, nos preguntó a todos los presentes, escribano y taquígrafo incluidos, que miráramos bien el memorándum que había en la carta así como lo que estaba escrito en el sobre y que firmáramos la siguiente declaración:

«Los firmantes de este documento declaramos haber visto la carta sellada contraseñada con la letra B en el testamento de Roger Melton abierto en presencia de todos nosotros, incluidos Mr. Edward Bingham Trent y sir Colin Alexander MacKelpie, y declaramos que el documento aquí contenido aparece así encabezado: “B. A leerse como cláusula diez de mi testamento”, y que no hay ningún otro contenido en el sobre. En fe de lo cual, estampamos aquí nuestras firmas sucesivamente ante la presencia de todos».

El abogado hizo una señal a mi padre para que empezara él. Mi padre, que es un hombre muy cauto, pidió una lupa, que le fue traída al instante por un empleado a instancias del escribano de la sala. Mi padre examinó el sobre con detenimiento, así como el memorándum de la parte superior del papel. Luego, sin pronunciar palabra, firmó dicho papel. Mi padre es un hombre cabal. Luego firmamos todos los demás. El abogado dobló el papel y lo metió en un sobre. Antes de cerrarlo, lo pasó por toda la sala, y todos pudimos comprobar que no había sido alterado. Mi padre lo sacó y lo leyó, y luego lo volvió a meter. Luego el abogado nos pidió que firmáramos transversalmente a la solapa, cosa que hicimos. Posteriormente puso la cera de sellar encima y pidió a mi padre que lo sellara con su propio sello. El cual lo hizo así. Luego él y MacKelpie lo sellaron también con sus propios sellos. Luego lo puso en otro sobre, que también selló, y MacKelpie y él estamparon sus firmas transversalmente a la solapa.

Tras lo cual, mi padre se puso en pie, y yo le imité. Lo propio hicieron también los dos hombres —el escribano y el taquígrafo—. Mi padre no dijo

palabra hasta que salimos a la calle. Caminamos un rato y, traspasada una puerta que daba a un descampado, se volvió hacia mí y dijo:

—Ven aquí. No hay nadie alrededor y podemos hablar tranquilos. Quiero decirte algo. —Cuando nos hubimos sentado en un banco sin nadie cerca de nosotros, continuó—: Tú estás estudiando Derecho. ¿Cómo calificarías todo esto? —Yo creí que era una buena ocasión para un epigrama, y por eso le dije:

—Un timo.

—Hmmm —exclamó mi padre—. Eso vale por lo que a ti y a mí se refiere. Tú, con diez mil miserables libras esterlinas, y yo con veinte. Pero ¿qué valor tienen, o tendrán, esos fideicomisos secretos?

—¡Oh! —dije—. Todo eso debe estar en toda regla. Está claro que tío Roger no tenía ninguna intención de que la generación más vieja se beneficiara demasiado con su muerte. Pero dio a Rupert St. Leger mil libras, mientras que a mí me dio diez mil. Parece como si tuviera más consideración para con la línea directa. Por supuesto... —Mi padre me interrumpió:

—Pero ¿cuál es el significado de la suma adicional?

—No lo sé, padre. Evidentemente, hay algunas condiciones que él debe cumplir; pero está claro que no esperaba que las cumpliera. ¿Por qué, si no, dejó un segundo fideicomiso a Mr. Trent?

—Cierto —dijo mi padre. Luego prosiguió—: Me pregunto por qué habrá dejado esas sumas tan enormes a Trent y al viejo MacKelpie. Parecen unos honorarios completamente desproporcionados para unos albaceas, a no ser que...

—¿A no ser que..., padre?

—A no ser que la fortuna que ha legado sea descomunal. Por eso hice yo la pregunta.

—Y por eso —repuse yo riendo— él se negó a contestar.

—Ernest, estoy seguro de que debe alcanzar unas cifras fabulosas.

—Ya lo creo, padre. Los impuestos sobre sucesiones serán terribles. Qué robo tan asqueroso eso de los impuestos sobre sucesiones... La verdad es que yo estoy sufriendo ya con solo pensar en lo que se va a llevar el fisco de tu reducida herencia...

—¡Pues no sufras! —dijo él secamente. Mi padre es a veces ridículamente susceptible. Se diría que espera vivir eternamente. Pero siguió hablando:

—Me pregunto cuáles pueden ser las condiciones de dicho fideicomiso. Son tan importantes —casi— como la fortuna legada, sea esta lo que sea. Por

cierto, al parecer no se hace ninguna mención en el testamento al legatario residual. Ernest, hijo mío, puede que tengamos que pelear en este sentido...

—¿Cómo lo sabes, padre? —pregunté. Él se había mostrado muy duro en el asunto de los impuestos sobre sucesiones de su propia fortuna, si bien no se me oculta que sobre esta existe un vínculo inalienable y yo he de heredarla. Así, decidí hacerle ver que yo sé bastante más que él..., al menos de cuestiones jurídicas—. Mucho me temo que, cuando examinemos el asunto de cerca, no haya nada que examinar. En primer lugar, todo puede estar atado y bien atado en la carta a St. Leger, que forma parte del testamento. Y si esa carta fuera inoperante por su negativa a aceptar las condiciones (sean estas cuales sean), entonces la carta destinada al abogado empezaría a surtir su efecto; nosotros no conocemos el contenido de esa carta, y probablemente tampoco lo conozca el destinatario, y eso que yo afiné la vista todo lo que pude —a los hombres de leyes nos entrenan de manera especial para la observación—, pero, aun cuando no se siguieran las instrucciones mencionadas en la carta C, el cuerpo de la herencia otorga plenos poderes a Trent para actuar como buenamente le parezca. Puede quedarse con todo el chocolate sí así lo decide, y nadie podrá rechistar. En realidad, es el supremo juez de apelación.

—Hmmm —dijo mi padre en voz baja—. Es un testamento bastante raro, de eso no me cabe la menor duda, que podría ser invalidado por el tribunal de Chancery. Quizá tengamos que acudir a él antes de que termine todo este asunto. —Dicho lo cual, se levantó, y nos fuimos juntos a casa sin decir ni una palabra más.

Mi madre quiso enterarse de todo con pelos y señales —muy propio de las mujeres—. Entre mi padre y yo le contamos todo lo que era conveniente que supiera. Creo que los dos teníamos miedo de que su instinto de mujer la empujara a crearnos algún problema diciendo o haciendo algo insensato. En efecto, manifestó una tal hostilidad hacia Rupert St. Leger que no tendría nada de extrañar que tratara de causarle algún tipo de daño. Así, cuando mi padre dijo que volvería a marchar dentro de poco, pues quería consultar a su abogado, yo reaccioné al punto y le dije que le acompañaría, pues también yo quería asesorarme sobre cuál era mi verdadera situación personal en todo este asunto.

Contenido de la carta contrasñada con la letra «B», que forma parte integrante del testamento de Roger Melton.

11 de junio de 1907

Esta carta, parte integrante de mis últimas voluntades, trata de todo lo que resta de mi patrimonio deducidos los legados específicos indicados en el cuerpo de mi testamento. Tiene por objeto nombrar heredero mío universal,

siempre y cuando acepte debidamente las condiciones aquí especificadas, a mi querido sobrino Rupert Sent Leger, hijo único de mi hermana Patience Melton, q.e.p.d., nacido de su matrimonio con el capitán Rupert Sent Leger, también fallecido. Tras su aceptación de las condiciones y el cumplimiento de la primera de ellas, el patrimonio entero, una vez pagados todos los legados específicos y todas mis deudas y demás obligaciones, pasará a ser propiedad suya absoluta, y será gestionado y utilizado tal y como a él le parezca. Estas son las condiciones:

1. Ha de aceptar provisionalmente, por carta dirigida a mis albaceas, la suma de novecientos noventa y nueve mil libras esterlinas, libres de todos los impuestos, gravámenes u otras cargas cualesquiera. Dispondrá de esta suma durante un período de seis meses, a partir de la fecha de la lectura de mis últimas voluntades, así como de los intereses acumulados calculados al diez por ciento anual, cantidad que bajo ninguna circunstancia estará exigido a reponer. Al término de los mencionados seis meses deberá comunicar, por escrito dirigido a los albaceas de mi testamento, su aceptación o rechazo de las otras condiciones que siguen a continuación. Pero, si él así lo desea, tendrá libertad para declarar por escrito a los albaceas en el plazo de una semana a partir del momento de la lectura del testamento su deseo de aceptar o rechazar por completo la responsabilidad de este fideicomiso. En caso de rechazo, conservará sin más y para su propio beneficio la mencionada suma de novecientos noventa y nueve mil libras esterlinas libres de todos los impuestos, cargas y gravámenes cualesquiera, que, unida al legado específico de mil libras, constituirá la suma global de un millón de libras esterlinas libres de todo impuesto o gravamen. Y, desde el momento de la notificación por escrito de dicho rechazo, dejará de tener derecho o interés alguno en cualquier disposición ulterior relativa a mi herencia contenida en este documento. Si este rechazo es notificado a mis albaceas, estos recibirán en propiedad el residuo de mi herencia, tras el pago de la mencionada suma de novecientos noventa y nueve mil libras esterlinas y el pago de todos los impuestos, cargas y gravámenes que pudiera exigir la ley por la transmisión al susodicho Rupert Sent Leger. Dicho residuo será conservado por ellos a fin de que puedan disponer de él a tenor de las instrucciones por mí impartidas y contenidas en la carta C, que también forma parte integrante de mis últimas voluntades y testamento.

2. Si en el momento, o antes, de la expiración de los seis meses antes mencionados el susodicho Rupert Sent Leger hubiera aceptado las condiciones aquí especificadas, a él le corresponderá el disfrute de los intereses devengados por el susodicho residuo patrimonial, intereses que le serán abonados trimestralmente en los habituales días de vencimiento por los susodichos albaceas el comandante general sir Colin Alexander MacKelpie, barón, y Edward Bingham Trent, y que serán utilizados por él a tenor de los

términos y condiciones aquí detallados.

3. El susodicho Rupert Sent Leger residirá durante un período de al menos seis meses, a contar desde no más tarde de tres meses después de la lectura de mi testamento, en el castillo de Vissarion, en el país de las Montañas Azules. Y sí cumple las condiciones que se le imponen, y por tanto resulta titular del residuo global de mi patrimonio, seguirá residiendo allí parcialmente durante un período de un año. No deberá renunciar a su nacionalidad británica salvo si media el consentimiento formal del Comité Asesor del Monarca de Gran Bretaña.

Al cabo de un año y medio a partir de la lectura de mi testamento, informará en persona a mis albaceas del gasto de las cantidades pagadas o debidas por él en la ejecución del fideicomiso, y, si estos las consideran conformes a las condiciones estipuladas en la susodicha carta contrasignada con la letra C y que forma parte integrante de mi testamento, harán constar su aprobación en el testamento, que podrá pasar ulteriormente al tribunal de testamentarías y al fisco. Cumplimentado lo cual, el susodicho Rupert Sent Leger será titular absoluto, y sin ulteriores actos ni escrituras, del residuo global de mi patrimonio. En fe de lo cual, etc.,

(firmado) Roger Melton

Del presente documento dan fe los testigos del testamento en la misma fecha.

(Personal y confidencial)

MEMORÁNDUMS REDACTADOS POR EDWARD BINGHAM TRENT CON RELACIÓN AL TESTAMENTO DE ROGER MELTON

3 de enero de 1907

El interés y las cuestiones suscitadas en el testamento y herencia del finado Roger Melton, de Openshaw Grange, son tan vastos que, en caso de que se produzca cualquier litigio entre los distintos implicados, yo, como abogado a quien corresponde ejecutar los deseos del testador, considero oportuno dejar constancia por escrito de los sucesos, conversaciones, etc., no contemplados por las pruebas documentales. Redacto el primer memorándum inmediatamente después del acto de la lectura de la herencia, mientras todos los detalles y conversaciones de dicho acto permanecen aún frescos en mi memoria. Trataré también de realizarlos comentarios oportunos que sirvan para refrescar mi memoria de aquí en adelante, y que, en caso de mi muerte, puedan tal vez aportar, como opiniones registradas contemporáneamente, alguna luz esclarecedora a otra u otras personas que puedan posteriormente tener que continuar y completar las tareas a mí encomendadas.

RELATIVO A LA LECTURA DEL TESTAMENTO DE ROGER MELTON

Cuando, a las 11 de la mañana de este martes, 3 de enero de 1907, abrí el testamento y lo leí en toda su extensión, salvo las cláusulas contenidas en las cartas contrasñadas con sendas letras «B» y «C», se hallaban presentes, además de mí mismo, las siguientes personas:

1. Ernest Halbard Melton, juez de paz, sobrino del testador.
2. Ernest Roger Halbard Melton, hijo del antes mencionado.
3. Rupert Sent Leger, sobrino del testador.
4. El comandante general sir Colin Alexander MacKelpie, barón, coalbacea, junto conmigo, del testamento.
5. Andrew Rossiter, mi escribano, uno de los testigos del testamento del testador.
6. Alfred Nugent, taquígrafo (del despacho de Messrs. Castle, 22 Bream's Building, W. C.).

Una vez leído el testamento, Mr. E. H. Melton preguntó por el valor del legado del testador, pregunta que yo no me sentía facultado para contestar en modo alguno; y a otra pregunta ulterior sobre por qué no se mostraba a los presentes las cláusulas secretas del testamento contesté leyendo las instrucciones anotadas en los sobres de sendas cartas contrasñadas con las letras «B» y «C», que eran suficientemente explicativas. Pero, para que no pudiera haber en lo sucesivo ninguna duda sobre el hecho de que los memorándums de las cartas «B» y «C» debían leerse como cláusulas 10 y 11 del testamento, mandé a Rupert Sent Leger abrir el sobre de la carta «B» en presencia de los allí presentes, todos los cuales firmaron un papel que yo ya tenía preparado en el que se decía que ellos habían visto el sobre abierto y que el memorándum titulado «B. A ser leído como cláusula diez de mi testamento» se contenía en el sobre, del que constituía el único y exclusivo contenido. Mr. Ernest Halbard Melton, juez de paz, antes de firmar examinó cuidadosamente, ayudándose de una lupa que mandó le trajeran, tanto el sobre como el título del memorándum contenido en la carta. Estuvo a punto de dar la vuelta al papel doblado, que se hallaba sobre la mesa, con lo cual habría podido leer el contenido del memorándum, de haberlo deseado; pero al punto le notifiqué que el memorándum que iba a firmar atañía únicamente al encabezamiento de la página, y no a su contenido. Mostró una gran contrariedad, pero no dijo nada, y, tras un segundo escrutinio, firmó. Acto seguido yo introduje el memorándum en un sobre, que todos nosotros firmamos transversalmente a la solapa. Antes de firmar, Mr. Ernest Halbard Melton sacó el papel y lo

comprobó. Yo le pedí luego que lo cerrara, cosa que hizo, y, cuando se halló encima la cera de sellar, lo selló con su propio sello. Sir Colin A. MacKelpie y yo pusimos también nuestros propios sellos. Luego yo introduje el sobre dentro de otro, que sellé con mi propio sello, y mi coalbacea y yo estampamos nuestras firmas transversalmente a la solapa y añadimos la fecha. Yo me encargué de todo esto. Cuando los demás allí presentes se hubieron marchado, mi coalbacea y yo, junto con Mr. Rupert Sent Leger, que se había quedado a petición mía, entramos en mi cámara privada.

Una vez allí, Mr. Rupert Sent Leger leyó el memorándum contraseñado con la letra «B», que debe leerse como cláusula 10 del testamento. Está claro que es un hombre de gran temple, pues su rostro permaneció impasible mientras leía el documento, que lo hacía titular, si cumplía las condiciones impuestas, de una fortuna sin igual en toda Europa —ni siquiera, que yo sepa, incluyendo a las cabezas coronadas—. Tras leerlo una segunda vez, se levantó y dijo:

—Me gustaría haber conocido mejor a mi tío. Debió de poseer el corazón de un rey. Jamás me he encontrado en este mundo con una generosidad como la que él ha mostrado conmigo. Mr. Trent, por las condiciones de este memorándum, o codicilo, o como quiera que se llame, veo que tengo que declarar en el plazo de una semana si acepto o no las condiciones que se me imponen. Pero antes quisiera hacerle una pregunta: ¿Tengo que esperar una semana para declarar?

Le contesté que la intención del testador era manifiestamente asegurarse de que tuviera tiempo suficiente para meditar detenidamente cada uno de los puntos antes de tomar una decisión definitiva y realizar una declaración formal. No obstante, ciñéndome a su pregunta concreta, le precisé que podía hacer su declaración cuando quisiera, con tal de que fuera antes, o más bien no después, de la mencionada semana. Y añadí:

—Pero sí le aconsejo encarecidamente que no actúe precipitadamente. Hay en juego una suma tan enorme que puede estar seguro de que se harán todos los esfuerzos posibles por parte de unos y otros para desposeerle de su herencia, y conviene que todo se haga, no solo en perfecta regla, sino también con tan manifiesto cuidado y buen juicio que no quede la menor duda en cuanto a sus intenciones.

—Gracias, señor —contestó—. Haré tal y como me aconseja tan amablemente tanto en este como en cualquier otro asunto. Pero puedo decirle ahora mismo —y a usted también, querido sir Colin— que no solo acepto las condiciones de mi tío Roger en esto, sino que además, cuando les llegue el turno a los otros asuntos, aceptaré todas las condiciones que él tuviera in mente —y de las que yo pueda tener conocimiento— en cualquier materia.

Todo esto lo dijo con la más extrema seriedad, y confieso que me produjo un gran placer ver su semblante y oír sus palabras en aquellos momentos. Fue exactamente lo que debería haber hecho un joven tan generosamente tratado. Como había llegado el momento de hacerlo, le hice entrega de la larga carta a él dirigida, contrasñada con la letra «D», que yo guardaba en mi cofre. Mientras cumplía con aquel trámite, le precisé:

—No necesita leer la carta aquí. Puede llevársela con usted y leerla solo y a sus anchas. Es de su exclusiva propiedad, sin que de ella se derive obligación alguna. Por cierto, tal vez sería bueno que supiera usted una cosa: yo poseo una copia sellada en un sobre con la siguiente nota: «Se abrirá solo si lo exigiera la situación», y no en ningún otro caso. ¿Por qué no nos vemos mañana, o, mejor aún, por qué no viene usted a cenar conmigo en mi casa esta noche? Me gustaría charlar con usted, y tal vez quiera usted hacerme también algunas preguntas. —Él me contestó con suma cordialidad. Yo me sentí realmente conmovido por la manera como se despidió. Sir Colin MacKelpie se fue también con él: le había prometido dejarlo en Reform.

Carta de Roger Melton a Rupert Sent Leger, contrasñada: «D. Para Rupert Sent Leger. Se la entregará Edward Bingham Trent si y tan pronto como haya declarado (formal o informalmente) su intención de aceptar las condiciones especificadas en la carta B, que constituyen la cláusula 10 de mi testamento. R. M., 1/1/1907

N. B. Ejemplar (sellado) dejado en custodia de E. B. Trent, que se abrirá si lo exigieran las circunstancias, tal y como se especifica».

11 de junio de 1906

Querido sobrino:

Cuando recibas (si es que llegas a recibirla) la presente, sabrás que (a excepción de algunos legados concretos) te dejo, bajo ciertas condiciones, el grueso de mi herencia, una fortuna tan grande que, con su ayuda, cualquier hombre de coraje y habilidad podría labrarse un nombre y un lugar en la historia. Para ello deben cumplirse las condiciones específicas contenidas en la cláusula 10 de mi testamento, condiciones que considero útiles para tu propio futuro. En cualquier caso, yo expongo aquí mi consejo, que tú eres perfectamente libre de seguir o no, así como mis deseos, que trataré de explicar de manera clara y cabal, para que puedas conocer perfectamente mi sentir en caso de que desees llevarlo a cabo o, al menos, poner todo lo que esté de tu parte para que se puedan alcanzar finalmente los resultados que yo espero.

Para tu mejor comprensión, permíteme que te explique antes de nada que el poder —aunque tal vez sería más apropiado decir la fuerza— que está en la

base de mi inmensa fortuna es la ambición. Espoleado por ella, yo trabajé denodadamente durante toda la vida, hasta conseguir por fin que mis ideales, aunque siempre sujetos a mi continuo control, pudieran ser realizados por hombres que yo mismo había seleccionado y puesto a prueba. Tal empeño se alargó durante muchos años, con la satisfacción de todos y recientemente la acumulación por parte de estos mismos hombres de fortunas en cierto modo proporcionales a su valía personal y a la importancia que ellos concedían a tales designios. Así, siendo aún joven, amasé una fortuna considerable. Fortuna que durante más de cuarenta años he utilizado con moderación por lo que a mis necesidades personales se refiere, y con atrevimiento con relación a inversiones de carácter especulativo. Con estas últimas tuve tantísimo cuidado —y estudié tan detenidamente sus variados aspectos— que inclusive ahora el pliego de mis deudas impagadas o mis inversiones infructuosas está casi en blanco. Tal vez a causa de esta filosofía las cosas florecieron para mí, y la riqueza se apiló tan deprisa que a menudo apenas podía utilizarla en beneficio propio. Todo esto fue como la antesala de la ambición; pero yo tenía ya más de cincuenta años de edad cuando el horizonte de la ambición propiamente tal se despejó ante mí. Yo estoy hablando aquí con total libertad, mi querido Rupert, pues, cuando tú leas esto, yo habré pasado ya a mejor vida, y ni la ambición ni el miedo a ser mal comprendido, ni siquiera a ser menospreciado, podrá ya afectarme. Mis asuntos tanto en el ámbito del comercio como de las finanzas cubrieron no solo el lejano oriente, sino también la ruta entera que va de aquí hasta allí, de modo que el Mediterráneo y sus mares adyacentes me resultaron bastante familiares. En mis viajes a lo largo y ancho del Adriático siempre me sorprendió la gran belleza y evidente riqueza —riqueza autóctona— del país de la Montañas Azules. Al fin, el azar me llevó a esta amena región. Al estallar la «Guerra de los Balcanes» en los noventa, uno de los grandes vaivodas acudió a mí en secreto para pedirme un gran préstamo pensando en el bien de su nación. Era sabido en los círculos financieros tanto de Europa como de Asia que yo jugaba un papel activo en la haute politique de los tesoros nacionales, y el vaivoda Vissarion acudió a mí como a la única persona capaz —y susceptible— de llevar a cabo sus deseos. En el transcurso de varias conversaciones confidenciales, me explicó que su nación se encontraba en los momentos críticos de un gran alumbramiento. Como probablemente ya sepas, esta galana y pequeña nación del País de las Montañas Azules posee una extraña historia. Durante más de mil años —desde su colonización tras el desastre de Rossoro—, ha mantenido su independencia nacional bajo varias formas de gobierno. Al principio tuvo un rey, pero sus sucesores resultaron ser tan déspotas que acabaron siendo destronados. Luego fue gobernado por sus vaivodas, con el influjo de los denominados vladikas, parecidos en poder y funciones a los príncipes-obispos de Montenegro; después, por un príncipe, o, como en el día de hoy, por un consejo elector irregular, influido, aunque de

manera suave, por el vladika, cuya autoridad se supone que debe ejercerse en el plano meramente espiritual. Como es natural, dicho consejo elector no disponía de suficientes fondos para armamentos, que por otra parte no era tan inmediata e imperiosamente necesario para esta nación pequeña y pobre, y, por tanto, el vaivoda Vissarion, que poseía vastos dominios, y que era el actual representante de una familia que desde antiguo había figurado a la cabeza del país, consideró un deber personal hacer por cuenta propia lo que el estado no podía hacer por sí solo.

Como garantía para el préstamo que quería que yo le hiciera, y que era ciertamente enorme, me ofreció venderme todos sus dominios si le aseguraba el derecho a volver a comprarlos dentro de un plazo de tiempo determinado (un plazo que, puedo asegurar, ha expirado desde hace algún tiempo). Puso como condición que la venta y el acuerdo permanecieran en el más estricto secreto entre nosotros, como quiera que la noticia de que sus dominios habían cambiado de manos tendría con toda probabilidad como resultado mi muerte y la suya propia a manos de los montañeses, que son patriotas y recelosos en grado sumo. Se temía un ataque de Turquía, y se necesitaban nuevas armas; y el patriota vaivoda sacrificó su inmensa fortuna por el bien público. ¡Él sabía perfectamente el gran sacrificio que esto representaba!, pues en todas las discusiones sobre un posible cambio en la constitución de las Montañas Azules siempre se daba por sentado que, si se cambiaban los principios de la Constitución a favor de un régimen más personalizado, su familia habría sido considerada la más importante de la nación. En efecto, esta noble familia se había escorado siempre del lado de la libertad desde los tiempos más antiguos; antes de la creación del consejo, e incluso durante el gobierno de los vaivodas, los Vissarion se habían alzado una y otra vez contra el rey o habían desafiado al principado. Su mismo nombre sonaba para el pueblo a libertad, a defensa nacional, contra la opresión extranjera; y los intrépidos montañeses profesaban una gran devoción hacia esta familia, como en otros países libres el pueblo venera a una bandera.

Esta lealtad era una garantía valiosísima para un país que conocía el peligro en todas sus formas, por lo que cualquier cosa que contribuyera a la cohesión de sus partes integrantes constituía un recurso bien recibido. Por todos lados, otras potencias, grandes o pequeñas, presionaban al país, deseosas de hacerse con su soberanía de cualquier manera, aunque fuera por medio del fraude o la fuerza. Grecia, Turquía, Austria, Rusia, Italia y Francia lo habían intentado en vano. Rusia, varias veces rechazada, estaba esperando una nueva oportunidad para atacar. Austria y Grecia, aunque no las unía ningún objetivo o designio, estaban listas para ofrecer sus fuerzas a cualquiera que mostrara ciertas garantías de salir victorioso. Tampoco faltaban otros estados balcánicos deseosos de añadir este pequeño territorio de las Montañas Azules a sus amplias posesiones. Albania, Dalmacia, Herzegovina, Serbia y Bulgaria

miraban con ojos avariciosos esta tierra, que era una vasta fortaleza natural, ya que entre sus límites se cobija el que tal vez sea el mejor puerto que existe entre Gibraltar y los Dardanelos.

Pero los fieros e intrépidos montañeses son irreductibles. Durante largos siglos han resistido, con un ardor y una furia que nada puede contener ni aplacar, a los sucesivos embates contra su independencia. Año tras año, y siglo tras siglo, han opuesto una resistencia intrépida y sañuda a los ejércitos enviados contra ellos. Esta inextinguible pasión por la libertad ha surtido su efecto. Una tras otra, las grandes Potencias han reconocido que la conquista de esta pequeña nación es una tarea ciclópea. Una y otra vez, esta nación se ha defendido como David contra Goliat, no cejando hasta destruir por completo a sus enemigos o verlos retroceder al otro lado de la frontera, con sus efectivos seriamente mermados.

Asimismo, durante muchos siglos el país de las Montañas Azules ha permanecido inexpugnable, pues todas las potencias y estados han temido que los demás se unan contra el primero que decida atacarlo.

En la época a la que me estoy refiriendo existía un temor generalizado en todas las Montañas Azules —y, a decir verdad, también en otras partes— a que Turquía estuviera preparándose para una nueva agresión. El objetivo de su ataque no era del todo conocido, pero existían pruebas de que la «oficina de espías» turca estaba ejercitándose activamente para reducir a su pequeño y pertinaz vecino. Fue en previsión de esto por lo que el vaivoda Pedro Vissarion me abordó, con la esperanza de conseguir el necesario «nervio para pelear».

La situación se había complicado ulteriormente por el hecho de que en aquel momento la cohesión y la unidad del consejo elector estaba en gran parte garantizada por la intervención de la vieja iglesia griega, que representaba la religión oficial y que desde el principio había ligado sus destinos en buena medida a los del propio consejo. Así, era posible que, en caso de producirse la guerra, esta deviniera rápidamente —independientemente de sus causas u orígenes— en una guerra de credos. La guerra de los Balcanes debe ser fundamentalmente una guerra de razas, cuyo desenlace final ninguna mente puede prever, ni siquiera aventurar una hipótesis.

Para entonces yo ya tenía cabal conocimiento del país y de su pueblo, y había acabado amando tanto al uno como al otro. La nobleza y desprendimiento de Vissarion me sedujeron al instante, y sentí que yo también debía contribuir a la defensa de semejantes país y pueblo. Ambos merecían la libertad. Cuando Vissarion me entregó la escritura de venta debidamente cumplimentada, yo me dispuse a rasgarla; pero él adivinó mi intención de

alguna manera y se anticipó. Esto fue lo que me dijo, mientras alzaba la mano:

—Adivino su propósito y, ¡créame!, se lo agradezco desde lo más profundo de mi alma. Pero, mi querido amigo, esto no lo puedo permitir. Nuestros montañeses son extremadamente orgullosos. Aunque a mí me permitirían, al ser yo uno de ellos y como quiera que mis padres han sido en cierto modo sus cabecillas y abanderados durante muchos siglos, hacer todo lo que estuviera en mi poder —y que todos y cada uno de ellos harían igualmente si así se les pidiera—, no aceptarían nunca la ayuda de ningún extraño. Mi querido amigo, ellos se sentirían ofendidos y podrían mostrarle a usted, que tanto nos quiere, una profunda hostilidad que podría resultar peligrosa, con riesgo incluso para su vida. Por eso, amigo mío, le he pedido que ponga una cláusula en nuestro contrato en la que se especifique que tengo derecho a volver a comprar las propiedades, respecto a las cuales estaba usted dispuesto a portarse tan noblemente.

Así pues, mi querido sobrino Rupert, hijo único de mi adorada hermana, por la presente te encarezco solemnemente, por el respeto que me profesas, y el que te profesas a ti mismo, así como por tu propio honor, que, si se llegara a saber que el noble vaivoda Pedro Vissarion puso en peligro con su noble gesto su propia vida por el bien de su país, y que es para él motivo de peligro o infamia el haber vendido su propiedad, aun siendo para tan loable fin, al instante, y de manera que llegue a conocimiento de los montañeses —aunque no necesariamente a conocimiento de otras personas—, devuelvas, a él mismo o sus herederos, el patrimonio del que él quiso deshacerse, y del que de facto se ha deshecho al vencer el plazo de su derecho de recompra. Este es un fideicomiso y un deber secreto que, quede claro, solo existe entre tú y yo; un deber que yo he asumido en nombre de mis herederos, y que debe observarse a toda costa. No pienses que es por falta de confianza en ti o por la creencia de que no lo harás por lo que he tomado otras medidas para asegurar la realización de este proyecto mío tan querido. Es para que la ley pueda cumplirse en caso de necesidad —pues nadie sabe lo que puede acontecer tras haberse ido de este mundo— por lo que, en otra carta dirigida a otros, he dispuesto que, en caso de que no se lleve a cabo este fideicomiso —por fallecimiento u otra causa—, su ejecución se convierta en cláusula o codicilo de mi testamento. Pero, entre tanto, me gustaría que esto se mantuviera en secreto entre los dos. Para mostrarte el alcance de mi confianza, permíteme que te diga que la carta a que se alude más arriba está contrasignada con la letra «C» y va dirigida a mi abogado y coalbacea Edward Bingham Trent, carta que será considerada finalmente como cláusula undécima de mi testamento. A cuyo fin él dispone también de todas las instrucciones necesarias, así como de una copia de esta carta, que solo abrirá en caso de absoluta necesidad y que le dará la posibilidad de realizar mis deseos, además de servirte a ti también de pauta para cumplir las condiciones que te convierten en mi heredero.

Y ahora, mi querido sobrino, permíteme que pase a otro asunto más grato para mí: a tu propia persona. Cuando leas esta carta, yo ya no estaré en este mundo, por lo que no veo ninguna razón para sentirme cohibido por esa reserva que creo me ha caracterizado a lo largo de toda mi comedida vida. Yo sentía un gran cariño hacia tu madre. Como sabes, ella era veinte años más joven que su hermano más joven, quien a su vez era dos años más joven que yo. Por lo tanto, nosotros éramos ya unos buenos mozos cuando ella era un bebé, y, huelga decir, como un juguete para nosotros —casi como una hija nuestra además de hermanita—. Tú conociste bien su dulzura y altas cualidades, por lo que no necesito extenderme sobre estas cosas; pero sí me gustaría que supieras que le profesé un grandísimo afecto. Cuando tu padre y ella se conocieron y enamoraron el uno del otro, yo me encontraba muy lejos, a punto de fundar una nueva agencia comercial en el interior de China, y tardé siete meses en recibir noticias de casa. La primera vez que oí hablar de él, ya se habían casado. Me alegró mucho saber que eran muy felices. Ellos no necesitaban nada que yo les pudiera dar. Cuando él murió —de manera tan repentina—, yo traté de consolarla y puse a su disposición cuanto tenía, en caso de que ella quisiera aceptarlo. Mi hermana era una mujer muy orgullosa —aunque no conmigo—. Sabía que, aunque yo parecía frío y duro (y tal vez lo fuera por regla general), no lo era sin embargo con ella. Pero no quiso aceptar ayuda de ningún tipo. Al insistirle, me dijo que tenía suficiente para tu mantenimiento y educación, y para su propio sustento durante los años que le quedaban aún de vida; que tu padre y ella habían convenido en que tú te educaras en medio de una vida sana y esforzada en vez de en un ambiente de lujo, y que creía que sería mejor para el desarrollo de tu carácter que aprendieras a depender de ti mismo y a contentarte con lo que tu querido padre te había dejado. Ella siempre había sido una muchacha muy juiciosa y reflexiva, y ahora toda su sabiduría y sus pensamientos eran para ti, fruto de tu padre y de ella. Cuando hablaba de ti y de tu futuro, decía muchas cosas que yo estimaba dignas de ser recordadas. Una de ellas se me quedó grabada en particular. Fue una vez en que yo le dije que existía cierto peligro en la extrema pobreza; no era aconsejable que un joven experimentara demasiada necesidad. Ella me contestó:

—Sí, llevas razón; eso es cierto. Pero hay un peligro aún mayor. — Permaneció unos instantes en silencio, y luego prosiguió—. Es mejor no conocer deseos que conocer necesidad.

Te aseguro, querido, que esto es una gran verdad, y espero que la recuerdes por su propio valor y también como parte de la sabiduría de tu madre. Y ahora permíteme que te diga otra cosa que es una especie de corolario de esa sabia sentencia:

Seguro que me consideraste muy duro e incomprensivo en aquella ocasión

en que, en mi calidad de uno de tus fideicomisarios, no acepté que hicieras cesión de tu pequeña fortuna en favor de Miss MacKelpie. Seguro que todavía hoy me guardas cierto rencor por ello. Pues bien, ya es hora de que sepas la verdad. Aquella petición tuya fue una delicia inenarrable para mí. Fue como si tu madre hubiera vuelto del otro mundo. Aquella pequeña carta tuya me hizo desear por primera vez haber tenido un hijo, un hijo que se pareciera a ti. Caí como en una especie de ensoñación, llegando a preguntarme si aún no era demasiado viejo para casarme, de modo que pudiera tener un hijo que me acompañara en mis años crepusculares —si mi vida se hubiera alargado tanto—. Pero, al final, llegué a la conclusión de que aquello no podía ser para mí. No había ninguna mujer que yo conociera, o hubiera conocido, a la que pudiera amar como tu madre amó a tu padre y él a ella. Así que me resigné a mi suerte. Tenía que proseguir en solitario mi camino hasta el final. Y luego me vino un rayo de luz en medio de la oscuridad: me quedabas tú. Aunque tú no te sintieras como un hijo mío —yo no puedo esperar esto dado que tus recuerdos paternos no pueden ser mejores—, yo sí podría sentirme como un padre para ti. Nada podría impedir esto, pues yo lo mantendría como un secreto personal en los rincones más profundos de mi corazón, donde durante treinta años había estado alojada la imagen de una niña adorable: tu madre. Mi querido muchacho, cuando en tu vida futura poseas felicidad, honores y poder, espero que alguna vez te acuerdes de este anciano solitario cuyos últimos años estuvieron iluminados por tu mismísima existencia.

El recuerdo de tu madre me mantuvo al pie del deber. Yo había emprendido para ella una misión sagrada: llevar a cabo sus deseos respecto a su hijo. Yo sabía cómo habría actuado ella. Para ella se habría planteado sin lugar a dudas una auténtica lucha entre la inclinación y el deber; y el deber habría ganado. Así pues, yo cumplí mi deber, aunque te aseguro que fue para mí una tarea dura y amarga en aquella época. Pero puedo decirte que desde entonces me he sentido muy contento al ver el resultado. Yo traté, como tal vez recuerdes, de cumplir tus deseos de otra manera, pero tu carta tornó tan difíciles mis posibilidades de éxito que me vi obligado a desistir. Y permíteme que te diga que aquella carta tuya me hizo sentir más cariño por ti que nunca.

Huelga decirte que, a partir de entonces, seguí tus pasos muy de cerca. Cuando te lanzabas a los mares, yo movía en secreto todos los hilos del entramado comercial para saber qué había sido de ti. Luego, hasta que alcanzaste la mayoría de edad, mantuve una constante vigilancia sobre ti, no para interferir en tus asuntos, sino para poder encontrarte en caso de necesidad. Cuando, en su momento, me enteré de cuál había sido tu primer acto al cumplir la mayoría de edad, sentí una satisfacción enorme. Yo tenía que estar al tanto del cumplimiento de tu intención original para con Janet MacKelpie, pues había que transferir los títulos financieros.

Desde entonces observé atentamente —por supuesto, con nuevos ojos— tus principales actividades. Habría sido un gran placer para mí poder ayudarte a colmar alguna esperanza o ambición tuyas, pero me di cuenta de que, en los años que mediaron entre tu mayoría de edad y el momento presente, tú estabas realizando a tu manera tus propias ideas y ambiciones, que, como trataré de explicarte ahora mismo, eran también las mías. Tú tenías un carácter tan aventurero que ni siquiera mi «departamento de investigación» privado lograba seguirte la pista. Mis servicios de investigación eran bastante buenos para el oriente —al menos para buena parte del mismo—. Pero tú viajabas al norte y al sur, y también al oeste, y además explorabas ámbitos en los que el comercio y los negocios corrientes no tienen ninguna incidencia: ámbitos del pensamiento, del espíritu, del psiquismo; en una palabra, del misterio. Como yo me veía una y otra vez frustrado en mis pesquisas, tuve que ensanchar mi radio de acción y a tal fin fundé —no en nombre propio, por supuesto— algunas nuevas revistas dedicadas a ciertas ramas de la investigación y la aventura. Si quisieras saber más acerca de estas cosas, Mr. Trent, bajo cuyo nombre se han dejado las acciones, te facilitará con mucho gusto todos los detalles. Por cierto, estas acciones, como todo lo demás que yo poseo, pasarán a tu nombre cuando llegue el momento, si es que te interesa, claro. A través de La Revista de la Aventura, La Revista del Misterio, El Ocultismo, Globos y Aeroplanos, El Submarino, La Jungla y las Pampas, El Mundo Fantasmal, El Explorador, Bosques e Islas, Océanos y Arroyos, etc., me mantenía informado de tus paraderos y proyectos, que, de lo contrario, habría desconocido por completo. Por ejemplo, cuando desapareciste en el Bosque de los Incas, conseguí una pista sobre tus extrañas aventuras y descubrimientos en las ciudades enterradas de Eudori gracias a un corresponsal de La Revista de la Aventura mucho antes de que el Times hablara del templo rocoso de estos salvajes primitivos, donde solo quedaban pequeñas serpientes dragones, cuyos gigantescos ancestros aparecen rudamente esculpidos en el altar sacrificial. Recuerdo bien los escalofríos que sentí al leer aquel escueto artículo en el que se hablaba de cómo habías penetrado tú solo en el interior de aquel auténtico infierno. Asimismo, fue por El Ocultismo como me enteré de tu estancia, también en solitario, en las infestadas catacumbas de Elora, en los rincones más apartados del Himalaya, o de las aterradoras experiencias que, cuando saliste de ellas lívido y tembloroso, infundieron un terror casi epiléptico a quienes se habían acercado en cordada hasta el acceso, excavado en roca, del templo escondido.

Todo aquello lo leí con suma delicia. Tú te estabas modelando a ti mismo para una aventura más amplia y elevada, que tendría su digno colofón en los años de tu madurez. Cuando leí lo que se decía de ti en una descripción de Mihask, en Madagascar, y del culto al diablo que practican allí de vez en cuando, sentí que no tenía más que esperar tu regreso para hablarte de la

empresa que durante largo tiempo yo había contemplado. Esto es lo que leí:

«Es un hombre a quien ninguna aventura parece demasiado peligrosa o temible. Su valor e intrepidez son famosos entre muchos pueblos salvajes, y entre otros muchos no salvajes cuyos temores no versan sobre cosas materiales, sino sobre lo que de misterioso hay en y más allá de la tumba. Se atreve no solo con los animales y los hombres salvajes, sino también con la magia africana y el misticismo indio. La Sociedad de Investigación Psíquica hace tiempo que ha explotado sus valerosas gestas, y lo considera como tal vez el agente o fuente de descubrimientos más fiables. Se encuentra en la flor de la vida, posee una estatura y una fuerza casi de gigante, conoce el uso de todas las armas de todos los países, está habituado a cualquier tipo de penalidad, es de mente sutil e ingeniosa y comprende la naturaleza humana desde sus formas más elementales hasta las más complejas. Nos quedaríamos cortos afirmando que no conoce el miedo. En una palabra, es un hombre cuya fuerza y arrojo lo hacen apto para cualquier tipo de empresa. Se atreverá a hacer cualquier cosa en el mundo o fuera de él, en la tierra o bajo ella, por mar o por aire, sin temor a nada material o inmaterial, a hombre o espíritu, a dios o diablo».

Por si te interesa saberlo, he llevado siempre este recorte en mi cartera desde el momento en que lo leí hasta el día de hoy.

Te vuelvo a recordar que nunca me entrometí en modo alguno en ninguna de tus aventuras. Yo quería que tú «apecharas con tu propio destino», como dicen los escoceses; y quería al mismo tiempo estar al corriente de ello, nada más. Ahora que te considero plenamente equipado para una empresa mayor, quiero ponerte en pista y proporcionarte el arma más poderosa —más allá de las cualidades personales— para ganar un gran honor; una ganancia, mi querido sobrino, que, estoy completamente seguro, te seducirá a ti como siempre me ha seducido a mí. Yo he trabajado en ella durante más de cincuenta años; pero ahora que ha llegado el momento en el que se me escapa la antorcha de mis manos fatigadas, espero que tú, mi queridísimo pariente, la empuñes y mantengas en lo más alto.

La pequeña nación de las Montañas Azules ejerció sobre mí una gran fascinación desde el principio. Es una nación pobre, orgullosa y valerosa. Su pueblo merece sobradamente ganar, y yo te aconsejaría que unieras a él tu destino. Puede que te resulte difícil ganar su confianza, pues cuando los pueblos, al igual que los individuos, son pobres y orgullosos, es fácil que estas dos cualidades actúen entre sí hasta consecuencias extremas. Estos hombres son indomables, y si no se está con ellos de manera incondicional y no se es un líder reconocido, resultará imposible realizar progreso alguno. Pero si consigues ganar su confianza, te serán leales hasta la muerte. Si eres ambicioso —y sé que lo eres—, encontrarás en este país un campo

perfectamente abonado. Con tus cualidades y atributos, fortificado por la fortuna que me alegro de poder legarte, podrás aspirar a hacer muchas cosas y a llegar lejos. Si yo estuviera aún vivo cuando hayas regresado de tu exploración por el norte de América del Sur, me encantaría poder ayudarte en esta u otra empresa, y consideraría un privilegio compartirla contigo. Pero el tiempo apremia; ya tengo setenta y dos años. Los años del hombre son tres veintenas más diez. Seguro que me entiendes; yo sí... Permíteme que te diga otra cosa: Para proyectos ambiciosos, las grandes nacionalidades están vetadas a un extranjero, y nosotros, como tales, estamos limitados por la lealtad (y el sentido común). Solo en una pequeña nación se pueden desarrollar las grandes ambiciones. Si tú compartes mis opiniones y deseos, las Montañas Azules serán tu terreno ideal. Hubo un tiempo en que yo esperé poder convertirme en un vaivoda; mejor dicho, en un gran vaivoda. Pero los años han apagado mis ambiciones personales lo mismo que han mermado mis facultades. Yo ya no sueño con este honor para mí, pero sí lo contemplo como una posibilidad para ti, si muestras interés. Merced a mi testamento tendrás una gran posición y unos grandes dominios, y aunque tal vez tengas que ceder estos últimos de acuerdo con mi deseo, tal y como lo he expresado en esta carta, este acto te aseguraría un lugar aún más privilegiado en los corazones de los montañeses, en caso de que llegaran a enterarse. Si cuando heredes de mí el vaivoda Vissarion no está ya con vida, puede servirte de ayuda saber que en tal caso quedarías desligado de toda obligación, aunque confío que en esta, como en todas las demás circunstancias, será tu propio sentido del deber el que te empuje a respetar mis deseos. Así pues, el asunto se plantea de esta manera: si Vissarion vive, le cederás las posesiones. Si no fuera tal el caso, actuarás como creas que me gustaría que hubieras obrado. En cualquiera de los dos casos, los montañeses no han de conocer a través de ti de ninguna manera los contactos secretos entre Vissarion y yo. Dicho conocimiento debería llegarles (si es que les llega) de parte de personas distintas a ti, en cuyo caso deberías ceder estos dominios sin dar motivo a ningún *quid pro quo*. Pero esto no debe preocuparte, pues la fortuna que vas a heredar te proporcionará una gran holgura y capacidad para comprar tierras en las Montañas Azules o en cualquier otra parte del mundo que se te pueda antojar.

Si otros atacan, atácales tú, y con mayor rapidez y contundencia que ellos, si tienes la posibilidad, claro. Si resulta que heredas el castillo de Vissarion, en la Lanza de Iván, recuerda que lo fortifiqué en secreto y lo blindé contra cualquier ataque. No solo hay unas rejas macizas, sino también puertas de bronce fundidas al temple allí donde es necesario. Mi buen amigo Rooke, que me ha servido fielmente durante casi cuarenta años, y ha emprendido en nombre mío muchas expediciones peligrosas, te servirá a ti, espero, de la misma manera. Trátalo bien, aunque sea solo por consideración a mi persona. Le he dejado medios suficientes para llevar una vida holgada; pero es

propenso a participar en empresas peligrosas. Es más silencioso que una tumba y más atrevido que un león. Conoce todos los detalles de la fortificación y de los medios de defensa secretos. Una confidencia sobre él, aquí entre nosotros: fue pirata en otro tiempo. Fue en los primeros años de su juventud, por lo que hace ya mucho tiempo que cambió sus hábitos de vida en dicho sentido; pero esta revelación tal vez te ayude a comprender mejor su manera de ser. Te será de gran utilidad, si surge la ocasión. Si aceptas las condiciones de mi carta, tendrás que hacer de las Montañas Azules, al menos parcialmente, tu propio hogar, donde pasarás una parte del año, aunque solo fuera una semana, como en Inglaterra los propietarios de tierras reparten su tiempo entre sus distintas fincas. A esto no estás obligado, ni nadie tendrá nunca poder alguno para obligarte a ello ni para entrometerse en tu vida. Con esto expreso solo una esperanza. Pero hay otra cosa que deseo con mayor fuerza aún: deseo que, para el cabal cumplimiento de mis últimas voluntades, y ocurra lo que ocurra, no pierdas tu nacionalidad británica, a no ser por un acuerdo especial con —y consentimiento de— el Comité Asesor del Monarca. Dicha disposición será formalizada por mi amigo Edward Bingham Trent, o por quienquiera que él nombre por escrito o testamento para que actúe en el asunto, y se hará de tal manera que ningún acto, salvo el exclusivo del Parlamento en todos sus poderes y refrendado por el rey, pueda prevalecer sobre ella.

Mis últimas palabras para ti son estas: Sé atrevido y honesto, y no tengas miedo. Casi todas las cosas —incluida la realeza— se pueden ganar en algún lugar mediante la espada. Un corazón valiente y un brazo fuerte pueden llegar muy lejos. Pero, se gane lo que se gane, su conservación no se puede garantizar solamente con la espada. Solo la justicia prevalecerá a largo plazo. Cuando creen en su jefe, los hombres están dispuestos a seguirlo, y a la masa le gusta seguir, no mandar. Si tienes la fortuna de mandar, sé atrevido, pero también prudente, y rentabiliza todas las aptitudes que te puedan resultar útiles. No retrocedas ante nada. No des la espalda a lo que sea en sí honroso. Toma responsabilidades cuando estas se presenten. Acepta lo que a otros amedrente. Esto te reportará grandeza en el mundo, grande o pequeño, en que vivas. No temas nada, sea cual sea el peligro que pueda entrañar o el origen que pueda tener. La mejor, y única, manera de hacer frente al peligro es despreciándolo en la práctica, que no con el cerebro. Hay que hacerle frente en la puerta, no dentro de la habitación.

Mi querido pariente: ¡el buen nombre de mi raza y de la tuya, meritoriamente fundidas en tu persona, depende ahora de ti!

Carta de Rupert SentLeger, 32 Bodmin Street, Victoria, S. W., a Miss Janet MacKelpie, Croom, Rossshire.

3 de enero de 1907

Queridísima tía Janet:

Estoy seguro de que te alegrará enormemente saber que he heredado una enorme fortuna gracias al testamento de tío Roger. Tal vez sir Colin te haya escrito ya, como quiera que es uno de los albaceas del mismo y que hay en él una parte para ti. Pero no quiero robarle el gusto de contarte esto por sí mismo. Por desgracia, no tengo plena libertad para hablar de lo que a mí me ha correspondido; pero sí quiero que sepas que, en el peor de los casos, voy a recibir una cantidad muy superior a la jamás soñada por mí. En cuanto pueda partir de Londres —donde, como es lógico, tengo que quedarme hasta que se arreglen todos estos asuntos—, iré a Croom a verte, y espero que para entonces ya pueda darte a conocer suficientes cosas para que puedas más que barruntar el cambio extraordinario que se ha producido en mi vida. Todo ha sido como un sueño imposible: no hay nada semejante en las «Mil y Una Noches». Sin embargo, los detalles tendrán que esperar, por el momento se me pide guardar secreto. Y lo mismo te ruego que hagas. No te importa, ¿verdad, querida tía? Lo que sí puedo hacer por ahora es hablarte de mi buena estrella, y de que voy a ir dentro de poco a vivir durante una temporada en Vissarion. ¿Por qué no vas tú también conmigo, mi querida tía Janet? Hablaremos más detenidamente de todo esto cuando vaya a verte a Croom; pero quería que fueras ya meditando este proyecto.

Sin nada más por hoy, te abraza cariñosamente,

Rupert

Del diario de Rupert Sent Leger:

4 de enero de 1907

Los acontecimientos de mi vida se han precipitado últimamente de tal manera que apenas he tenido tiempo para recapacitar. Pero algunas de las cosas han sido tan importantes, y han cambiado tan profundamente mis proyectos de vida en general, que quizá sea aconsejable guardar algún tipo de registro de las mismas. Tal vez algún día desee recordar algún detalle —por ejemplo, la secuencia de los acontecimientos, o algo por el estilo—, en cuyo caso este diario me resultará muy útil. Debería ser así, si existe alguna justicia en esta vida, pues esta redacción va a suponer para mí un terrible trabajo, sobre todo en estos momentos en que tengo tantas cosas en que pensar. A tía Janet, supongo, le gustará guardarlo bajo llave para mí, como hace con todos mis diarios y papeles. Esta es una de las muchas cosas buenas que tiene tía Janet: carece de curiosidad, o, si se quiere, posee alguna otra cualidad que le impide curiosear, como suelen hacer otras mujeres. Se puede decir que nunca ha abierto en su vida ni siquiera la portada de uno solo de mis diarios. Cosa que ella no haría nunca sin mi permiso. Por eso, es muy probable que este diario acabe también en su poder con el tiempo.

Anoche cené con Mr. Trent por expreso deseo suyo. La cena tuvo lugar en sus aposentos privados. La enviaron del hotel. No quería que estuviera presente ningún camarero; así pues, mandó que nos trajeran de cenar rápidamente, y nos servimos nosotros mismos. Una vez que nos quedamos solos, pudimos charlar libremente, y tratamos de un montón de temas durante la cena. Él empezó hablando de tío Roger. Yo me alegré mucho de ello, pues, por supuesto, quería saber el máximo de cosas sobre él, como quiera que a él apenas si le he visto a lo largo de mi vida. Por supuesto, cuando yo era pequeño él venía a menudo a nuestra casa, pues sentía un gran cariño por mi madre, y ella por él. Pero me imagino que le resultarían molestos los niños pequeños. Luego yo empecé a ir al colegio, y él partió hacia el Oriente. Después murió mi pobre madre mientras él vivía en las Montañas Azules, y ya no volví a verlo nunca más. Cuando le escribí hablándole de tía Janet, me contestó con suma amabilidad; pero se mostró tan severo en aquella cuestión que le cogí miedo. Luego me marché del país, y desde entonces no he parado de viajar por el mundo; de modo que nunca se presentó una ocasión oportuna para que nos entrevistáramos. Pero esta carta suya me ha abierto los ojos. Pensar que me ha estado siguiendo de esa manera por todo el mundo, esperando poder ofrecerme ayuda si la necesitaba... Me gustaría haber sabido, o al menos sospechado, el tipo de hombre que era, y lo mucho que se preocupó por mí; yo habría vuelto alguna que otra vez para verlo, aunque hubiera tenido que recorrer medio mundo para ello. En fin, lo único que puedo hacer ahora es cumplir sus deseos; esta será la expiación a mi negligencia. Él era un hombre que sabía perfectamente lo que quería, y creo que con el tiempo conseguiré comprenderlo yo también.

Me encontraba ocupado por estos pensamientos cuando empezó a hablar Mr. Trent, y pude descubrir que todo lo que él decía sintonizaba perfectamente con lo que yo estaba pensando. Estaba claro que estos dos hombres eran grandes amigos —en cualquier caso, se podía adivinar fácilmente por el testamento y las cartas—, por lo que no me sorprendió que Mr. Trent me revelara que habían coincidido en su época de colegiales —tío Roger de los mayores, y Mr. Trent de los más jóvenes— y que desde entonces se habían contado mutuamente sus confidencias. Mr. Trent, descubrí, había estado enamorado desde el primer momento de mi madre, incluso desde que ella era niña; pero él era pobre y tímido, y no le gustaba hablar. Cuando se decidió a hacerlo, descubrió que ella ya conocía a mi padre, y no tuvo más remedio que constatar que estaban mutuamente enamorados. Así que decidió guardar silencio al respecto. Me dijo que nunca había dicho una sola palabra de ello a nadie, ni siquiera a mi tío Roger, aunque sabía por varios indicios que a él no le habría disgustado la idea. No pude por menos de notar que este simpático vejete me trataba con una especie de actitud paternal —he oído decir que estos amores románticos se transfieren después sobre los hijos—. A mí no me

molestaba esto; antes al contrario, le tenía mayor simpatía precisamente por esto. Yo amo tanto a mi madre —no pasa día sin que piense en ella— que no consigo imaginármela muerta. Y detecto una especie de afinidad entre todo aquel que la haya amado y yo. Por mi parte, traté de hacerle ver a Mr. Trent que me agradaba su compañía, y esto le gustó tanto que noté que su afecto hacia mí iba en aumento. Antes de despedirnos, me dijo que iba a jubilarse. Debió de percibir mi desencanto —¿cómo podría yo seguir adelante sin él?—, pues me dijo al instante, mientras posaba una mano —con mucho cariño, pensé— sobre mi hombro:

—Pero tendré un cliente de cuyo caso espero poder ocuparme siempre, y para quien estaré disponible mientras viva, si es que él así lo desea.

No había necesidad de decir nada, y me limité a estrecharle la mano. Él la apretó con fuerza, y agregó con tono serio:

—Yo he llevado los asuntos de tu tío de la mejor manera posible durante casi cincuenta años. Él se fiaba plenamente de mí, y yo me siento orgulloso de su confianza. Puedo decirte honestamente, Rupert —espero que no te moleste este trato familiar—, que, aunque los asuntos que llevé eran tan vastos que, sin abusar de mi confianza, podría a menudo haber utilizado mis conocimientos para mi provecho personal, ni una sola vez, en casos ya grandes ya pequeños, abusé de dicha confianza; no, ni siquiera la empañé lo más mínimo. Y ahora que se ha acordado de mí tan generosamente en su testamento, de modo que ya no necesito trabajar más, será un verdadero placer y orgullo para mí cumplir de la mejor manera posible todos sus deseos —que yo conocía ya en parte, y ahora conozco más plenamente— para contigo, su sobrino.

Durante la larga charla que mantuvimos, y que duró hasta medianoche, me contó muchas cosas muy interesantes sobre tío Roger. Cuando, en el transcurso de la conversación, dijo que la fortuna dejada por tío Roger debía superar los cien millones de libras esterlinas, me quedé tan sorprendido que dije en voz alta (sin pretender hacer ninguna pregunta):

—Cómo es posible que un hombre que empieza sin nada consiga una fortuna tan increíble...

—Por medios honestos —contestó—, y gracias a su penetrante conocimiento de la condición humana. Él conocía media mitad del planeta, y estaba tan al corriente de todos los acontecimientos, públicos y nacionales, que sabía cuál era el momento oportuno para adelantar el dinero necesitado. Siempre fue un hombre generoso, y siempre se escoró de parte de la libertad. En estos momentos hay naciones que se encuentran en el punto crítico de acceder a la consolidación de su libertad, y que le deben todo a él, que sabía cuándo y cómo ayudar. Nada de extraño, pues, que en algunos países brinden en su memoria en las grandes ocasiones, como antes brindaban por su salud.

—Cosa que haremos también nosotros dos, señor —exclamé mientras llenaba mi copa y me levantaba. Bebimos hasta apurar nuestras bebidas. Ninguno de los dos dijo nada más; pero el anciano gentilhomme alargó la mano, que yo cogí. Y así, con las manos cogidas, bebimos en silencio. Sentí que se me ponía un nudo en la garganta; y noté que él también estaba emocionado.

De los memorándums de E. B. Trent

4 de enero de 1907

Ayer pedí a Mr. Rupert Sent Leger que cenara conmigo en mi casa, los dos solos, pues quería tener una charla con él. Mañana sir Colin y yo mantendremos una reunión formal con él para resolver algunos asuntos, pero a mí me pareció mejor mantener una charla informal a solas con él primero, pues quería contarle algunas cosas que a buen seguro harán nuestra reunión de mañana más productiva y útil, pues ahora puede disponer de una comprensión más plena de los asuntos que tenemos que tratar. Sir Colin es un hombre cabal como hay pocos, y la verdad es que no he podido tener un compañero mejor en la ejecución de este testamento tan fuera de lo común; pero él no ha disfrutado del privilegio que yo he tenido de una amistad perdurable con el testador. Y como convenía que Rupert Sent Leger conociera algunos detalles íntimos relacionados con su tío, era mejor que lo viera a solas para poder hacerle algunas confidencias. Mañana tendremos un montón de formalidades que resolver. Yo me quedé encantado de Rupert. Es exactamente como yo había esperado que fuera el hijo de su madre, o mi hijo propio, de haber tenido la fortuna de conocer la paternidad. Pero no ha sido tal mi caso. Recuerdo que hace mucho, muchísimo tiempo, leí un pasaje de los Ensayos de Lamb que se me quedó grabado en la mente: «Los hijos de Alice llaman a Bartum padre». Algunos de mis viejos amigos se reirían si me vieran a mí escribiendo esto, pero estos memorándums son para mis ojos exclusivamente, y nadie los leerá hasta después de mi muerte, a no ser que yo dé el debido permiso. Este muchacho ha heredado algunas cualidades de su padre: tiene un atrevimiento que resulta molesto a un abogado viejo y aburrido como yo. Sin embargo, siento por él más afecto del que he sentido nunca por nadie —me refiero a personas de sexo masculino— en mi vida, incluido su propio tío, mi viejo amigo Roger Melton; y Dios sabe que me sobran motivos para profesarle a este un afecto grandísimo. Ahora tengo en mi vida más de lo que nunca he tenido. Ha sido maravilloso ver la reacción de este joven aventurero al enterarse de lo que su tío pensaba de él. Es un verdadero galán, cuyas hazañas y aventuras no han alterado, empero, la bondad de su corazón. Es para mí un placer pensar que Roger y sir Colin sintieran lo mismo a propósito de la meditada generosidad del muchacho hacia Miss MacKelpie. El viejo soldado será un buen amigo suyo, o mucho me equivoco. Con un viejo abogado como

yo, y un viejo soldado como él, y una anciana y gentil dama como Miss MacKelpie, que estaría dispuesta a besar las huellas que dejan sus pisadas, para cuidar de él, junto con todas sus excelentes cualidades personales y su portentosa experiencia del mundo, amén de la gigantesca fortuna que con toda seguridad será suya, este joven llegará muy lejos.

Carta de Rupert Sent Leger a Miss Janet MacKelpie, Croom

5 de enero de 1907

Queridísima tía Janet:

Ya ha pasado todo; o al menos la primera fase del proceso. Y eso es todo lo que te puedo contar por el momento. Pero aún tengo que esperar en Londres unos cuantos días —que podrían ser incluso semanas— para resolver ciertos asuntos que son ahora necesarios tras mi aceptación de la herencia de tío Roger. Pero, tan pronto como pueda, querida tía, iré a Croom a pasar contigo todos los días que sea posible. Entonces te contaré todo lo que tenga licencia para contarte, y podré agradecerte personalmente tu consentimiento para ir a vivir conmigo a Vissarion. ¡Ah, cómo me gustaría que hubiera vivido mi querida madre para poder estar con nosotros! Le habría gustado tanto venir... Los tres, que pasamos juntos aquellos días entrañables, pero duros, habríamos compartido también este nuevo esplendor. Yo me esforzaría por mostraros a las dos mi amor y gratitud... Ahora tú tienes que cargar con todo el peso, mi querida tía, pues ahora tú y yo estamos solos. Bueno, ya no tan solos como antes, pues me he hecho dos nuevos amigos, ambos ya mayores, que me son en este momento muy queridos. Uno ya es amigo tuyo también. Sir Colin es una persona sencillamente espléndida, como lo es también, a su especial manera, Mr. Trent. Me considero muy afortunado, querida tía Janet, de que unos hombres tan dignos como ellos se ocupen de mis asuntos, ¿no te parece? Te mandaré un telegrama tan pronto como vislumbre el fin de mi trabajo aquí; y quiero que pienses en todas las cosas que siempre has deseado tener en tu vida, de manera que yo pueda satisfacer tus deseos, si es que esto entra en lo terrenalmente factible. No te opondrás a que yo tenga este gran gusto, ¿verdad, querida tía?

Te abraza tu sobrino que mucho te quiere,

RUPERT

Memorándums de E. B. Trent

6 de junio de 1907

La reunión formal de sir Colin y yo con Rupert Sent Leger transcurrió de manera muy satisfactoria. Por lo que él dijo anteayer, y de nuevo anoche, yo me había esperado una aceptación sin reservas de todo lo estipulado, o

implicado, en el testamento de Roger Melton; pero cuando se sentó a la mesa —por cierto, esto pareció ser una formalidad para la que todos estábamos preparados, pues tomamos asiento de manera maquinal—, sus primeras palabras fueron estas:

—Como supongo que tengo que pasar por esta formalidad, prefiero decir antes de nada que acepto toda condición posible que se le hubiera podido ocurrir a tío Roger; y a este fin estoy preparado para firmar, sellar y entregar (o cualquiera que sea el protocolo) todo documento que usted, señor —dijo volviéndose hacia mí— pueda juzgar necesario o aconsejable, y que ustedes dos hayan aprobado.

Acto seguido se levantó y dio unos pasos por la habitación, mientras sir Colin y yo permanecíamos completamente inmóviles y en silencio. Volvió a su sillón y, tras unos cuantos segundos de nerviosismo —cosa rara en él, se me antoja—, prosiguió de esta guisa:

—Espero que ustedes comprendan (por supuesto, ya sé que lo comprenden; lo digo solo habida cuenta del carácter solemne de la ocasión) que deseo aceptar, y de manera inmediata. Y lo hago, créanme, no para hacerme con esta vasta fortuna, sino por mor de la persona que la lega. El hombre que tanto me quería, y que confiaba en mí, y que sin embargo tuvo la fuerza necesaria para reprimir sus sentimientos, que me siguió en espíritu hasta las regiones más apartadas y en las aventuras más arriesgadas, y que, inclusive cuando se hallaba en la otra punta de la tierra, estaba dispuesto a echarme una mano para salvarme o ayudarme, no era un hombre corriente; y su solicitud por el hijo de mi madre no significó un amor corriente hacia mi querida madre. Así, ella y yo aceptamos juntos esta su confianza, entrañe ello lo que entrañar pudiere. He pasado la noche meditando, y durante todo ese tiempo no he podido desechar la idea de que mi madre estaba en cierto modo cerca de mí. El único pensamiento que podría apartarme de hacer lo que deseo hacer —y voy a hacer— sería la no aceptación por parte de ella. Ahora que estoy convencido de que ella lo aprobaría, acepto. Resulte u ocurra lo que pueda resultar u ocurrir, seguiré el curso que él ha trazado para mí. Así pues, pido la ayuda de Dios.

Sir Colin se levantó, y tengo que decir que con el aspecto más marcial que he visto jamás en mi vida. Iba vestido con su uniforme de gala, pues marchaba a la recepción del rey cuando hubiera concluido nuestro asunto. Desenvainó su espada, que dejó desnuda sobre la mesa delante de Rupert, y dijo:

—Caballero, va a ir a un país extraño y peligroso —he leído muchas cosas de él desde que nos hemos conocido— y se encontrará bastante solo entre fieros montañeses, que ven con malos ojos la presencia de un extraño y para quienes usted es, y ha de ser, un extraño. Si alguna vez se encontrara en

cualquier dificultad o necesitara a alguien dispuesto a estar a su lado pase lo que pase, espero que me haga ese honor. —Mientras decía esto, apuntó a su espada. Rupert y yo estábamos también de pie (no se puede permanecer sentado cuando se escuchan semejantes palabras)—. Usted está, lo declaro con orgullo, emparentado con mi familia; y ojalá que lo estuviera aún más conmigo.

Rupert le cogió la mano e inclinó la cabeza delante de él mientras le contestaba de este modo:

—El honor es mío, sir Colin. Le aseguro que lo mejor que puede acontecerle a un hombre es precisamente escuchar lo que usted acaba de decir. La mejor manera de mostrarle lo mucho que lo valoro será llamándolo si me encuentro alguna vez en semejante apretura. Por Júpiter, sir, que esto es la historia que se repite otra vez. Mi tía Janet solía contarme cuando yo era pequeño cómo MacKelpie, de Croom, puso su espada delante del príncipe Carlos. Espero poder contarle lo que me ha ocurrido esta noche (esto hará que se sienta muy orgullosa y feliz); pero no crea, señor, que yo pretendo tenerme por un Carlos Eduardo. Es solo que mi tía Janet es tan buena conmigo que bien podría pensar que lo soy.

Sir Colin hizo una solemne reverencia y dijo:

—Rupert Sent Leger, mi querida sobrina es una mujer de gran discreción y discernimiento. Más aún, creo que ella posee ese don de la segunda visión que ha sido un rasgo hereditario de nuestra sangre. Pues bien, yo coincido con mi sobrina... ¡enteramente!

Todo aquello tuvo un aire bastante solemne; me pareció como si nos hubiéramos trasladado a los tiempos del pretendiente.

Sin embargo, no era aquel un momento para la efusividad, sino para la acción; nos habíamos reunido para tratar del futuro, no del pasado. Así pues, mostré el breve documento que tenía preparado. Donde figuraba su firme declaración de que aceptaba las condiciones del testamento y de las cartas secretas, yo había preparado ya una aceptación formal. Tras preguntar formalmente una vez más a Mr. Sent Leger cuál era su sentir definitivo al respecto, y tras declarar este su deseo de aceptar, mandé entrar a dos de mis escribanos para que ejercieran de testigos. Luego, tras preguntarle de nuevo en presencia de estos si era su deseo aceptar plenamente las condiciones formuladas, el documento quedó debidamente firmado, y sir Colin y yo estampamos nuestras firmas respectivas en la atestación.

Y así concluyó la primera fase de la herencia legada a Rupert Sent Leger. El siguiente paso no tendré que darlo hasta que transcurran seis meses desde la entrada de este en sus dominios de Vissarion. Como ha anunciado su intención

de marchar antes de quince días, ello será prácticamente de aquí a algo más de seis meses.

LIBRO II

VISSARION

Carta de Rupert Sent Leger; castillo de Vissarion, La Lanza de Iván, País de las Montañas Azules, a Miss Janet MacKelpie, castillo de Croom, Rossshire. N. B.

23 de enero de 1907

Queridísima tía Janet:

Como ves, ya me encuentro aquí por fin. Tras haber cumplido con mis deberes protocolarios, como me pediste que te prometiera —mis cartas en las que informo de mi llegada a sir Colin y Mr. Trent se encuentran selladas delante de mí, listas para el correo (pues ninguna carta irá por delante de la tuya)—, quedo ya libre para contarte todo.

Este es un lugar realmente precioso, y espero que a ti te guste también. Estoy segurísimo de que así será. Pasamos por él a bordo del vapor que hace el trayecto Trieste-Durazzo. Este paraje, que ya conocía yo por el mapa, me lo señaló uno de los oficiales con los que había trabado amistad, el cual me iba indicando amablemente los lugares más interesantes siempre que la costa se ofrecía a nuestra vista. La Lanza de Iván, en la que se asienta el castillo, es un cabo que se mete bastante en el mar. Es un lugar muy curioso: una especie de cabo en la punta de otro cabo que se proyecta sobre una bahía profunda y extensa, de manera que, aunque es un promontorio, se encuentra lo más alejado posible del trajín de la vida costera. El promontorio principal es la punta de una cadena de montañas que se yergue imponente y vasto, descollando sobre todo cual masa de zafiro azul. Comprendo perfectamente por qué se denomina a este país «La tierra de las Montañas Azules», pues todo aquí son montañas, y todas ellas son azules. La línea costera es magnífica —se la llama «ribeteada de hierro»—, pues toda es de roca; unas veces hay grandes precipicios amenazadores; otras, espuelas salientes de roca. Asimismo, se ven pequeños islotes rocosos, unas veces cubiertos de árboles y vegetación, y otras áridos y desnudos. En otras partes se abren pequeñas bahías y ensenadas, siempre rocosas y a menudo salpicadas de grandes cuevas, de aspecto bastante interesante. Algunos tramos de las bahías son arenosos; y otros, rugosidades con preciosos guijarros, donde las olas producen un murmullo infinito.

Pero de todos los lugares que he visto —tanto aquí como en cualquier otra

parte—, el más hermoso sin disputa es Vissarion. Se asienta sobre el punto extremo del promontorio —quiero decir, el pequeño o, más bien, el menor—, promontorio que prosigue sobre el espolón de la cadena montañosa; este promontorio menor, o extensión montañosa, es en realidad muy vasto: el trozo más bajo de acantilado de todo el litoral tiene por lo menos doscientos pies de altura. Esta punta del peñón es realmente muy peculiar. Supongo que la Sabia Naturaleza quiso, en los primeros días de su tarea doméstica —o, más bien, de su tarea constructora—, impartir a su retoño más pequeño, el hombre, una lección rudimentaria sobre protección personal. Es un auténtico bastión natural, que un titánico Vauban habría proyectado en los tiempos primigenios. Por lo que al castillo se refiere, solo resulta visible desde el mar. Cualquier enemigo que se acercara vería solamente esa pared ceñuda de roca negra, de enorme altura y empinamiento perpendicular. Ni siquiera las viejas fortificaciones que la coronan están edificadas, sino cortadas en plena roca. Un largo y estrecho riachuelo de agua profundísima discurre por detrás del castillo emparedado entre acantilados altísimos y escarpados, serpenteando al norte y al oeste, y proporcionando un anclaje seguro y secreto. Sobre este arroyo cae, salvando un precipicio, una corriente de agua de montaña, cuyo caudal nunca disminuye. En la margen occidental de este río se localiza el castillo, inmensa fábrica de edificaciones de todo tipo de estilos arquitectónicos, desde el siglo XII hasta la época en que semejantes cosas parecieron detenerse en esta querida tierra del viejo mundo —por la época de la reina Isabel I de Inglaterra—. Así, te puedo asegurar que se trata de un paraje cuyo pintoresquismo es imposible de superar. Al divisar este lugar desde el vapor, el oficial con quien me encontraba departiendo en el puente dijo apuntando hacia allí:

—Ahí es donde vimos flotando en un ataúd a la mujer muerta.

Esto me pareció bastante interesante, y por eso le pedí que me hablara más sobre el tema. Sacó de su cartera el recorte de un periódico italiano, que me entregó. Como yo leo y hablo italiano bastante bien, no tuve problema para entenderlo. Pero como tú, mi querida tía Janet, no tienes mucha facilidad para las lenguas, y mucho me temo que en Croom no haya nadie que te pueda ayudar en esto, no te lo envió. Pero, como he oído decir que este artículo ha aparecido en el último número de La Revista del Ocultismo, podrás hacerte con él fácilmente. Mientras me pasaba el recorte, dijo:

—¡Yo soy Destilia!

Su relato me pareció tan extraño que le hice unas cuantas preguntas. Él contestó con gran franqueza a todos los puntos, aunque siempre insistiendo machaconamente en el punto principal; a saber, que no fue un fantasma ni espejismo, ni ningún sueño o visión imperfecta en medio de la niebla.

—Fuimos cuatro los que la vimos —agregó—. Tres desde el puente y un

inglés llamado Caulfield, desde proa, cuyo relato coincidió por completo con lo que vimos nosotros. El capitán Mirolani, Falamano y yo estábamos despiertos y bien atentos. Usábamos catalejos muy potentes, pues se necesitan buenas lentes para otear la costa oriental del Adriático y navegar entre las islas más meridionales. Había luna llena y una luz brillante. Por supuesto, estábamos un poco alejados, porque, aunque La Lanza de Iván se encuentra en medio de aguas profundas, hay que tener cuidado con las corrientes, pues es precisamente en tales lugares donde se dan las más peligrosas.

Hace tan solo unas semanas, el agente de Lloyds me dijo que, tras una investigación prolongada de las mareas y las corrientes marinas, la compañía decidió que no se cubrieran, entre los riesgos marítimos corrientes, los daños ocasionados por una navegación demasiado pegada a La Lanza de Iván. Al pedirle que me contara sobre el barco-ataúd y la dama muerta más cosas de las que se relataban en La Revista del Ocultismo, me dijo, encogiéndose de hombros:

—Signor, no hay más cosas que contar. Ese inglés escribió todo lo que se podía contar, después de hacer mil preguntas.

Ya ves, pues, querida tía, que nuestro nuevo hogar no carece tampoco de elementos supersticiosos. Es una idea bastante atractiva, ¿no crees?, tener a una mujer muerta paseándose por el promontorio a bordo de un ataúd... Apuesto a que ni en la mismísima Croom superan esto. «Hace que se sienta uno aquí como en casa», como diría un americano. Cuando vengas, tía Janet, no te sentirás sola, en cualquier caso, y esto nos evitará la molestia de importar a algunos de tus espíritus de Highland para que te sientas en casa en este nuevo país. No sé, pero podríamos invitar a la fiambre a tomar el té con nosotros. Por supuesto, sería un té nocturno. Entre medianoche y el canto del gallo se respetaría mejor el protocolo, se me ocurre a mí...

Ya te contaré todas las cosas relacionadas con el castillo y sus alrededores. Te volveré a escribir dentro de un par de días, y procuraré contarte el mayor número de cosas posible, para que así vengas mejor preparada. Hasta entonces, te abraza tu sobrino que te quiere,

RUPERT

De Rupert Sent Leger; Vissarion, a Janet MacKelpie, Croom

25 de enero de 1907

Espero no haberte asustado, querida tía Janet, con el cuento de la dama en el ataúd; sé que no tienes miedo: tú me has contado a mí demasiadas historias raras para asustarte por eso. Además, tú aún posees el don de la segunda visión —al menos, en estado latente—. De cualquier manera, en esta carta no habrá ya más fantasmas, o cuasifantasmas. Quiero hablarte de nuestra nueva casa.

Estoy contento de que vengas ya pronto; estoy empezando a sentirme muy solo —paseo a veces sin rumbo y descubro que mis pensamientos divagan de manera extraña. Si no fuera porque me conozco, pensaría que estoy enamorado... Aquí no hay nadie de quien enamorarse; así que..., tranquila, tía Janet. Bueno, no es que a ti te fuera a entristecer, querida tía, el que yo me enamorara de verdad. Supongo que tendré que casarme algún día. Precisamente el matrimonio se ha convertido en un deber para mí ahora que tío Roger me ha dejado una fortuna tan enorme. Aunque tengo clara una cosa: nunca me casaré con una mujer a la que no ame de verdad. Y estoy seguro de que, si yo la amo, tú la amarás también, tía Janet. ¿No es cierto, querida tía? Triste enamoramiento sería el mío si no fuera así. Yo no seré feliz si tú no lo eres también. Bueno, pasemos a otro tema.

Pero, antes de empezar a describirte Vissarion, quiero decirte algo que despertará tu interés de castellana y que tal vez te dé la paciencia necesaria para leer el resto. El castillo necesita un montón de cosas para resultar finalmente confortable —al menos, según tus criterios de valoración—. En efecto, carece por completo de cualquier cosa que recuerde a un hogar. Tío Roger lo cuidó muchísimo desde el punto de vista defensivo, y en ese sentido podría resistir a un asedio en regla. Pero sería imposible preparar aquí una cena o hacer la limpieza de primavera. Como sabes, yo no soy muy ducho en cuestiones domésticas, por lo que no puedo darte muchos detalles; pero sí puedo decirte que te vayas haciendo a la idea de que falta de todo. No me refiero a mobiliario, o a platería, ni siquiera a vajilla de oro, ni a obras de arte, pues esto está lleno de las cosas más magníficas que se pueda imaginar. Me parece que tío Roger debió de ser un coleccionista que echó el ojo a un montón de cosas buenas en los lugares más variados, las mantuvo almacenadas durante largos años y luego las mandó enviar aquí. Pero en cuanto a cristalería, porcelana de Delft u otra, loza de cualquier tipo, ropa blanca, aparatos domésticos y utensilios de cocina —salvo los más rudimentarios—, no hay nada. No creo que tío Roger pudiera vivir aquí más que lo que se tarda en hacer una merienda normal. En realidad, por lo que a mí respecta, yo me apaño de sobra; una parrilla y una sartén es lo único que necesito —y que sé utilizar—. Pero no quiero, querida tía, que tú sufras estas carencias e incomodidades. Me gustaría que tuvieras de todo lo que se puede imaginar, y de la mejor calidad. Gracias a tío Roger, el dinero no constituye ningún problema para nosotros ahora; así pues, quiero que pidas todo lo que se te ocurra. Sé que a ti, querida tía, al ser mujer, no te importará comprar todo esto. Pero tendrá que ser al por mayor. Este es un lugar grandísimo que se tragará rápidamente todo lo que puedas comprar —cual arenas movedizas—, escoge lo que más te guste, pero pide toda la ayuda que puedas. No tengas miedo de comprar demasiadas cosas (siempre te quedarás corta), ni de estar demasiado ociosa cuando llegues: te aseguro que, una vez aquí, habrá tanto

que hacer y tantas cosas en que pensar que te entrarán ganas de salir huyendo. En conclusión, querida tía, espero que no tardes demasiado. No quiero ser egoísta, pero tu niño está solo y te echa de menos. Además, cuando hayas llegado, serás toda una EMPERATRIZ. Ah, hay algo que recelo un poco decirte por miedo a ofender a una millonaria como tú, pero que podría facilitar las cosas, pues ya se sabe que las normas del comercio son estrictas, aunque sinuosas. Se trata de un cheque que te envío por valor de mil libras esterlinas para las cosas pequeñas, y de una carta dirigida al banco para que acepte cualquier cheque tuyo por cantidad que tenga como tope mi propia fortuna.

Por cierto, creo que, en tu lugar, yo contrataría, para que vinieran aquí, a unos cuantos criados; al principio no demasiados, solo los suficientes para atendernos a nosotros dos. Puedes hacer gestiones para que vengan luego todos los que necesites además. Contrátalos y encárgate de que sean pagados —cuando estén a nuestro servicio tenemos que tratarlos bien—; luego podrán quedarse a nuestro servicio según tú lo encuentres necesario. Creo que deberías contratar entre, digamos, cincuenta o cien; este es un lugar enormemente grande, tía Janet. Asimismo, me gustaría que contrataras —y, por supuesto, te encargaras igualmente de su paga— a unos cien hombres, sin perjuicio de cualquier criado que juzgues oportuno tener. Me gustaría que el general, si tiene tiempo, los escogiera, o diera su visto bueno. Quiero que sean de nuestro clan, con los que pueda contar sí fuera necesario. Vamos a vivir en un país que en estos momentos es extraño para nosotros, y es conveniente abordar la situación con realismo. Sé que sir Colin escogerá solo a los hombres que sean un orgullo para Escocia —y para Ross y para Croom—, hombres que impresionen a los montañeses azules. Estoy seguro de que surgirá una gran simpatía mutua —como tendrán ocasión de demostrar los jóvenes solteros de ambos sexos—. Si nosotros queremos establecernos aquí, nuestros seguidores querrán probablemente hacerlo también. Más aún, los montañeses azules pueden querer tener también seguidores; y querer que estos se establezcan también, y que tengan sucesores...

Pasemos ahora a la descripción del lugar. Bueno, sinceramente no puedo hacerlo ahora. Todo es tan maravilloso y el castillo es tan hermoso... Como ya he escrito mucho sobre otros asuntos tengo que dejar el castillo para otra carta. Cariñosos saludos a sir Colin, si se encuentra en Croom. ¡Ah, mi querida tía, cómo me gustaría que mi querida madre viniera también! Todo parece tan oscuro y vacío sin ella... ¡Cuánto habría disfrutado ella aquí! ¡Qué orgullosa se habría sentido! Si pudiera estar de nuevo con nosotros, ¡qué agradecida se habría mostrado con vosotros por todo lo que habéis hecho por su chico!

Sin más por hoy, se despide tu sobrino que te quiere mucho,

RUPERT

Rupert Sent Leger, Vissarion, a Janet MacKelpie, Croom.

26 de enero de 1907

Querida tía Janet:

Puedes leer la presente como si formara parte de la carta que te escribí ayer.

El castillo propiamente tal es tan inmenso que, la verdad, me resulta difícil describirlo en detalle; prefiero esperar a que tú vengas. Lo visitaremos juntos y descubriremos todo lo que hay de descubrible. Nos llevaremos con nosotros a Rooke, y, como se supone que él conoce todos sus recovecos, desde el torreón hasta la cámara de la tortura, podremos pasar unos cuantos días visitándolo. Por supuesto, yo casi lo he recorrido ya en su totalidad desde el día en que vine; he visitado varias veces las almenas, los baluartes, el viejo cuarto de guardias, la gran sala, la capilla, las murallas, el tejado, Y he visitado parte de la red de pasadizos excavados en la roca; aunque no soy soldado, he estado en mi vida en tantos —y tan variados— lugares fortificados que no me considero profano en la materia. Tío Roger lo ha restaurado y modernizado de una manera tan perfecta que resulta prácticamente inexpugnable a cualquier ataque con grandes cañones o cualquier tipo de artillería de asalto. Incluso mandó recubrir ciertas defensas y el torreón con planchas blindadas de un material que parece ser acero tratado según el método de Harvey. Te maravillarás cuando lo veas. Pero por el momento no conozco más que unas cuantas salas, y solo estoy familiarizado con una: la mía propia. El salón —no la gran sala, que es una estancia enorme—; la biblioteca —realmente magnífica, pero en estado de triste abandono—, para la que tenemos que buscar un bibliotecario que la ordene debidamente, y, finalmente, el cuarto de estar, el boudoir y la suite dormitorio que he seleccionado para ti, se encuentran en buen estado. Pero mi cuarto es lo que más me gusta, aunque no creo que a ti te guste mucho. Si te gustara, puedes quedártelo. Era el cuarto que ocupaba tío Roger durante sus visitas a Vissarion, y el vivir en él unos días me ha proporcionado un conocimiento más cabal de su carácter —o, más bien, de su mente— del que habría obtenido de cualquier otra manera. Es un tipo de lugar que me encanta de verdad; así, comprendo perfectamente a la otra persona a la que también le encantó. Es un cuarto grande y precioso que no se encuentra dentro de los límites del castillo propiamente tal, sino en una dependencia del mismo. No está separado, ni mucho menos, sino que es una especie de habitáculo con jardín y terraza privados, construido anejo a él. Parece haber habido siempre algún tipo de construcción en el lugar donde se encuentra, pues los pasadizos y aberturas de su interior parecen aceptarlo o reconocerlo. Puede quedar cerrado a cal y canto si fuera necesario —como, por ejemplo, en caso de un ataque— mediante una gran plancha de acero, cual puerta de una caja fuerte, que se desliza desde el interior del muro, y que se puede accionar tanto desde dentro

como desde fuera —si se sabe cómo hacerlo, claro—. La operación se efectúa desde mi cuarto o desde el interior del torreón. Su mecanismo es un secreto bien guardado, que nadie conoce, salvo Rooke y yo. La estancia se abre al exterior mediante una gran ventana francesa —la ventana francesa es moderna, supongo, y la mandó construir tío Roger—; creo que siempre ha debido de haber aquí una abertura, durante varios siglos al menos, que da a una amplia terraza o balconada de mármol blanco, que se extiende a derecha e izquierda. Frente a la ventana, una escalera de mármol blanco desciende hasta el jardín. Tanto la terraza como la escalera son bastante antiguas: de factura italiana, bellamente labradas aunque, lógicamente, desgastadas por el paso del tiempo, con apenas aquí y allá pequeños toques de verde que torna tan encantadores los mármoles que están en el exterior. A veces cuesta pensar que forme parte de un castillo fortificado: es tan elegante y libre y abierto... Al verlo por primera vez, cualquier ladrón se debe de frotar las manos y decirse para sus adentros:

«Este es el tipo de chollo con que me gustaría toparme cuando salgo de faena. Se puede entrar y salir a discreción». Pero, mi querida tía, el viejo Roger era más listo que cualquier ladrón. La estancia está tan bien protegida que cualquier ladrón eventual se llevaría un chasco fenomenal. Hay dos paneles de acero que se pueden deslizar de un lado a otro de la pared y dejar cerrado todo el ventanal. Uno es una reja con flejes de acero que, al abrirse, forman rombos en forma de diamante. Ningún objeto mayor que un gatito podría atravesarlo; y, sin embargo, se puede ver el jardín y las montañas y todo el paisaje (en fin, igual que vosotras, las mujeres, podríais verlo a través de vuestros velos). El otro es una lámina grande de acero, que se desliza de manera parecida por distintas guías. Por supuesto, no es tan pesado y fuerte como la puerta de seguridad que cubre la pequeña abertura en el muro principal, pero Rooke me ha asegurado que está hecho a prueba de proyectil.

Dicho esto, conviene que te diga también, querida tía, para que no te ponga nerviosa la arriére-pensée de todas estas medidas de defensa, que yo siempre duermo por la noche con una de estas pantallas de acero corridas a través de mi ventana, si bien de día la dejo naturalmente abierta. Por ahora, solo he probado, pero sin utilizarla, la reja; y no creo que tenga que utilizar nunca nada más, pues es una protección perfecta. Si fuera forzada desde el exterior, sonaría una alarma en la cabecera de mi cama, y con solo pulsar un botón se desenrollaría la sólida pantalla de acero que hay delante de ella. Como sabes, yo estoy tan acostumbrado al aire libre que no me siento a gusto encerrado herméticamente. Solo cierro las ventanas para que no entre el frío o la lluvia. El clima aquí es delicioso —al menos por ahora—, pero me dicen que la temporada de las lluvias no tardará mucho en llegar.

Creo que te gustará mi guarida, querida tía, aunque seguramente te va a

resultar molesto verla tan desordenada. Pero esto es algo que no tiene remedio. Yo tengo que ser desordenado en algún lugar; y dónde mejor que en mi propia guarida...

Una vez más, encuentro mi carta tan larga que tengo que cortar ya y proseguir esta noche. Así, vaya esto por delante. No te haré esperar para que sepas todo lo que tengo que contarte sobre nuestro nuevo hogar.

Recibe un fuerte abrazo de tu sobrino que te quiere,

RUPERT

De Rupert Sent Leger, Vissarion, a Janet MacKelpie, Croom

29 de enero de 1907

Querida tía Janet:

Como te dije en mi última carta, mi guarida da al jardín o, para ser más exactos, a uno de los jardines, pues hay gran cantidad de ellos. Este es el más viejo, tan viejo probablemente como el propio castillo, pues en los antiguos días de las reverencias se hallaba dentro del cinturón defensivo. El muro que ciñe su parte interior hace tiempo que fue demolido, pero quedan aún restos a cada extremo, donde se unía a las murallas exteriores; aquí se pueden ver las largas casamatas por las que los arqueros disparaban sus flechas, así como la elevada galería de piedra sobre la que se apostaban. Es exactamente del mismo tipo de edificación que la sillería del camino de ronda del tejado y del antañón cuarto de la guardia que está debajo.

Pero, independientemente de lo que fuera el jardín, y de cómo se custodiara, resulta un lugar realmente encantador. Hay aquí secciones enteras en que dominan los estilos más variados: griego, italiano, francés, alemán, holandés, británico, español, africano y morisco (todas las naciones más antiguas). He pensado que diseñen un jardín nuevo para ti: uno de estilo japonés. He mandado recado al gran jardinero de Japón, Minaro, para que haga los planos y venga hasta aquí con operarios que lo lleven a cabo. Traerá con él árboles y arbustos y flores y sillería, y todo lo que sea preciso a tal fin; y tú misma supervisarás el acabado, ya que no todo. Tenemos aquí unos manantiales de agua tan excelentes, y el clima es, según me cuentan, generalmente tan estupendo que podremos hacer lo que se nos antoje en materia de jardinería. Si luego resultara que el clima no responde, lo cubriremos con un tejado de cristal grande y bien alto, y crearemos, un clima adecuado.

El jardín que hay frente a mi habitación es el viejo jardín italiano. Debieron de construirlo con sumo gusto y cuidado, pues no hay ni una sola parcela que no sea extraordinariamente bella. El propio sir Thomas Browne, a

pesar de todas sus Quincunx, habría mostrado su admiración y hallado en él materia para otro «Jardín de Ciro». Es tan grande que encierra interminables «episodios» de belleza jardinística. Creo que debieron saquear la Italia de entonces en busca de piedra de jardinería de excepcional belleza; tesoros estos que sin duda los reunió alguna mano maestra. Hasta los bordes geométricos de los paseos son de vieja piedra porosa, que casa a la perfección con el desteñido del tiempo, y están labrados con infinita variedad. Como los jardines llevan tanto tiempo descuidados, por no decir completamente abandonados, el verde de las manchas sobre el mármol queda perfecto. Aunque la sillería propiamente tal permanece intacta, produce el pintoresco efecto de desgaste y ruina de varios siglos de historia. He decidido dejarlo para ti tal y como está, si bien he mandado arrancar las malas hierbas y matorrales para que resulten visibles sus bellezas.

Pero no es solo el trabajo arquitectónico del jardín lo que resulta tan bello, ni el que se dé cita aquí toda una constelación de bellezas florales; destaca también la belleza que crea la Naturaleza por la mano de su siervo, el Tiempo. Querida tía, ya ves cómo el hermoso jardín inspira en un viejo vagabundo curtido en mil peligros como yo elevados sentimientos de fantasía poética... No solo la piedra caliza y la arenisca, y hasta el mármol, han verdeado con el tiempo, sino que hasta los arbustos dejados sin cuidar han desarrollado nuevos tipos de belleza propia. En algún punto remoto del tiempo, algún maestro jardinero de Vissarion debió de intentar realizar un proyecto bien preciso: hacer que algunas plantas minúsculas crecieran justo un poco más que las flores para que se lograra el efecto de una superficie floral desigual, pero al mismo tiempo visible desde cualquier punto del jardín. Esta es al menos la impresión que a mí me produce. Durante el largo período de abandono, los arbustos han sobrevivido a las flores (la naturaleza ha proseguido su obra a sus anchas todo este tiempo, reforzando la capacidad de supervivencia de los más robustos). Han crecido sin parar y recubierto flores y hierbajos, creando el efecto actual: un número incalculable —pues es un lugar muy grande— de plantas irregularmente distribuidas por el jardín, paisaje comparable al de una proliferación de estatuas, cuyos detalles no se pueden percibir. Quienquiera que fuera el que trazó esta parte del jardín, o hizo la elección de los componentes, debió de padecer muchos quebraderos de cabeza para conseguir especímenes tan raros, pues los arbustos más altos son todos de colores especiales, generalmente amarillos o blancos: cipreses blancos, acebos blancos, tejos amarillos, boj gris dorado, enebro plateado, arce abigarrado, espirea y un montón de arbustos enanos cuyos nombres desconozco. Solo sé que, cuando brilla la luna —pues este es, mi querida tía, el país del claro de luna por excelencia—, todos ellos adquieren un aspecto fantasmagóricamente pálido. El efecto, extraño en sumo grado, estoy seguro de que te gustará. En cuanto a mí, como ya sabes, las cosas extraordinarias no me producen miedo.

Supongo que es porque que he tenido que hacer frente a tantísimos tipos de miedo, o, más bien, a cosas que a la mayor parte de los humanos infunden terror, por lo que he acabado sintiendo desprecio —no desprecio activo, ya me entiendes, sino un desprecio tolerante— hacia toda la familia de estos. Tú también te divertirás aquí soberanamente. Podrás indagar sobre los acontecimientos misteriosos que se producen en nuestro nuevo país y que tienen que ver con este tema, y hacer de todo ello un libro para la Sociedad de Investigación Psíquica, Será divertido ver tu nombre impreso en la cubierta de un libro, ¿no te parece, tía Janet?

De Rupert Sent Leger, Vissarion, a Janet MacKelpie, Croom.

30 de enero de 1907

Querida tía Janet:

Anoche no seguí escribiendo, ¿sabes por qué? Porque quería escribir más. Esto, que puede parecer una paradoja, es absolutamente cierto. El hecho es que, cuando me lío a contarte las delicias de este lugar, descubro yo también nuevas bellezas al mismo tiempo. Hablando pronto y claro: todo es aquí muy hermoso. Mirándolo desde lejos o desde cerca —con el telescopio o el microscopio—, todo es igual de bello. El ojo es incapaz de descubrir algo que no seduzca. Ayer estaba deambulando por la parte superior del castillo cuando me tropecé con unos rincones deliciosos, de los que me encapriché al instante, y ya me gustan como si los hubiera conocido toda mi vida. Al principio sentí una sensación de avaricia al apropiarme de distintas habitaciones, yo que nunca en mi vida he tenido más que una sola habitación que pudiera llamar mía, y durante un período limitado de tiempo... Pero cuando dormía en ella esta sensación cambiaba, y ahora es bastante buena. Dicha sensación entra ahora bajo otra clasificación, bajo un epígrafe mucho más importante; sensación de propietario. Si mi fuerte fuera la elucubración filosófica, haría aquí la siguiente observación cínica:

«El egoísmo es consustancial a la pobreza. Podría aparecer en el registro genealógico como la “Necesidad” engendra la “Moral”».

Ahora he mandado acondicionar tres alcobas para que me sirvan de guarida personal. Una de las otras dos fue también objeto de elección por parte de tío Roger. Se encuentra en lo alto de una de las torres del extremo oriental, y desde ella se puede ver el primer rayo de luz sobre las montañas. Dormí en ella anoche, y, al despertarme, como en mis viajes estaba acostumbrado a hacerlo al alba, vi desde mi cama, a través de una ventana abierta —una ventana pequeña, pues es una torre fortaleza— toda la gran expansión que se abre a levante. No lejos de aquí, y elevándose sobre la cima de una gran ruina, donde mucho tiempo ha se posara una simiente, se erguía un gran abedul plateado, cuyas ramas —casi transparentes y caídas— y racimos de hojas

colgantes rompían el trazado de las Colinas grises más allá (pues las colinas eran, asombrosamente, grises en vez de azules). Las nubes parecían desplomarse sobre las cimas de las montañas, de manera que resultaba difícil distinguir unas de otras. Era un cielo aborregado, realmente llamativo y extraordinario (¡no un plato de borrego, sino todo un universo aborregado!). Las montañas son pintorescas a más no poder. Con este aire claro generalmente dan la impresión de poderse tocar con la mano. Hasta esta mañana, ante el débil resplandor del alba mientras las nubes nocturnas no habían sido aún agujereadas por los rayos del sol, no había logrado percatarme de su grandeza. Yo ya he notado este mismo efecto de esclarecedora perspectiva aérea algunas veces antes: en Colorado, en India septentrional, en el Tíbet y en la meseta de los Andes.

Yo diría que el ver las cosas desde arriba tiene el efecto especial de aumentar la autoestima. Desde las alturas, las desigualdades tienden a desaparecer. Esto lo he notado a menudo a gran escala en las ocasiones en que he subido en globo o, mejor aún, en aeroplano. Pero también aquí, desde la torre, la visión es algo distinta a lo que se ve desde abajo. Se ve el lugar y todo lo que lo rodea, no en detalle, sino como un todo. Pienso dormir aquí ocasionalmente, una vez que hayas llegado y hagamos ya una vida normal, como ha de ser. Yo viviré en mi habitación de abajo, donde podré disfrutar de la intimidad del jardín: lo apreciaré más perdiendo de vez en cuando la sensación de intimidad y contemplándolo más a ras de tierra.

Espero que hayas iniciado ya las gestiones relativas a los criados. Por mi parte, me importa un comino el que haya criados o no; pero sé bien que tú no vendrás hasta que no hayas concluido tus gestiones al respecto. Y una cosa más, tía Janet. Aquí no debes matarte a trabajar; esto es tan enorme... ¿Por qué no te procuras una especie de secretaria que te escriba las cartas y se ocupe de todo tu papeleo? Sé que no aceptarás un secretario varón; pero actualmente hay un sinfín de mujeres que saben taquigrafía y dactilografía. Seguro que encontrarás una en el clan; una que tenga ganas de mejorar su nivel. Estoy convencido de que la harás feliz aquí. Si no es demasiado joven, tanto mejor: habrá aprendido a sujetar la lengua, y a ocuparse de sus propios asuntos y no ser demasiado curiosa. Esto sería un engorro para nosotros mientras tratamos de ambientarnos y superar escollos en un nuevo país, con gente nueva a la que al principio no entenderemos, y que ciertamente no nos entenderá, y donde cada hombre porta un rifle como si tal cosa... Sin nada más por ahora, te abraza afectuosamente tu sobrino

RUPERT

De Rupert Sent Leger, Vissarion, a Janet MacKelpie, Croom.

3 de febrero de 1907

Aquí me encuentro de nuevo en mi habitación. Ya tengo esa agradable impresión de volver a casa cuando vuelvo a ella. Durante estos últimos días me he dado una vuelta por donde viven los montañeses e intentado trabar amistad con algunos de ellos. Es una tarea harto ardua; he llegado a la conclusión de que aquí no hay más remedio que gastar mucha paciencia. Es ciertamente la gente más primitiva con que me he topado en mi vida, y la más aferrada a sus ideas, que, por cierto, se remontan a varios siglos atrás. Entiendo ahora cómo era la gente en Inglaterra —no en la época de la reina Isabel I, pues aquella fue una época civilizada, sino en la época de Corazón de León, o incluso antes—; estos nativos muestran un dominio consumado de las armas de precisión. Cada hombre lleva un rifle, y sabe perfectamente cómo servirse de él. Yo creo que, puesta en la disyuntiva, esta gente preferiría ir sin ropa alguna antes que sin armas. También lleva un puñal, especie de alfanje pesado y recto, que antes era su arma nacional. Es tan experta con él, además de tan fuerte, que da la impresión de manejarlo con la misma facilidad con que un maitre d'armes persa maneja el florete. Es tan orgullosa y reservada que le hace a cualquiera sentirse pequeño, además de forastero. Noto claramente que ven con malos ojos el que yo me encuentre aquí. No es nada de carácter personal, pues, cuando están solos conmigo, se muestran muy afables, casi fraternales; pero en el momento en que se reúnen algunos de ellos, son como una especie de tribunal, y yo me siento como un procesado ante su presencia. Es una sensación muy extraña, y completamente nueva para mí. Yo estoy bastante acostumbrado a todo tipo de pueblos, desde caníbales hasta mahatmas, pero me encanta tropezarme con este tipo de gente, tan orgullosa, altiva, reservada, distante, sin ninguna clase de miedo, honorable, hospitalaria... Tío Roger no pudo estar más atinado cuando lo escogió como pueblo para vivir entre él. ¿Sabes una cosa, tía Janet? Tengo la impresión de que se parecen mucho a los habitantes de tus Highlands, con características análogas e incluso más acentuadas si cabe. Supongo que se trata de un trabajo lento, que necesitará mucha paciencia por mi parte. Tengo la profunda convicción de que, cuando me conozcan mejor, me resultarán muy leales y francos; además, yo no temo lo más mínimo ni a sus personas ni a nada de lo que ellos hagan o puedan hacer (esto, naturalmente, suponiendo que yo viva lo suficiente para hacerme conocer por ellos). A un pueblo tan indómito y orgulloso, a quien el orgullo importa más que los víveres, puede ocurrirle cualquier cosa: basta con que uno solo de entre la multitud tenga una idea equivocada o cometa un error respecto a los motivos de otro para que salte la chispa. Pero estoy seguro de que todo irá bien. He venido aquí para quedarme, como fue el deseo de tío Roger. Y aquí me quedará pase lo que pase, aunque sea en una cama pequeña hecha por mí al otro lado del jardín —de unos siete pies de larga y no demasiado estrecha—, o en un receptáculo de piedra de iguales proporciones en la cripta de la iglesia de San Sabas, allende la cala,

lugar de enterramiento de los Vissarion y otras gentes nobles desde hace muchísimos siglos...

He releído esta carta, querida tía, y mucho me temo que lo aquí registrado te resulte algo alarmante. Pero no te figures cosas horrorosas ni motivos para la superstición. Estoy simplemente bromeando con la muerte, realidad con la que he mantenido un trato bastante asiduo en los años pasados. Tal vez esto demuestre poco gusto por mi parte, pero seguramente sea muy útil cuando el viejo de alas negras ande revoloteando a tu alrededor día y noche en lugares extraños, unas veces visible y otras invisible. Pero siempre puedes oír sus alas, especialmente en la oscuridad, donde no puedes verlas. Esto lo conoces bastante bien tú, querida tía, que procedes de una raza de guerreros y que tienes una facultad especial para ver detrás o a través del telón negro.

Sinceramente, no temo lo más mínimo a los montañeses azules, ni albergo la menor suspicacia respecto a ellos. Ya los amo por sus espléndidas cualidades, y estoy preparado para amarlos por sí mismos. También siento que, por su parte, ellos me van a amar a mí (y, por cierto, a ti también). Tengo una especie de sospecha profunda de que hay algo en sus mentes relacionado conmigo. Algo que no es doloroso, sino turbador; que tiene su raíz en el pasado; que encierra esperanza y un posible orgullo, y no poco respeto. En realidad, creo que aún no han tenido ocasión de formarse idea alguna sobre mí a partir del trato personal o de cualquier cosa que yo haya hecho. Por supuesto, puede deberse a que, aunque sean hombres apuestos, altos y fornidos, yo le saco la cabeza y los hombros al más alto de cuantos he visto hasta ahora. Noto que me miran como si me estuvieran midiendo con los ojos, incluso cuando se están apartando de mí —o, más bien, manteniéndome a mí a cierta distancia de ellos—. Supongo que algún día comprenderé lo que todo esto significa. Entre tanto, lo mejor es sin duda seguir el propio camino —que es el de tío Roger— y esperar y ser paciente y justo. Esto lo he aprendido durante los largos años que he vivido entre pueblos extraños. Buenas noches.

Tu sobrino que te quiere mucho,

RUPERT

De Rupert Sent Leger, Vissarion, a Janet MacKelpie, Croom

24 de febrero de 1907

Querida tía Janet:

Me alegra sobremanera saber que vas a venir pronto. Este aislamiento me está empezando a crisar los nervios. Anoche creí estar empezando a superarlo, pero pronto me llegó el desengaño: Me encontraba en mi habitación de la torre oriental, la situada sobre la cestionada, observando el deslizarse entre árboles de hombres rápidos y silenciosos, casi furtivos. Pronto localicé

su lugar de reunión: un claro en medio del bosque, casi pegando al jardín «natural», como lo define el croquis del castillo. Yo acudí corriendo hacia ese lugar por si podía servir de algo, y me planté enseguida en medio de ellos. Habría unos doscientos o trescientos hombres, probablemente de los mejores que he visto en mi vida. Fue a su manera una experiencia bastante curiosa, y que probablemente no vuelva a repetirse, pues, como te he dicho, en este país cada hombre porta un rifle, y sabe cómo utilizarlo. No creo haber visto a un solo varón (ni tampoco a ningún hombre casado) sin su rifle desde que llegué aquí. Me pregunto si dormirán también con dicha arma. Pues bien, en el momento preciso en que me planté entre ellos, todos los rifles apuntaron directamente hacia mí. No te alarmes, tía Janet; no llegaron a disparar. De haber sido así yo no estaría escribiéndote ahora; me encontraría ocupando una pequeña parcela de cripta o camposanto, agujereado a balazos. Como regla general, me permito suponer, ellos habrían disparado al instante; ese es el proceder normal aquí. Pero en esta ocasión, ellos —cada uno por separado, pero todos juntos— crearon una nueva norma. Nadie dijo una palabra ni, por lo que pude ver, amagó el menor movimiento. Aquí vino en mí ayuda mi propia experiencia. Como ya me he encontrado más de una vez en parecidas situaciones comprometidas, sencillamente me comporté de la manera más natural que pude. Sabía —todo transcurrió en un abrir y cerrar de ojos, recuerdo bien— que, sí mostraba miedo o daba motivo para ello, o incluso reconocía peligro, por ejemplo, poniendo las manos en alto, atraería sobre mí todo el fuego. Todos permanecieron inmóviles durante varios segundos como si se hubieran vuelto de piedra. Luego una expresión relampagueó en sus rostros, como el viento sobre campos de maíz, parecida a la sorpresa que sentimos inconscientemente al despertarnos en un lugar extraño. Un segundo después, todos bajaron el rifle, pero permaneciendo firmes, como esperando una orden. Todo fue tan rápido y simultáneo como un relevo de la guardia en el palacio de St. James.

Afortunadamente, yo no llevaba conmigo ningún tipo de armas, por lo que no podía surgir ninguna complicación. Yo soy bastante rápido cuando no hay más remedio que disparar; pero aquí no había ningún problema, sino todo lo contrario: el recibimiento de montañeses azules —su nombre suena como a una nueva banda de Bond Street, ¿no te parece?— fue muy distinto del que me habían dispensado la primera vez. Se mostraron increíblemente educados, casi deferentes, Pero, al mismo tiempo, se mostraron más distantes que nunca, pues todo aquel tiempo que estuve con ellos no conseguí aproximarme a ellos ni un palmo. Parecía como si mi persona les infundiera cierto miedo o terror. Seguro que esto desaparecerá pronto y, cuando nos conozcamos mejor, seremos buenos amigos. Es una gente demasiado estupenda para que no valga la pena esperarla un poco (esta es una frase bastante mala, lo reconozco; en otro tiempo me habrías dado un coscorrón por escribirla). Todo está perfectamente

listo para tu viaje, que espero que hagas con la mayor comodidad. Rooke te esperará en Liverpool Street y se encargará de todo.

Ya no te escribiré más; así pues, cuando nos veamos en Fiume, seguiré contándote más cosas. Hasta entonces, adiós. Que tengas un feliz viaje, y que todo te salga bien hasta que nos veamos.

RUPERT

Carta de Janet MacKelpie, Vissarion, a sir Colin MacKelpie, United Service Club, Londres

28 de febrero de 1907

Queridísimo tío:

Mi viaje por toda Europa ha sido muy bueno. Rupert me escribió hace unos días diciéndome que, cuando llegara a Vissarion, debía ser una emperatriz, y ciertamente se preocupó de que, en mi viaje hasta aquí, fuera tratada realmente como tal. Rooke, que me parece un anciano maravilloso, viajó en un compartimento contiguo al reservado para mí. En Harwich lo había organizado todo perfectamente, y así siguió hasta el mismo Fiume. Por doquier había atentos oficiales esperando. Al llegar a Amberes, dispuse de un vagón entero para mí sola, con una suite de habitaciones, comedor, salón, dormitorio y hasta baño. Había a bordo un cocinero con utensilios propios, un verdadero chef que se parecía muchísimo a un noble francés de incógnito, además de un camarero y una doméstica. Al principio, Maggie, mi dama de compañía, se mostró bastante intimidada, y hasta que no llegamos a Colonia no tuvo valor para impartirles órdenes. Cada vez que hacíamos una parada, Rooke salía a la plataforma a departir con oficiales locales y sujetaba la puerta de mí vagón cual centinela de servicio.

En Fiume vi a Rupert esperándome en el andén. Teñía un aspecto magnífico, sobresaliendo por encima de todos los presentes como un gigante; se encuentra perfectamente bien de salud. Pareció muy contento al verme. Un automóvil nos llevó inmediatamente al muelle, donde esperaba una lancha, que nos trasladó a bordo de un hermoso yate de vapor, que estaba esperando con los motores en marcha, y —no sabría decir cómo llegó hasta allí—. Rooke estaba esperando en la escalerilla.

Dispuse de otra suite para mí exclusivamente. Rupert y yo cenamos juntos; creo que es la cena más bonita que he tenido en mi vida. Fue muy amable por parte de Rupert, pues todo era en mi honor. El solo comió un filete y bebió un vaso de agua. Yo fui a la cama temprano, pues, a pesar del lujo del viaje, me encontraba bastante cansada.

Me desperté en el gris de la mañana, y salí a cubierta. Estábamos cerca de

la costa. Rupert estaba en el puente con el capitán, y Rooke hacía de piloto. Al verme, Rupert bajó corriendo y me acompañó escaleras arriba hasta el puente. Me dejó allí mientras iba a toda prisa a traerme un precioso abrigo de pieles que yo no había visto nunca. Me lo echó por encima y me besó. Es el joven más cariñoso que hay en el mundo, además del mejor y más valiente. Me obligó a cogerlo por el brazo mientras señalaba con el dedo a Vissarion, hacia donde nos estábamos dirigiendo. Es el lugar más bonito que he visto en mi vida. No me detendré a describirlo ahora, pues es mejor que lo veas por ti mismo y disfrutes de él de primera mano, como yo.

El castillo es un lugar inmenso. Convendría que mandaras por barco, tan pronto como todo esté listo aquí y tú puedas disponerlo, a los criados que contraté; y no estoy segura de que no vayamos a necesitar luego otros tantos. Hace siglos que nadie ha barrido ni fregado este lugar, y dudo que fuera limpiado de cabo a rabo una sola vez desde su construcción. Y ¿sabes otra cosa, tío? Creo que podrías doblar el número de ese pequeño ejército que estás preparando para Rupert. A propósito, el muchacho me ha dicho que va a escribirte al respecto. Tal vez convendría que el viejo Lachlan y su mujer, Mary de Sandy, se encargaran de las criadas cuando lleguen aquí. Sería más fácil mantener reunido un rebaño de ovejas que un grupito de zagalas alocadas como estas. Además, ninguno de los hombres de aquí habla una sola palabra de lenguas extranjeras. Si Rooke está disponible —ya lo viste en la estación de Liverpool Street—, irá hasta allí para ponerse al frente de la expedición. Se ha ofrecido a ello en caso de que así lo deseara yo. Y, por cierto, creo que no estaría mal que, cuando llegue el momento de la partida, no solo las chicas, sino también Lachlan y Mary de Sandy lo llamaran míster Rooke. Aquí es una persona muy importante. En realidad es una especie de intendente del castillo y, aunque es un hombre en exceso retraído, posee unas cualidades extraordinarias. También será muy útil para mantener la disciplina. Cuando lleguen los miembros de tu pequeño clan, él se encargará también de ellos. ¡Qué horror! Veo que he escrito demasiado... Debo cortar ya, pues tengo mucho que hacer, Te volveré a escribir.

Recibe un fuerte abrazo de tu sobrina

JANET

De la misma al mismo.

3 de marzo de 1907

Queridísimo tío:

Todo transcurre aquí perfectamente, y no hay nada que señalar. Te escribo solamente porque te quiero mucho y deseo darte las gracias por todas las molestias que te has tomado por mí —y por Rupert—. Creo que sería mejor

esperar un poco antes de traer a los criados. Rooke anda por ahí de viaje haciendo algún recado para Rupert y no volverá durante algún tiempo; Rupert cree que no volverá hasta dentro de un par de meses. Como no hay nadie más que pueda hacerse cargo de la expedición, no me gusta la idea de que todas estas zagalas viajen sin escolta. Lachlan y Mary de Sandy desconocen también los idiomas y usos extranjeros. Pero, en cuanto vuelva Rooke, podremos organizar el viaje. Seguro que, para entonces, ya tendrás listos a algunos de los miembros de tu pequeño clan, y creo que las pobres muchachas, que podrían extrañar un nuevo país como este, donde las costumbres son tan distintas a las nuestras, se sentirán más tranquilas cuando sepan que hay otros de su propia cultura cerca de ellas. Tal vez sería aconsejable que los que están ya comprometidos matrimonialmente —sé que hay algunos— se casaran antes de venir aquí. Entre otros motivos, así ahorraríamos alojamiento... Además, estos montañeses azules son unos hombres muy apuestos. Buenas noches.

Janet

Sir Colin MacKelpie, Croom, a Janet MacKelpie, Vissarion.

9 de marzo de 1907

Querida Janet:

Recibí tus dos cartas, y me complace saber que te encuentras a gusto en tu nueva casa. Ciertamente, debe de ser un lugar encantador y excepcional, y yo también estoy deseando verlo. Vine aquí hace tres días y, como suele ocurrirme, me siento mejor cuando respiro el aire de mí tierra natal. El tiempo pasa deprisa, mi querida sobrina, y ya empiezo a sentir que no soy tan joven como antes. Di a Rupert que todos los hombres están ya listos y deseando entrar a su servicio. Son ciertamente unos tipos estupendos. No creo haber visto nunca a otros mejores. Les he hecho entrenarse y adiestrarse como soldados y, además, he mandado que les enseñen todo tipo de oficios —a cada cual según sus inclinaciones personales—. Así, Rupert tendrá junto a él unos hombres capaces de acometer cualquier trabajo; por supuesto, no es que todos ellos conozcan todos los oficios, sino que entre ellos habrá de seguro alguien capaz de hacer lo que se necesite. Hay herreros, carpinteros, herradores, fabricantes de monturas, jardineros, fontaneros, cuchilleros, armeros..., de manera que, como todos ellos son agricultores de origen y cazadores de práctica, formarán un curioso plantel doméstico masculino. Casi todos ellos son tiradores de élite, y he mandado que practiquen con revólveres. Están aprendiendo esgrima y sable, así como jiu-jitsu; los he organizado al estilo militar, con sus propios sargentos y cabos. Esta mañana he pasado revista, y te aseguro, querida sobrina, que podrían dar sopas con honda a la mismísima tropa de la Casa Real en materia de instrucción. Realmente estoy muy orgulloso de los miembros de mi clan.

Creo que llevas razón en lo de esperar para el viaje de las zagalas, y más aún en lo que a su matrimonio se refiere. Seguro que habrá más matrimonios cuando todos se establezcan en un país extranjero. Eso me complace ya que, como Rupert piensa instalarse ahí, le vendrá muy bien verse rodeado por una pequeña colonia de su propia gente. Y también será bueno para ellos, pues sé que él los tratará bien —igual que tú, mi querida sobrina—. Las colinas de por aquí están yermas, y la vida es muy dura, y cada año que se pasa en ellas significa mayores sacrificios para las granjas, y tarde o temprano nuestra gente deberá emigrar. Y tal vez nuestra pequeña colonia del clan MacKelpie allende las fronteras del imperio pueda ser de algún servicio para la nación y el rey. ¡Pero esto es un sueño! Veo que estoy empezando a cumplir en mí mismo una parte de la profecía de Isaías, cuando dice: «Vuestros jóvenes tendrán visiones, y vuestros ancianos sueños».

Por cierto, mi querida sobrina, hablando de sueños, te envió unas cajas de libros que se encontraban en tus habitaciones. Casi todos ellos son de temas extraños que nosotros comprendemos bien: segunda visión, espíritus, sueños (han sido estos los que han hecho que me acordara), supersticiones, vampiros, hombres lobo, así como todo tipo de gentes y cosas insólitas. Eché un vistazo a algunos de estos libros y vi tus marcas, subrayados y comentarios, por lo que supongo que los estarás echando de menos en tu nueva mansión. Estoy seguro de que te sentirás más a gusto teniendo estos viejos amigos cerca de ti. Yo he copiado los nombres y mandado la lista a Londres, por lo que, cuando me visites de nuevo aquí, te sentirás como en casa a todos los aspectos. Sabes que nada me produciría más placer que una visita tuya, pero también sé que Rupert, que te tiene tanto cariño, tratará de hacerte tan feliz que no quieras dejarlo. Así que lo más probable es que tenga yo que ir a menudo a veros a vosotros dos, aun a costa de abandonar Croom durante largo tiempo. Qué curioso... Ahora que, gracias a la más que amable atención hacia mí por parte de Roger Melton, puedo ir a donde quiera y hacer lo que quiera, lo que más me apetece es estar en casa junto a la chimenea. No creo que nadie salvo tú o Rupert pudiera sacarme de aquí. Estoy trabajando muy duro con mi pequeño regimiento, como he dado en llamarlo. Es realmente excelente y estoy seguro de que no nos defraudará. Ya están hechos todos los uniformes —bastante bien, por cierto—. No hay un solo hombre que no parezca un oficial. Te aseguro, Janet, que cuando entre en acción la Guardia de Vissarion nos sentiremos orgullosos de ella. Con un par de meses más, se habrá hecho ya todo lo que se puede hacer aquí. Yo mismo iré con ellos. Rupert me ha escrito diciendo que piensa que será más cómodo venir directamente en una embarcación propia. Así, cuando vaya a Londres dentro de unas semanas me encargaré de fletar un navío adecuado. Ciertamente nos ahorrará un montón de molestias a nosotros y de ansiedad a nuestra gente. ¿Qué te parece si, cuando llegue el momento de contratar, fletar un barco suficientemente grande para

transportar también a todas tus zagalas? No se puede decir que sean precisamente grupos extraños entre sí. Ciertamente, mi querida sobrina, los soldados son soldados y las zagalas, zagalas. Pero todos ellos y todas ellas son parientes, además de pertenecer a un mismo clan, y además yo, su jefe, estaré presente. Dame a conocer tus opiniones y deseos al respecto. Mr. Trent, a quien vi antes de salir de Londres, me pidió que «os transmitiera sus más respetuosos saludos»; tales fueron sus palabras, y como tales las transmito. Trent es un hombre estupendo, al que tengo un gran aprecio. Me ha prometido hacerme una visita antes de que pase un mes, y estoy deseando que llegue ese momento para pasar juntos unos días buenos. Y nada más por hoy, querida sobrina. Que Dios os proteja a ti y a nuestro querido joven.

Tu tío que mucho te quiere,

COLIN ALEXANDER MACKELPIE

LIBRO III

LA LLEGADA DE LA DAMA

DIARIO DE RUPERT SENT LEGER

3 de abril de 1907

He esperado hasta ahora —hasta mediodía— para empezar a escribir los detalles del extraño episodio que viví anoche. He estado hablando con personas que son perfectamente normales; y he desayunado con buen apetito, como es habitual en mí. Por eso me asisten todas las razones para considerarme en perfecta salud física y mental. Así pues, el relato que sigue puede considerarse no solo verdadero en la sustancia, sino además exacto en los detalles. He investigado y referido demasiados casos para la Sociedad de Investigación Psíquica para no conocer bien la necesidad de precisión absoluta, inclusive en los detalles más insignificantes.

Ayer fue martes, segundo día de abril de 1907. Fue para mí un día interesante, dedicado a tareas de distinta índole. Tía Janet y yo comimos juntos, y dimos un paseo por los jardines después del té, tratando especialmente del emplazamiento para el nuevo jardín japonés, que llamaremos «El jardín de Janet». Íbamos con impermeables, pues la estación de las lluvias está en su punto álgido y la única señal de que no se trata de una repetición del diluvio universal es que está empezando a haber interrupciones en medio de la continuidad. Por ahora son breves, pero sin duda se alargarán conforme la estación se vaya acercando a su fin. Cenamos juntos a las siete. Después de cenar, me fumé un puro y luego me uní a tía Janet para una hora

de charla en su cuarto de estar. La dejé a las diez y media, y pasé a mi cuarto, donde escribí algunas cartas. A las once y diez minutos di cuerda a mi reloj, con el fin de conocer la hora con exactitud. Tras prepararme para dormir, corrí las pesadas cortinas de mi ventana, que da a la escalera de mármol que conduce al jardín italiano. Había apagado la luz antes de correr la cortina, pues quería contemplar el paisaje antes de acostarme. Tía Janet siempre ha sido de la anticuada opinión de que es necesario (o decoroso, no sé bien cómo llamarlo) tener las ventanas cerradas y las cortinas echadas. A este respecto, estoy intentando, poco a poco, que se olvide de mi habitación, pero ahora mismo este cambio se encuentra en una fase intermitente, y por supuesto no debo precipitar las cosas ni ser demasiado insistente, pues eso podría herir sus sentimientos. Anoche fue una de las noches aún sometidas al antiguo régimen. Era una delicia mirar al exterior, pues el paisaje no podía ser más perfecto. El largo período de lluvia —el incesante diluvio que ha inundado todo— ya había pasado, y más que llover, lloviznaba. Ya estábamos empezando a dejar la fase diluvial y a entrar en la fase encharcada. Había bastante luz para ver, pues la luna había empezado a brillar a rachas a través de las masas de nubes fugitivas. Su luz incierta producía extrañas sombras con los arbustos y las estatuas del jardín. El largo y recto paseo que sale de la escalinata de mármol está recubierto de arenilla blanca procedente de la playa de cuarzo localizada en el ángulo meridional del castillo. Los blancos acebos, así como los tejos, enebros, cipreses y los abigarrados arces y espireas que se alzaban a intervalos por el paseo y sus ramificaciones, parecían fantasmagóricos a la racheada luz de luna. Las numerosas vasijas y estatuas y urnas, cuales fantasmas a media luz, aparecían más extrañas que nunca. Anoche, el claro de luna era insólitamente claro e iluminaba no solo los jardines hasta la muralla defensiva, sino también la umbrosa zona de los grandes árboles forestales, más allá; y, más allá aún, hacia donde comienza la cadena de montañas, el bosque remonta la pendiente en forma de llamas plateadas, desviadas aquí y allí por grandes peñascos y por las rocosas floraciones y nevaduras de las vastas montañas.

Mientras yo contemplaba esta preciosa perspectiva, creí ver algo blanco deslizándose de manera intermitente, cual resplandor blanco atenuado, entre la teoría de arbustos o estatuas —entre cualquier cosa que sirviera de refugio contra la observación—. Al principio no estaba seguro de si realmente veía algo o no, lo cual me turbó bastante, pues yo me he dedicado durante tanto tiempo a la observación minuciosa de los hechos que nos rodean, observación de la que a menudo ha dependido no solo mi propia vida sino también la de los demás, que me he habituado a fiarme solo de mis ojos; y cualquier cosa que me suscita la menor duda es causa de mayor o menos ansiedad para mí. Sin embargo, ahora que mi atención era particularmente solicitada, miré con mayor detenimiento, y en un lapso de tiempo brevísimo me convencí de que algo se estaba moviendo, algo vestido de blanco. Era natural que mis

pensamientos tendieran hacia algo sobrenatural —la creencia de que este lugar está encantado, fundada en innúmeras conversaciones y deducciones—. Las extrañas creencias de tía Janet, reforzadas por sus libros sobre el ocultismo — y, últimamente, por nuestro aislamiento del resto del mundo, tema constante de conversación— coadyuvaban a este fin. Nada de extraño, pues, que, plenamente despierto y con la sensibilidad a flor de piel, esperara una manifestación ulterior de este fantasmal visitante —como en mi mente supuse que era—. Debía sin duda ser el espíritu o algún tipo de manifestación espiritual que se movía de esta manera silenciosa. Para ver y oír mejor, descorrí suavemente la reja, abrí la ventana y salí, descalzo y en pijama, a la terraza de mármol. ¡Qué frío estaba el mármol mojado! ¡Qué olor tan fuerte el del jardín empapado por la lluvia! Era como si la noche y la lámpara, y hasta la luz de la luna, extrajeran su aroma de todas las flores que empezaban a abrirse. Toda la noche parecía exhalar olores fuertes, casi intoxicantes... Me planté en la cabeza de las escaleras de mármol, e inmediatamente todo resultó ante mí fantasmagórico en extremo: la terraza y peldaños de mármol blanco, los paseos blancos de arena de cuarzo centelleando bajo la luz intermitente de la luna, los arbustos de verde o amarillo blanco o pálido, todo ello con aspecto borroso y fantasmal en medio de la luz embrujada, las blancas estatuas y vasijas. Y, entre todo ello, sin dejar de deslizarse silenciosamente, la misteriosa y escurridiza figura que no sabía decir si pertenecía a la realidad o la imaginación. Mantuve la respiración para detectar cualquier posible sonido; pero no había sonido alguno, salvo los de la noche y sus moradores: las lechuzas que ululaban en el bosque, y los murciélagos, que, aprovechando el cese de la lluvia, revoloteaban en silencio, sombras en el aire. Pero no había más señales de ningún espíritu o fantasma en movimiento, ni de lo que yo habría podido ver, si es que había habido alguna visión fuera de mi imaginación.

Tras esperar un buen rato, volví a mi habitación, cerré la ventana, y corrí de nuevo la reja y la pesada cortina; luego apagué las velas y me fui a la cama en medio de la oscuridad. A los pocos minutos debí de quedarme dormido.

«¿Qué ha sido eso?», casi oí las palabras de mis propios pensamientos mientras me sentaba en la cama completamente despierto. Según una acústica recordada más bien que presente, el perturbador sonido había parecido un ligero golpe en la ventana. Permanecí unos segundos escuchando de manera mecánica pero atenta, con esa respiración entrecortada y esas fuertes palpitations del corazón que en una persona timorata delatan miedo, y en las demás expectación. En medio de la quietud, el sonido volvió a oírse, esta vez un golpeteo casi imperceptible pero inequívoco, en el ventanal de cristal.

Salté, descorrí la cortina y durante unos segundos permanecí aterrado.

Allí fuera, en la balconada, en medio de la luz de la luna ahora brillante, se

erguía una mujer envuelta en un sudario blanco empapado de agua. Al caer al piso de mármol, el agua formaba un charco que resbalaba en hilillo por los escalones mojados. Tanto su actitud y vestimenta como la circunstancia, todo invitaba a pensar que, aunque ella se movía y hablaba, no estaba viva, sino muerta. Era joven y muy bella, pero estaba pálida, con esa palidez gris propia de la muerte. A través de la blancura inerte de su rostro, que hacía que pareciera tan fría como el mármol mojado sobre el que se sostenía, sus ojos negros parecían centellear con un resplandor a la vez extraño y seductor. Inclusive a la luz poco escudriñadora de la luna, que es a la postre más engañosa que iluminadora, no pude dejar de notar una rara cualidad en sus ojos. Cada uno tenía cierta cualidad de refracción que producía la impresión de contener una estrella. En cada movimiento que hacía, las estrellas exhibían nuevas bellezas, o una fuerza más rara y radiante. Me estuvo mirando con ojos suplicantes mientras se descorría la pesada cortina, y con gestos elocuentes me imploró que la dejara entrar. Yo obedecí instintivamente; descorrí la reja de acero y abrí la ventana. Noté que estaba titiritando y temblando mientras se abría el ventanal de cristal —estaba tan aterida de frío que parecía casi incapaz de moverse—. Movido de compasión ante su desvalimiento, la extrañeza de la situación desapareció por completo de mi mente. No es que mi primera idea de la muerte tomada de su atuendo mortuorio hubiera quedado invalidada. Fue simplemente que no pensé absolutamente en nada; estaba contento de aceptar las cosas tal y como eran: era una mujer atemorizada, angustiada por lo que quiera que fuera, y aquello me bastaba.

Me extiendo en la descripción de mis emociones pues es probable que, para la mejor comprensión de lo acontecido, tenga que referirme posteriormente a ellas. Todo aquello era tan enormemente extraño y anormal que la cosa más insignificante tal vez pueda luego proyectar alguna luz o pista esclarecedora sobre algo que en sí no resulta inteligible. Yo siempre he pensado que, en los asuntos recónditos, las primeras impresiones tienen más valor que las conclusiones ulteriores. Los humanos damos demasiada poca importancia al instinto en comparación con la razón; y, sin embargo, el instinto es el mayor don de la Naturaleza a todos los seres vivos para su protección y el desenvolvimiento de sus funciones en general.

Cuando salí a la balconada, sin reparar en mi propia vestimenta, descubrí que la mujer estaba entumecida y apenas podía moverse. Y cuando le pedí que entrara, y suplí mis palabras con gestos en caso de que no comprendiera mi idioma, apenas hizo movimiento alguno, se limitó a balancearse ligeramente a uno y otro lado, como si solo le quedaran las fuerzas justas para mantener el equilibrio de pie. Yo temía, por el estado en que estaba, que pudiera caer muerta en cualquier momento. Por eso la cogí de la mano y la acompañé adentro. Pero ella parecía demasiado débil para hacer ese esfuerzo. Tiré de ella ligeramente hacia mí con la intención de ayudarla, pero se tambaleó, y habría

caído al suelo de no haberla cogido entre mis brazos. Luego, casi levantándola, la empujé hacia delante. Sus pies, aligerados de su peso, parecían ahora capaces de hacer el esfuerzo necesario; y así, casi llevándola a pulso, entramos en la habitación. Se encontraba realmente al límite de sus fuerzas, de modo que tuve que levantarla en brazos para que pudiera traspasar el umbral. Luego, obedeciendo a un gesto suyo, cerré con cerrojo la puerta-ventana. Supuse que el calor de la habitación —aunque fría, era más cálida que el aire húmedo de fuera— la entonaría rápidamente, y en efecto pareció empezar a recobrase al instante. En unos cuantos segundos, como si hubiera recuperado las fuerzas, ella misma corrió la pesada cortina de la ventana. Esto nos dejó en la oscuridad, en medio de la cual la oí decir en inglés:

—Encienda, Encienda alguna luz.

Conseguí encontrar una cerilla y encendí una vela rápidamente. Cuando la llama hubo prendido, ella se acercó a la puerta de la habitación para asegurarse de que la llave y el cerrojo estaban echados. Una vez satisfecha al respecto, avanzó hacia mí, al tiempo que su sudario mojado iba dejando un rastro de agua sobre la alfombra verde. Ahora la cera de la vela se había derretido lo suficiente como para poder verla con claridad. Estaba temblando y tiritando violentamente, como si hubiera contraído alguna gran fiebre; arrojó el sudario mojado con ademán lastimero. Yo le dije:

—¿Puedo hacer algo por usted?

Ella contestó, también en inglés, y con una dulzura estremecedora, casi desgarradora, que de alguna manera me llegó directamente al corazón, y que me afectó de una manera muy extraña:

—¡Deme calor!

Yo me precipité hacia la chimenea. Estaba vacía; no había nada de leña. Me volví hacia ella y le dije:

—Espere un instante aquí. Voy a llamar a alguien que nos traiga ayuda..., y fuego.

Su voz pareció intensificarse al contestarme, sin mediar pausa:

—¡No, no! Prefiero estar —aquí dudó unos instantes, pero al ver su mortaja, prosiguió precipitadamente— como estoy. Me fío de usted, y de nadie más; sé que no traicionaré mi confianza. —Casi al instante le entró un espantoso temblor, y de nuevo se envolvió con sus vestimentas mortuorias, con un gesto tan patético que me destrozó el corazón. Yo siempre he creído ser un hombre práctico. En cualquier caso, estoy acostumbrado a la acción. Al instante eché mano de una pesada bata marrón oscura que estaba junto a la cama, obviamente demasiado larga, y se la alargué diciéndole lo siguiente:

—Póngase esto. Es lo único que hay aquí que le pueda dar calor. Espere; tiene que quitarse ese... —tartamudeé en busca de una palabra que no le resultara ofensiva— ese sayal... vestido... traje o lo que sea. —Apunté hacia el rincón de la habitación en el que hay un biombo recubierto de cretona que esconde mi baño frío, siempre preparado por la noche, pues suelo madrugar bastante.

Ella hizo una reverencia grave y, cogiendo la bata con su mano blanca y finamente delineada, la llevó detrás del biombo. Se oyó un ligero frufurú, y luego un sordo «plop» al caer su ropa al suelo; un nuevo frufurú y frotamiento, y, un minuto después, reaparecía envuelta de pies a cabeza en la larga prenda Jaeger, que le arrastraba por el suelo, si bien era una mujer bastante alta. No obstante, aún seguía tiritando penosamente. Saqué del mueble bar una botella de brandy y una copa y le ofrecí un poco de bebida; pero, con un movimiento de la mano, la rechazó, al tiempo que gemía lastimeramente:

—¡Oh, tengo tanto, tantísimo frío...! —Noté que le crujían los dientes. Sentí pena por su estado lamentable y dije a la desesperada, pues no sabía ya qué hacer para ayudarla.

—Dígame algo que pueda hacer para ayudarla, y lo haré. No puedo pedir ayuda; no hay fuego ni nada con que hacerlo; no quiere tomar nada de brandy. Dígame, entonces, qué puedo hacer para darle calor.....

Su respuesta me sorprendió cuando la oí, aun siendo bastante práctica, tan práctica que ni yo mismo me habría atrevido a pronunciar aquellas palabras. Me miró directamente a la cara durante unos segundos antes de hablar. Luego, con un inocente aire de niña que desarmó mi sospecha y me convenció al punto de su absoluta buena fe, dijo con un tono que a la vez me estremeció y despertó toda mi compasión:

—Déjeme descansar un rato y tápeme con mantas. Así podré entrar en calor. Me estoy muriendo de frío. Y tengo un miedo de muerte..., un miedo de muerte. Siéntese a mi lado y déjeme que le coja la mano. Usted es grande y fuerte, y parece valiente. Así me serenaré. Yo tampoco soy cobarde, pero esta noche me ha entrado un miedo espantoso. Apenas puedo respirar. Déjeme estar aquí hasta que entre en calor. Si supiera lo que he padecido, y aún tendré que padecer, estoy segura de que se apiadaría de mí y me ayudaría.

Afirmar que yo estaba atónito sería una insuficiente descripción de mis sentimientos. No estaba turbado. La vida que he llevado no se ha caracterizado precisamente por la gazmoñería. Viajar por lugares extraños entre pueblos extraños con opiniones extrañas supone tener experiencias raras y aventuras peculiares de cuando en cuando; un hombre sin pasiones humanas no es el tipo indicado para llevar una vida de aventuras, como ha sido mi caso. Pero también un hombre con pasión y experiencia puede, cuando se trata de

respetar a una mujer, sentirse turbado, y hasta gazmoño, cuando entra en juego su opinión sobre ella. Dicho hombre debe hacer gala de toda la generosidad que posea —y también todo su autocontrol— para así protegerla y custodiarla mejor. Aunque ella se pusiera en una situación dudosa, el honor de ella exige el honor de él. Es una llamada que puede no quedar —no debe quedar— sin respuesta. Inclusive la pasión debe hacer una pausa durante al menos un rato ante dicha llamada de trompeta.

A esta mujer yo sí la respetaba, y mucho. Su juventud y belleza, su manifiesto desconocimiento del mal, su altivo desdén de la convención, que solo podía provenir de una dignidad heredada, su terrible miedo al sufrimiento —pues en su infeliz condición debía de haber más de lo que aparecía a simple vista—, todo ello exigía respeto, incluso de quien no estuviera dispuesto a concederlo. Sin embargo, consideré necesario formular una protesta contra su embarazosa sugerencia. Ciertamente me sentí algo imbécil cuando la formulé, inclusive un canalla. Puedo afirmar con toda franqueza que lo dije solo por su bien, y que salió de lo más genuino y mejor de mi ser. Me sentía terriblemente torpe; tartamudeé y se me trabó la lengua antes de decir:

—Claro que... ya sabe, las convenciones... Usted sola aquí de noche... El código de... las convenciones sociales...

Me interrumpió con una dignidad sin parangón, una dignidad cortante como un cuchillo que me hizo sentirme inferior, por no decir decididamente ridículo. Asimismo, fue tal la sencillez y honestidad de sus palabras, así como el conocimiento que ella demostraba de sí misma y de su situación, que no pude sentirme ni enfadado ni herido. Solo me sentí avergonzado de mí mismo, así como de mi estrechez mental y moralismo. En su frialdad glacial —ahora espiritual a la vez que corporal— ella me pareció la encarnación misma del Orgullo al contestarme:

—¡Qué son para mí los formalismos o las convenciones! Si supiera de dónde vengo, la existencia (si se la puede llamar así) que he llevado, la soledad, el horror... Además, es a mí a quien corresponde crear las convenciones, y no someter a ellas mi libertad personal de acción. Pese a estar como estoy —aquí y con este atuendo—, me encuentro por encima de toda convención. Las conveniencias no me inquietan ni obstaculizan. Al menos mi sufrimiento me ha reportado esto, aun cuando esto no me hubiera acontecido de ninguna otra manera. Permítame que me quede. —Estas últimas palabras las dijo, a pesar de todo su orgullo, con tono de súplica. Con todo, había una nota de altivez en todo esto, en todo lo que decía y hacía, en su actitud y movimientos, en los tonos de su voz, en la prestancia de su porte y la mirada resuelta de sus inmensos ojos estrellados. En definitiva, había en ella y en la extraña vestimenta que portaba tanta nobleza que, en comparación, mi débil llamada a la prudencia parecía ridícula y fuera de lugar. Sin decir palabra, cogí

del viejo chiffonier unas cuantas mantas, y se las eché encima; entre tanto, tras colocar bien el cobertor, ella se había tendido en la cama. Luego cogí una silla y me senté a su lado. Cuando ella sacó la mano de debajo de la pila de mantas, yo la cogí en la mía y dije:

—Entre en calor y descanse. Duerma si puede. No tenga ningún temor. Yo la protegeré con mi vida.

Ella me miró agradecida; sus ojos luminosos cobraron una nueva luz, más vivida que la de la vela, tapada por mi cuerpo...

Estaba horriblemente fría, y sus dientes crujían tan violentamente que temí que fuera a sufrir algún mal fatal, teniendo en cuenta sobre todo lo mojada que había venido. Sin embargo, me sentía tan torpe que no encontraba palabra alguna para expresar mis temores; además, apenas me atrevía a decirle nada tras la manera altiva como había recibido mi bienintencionada protesta. Manifiestamente, yo era para ella como una especie de refugio y fuente de calor, algo completamente impersonal que en modo alguno debía tenerse por un individuo. En estas circunstancias humillantes, ¿qué otra cosa podía hacer sino permanecer sentado en la silla y esperar acontecimientos?

Poco a poco, a medida que el calor se insinuaba dentro de ella, fue disminuyendo el terrible crujir de sus dientes. Yo también sentí, aunque en aquella situación de extraña vigilia, el influjo de la quietud, y la modorra empezó a apoderarse de mí. Varias veces traté de conjurarla, pero, como no podía hacer ningún movimiento brusco so pena de alarmar a mi extraña y bella compañera, tuve que rendirme a la evidencia. Me hallaba aún tan aturdido que ni siquiera podía pensar libremente. No había nada que yo pudiera hacer sino controlarme y esperar. Antes de que consiguiera ordenar mis pensamientos, caí dormido.

Recuperé la consciencia al oír, aunque a través de la gasa de sueño que me embargaba, el canto de un gallo en alguna de las dependencias exteriores del castillo. En el mismo instante, la figura, que yacía completamente inmóvil salvo el suave palpar de su pecho, empezó a agitarse violentamente. Este sonido había traspasado también las puertas de sus sueños. Con un brusco movimiento, se deslizó de la cama y dijo con un susurro salvaje una vez puesta en pie:

—¡Déjeme salir! ¡Tengo que irme! ¡Tengo que irme!

Ahora yo me encontraba ya plenamente despierto, y capté de repente toda la situación con una viveza que nunca podré olvidar: el mortecino resplandor de la vela, ya prácticamente derretida y más debilitada aún por los primeros retazos grises de la mañana, que empezaba a insinuarse por los bordes de la pesada cortina; la esbelta y delgada figura enfundada en la bata marrón que

arrastraba por el suelo; el pelo negro, que parecía brillar a la luz, y que resaltaba, por contraste, la blancura marmórea de su rostro, en el que los ojos negros resplandecían como estrellas. Ella parecía ahora frenéticamente apresurada; su nerviosismo era sencillamente irresistible.

Yo estaba tan estupefacto por lo insólito de la situación, además de por el sueño, que no traté de detenerla, sino que empecé instintivamente a ayudarla, secundando sus deseos. Mientras ella corría detrás del biombo y, según colegí por el sonido, se despojaba frenéticamente de la caliente bata y se ponía de nuevo su sudario húmedo y glacial, yo descorría la cortina de la ventana y quitaba el cerrojo de la puerta de cristal. Cuando quise darme cuenta, ella se encontraba ya detrás de mí, tiritando. Al abrir la puerta, ella se deslizó con un movimiento silencioso y veloz, pero temblando de manera angustiada. Al pasar delante de mí, murmuró en voz baja, casi imperceptiblemente a causa del crujir de sus dientes:

—Oh, gracias. Gracias infinitas. Pero debo marchar. No tengo más remedio. Volveré y trataré de mostrarle mi agradecimiento. No me tache de ingrata..., hasta luego. —Y desapareció.

La vi avanzar a lo largo del sendero blanco, pasando de arbusto en arbusto, o de estatua en estatua, como había venido. A la luz fría y gris de la aurora en ciernes, me pareció aún más fantasmal que cuando la vi en medio de las sombras negras de la noche.

Despareció en la sombra del bosque, pero yo permanecí aún un buen rato en la terraza con la mirada fija, con la esperanza de poder entreverla una vez más, pues ahora no me cabía ninguna duda de que esta mujer ejercía sobre mí una extraña atracción. Reconocí que la mirada de aquellos gloriosos ojos estrellados permanecería conmigo mientras yo tuviera vida. Había cierta fascinación que iba más lejos que mis ojos o mi carne o mi corazón —que hurgaba en las entrañas de mi propia alma—. Mi mente era en aquel momento un auténtico remolino, de manera que apenas podía pensar con coherencia. Todo era como un sueño; la realidad parecía estar lejos. No era posible dudar de que aquella figura fantasmagórica que había estado tan cerca de mí durante las horas oscuras de la noche era realmente de carne y hueso. Una figura muy fría, extremadamente fría... Pero, al final, no pude resolverme sobre ninguna de estas dos proposiciones: si era una mujer viva que me había cogido la mano, o un cuerpo muerto reanimado para aquella ocasión de alguna manera extraordinaria.

La duda era demasiado grande para que pudiera decidirme claramente, aun cuando hubiera querido hacerlo. Aunque, en realidad, yo no quería hacerlo. Para eso ya habría tiempo. Hasta entonces, yo quería soñar con aquello, como nos ocurre con los sueños que son una bendición aunque haya intervalos de

dolor, espanto, duda o terror.

Así pues, cerré la ventana y volví a correr la cortina, y cuando mis pies desnudos empezaron a calentarse al contacto de la alfombra suave sentí por primera vez el frío que había padecido descalzo sobre el suelo de mármol mojado de la terraza. Para contrarrestar aquella gélida sensación, me metí en la cama en la que ella había yacido, y a medida que el calor iba restaurándome traté de infundir cierta coherencia a mis pensamientos. Por primera vez reflexioné sobre los hechos de la noche, o sobre los que me parecían hechos ahora que rememoraba. Pero, conforme seguía pensando, las posibilidades de cualquier resultado parecían cada vez menores, y acabé dando por imposible la tarea de reconciliar con la lógica de la vida el episodio lúgubre de la noche. Mi esfuerzo resultó excesivo para la capacidad de concentración que me quedaba; además, el sueño interrumpido reclamaba sus derechos de manera impostergable. No sé qué soñé, si es que soñé algo. Solo recuerdo el momento de despertarme. Llegó con unos golpes violentos a mi puerta. Salté de la cama, completamente despierto, quité el cerrojo y me volví a meter en la cama. Tras un nervioso «¿Puedo entrar?», entró tía Janet, que pareció aliviada al verme; sin que yo le preguntara nada, dio esta explicación a su agitación:

—Ay, mozuelo. No sabes lo preocupada que he estado por ti toda la noche... He soñado con apariciones y un montón de cosas muy raras. Temo que... —En ese momento estaba describiendo la cortina y, al posarse sus ojos en los numerosos charquitos del suelo, el objeto de sus cavilaciones cambió bruscamente:

—¿Qué es eso, mozuelo? ¿Qué has estado haciendo con tu baño? ¡Mira cómo has dejado el piso! ¡No está bien desperdiciar...! —Y así siguió un rato. Me alegró oír su reprimenda, que no era más que lo que toda buena ama de casa, indignada por una infracción al orden, debe decir. La escuché con paciencia, e incluso con alivio, pensando en lo que ella habría pensado (y dicho) de haber conocido los hechos reales.

DIARIO DE RUPERT - CONTINUACIÓN

10 de abril de 1907

Durante varios días tras lo que llamaré «el episodio» fui presa de una extraña agitación mental. No compartí con nadie —ni siquiera con tía Janet— aquel secreto. Ni siquiera ella, pese a lo amable, cordial y liberal que es, habría opinado —creo— sobre lo ocurrido de manera justa y tolerante; además, a mí no me apetecía escuchar ningún comentario adverso sobre mi extraña visitante. En cierto modo no soportaba la idea de que alguien encontrara algo reprobable en ella, aunque, curiosamente, yo no dejaba de defenderla ante mí mismo; pues, a pesar de mis deseos, unos pensamientos embarazosos me asaltaban una y otra vez, con toda suerte de variantes y de interrogantes

imposibles de contestar. Me sorprendí defendiéndola, unas veces como una mujer víctima del miedo espiritual y el sufrimiento físico, y otras como alguien no sometido a las leyes que rigen el discurrir normal de la vida. En efecto, no pude resolverme sobre si la consideraba como un ser humano vivo o como un ser que llevaba alguna extraña existencia en otro mundo y que solo tenía un punto de apoyo casual en el nuestro. Asaltada por la duda, mi imaginación empezó a divagar, y pensamientos de peligro, de maldad y hasta de temor se agolparon en mi mente con tal persistencia y en tan variadas formas que descubrí que mi instintiva reticencia se transformó en una precisa determinación. Muy pronto esta actitud mía empezó a repercutir en el estado de ánimo de tía Janet y en sus manifestaciones sucesivas: estaba obsesionada, en efecto, por pronósticos lúgubres y temores que yo consideraba morbosos. Por primera vez en mi vida descubrí que tía Janet era víctima de los nervios. Durante mucho tiempo yo había tenido la secreta convicción de que ella estaba dotada, al menos hasta cierto punto, de una segunda visión, cualidad esta —o don o lo que quiera que sea— que se nutre en los poderes —por no decir más bien en la cultura misma— de la superstición, consiguiendo mantener operativa no solo la mente de quien está dotada con ella, sino también la de otras personas de algún modo implicadas. Sin duda esta cualidad natural había recibido un nuevo ímpetu con la llegada de algunas cajas de sus libros, expedidas por sir Colin. Ella parecía leer y releer estos libros, que versaban principalmente acerca de temas esotéricos, de día y de noche, salvo en los momentos en que me refería a mí los fragmentos más téticos y aterradores. En efecto, antes de que pasara una semana me descubrí experto en historia del ocultismo, así como en sus manifestaciones, en las que yo había tenido experiencia directa durante muchos años.

El resultado de todo esto fue un alarmante aumento de pensamientos sombríos. A esa conclusión llegué un día en que tía Janet me lo reprochó expresamente. Ella siempre se expresa de acuerdo con sus convicciones, de manera que el que ella creyera que yo tenía pensamientos sombríos fue para mí la prueba concluyente de que tal era el caso; y, tras un examen personal, concluí —con renuencia— que ella llevaba razón, al menos por lo que se refería a mí conducta externa. Sin embargo, la agitación mental de que yo era víctima me impedía reconocerlo en sus justos términos; a saber, la causa real de mi retraimiento y distracción. Y, así, yo seguí torturándome como antes con preguntas introspectivas, y ella, con su mente centrada en mis acciones, y empeñada en encontrarles una causa, siguió exponiendo sus creencias y temores.

Los coloquios nocturnos que manteníamos cuando nos quedábamos solos después de cenar —pues yo había conseguido evitar su interrogatorio en otros momentos del día— mantenían constantemente enfebrecida mi imaginación, y, muy a pesar mío, yo me veía obligado a descubrir nuevos motivos de ansiedad

en las fuentes inextinguibles de su superstición. Hace bastantes años creí haber tocado las profundidades de esta rama del psiquismo; pero esta nueva fase del pensamiento, fundada en la gran fascinación que ejercían sobre mí la existencia de mi bella visitante y sus tristes y espantosas circunstancias, me trajo una nueva preocupación en la cuestión del engreimiento personal. Llegué a pensar que debía reconstruir mis valores personales y empezar una nueva comprensión de las creencias éticas. Pero, hiciera lo que hiciera, mi mente se volvía a los temas extraños expuestos a su consideración. Empecé a aplicarlos, uno a uno, a mi reciente experiencia y a tratar inconscientemente de encajarlos a su vez en el caso concreto.

El efecto de estas cavilaciones fue que, contra mi voluntad, me vi sorprendido por la semejanza entre las circunstancias que atañían a mi visitante y las condiciones imputadas por la tradición y la superstición a extrañas supervivencias de épocas anteriores, tales como esas existencias parciales que son más bien no-muertes que vidas (que siguen vagando por la tierra, pero son a la vez solicitadas por el mundo de los muertos). Entre ellas se encuentran el vampiro y el hombre lobo. A esta categoría puede pertenecer también en cierta medida el doppelgänger, una de cuyas existencias duales suele pertenecer al mundo real que nos rodea; o también los moradores del mundo del astralismo. En cualquiera de estos mundos susodichos existe una presencia material que debe ser creada, aunque solo sea para una finalidad única o periódica. Lo que importa no es si una presencia material ya creada puede ser receptora de un alma desencarnada, o si un alma desligada puede tener un cuerpo construido para ella o alrededor de ella; ni tampoco si se puede lograr que el cuerpo de una persona muerta parezca vivo mediante algún influjo diabólico manifestado en el presente, o mediante herencia o como resultado de algún uso pernicioso de un poder maléfico en el pasado. El resultado es el mismo en cada caso, aunque la manera pueda ser distinta; un alma o un cuerpo que no están unidos, sino juntados para fines extraños a través de medios más extraños aún y mediante poderes más extraños todavía.

Después de mucho pensar y de un largo proceso de exclusiones, la forma misteriosa que parecía corresponderse más con mi aventura, y más adaptada a mi fascinadora visitante, parecía ser la del vampiro. El doppelgänger, así como las criaturas astrales y otros seres parecidos no se adecuaban a las condiciones de mi experiencia nocturna. El hombre lobo es una simple variante del vampiro, por lo que no necesitaba ser clasificado ni examinado. Curiosamente, vista de esta manera, la dama del sudario (pues así acabé nombrándola en mi mente) empezó a cobrar una nueva fuerza. La biblioteca de tía Janet me ofrecía unas claves que seguí con avidez. En lo más secreto de mi corazón yo aborrecía aquella investigación, y no deseaba seguir adelante con ella. Pero en esto yo no era dueño de mí. Pese a mis esfuerzos por ahuyentar dudas e imágenes, otras nuevas venían a ocupar su puesto. Mi situación casi repetía la

parábola de los siete demonios que vienen a ocupar el lugar del demonio exorcizado. Yo podía aguantar las dudas. También podía aguantar las imaginaciones. Pero las dudas e imaginaciones juntas conformaban una fuerza tan maligna que no me quedaba más remedio que aceptar cualquier interpretación del misterio que permitiera un punto de apoyo para el ejercicio del pensamiento. Y así llegué a aceptar experimentalmente la teoría del vampiro, al menos hasta el punto de examinarla críticamente tal y como se exponía a mi consideración. Según pasaban los días, esta convicción tomaba cada vez más cuerpo. Cuanto más leía sobre el tema, más pruebas veía en esa dirección. Cuanto más pensaba, más obstinada se volvía dicha convicción. Entre a saco en los tomos de tía Janet en busca de pruebas en sentido contrario; pero todo fue en vano. De nuevo, por obstinada que hubiera sido mi convicción en cualquier momento dado, me asaltaba la perplejidad al reflexionar otra vez sobre el tema, de manera que me sumí en un estado de desazón e incertidumbre.

Sucintamente, las pruebas a favor de la concordancia entre los hechos observados y la teoría del vampiro eran las siguientes:

El que ella hubiera venido por la noche; es decir, cuando el vampiro, según la teoría, puede moverse a voluntad.

El que llevara un sudario, algo necesario cuando se acaba de salir de una tumba (no hay ninguna vestimenta esotérica que no esté sujeta a influjos astrales u otros).

Necesitó de mi ayuda para entrar en la habitación, en estricto acuerdo con lo que un crítico escéptico del ocultismo ha llamado «la etiqueta del vampiro».

Le entró la urgencia de huir al primer canto del gallo.

Parecía preternatural mente fría; su sueño tuvo una intensidad fuera de lo común, y, sin embargo, el canto del gallo logró perturbarlo.

Todas estas cosas probaban que estaba sujeta a ciertas leyes, aunque no de manera exactamente acorde con las que rigen en el mundo de los seres humanos. Bajo la presión de las circunstancias a las que ella debía estar sometida, su vitalidad parecía más que humana —una vitalidad capaz de sobrevivir al enterramiento normal—. Una vez más, la determinación que había mostrado al ponerse, al dictado de alguna orden compulsiva, su glacial sudario mojado y, envuelta en él, salir de nuevo a la noche, era muy poco normal en una mujer.

Pero, si ella era realmente un vampiro, ¿no podía ser exorcizada del poder que mantiene esclavizados a estos seres? Encontrar los medios pertinentes sería entonces mi tarea primordial. Actualmente estoy anhelando poder verla de nuevo. Nunca antes me había sentido tan profundamente emocionado por

nadie. Venga del cielo o del infierno, de la tierra o de la tumba, poco me importa: haré todo lo que pueda por recuperarla para la vida y la paz. Si es realmente un vampiro, la tarea puede ser dura y larga; si no lo es, y resulta simplemente que las circunstancias han coincidido en torno a ella de tal manera que produce esa impresión, la tarea puede ser más sencilla y el resultado más grato. No, no más grato; pues ¿qué puede resultar más grato que recuperar el alma perdida, o aparentemente perdida, de la mujer que se ama? Sí, esa es la verdad desnuda. Yo creo que me he enamorado de ella. En tal caso, es demasiado tarde para oponer resistencia alguna. Solo me queda esperar pacientemente a poder verla de nuevo. Pero yo no puedo hacer nada para ello. No sé absolutamente nada de ella; ni siquiera su nombre. Así que... ¡paciencia!

DIARIO DE RUPERT - CONTINUACIÓN

16 de abril de 1907

El único alivio que ha obtenido mi obsesiva ansiedad por la dama del sudario me lo ha procurado el estado de agitación en que se encuentra mi país de adopción. No hay duda de que está ocurriendo algo grave de lo que no logro enterarme. Los montañeses están turbados e inquietos; andan de un lado para otro, solos y en grupos, y se reúnen en lugares extraños. Supongo que es esto lo que ocurría en los viejos tiempos cuando intrigaban contra el país turcos, griegos, austríacos, italianos y rusos. Esto me concierne vitalmente, pues hace tiempo que decidí compartir la suerte del país de las Montañas Azules. Para bien o para mal, he decidido quedarme aquí: J'y suis, j'y reste. En adelante compartiré la suerte de los montañeses azules, y ni Turquía ni Grecia ni Austria ni Italia ni Rusia —no, ni Francia ni Alemania tampoco—; ni hombre ni Dios ni diablo me desviarán de mi propósito. Mi destino está ligado al de estos patriotas. Al principio, la única dificultad pareció estribar precisamente en ellos mismos. Son tan orgullosos que, al principio, temí que ni siquiera me concedieran el honor de ser uno más de ellos. Sin embargo, las cosas siempre acaban arreglándose de alguna manera, por muchas que hayan sido las dificultades iniciales. ¡No importa! Cuando se vuelve la mirada a un hecho consumado, no se ve el principio, y, aunque se viera, no tendría importancia. En cualquier caso, para mí no tiene ninguna importancia.

Había oído decir que iba a haber una gran reunión cerca de aquí ayer por la tarde, y asistí a ella. Creo que fue un éxito. Si esto sirve de prueba, me sentí eufórico además de satisfecho al volver a casa. La segunda visión de tía Janet al respecto fue más bien reconfortante, aunque en cierta medida también algo desconcertante. Cuando le dije buenas noches, me pidió que inclinara la cabeza. Al complacerla, ella puso las manos sobre mi cabeza, que estuvo palpando un rato. La oí musitar para sus adentros:

—Qué raro. No hay nada aquí, y, sin embargo, habría jurado que lo vi. — Le pregunté que me explicara, pero ella no quiso. Por una vez se mostró algo obstinada, y se negó de plano incluso a mencionar el tema. No estaba preocupada ni triste; por eso no me preocupé demasiado. Yo no dije nada, pero esperaré a ver si acabo enterándome. Con el tiempo, la mayor parte de los misterios acaban desvelándose o desapareciendo completamente. Pero volvamos a la reunión, que se me había olvidado.

Cuando me uní a los montañeses reunidos, creo realmente que se mostraron contentos al verme, aunque algunos de ellos parecían hostiles y otros no del todo satisfechos. Pero, bueno, ya se sabe que es muy difícil encontrar la unanimidad absoluta. En realidad, es casi imposible; además, en una comunidad libre es algo poco deseable. Cuando se produce, la asamblea pierde esa impresión de individualidad que contribuye a crear el auténtico consenso de opinión, que es la verdadera unidad de objetivos. La reunión fue al principio algo fría y distante. Pero enseguida el ambiente empezó a distenderse, y tras unas cuantas arengas encendidas, me pidieron que hablara. Afortunadamente, yo me puse a aprender la lengua balcánica tan pronto como me enteré de los deseos de tío Roger, y, como tengo cierta facilidad para las lenguas y una gran experiencia, pronto empecé a familiarizarme con ella. En efecto, a las pocas semanas de llegar, gracias a la ventaja de poder hablar con la gente de aquí, empecé a comprender las entonaciones y las inflexiones vocálicas, y noté que la hablaba con bastante soltura. Entendía cada palabra que se decía en las reuniones y, cuando tomaba la palabra, notaba que me entendían. Esto es una experiencia que tiene cada orador de manera personalizada. El instinto le dice si su público está con él, y si reacciona es que ha comprendido con toda seguridad. Anoche fue este el caso. Lo noté en cada momento en que estuve hablando, y, cuando me percaté de que los hombres estaban completamente de acuerdo con mis opiniones generales, les revelé mis propósitos personales. Fue el inicio de una confianza mutua; así, a modo de conclusión, les dije que había llegado al convencimiento de que lo que ellos más necesitaban para su propia protección y la seguridad y consolidación de su nación era armas, armas del último modelo. Aquí ellos me interrumpieron con apasionados vítores, lo que me enardecíó tanto que fui más lejos de lo que había pensado, y me aventuré a proclamar:

—Sí —repetí—. La seguridad y consolidación de vuestro país, de nuestro país, pues yo he venido a vivir entre vosotros... Aquí estará mi hogar mientras viva. Siento con vuestro corazón y vuestra alma. Viviré con vosotros, pelearé codo a codo con vosotros y, si fuera necesario, ¡moriré con vosotros! —En este momento, el griterío fue terrible, y los más jóvenes levantaron los fusiles para lanzar un saludo a la manera de las Montañas Azules. Pero, en aquel mismo instante, el Vladika levantó las manos y les ordenó que se callaran. En medio del silencio que siguió, tomó la palabra, con hosquedad al principio

pero adoptando luego paulatinamente un tono elevado de elocuencia resuelta y majestuosa. Sus palabras sonaron en mis oídos mucho después de que hubiera terminado la asamblea y otros pensamientos se interpusieron entre ellos y el presente.

—¡Silencio! —atronó—. No hagáis eco por el bosque ni por las colinas en este momento crítico de tensión y de peligro amenazador para nuestra tierra. Recordad que esta reunión se celebra en secreto para que ni un solo eco lejano llegue a oídos extraños. ¿Para qué serviría, bravos hombres de las Montañas Azules, haber llegado hasta aquí a través de los bosques, silenciosos como sombras, si luego alguno de vosotros revela atolondradamente a nuestros enemigos nuestros planes secretos? El rugir de vuestros fusiles sonará ciertamente muy bien a los oídos de quienes desean nuestro mal y tratan de causar nuestra perdición. Queridos compatriotas, ¿no sabéis que el turco se ha despertado de nuevo para hacernos daño? Su departamento de espionaje ha salido del torpor en que cayó cuando sus intentos de arrancarnos a nuestra amada Teuta suscitaron en nuestras montañas tanta rabia que las fronteras ardieron de pasión y fueron puestas a fuego y espada. Más aún, hay un traidor en algún lugar del país, o, de lo contrario, la imprudente despreocupación ha surtido el mismo efecto fundamental. Algo de nuestras necesidades —nuestra actividad, cuyo secreto hemos tratado de ocultar— ha debido de trascender. Los mirmidones del turco están próximos a nuestras fronteras, y podría ser que algunos de ellos se hayan infiltrado en nuestras guardias y vivan entre nosotros de incógnito. Así pues, se impone para nosotros la discreción por partida doble. Creedme, queridos hermanos, que siento el mismo amor que vosotros hacia el valeroso inglés que ha venido a vivir con nosotros y a compartir nuestras penas y ambiciones, lo que espero redunde en nuestro gozo. A todos nosotros nos une el deseo de rendirle honores, pero no de tal manera que pueda venirnos el peligro en las alas del amor. Hermanos míos, nuestro reciente hermano viene hasta nosotros desde la gran nación que entre las naciones ha sido nuestra única amiga, y que nos ayudó ya antes a salir de apuros, la poderosa Gran Bretaña cuya mano siempre se ha levantado para fomentar la causa de la libertad. Nosotros, los de las Montañas Azules, le agradecemos el que se enfrente, espada en ristre, a nuestros enemigos. Y este, su hijo y ahora nuestro hermano, acerca más a nuestras necesidades la mano de un gigante y el corazón de un león. Luego, cuando el peligro no nos acose, cuando el silencio deje de ser nuestra guardia exterior, le daremos la bienvenida a la manera genuina de nuestra tierra. Pero hasta entonces él debe de saber —pues posee un gran corazón— que nuestro amor y gratitud y bienvenida no deben medirse por el ruido. Cuando llegue el momento, entonces haremos ruido en su honor, no solo de rifles, sino también de campanas y cañones, y con la voz poderosa de un pueblo libre que grita como tal. Pero ahora debemos mostrarnos cautos y silenciosos, pues el turco se halla

de nuevo a nuestras puertas. Por desgracia, ya no puede tratarse de la misma causa de su anterior venida, pues aquella cuya belleza y nobleza y cuyo lugar en nuestra nación y en nuestros corazones le tentó al fraude y a la violencia ya no está con nosotros para compartir siquiera nuestra zozobra.

Aquí su voz se quebró, y de todos surgió un profundo sollozo, que fue elevándose paulatinamente hasta que los bosques que nos rodeaban parecieron romperse en un gemido poderoso y sostenido. El orador vio que su propósito se había cumplido, y con una breve frase terminó su arenga:

—Pero la necesidad de nuestra nación sigue en pie. —Luego, con un gesto elocuente hacia mí para que siguiera hablando, se perdió entre la multitud y desapareció.

¿Cómo podía yo hablar después de aquel orador con alguna esperanza de éxito? Así, me limité a decirles lo que ya había hecho en concepto de ayuda:

—Como necesitabais armas, yo las he conseguido para vosotros. Mi agente me comunica, mediante el código existente entre nosotros, que me ha procurado —nos ha procurado— cincuenta mil rifles último modelo, el francés Ingis-Malbrom, que supera a todos los demás, y suficiente munición para dos años de guerra. El primer lote está ya disponible, y pronto estará listo para su entrega. Hay también otros materiales bélicos, que, cuando lleguen, permitirán a cada hombre y mujer —y hasta a los niños— de nuestro país participar en su defensa, en caso de que fuera necesario. Hermanos míos, estoy con vosotros para lo que se presente, bueno o malo.

Me produjo un gran orgullo oír el poderoso clamor que siguió. Yo ya me había sentido exaltado antes, pero ahora esta experiencia personal casi me intimidó y desarmó. Me alegré de que el aplauso fuera muy largo; así pude recuperar mi autocontrol.

Me agradó particularmente que los congregados no quisieran escuchar a ningún otro orador, como quiera que empezaron a dispersarse sin que se diera ninguna notificación formal. Dudo que vuelva a haber pronto una nueva asamblea. El tiempo ha empezado a cambiar, y nos encontramos ante otro período de lluvias. Es desagradable, por supuesto; pero tiene también su encanto. Fue durante un período de tiempo húmedo cuando la dama del sudario vino a mí. Tal vez la lluvia me la devuelva. Eso espero, con toda mi alma.

DIARIO DE RUPERT - CONTINUACIÓN

23 de abril de 1907

Las lluvias han proseguido durante cuatro días y cuatro noches, y el terreno más bajo se parece a un lodazal en algunos sitios. A la luz del sol, todas las

montañas brillan con el agua que corre y se precipita. Siento una extraña sensación de euforia; pero, sin ningún motivo visible, se puede decir que tía Janet me la aguó al decirme, en el momento de darme las buenas noches, que cuidara mucho de mí, pues la noche anterior había visto a una figura envuelta en un sudario. Creo que no le gustó nada el que no me tomara muy en serio sus palabras. No me gustaría herirla por nada del mundo si pudiera remediarlo; pero aquella mención de un sudario se acercaba tanto a la realidad que me sentí obligado a tomar precauciones contra cualquier riesgo. Así, cuando le expresé bromeando mis dudas de que el Destino relacionara conmigo su misterioso sudario, me contestó con una aspereza bastante inhabitual en ella:

—Ándate con cuidado, mozuelo. Es peligroso bromear con los poderes de lo Desconocido.

Tal vez fuera su charla la que trajo el tema a mi mente. Pero aquella mujer no necesitaba esta ayuda; estaba siempre en mi mente. Pero cuando me encerré en mi habitación aquella noche, casi esperé encontrarla en ella. No tenía sueño, por lo que cogí uno de los libros de tía Janet y empecé a leer. El título rezaba: Sobre los poderes y cualidades de los espíritus incorpóreos. «Tu gramática», dije a la intención del autor, «es muy poco atractiva, pero podría aprender algo que pudiera aplicarse a ella. Así que leeré tu libro». Sin embargo, antes de ponerme a leerlo, creí oportuno echar un vistazo al jardín. Desde la noche de la visita, este parecía ejercer un nuevo atractivo sobre mí: no pasó una sola noche sin que le echara una última mirada antes de meterme en la cama. Así pues, descorrí la gran cortina y miré al exterior.

El escenario era hermoso, aunque casi por completo desolado. Bajo los ásperos e inmisericordes rayos de luna que asomaban por los cúmulos de nubes en huida, todo tenía un aspecto fantasmal. Se estaba levantando viento, y el aire era húmedo y frío. Eché un vistazo a la habitación instintivamente, y vi que había unos finos troncos de madera apilados junto a la chimenea, listos para hacer fuego. Desde aquella noche, siempre he tenido la chimenea preparada. Me vino la tentación de encenderla, pero como yo nunca hago un fuego a no ser que duerma al aire libre, dudé si hacerlo o no. Volví a la ventana y, abriendo el pestillo, salí a la terraza. Mientras dejaba a mis ojos perderse por el blanco paseo y explorar la expansión del jardín, donde todo relucía al claro de luna con el agua caída, deseé ver alguna figura blanca deslizándose entre los arbustos y las estatuas. Toda la escena de la visita anterior volvió a mí con tanta viveza que no podía creer que hubiera pasado tanto tiempo desde entonces. Era la misma escena, y era también noche entrada —la vida en Vissarion era primitiva, y se hacía todo temprano—, aunque no tan tarde como aquella primera noche.

Mientras miraba me pareció divisar algo blanco a lo lejos. Solo era un rayo de luna que se había colado por el reborde accidentado de una nube. De todos

modos, aquello produjo en mí un extraño estado de perturbación. Sentí como si perdiera un poco mi propia identidad, como si estuviera hipnotizado por la situación o por el recuerdo, o tal vez también por alguna fuerza oculta. Sin pensar en lo que estaba haciendo, ni ser consciente de por qué lo hacía, atravesé la habitación para encender la lumbre. Luego apagué la vela y volví de nuevo a la ventana. Ni siquiera se me pasó por la cabeza que pudiera resultar peligroso, en un país en el que todo el mundo va armado permanentemente, permanecer inmóvil delante de una ventana, con una luz por detrás, y además en ropa de noche y con el pecho bien resaltado por la camisa blanca. Abrí la ventana y salí a la terraza. Allí permanecí muchos minutos, pensando. Durante todo aquel tiempo mis ojos no dejaron de escudriñar el jardín. En cierto momento creí ver una figura blanca moverse, pero aquello no tuvo continuación, por lo que, ante la amenaza de un nuevo chaparrón, volví a la habitación, cerré la ventana y corrí la cortina. Luego sentí el reconfortante calor de la lumbre y me acerqué y permanecí junto a la chimenea.

¡Qué oigo! Otra vez los golpecitos a la ventana. Me precipité en aquella dirección y descorrí la cortina.

Allí fuera, en la terraza azotada por la lluvia, se hallaba la figura envuelta en sábana blanca, con un aspecto más desolado que nunca. Parecía espectralmente pálida, como antes, pero sus ojos delataban una ansiedad que me resultó nueva. Supuse que se debía a la atracción que sentía por la lumbre, que ahora había prendido del todo en medio de grandes llamaradas y el crujir de la leña seca. Las llamas saltarinas proyectaban unos resplandores intermitentes por toda la habitación, y cada resplandor resaltaba aún más la figura vestida de blanco, especialmente el brillo de sus ojos negros y las estrellas que centelleaban en ellos.

Sin decir palabra, abrí la ventana y, tomando la mano blanca que se me ofrecía, introduje en la habitación a la dama del sudario.

Al entrar y sentir el calor del fuego chisporroteante, una mirada de contento se dibujó en su rostro. Hizo un movimiento como de querer correr hacía él. Pero un instante después se echó hacia atrás, mirando a su alrededor con precaución instintiva. Cerró la ventana y echó el cerrojo, palpó la palanca que aseguraba el cierre de la reja y corrió la cortina. Luego se dirigió velozmente a la puerta para comprobar si estaba bien cerrada. Satisfecha al respecto, avanzó rápidamente hacia el fuego y, arrodillándose delante de él, extendió hacia él sus manos ateridas. Casi al instante su sudario mojado empezó a echar vapor. Yo permanecía de pie hecho un lío de preguntas. Sus precauciones de secretismo en medio del sufrimiento —pues saltaba a la vista que estaba sufriendo mucho— debían presuponer cierto peligro. En aquel instante preciso, el único pensamiento que cruzó mi mente fue que ella no

sufriera ningún daño que yo pudiera evitar por cualquier medio. Pero, antes que nada, había que pensar en el presente: la neumonía y otras enfermedades que suelen seguir a enfriamientos tan intensos darían buena cuenta de ella a menos que se tomaran las precauciones necesarias. Cogí de nuevo la bata que se había puesto el primer día y se la alargué, avanzando, mientras hacía esto, hacia el biombo que le había servido de vestuario la vez anterior. Para mí sorpresa, ella vaciló. Yo esperé. Ella también esperó, y luego posó la bata sobre el borde del guardafuegos de piedra. Entonces le dije:

—¿No se va a cambiar como la otra vez? Su... su sayo podría así secarse entre tanto. ¡Hágalo! Será mucho mejor para usted ponérselo luego seco.

—¿Cómo voy a cambiarme si está usted aquí?

Sus palabras me dejaron perplejo, pues sus actos eran muy distintos a la otra visita. Me limité a hacer una reverencia —hacer comentarios sobre ese tema habría sido cuanto menos inadecuado— y me dirigí a la ventana. Pasé al otro lado de la cortina y abrí la ventana. Antes de salir a la terraza, miré hacia la habitación y dije:

—Tómese el tiempo que necesite. No hay prisa. Espero encuentre todo lo que necesite. Estaré en la terraza hasta que me llame. —Dicho lo cual, salí a la terraza, cerrando la puerta de cristal detrás de mí.

Permanecí un rato contemplando el lóbrego paisaje durante lo que me pareció un período brevísimo, con la mente hecha un torbellino. Del interior vino a mis oídos el ruido de un frufú, y vi una figura marrón oscura deslizarse por el borde de la cortina. Una mano blanca se alzó y me hizo señas de entrar. Al entrar, eché el cerrojo de la ventana. Ella había pasado al otro lado de la habitación y estaba arrodillándose de nuevo delante del fuego con las manos abiertas hacia él. El sudario yacía parcialmente plegado a un lado de la chimenea, y estaba desprendiendo mucho vapor. Yo traje algunos cojines y almohadas, con los que hice una pequeña pila junto a ella.

—Siéntese aquí —dije—, y descanse tranquilamente junto al calor. —Tal vez fuera el efecto del calor resplandeciente, pero hubo un color intenso en su rostro cuando me miró con sus ojos brillantes. Sin decir palabra, pero con una pequeña reverencia cortés, se sentó al instante. Yo le eché una manta recia sobre los hombros, y me senté en un taburete a un par de pies de distancia.

Durante unos cinco o seis minutos, permanecimos en silencio. Al fin, volviendo la cabeza hacia mí, me dijo con voz dulce y susurrante:

—Había pensado venir antes para agradecerle expresamente su exquisita cortesía para conmigo, pero las circunstancias no me permitieron abandonar mi... —Y aquí vaciló unos instantes antes de decir— mí morada. No soy libre, como usted y otras personas, de hacer lo que deseo. Mi existencia es triste y

fría, y está llena de unos horrores que aterran. Pero le doy las gracias de verdad. Por mi parte, no lamento mi retraso, pues cada hora que pasa veo con mayor claridad lo bueno y comprensivo que ha sido usted conmigo, y espero que algún día se dé cuenta también de lo mucho que se lo agradezco.

—Me encanta poder servirle de alguna ayuda —dije, creo que con voz apagada, mientras le alargaba mi mano. Ella no pareció verla. Sus ojos estaban ahora puestos en el fuego, y un cálido tono encarnado le teñía la frente, la mejilla y el cuello. Aquel desaire fue tan gentil que nadie podría haberse ofendido. Era evidente que estaba algo cohibida y reticente, y que no quería por ahora dejar que me acercara a ella, ni siquiera que le tocara la mano, Pero que su corazón no me era adverso resultaba también evidente por la mirada de sus magníficos ojos estrellados. Estas miradas —verdaderos relámpagos salidos de su especial reserva— dieron enteramente al traste con cualquier vacilación que pudiera haber habido en mi actitud. Ahora era consciente de que mi corazón estaba totalmente subyugado. Sabía que estaba enamorado, tanto que sentía que sin aquella mujer, fuera quien fuera, a mi lado, mi futuro iba a ser absolutamente estéril.

Ahora estaba clarísimo que en esta ocasión no quería permanecer tanto tiempo como en la otra. Cuando el reloj del castillo dio las doce de la noche, se puso en pie de un salto y dijo:

—¡Tengo que irme! ¡Es medianoche! —Yo me levanté también al instante: la intensidad de sus palabras había borrado de repente el sueño que, bajo el influjo del reposo y el calor, se había apoderado de mí. Una vez más, le había entrado el frenesí de la prisa; así pues, me precipité hacia la ventana, pero, al volver la mirada, la vi, a pesar de su prisa, aun en el mismo sitio. Le señalé el biombo y, deslizándome por detrás de la cortina, abrí la ventana y salí a la terraza. Pero antes de salir la vi con el rabillo del ojo recoger el sudario, ya seco, del guardafuegos.

Unos instantes después estaba junto a mí, vestida de nuevo con su macabra indumentaria. Al pasar ante mí estremeciéndose al contacto del mármol gélido bajo sus pies, susurró:

—Gracias otra vez. Es usted muy bueno conmigo. Usted comprende.

De nuevo en la terraza, la vi deslizarse como una sombra por las escaleras y desaparecer tras el arbusto más próximo. Desde allí fue pasando de un punto a otro con pasmosa rapidez. La luz de la luna había desaparecido detrás de unas pesadas masas de nubes, por lo que era escasa la visibilidad. Apenas si distinguí un pálido resplandor aquí y allí mientras ella se alejaba con su secreto.

Permanecí un buen rato allí, solo y pensativo, observando el rumbo que

había tomado y preguntándome cuál podría ser su destino definitivo. Como había hablado de su «morada», supe que habría algún punto terminal en su escapada.

Pero no servía de nada hacerse preguntas. Yo desconocía tan por entero sus circunstancias que no tenía ni siquiera un simple punto de partida en que fundar mis especulaciones. Así que volví a entrar, dejando abierta la ventana. Me pareció que, estando ésta abierta, habría una barrera menos entre nosotros. Recogí los cojines y las mantas junto al fuego, que ya no era chisporroteante, sino que ardía con una lumbre constante, y los volví a colocar en su sitio. Tía Janet podría venir por la mañana, como la vez anterior, y no quería preocuparla más. Es demasiado lista para no atar todos los cabos de un misterio —especialmente si en este se halla implicada mi vida afectiva—. Me pregunto lo que habría dicho de haberme visto besar el cojín en el que había posado su cabeza mi bella huésped.

Cuando me acosté, en medio de una oscuridad atemperada por el mortecino resplandor de la lumbre, mis pensamientos concluyeron que, ya viniera de la tierra, del cielo o del infierno, mi adorable visitante ya era para mí más que cualquier otra cosa en el mundo. No había dicho nada sobre que fuera a volver. Tanto me había absorbido su presencia —y turbado su repentina partida— que se me olvidó preguntárselo. Así, al igual que la otra vez, tuve que aceptar el carácter azaroso de su regreso, lo cual, ay, tal vez no sea capaz de controlar.

Como suponía, tía Janet vino por la mañana temprano. Yo estaba aún dormido cuando llamó a la puerta. Con esa subconsciencia puramente física que nace de la costumbre, debí de suponer la causa del sonido, pues me desperté plenamente convencido de que era tía Janet quien había llamado a la puerta y estaba esperando entrar. Yo salté de la cama y volví a ella tras abrir la puerta. Cuando entró tía Janet, noté lo fría que estaba la habitación.

—¡Dios bendito! Te aseguro, mozuelo, que te morirás de pulmonía en esta habitación. —Luego, mirando alrededor y notando las cenizas del fuego apagado en la chimenea, agregó—: Ah, pero no eres tan zote, después de todo; has tenido la buena idea de encender la lumbre. Menos mal que has pensado que te trajeran un poco de leña seca para tenerla al alcance de la mano. — Evidentemente, notó el aire frío que entraba por la ventana, pues fue rápidamente a correr la cortina. Al ver la ventana abierta, levantó las manos en signo de consternación, cosa que a mí, tranquilo por no haberle dado ningún motivo para sospechar nada, me resultó cómica. Cerró la ventana a toda prisa, y luego, acercándose a mi cama, dijo:

—Ay, mozuelo, ha sido otra noche terrible para tu pobre y vieja tía.

—¿Has vuelto a soñar otra vez, tía Janet? —pregunté, creo que algo

frívolamente. Ella sacudió la cabeza:

—No exactamente, Rupert, a no ser que el Señor nos muestre en sueños lo que en nuestra tiniebla espiritual consideramos visiones. —Yo me estremecí al oír esto. Cuando tía Janet me llama Rupert, como solía hacer en vida de mi querida madre, es que tiene algo serio que decirme. Como ahora yo había vuelto a mi infancia al oír aquella manera de llamarme, creí que lo mejor que podía hacer para animarla era retrotraerla también a aquellos tiempos en la medida de lo posible. Así pues, di unos golpecitos en el borde de la cama, como hacía cuando era niño y quería que me consolara, y dije:

—Siéntate, tía Janet, y cuéntame. —Ella cedió al punto, y su rostro se iluminó de repente con aquella radiante expresión que la había caracterizado en los felices días de antaño. Se sentó obedientemente, y yo alargué las manos como solía hacer y cogí las suyas entre las mías. Una lágrima le cayó por la mejilla mientras levantaba mi mano y la besaba como en los viejos tiempos. De no haber sido por el infinito pathos de la situación, esta habría resultado cómica: da Janet, vieja y con el pelo cano, pero conservando aún un tipo delgado y femenino, petite, exquisita como una figura de Dresde, con el rostro arrugado por las cuitas del tiempo pero ablandado y ennoblecido por su abnegación de aquellos años, cogiendo mi manaza, que pesaba más que todo su brazo; y delicada como una hermosa hada anciana sentada junto a un gigante, pues yo nunca parezco tan grande como cuando estoy cerca de esta auténtica hada buena de mi vida.

Así, ella empezó como antaño, como quien tiene que reconfortar a un niño asustado:

—Ha sido una visión, creo, aunque puede haberse tratado también de un sueño. Pero sea lo que sea, el caso es que tenía que ver con mi niño, que se ha convertido en un gigantón, de manera que me desperté temblando, Mi querido mozuelo, creí ver que te estabas casando. —Esto me dio una oportunidad, aunque pequeña, para consolarla yo a ella; oportunidad que no desaproveché —: Bueno, querida tía, entonces no se trata de nada que deba alarmarte, ¿verdad? Precisamente hace unos días me hablaste de la necesidad de que me case, aunque solo sea para que puedas disfrutar de los niños de tu mozuelo, que jueguen sobre tus rodillas como su padre hacía cuando era un chiquillo.

—Eso es cierto, mozuelo —contestó gravemente—. Pero tu boda no era tan alegre como me gustaría que fuera. Cierto es que tú parecías amarla con todo tu corazón, y sus ojos brillaban con una luz tan poderosa que parecían estar ardiendo, y tenía rizos negros y un rostro fascinante... Pero eso no fue todo, mozuelo, no; no, aunque sus ojos negros, que contenían la luz de todas las estrellas de la noche en ellos, brillaban en los tuyos como si estuvieran henchidos de amor y pasión. Os vi unir vuestras manos, y oí una extraña voz

que hablaba de una manera aún más extraña si cabe, pero no vi a nadie tampoco. Tus ojos y los de ella, y tu mano y la de ella, fue lo único que vi. Pues todo lo demás era borroso, y la oscuridad os envolvía a vosotros dos. Y cuando os dieron la bendición —lo supe por las voces que cantaban, y por la alegría de sus ojos, así como por el orgullo y la gloria de los tuyos—, la luz empezó a brillar un poco más, y pude ver a tu novia. Llevaba un precioso velo de encaje, flores de azahar entre los cabellos, aunque podrían haber sido también ramitas, y una corona de flores sujeta con una cinta dorada. Y las velas paganas que había sobre la mesa, junto al Libro, producían un efecto extraño, pues su reflejo pendía en el aire sobre su cabeza como la sombra de una corona. Había un anillo de oro en su dedo y otro de plata en el tuyo. —Aquí hizo una pausa y tembló, de manera que, esperando disipar sus temores, le dije, tratando de asemejarme lo más posible al niño que fui hace años:

—Sigue, tía Janet.

Ella debió de reconocer inconscientemente el parecido entre el pasado y el presente, pues prosiguió con un tono que se parecía mucho al antiguo (aunque noté una gravedad profética en su voz, más acentuada que nunca):

—Todo esto que te he contado estaba bien; pero, ay mozuelo, había una terrible falta de alegría vital —esa que tengo derecho a esperar de la mujer que mi zagal escoja como esposa— en la pareja nupcial... Nada de extrañar, al Fin y al cabo, pues, aunque el velo de la novia era precioso, y las flores de la guirnalda estaban recién cogidas, debajo no llevaba más que un horrible sudario, y mientras contemplaba mi visión —aunque pudo ser un sueño—, esperaba ver gusanos arrastrarse entre las piedras sobre las que posaba sus pies. Si no era la Muerte, era entonces su sombra la que producía oscuridad a tu alrededor, una oscuridad que ni la luz de las velas ni el humo del incienso pagano lograban penetrar. Ay, mozuelo mío, ¡por qué he de tener yo semejantes visiones..., en la vigilia o en el sueño, qué más da! Estaba tan conturbada que me desperté con un grito en los labios y bañada en sudor frío. Yo habría venido rápidamente a ver si estabas bien o no, o incluso a poner el oído en tu puerta a ver si se oía algún sonido que me dijera que estabas vivo, pero temí alarmarte y decidí esperar hasta que llegara la mañana. He estado contando las horas y los minutos desde la media noche, que fue cuando vi la visión, hasta ahora mismo, que he venido a verte.

—¡Muy bien, tía Janet! —dije—, y gracias por preocuparte tan amablemente por mí, ahora como siempre. —Y seguí diciéndole cosas por el estilo, pues quería tomar todas las precauciones posibles para que no descubriera mi secreto. No soportaba la idea de que pudiera descubrir mi preciado secreto por cualquier metedura de pata por mi parte. Eso habría sido para mí un desastre insoportable. Podría espantar para siempre a mi bella visitante, cuyo nombre u origen ni siquiera conocía, y tal vez no volviera a

verla nunca más:

—¡Eso no debes hacerlo nunca, tía Janet! Tú y yo somos demasiado buenos amigos para permitir que brote la desconfianza o el fastidio entre nosotros, lo cual ocurriría a buen seguro si yo tuviera la impresión de que tú o cualquier otra persona me está vigilando.

DIARIO DE RUPERT - CONTINUACIÓN

27 de abril de 1907

Tras un largo período de soledad, que me ha parecido interminable, tengo algo que escribir. Viendo que el vacío de mi corazón se estaba volviendo receptáculo de muchos fantasmas de sospecha y desconfianza, me propuse una tarea que pudiera, en mi opinión, mantener mis pensamientos al menos parcialmente ocupados: explorar minuciosamente las proximidades del castillo. Esperaba que esto pudiera servir de antídoto a mi dolorosa soledad, que se tornaba cada vez más aguda conforme pasaban los días y las horas, aun cuando esta actividad no me proporcionara a la postre ninguna clave sobre el paradero de la mujer a la que había llegado a amar tan locamente.

Mi exploración pronto adoptó una forma sistemática, como quiera que yo deseaba que fuera exhaustiva. Me propuse alcanzar cada día un destino distinto, empezando por el sur y siguiendo por el este hasta el norte. El primer día solo llegué hasta la punta de la cala, que atravesé en bote, y desembarqué al pie del acantilado de enfrente. Descubrí que aquellos acantilados habrían merecido una visita de por sí solos. Aquí y allá se divisaban bocas de cuevas que decidí explotar ulteriormente. Conseguí escalar el acantilado por el lugar menos abrupto y proseguí mi viaje. A pesar de su belleza, no era un lugar especialmente interesante. Exploré aquel radio de la rueda cuyo eje era Vissarion, y volví justo a tiempo para la cena.

Al día siguiente tomé un rumbo ligeramente más hacia el este. No tuve dificultad en seguir una línea recta, pues, una vez atravesada a remo la cala, la vieja iglesia de San Sabas se elevaba ante mí en medio de una luz majestuosa. Este era el lugar donde, desde tiempos inmemoriales, disfrutaban de eterno reposo sucesivas generaciones de los más nobles del país de las Montañas Azules, entre ellos los Vissarion. De nuevo me encontré con acantilados aquí y allá agujereados de cuevas, unas con aberturas amplias y otras con aberturas parcialmente por encima del agua. Sin embargo, no logré encontrar ningún medio de escalar el acantilado por esta parte, por lo que tuve que hacer un gran rodeo siguiendo la línea de la cala, hasta que más lejos encontré un tramo de playa desde el que acometer la ascensión. Subí por aquí y descubrí que me encontraba en línea entre el castillo y el lado meridional de las montañas. Divisé la iglesia de San Sabas a cierta distancia a mi derecha, no lejos del borde del acantilado. Me encaminé hacia ella al punto, pues nunca había tenido

ocasión de hacerlo. Hasta ahora mis excursiones se habían limitado al castillo y a sus numerosos jardines y alrededores. El templo era de un estilo con el que yo no estaba familiarizado: cuatro alas a cada uno de los cuatro puntos cardinales. La gran puerta, enmarcada por una magnífica fachada de piedra labrada de fecha manifiestamente antigua, daba al oeste, de manera que, cuando se entraba, se avanzaba hacia el este. Para mi gran sorpresa —pues en cierto modo me había esperado lo contrario—, descubrí que la puerta estaba abierta. No de par en par, sino solo entornada: no cerrada con cerrojo ni con tranca alguna, pero tampoco lo suficientemente abierta para que se viera el interior desde fuera. Entré y, tras atravesar un amplio vestíbulo, más parecido a un trozo de pasillo que a una entrada convencional, franqué una puerta espaciosa que daba al cuerpo principal de la iglesia. El templo propiamente tal era de traza cuasi circular, y las cuatro naves, bastante espaciosas, daban al interior la forma de una cruz enorme. La luz era escasa, y las ventanas, pequeñas y situadas muy arriba, estaban además cerradas por vidrieras verdes o azules, cada ventana de su propio color. Las vidrieras eran muy antiguas; debían de ser de los siglos XIII o XIV. El escaso mobiliario existente —pues la impresión general era de desolación— era de gran belleza y riqueza, especialmente para hallarse en un lugar —aunque fuera una iglesia— donde la puerta estaba abierta y no había nadie a la vista. Reinaba un extraño silencio, incluso para una vieja iglesia perdida en un promontorio solitario. Se respiraba una lúgubre solemnidad, que casi me dejó helado, y eso que estaba acostumbrado a lugares insólitos y raros. Parecía abandonada, aunque no tenía ese aire de descuido de las iglesias viejas, y no había huella de esa eterna acumulación de polvo que se advierte a menudo también en lugares mucho más frecuentados.

Ni en la iglesia propiamente tal ni en ninguna de sus dependencias encontré una clave o sugerencia que me pudiera guiar de ninguna manera en mi búsqueda de la dama del sudario. Había gran profusión de monumentos: estatuas, lápidas y todos los recuerdos habituales de los muertos. Las familias y fechas representadas eran sencillamente desconcertantes. Aparecía muy a menudo el nombre de Vissarion, y leí atentamente todas las inscripciones que lo contenían, con la esperanza de encontrar algún tipo de esclarecimiento. Pero todo fue en vano: no había nada a la vista en la iglesia propiamente tal. Así pues, decidí visitar la cripta. No llevaba conmigo ninguna linterna ni candela, por lo que tuve que volver al castillo para procurarme una.

Viniendo de la luz del sol, aquí excesiva para alguien tan recientemente acostumbrado a los cielos nórdicos, resultaba extraño el débil resplandor de la linterna que yo portaba, y que había encendido al traspasar la puerta. En mi primera entrada a la iglesia se había apoderado de mi mente hasta tal punto la extrañeza del lugar, junto con la intensidad del deseo de encontrar algún tipo de pista, que realmente no tuve ninguna oportunidad de examinar los detalles.

Pero ahora el detalle resultaba necesario, pues tenía que encontrar la entrada a la cripta. Mí parca luz no podía disipar la penumbra cuasi cimeria del vasto edificio; tuve que proyectar el débil resplandor sucesivamente a uno y otro de los rincones oscuros.

Al final encontré, detrás del gran trascoro, una estrecha escalera de piedra que parecía enroscarse en la roca. No era propiamente un pasaje secreto, pero, al encontrarse en el reducido espacio detrás del trascoro, no resultaba visible a no ser que uno se acercara. Sabía que me encontraba ahora cerca de mi objetivo y empecé a descender. Pese a lo acostumbrado que estoy a toda suerte de misterios y peligros, me sentí amedrentado y casi abrumado por una sensación de soledad y desolación mientras descendía aquellos viejos peldaños en caracol. Eran bastante numerosos, toscamente cortados en tiempos antiguos en la sólida roca de que estaba hecha la iglesia.

Fue una nueva sorpresa descubrir que también la puerta de la cripta estaba abierta (la cripta, por definición, es un lugar más secreto que el templo propiamente tal, que en muchos lugares se suele dejar abierto permanentemente para que los fieles encuentren solaz y consuelo). Yo esperaba que, al menos, el definitivo lugar de descanso de los muertos ilustres estuviera bien protegido contra posibles intrusos. Así que, en aquella exploración que tanto tenía que ver con mi corazón, marqué una pausa con una casi sobrecogedora sensación de decoro antes de traspasar la puerta abierta. La cripta era un lugar inmenso, extrañamente grandioso para ser un sótano. Sin embargo, considerando su formación, llegué rápidamente a la conclusión de que originalmente había sido una caverna natural modificada para su finalidad presente por la mano del hombre. Oí en algún rincón próximo el sonido de agua corriente, pero sin conseguir localizarla. De vez en cuando, a intervalos irregulares, se oía un bramido prolongado que solo podía provenir de alguna ola que se rompía en un lugar angosto. Luego me vino a la memoria, de un lado, la proximidad de la iglesia con la parte alta del escarpado acantilado, y, del otro, las entradas de la caverna medio hundidas que lo atravesaban.

Guiado por el resplandor de mi lámpara, recorrí todo el lugar. Había muchas tumbas macizas, casi todas ellas talladas en bruto con grandes planchas o bloques de piedra. Algunas eran de mármol, pero todas ellas habían sido labradas de antiguo. Algunas eran tan grandes y pesadas que me pregunté cómo podían haberlas transportado hasta este lugar, cuyo único acceso parecía ser la estrecha y retorcida escalera por la que yo había bajado. Al fin vi junto a un extremo de la cripta una gran cadena colgando. Dirigí el foco hacia arriba y descubrí que pendía de una anilla situada en una amplia abertura, evidentemente construida artificialmente. Debió de ser por esta abertura por donde habían descolgado los grandes sarcófagos.

Inmediatamente por debajo de la cadena colgante, que quedaba del suelo a

una distancia de unos ocho o diez pies, se hallaba una enorme tumba con forma de cofre rectangular o sarcófago. Estaba abierta, a excepción de una enorme luna de cristal que la cubría apoyada sobre dos macizas vigas de roble oscuro, labradas con excesiva finura, una a cada lado. En el lado opuesto al que yo me encontraba cada una de estas estaba unida a otra plancha de roble, también finamente labrada, que descendía en pendiente suave hasta el suelo rocoso. Si hubiera sido necesario abrir la tumba, se habría deslizado el cristal a lo largo de los soportes y luego sobre estas planchas inclinadas.

Naturalmente deseoso de saber qué podía haber dentro de un receptáculo tan extraño, levanté la linterna de manera que la luz cayera justo en el interior.

Luego retrocedí profiriendo un grito; la linterna resbaló de mi mano sin pulso y cayó repiqueteando sobre la gran luna de cristal grueso.

En el interior, recostada sobre cojines suaves y cubierta con un manto tejido de blanco vellón natural adornado con pequeñas ramitas de pino labrado en oro, yacía el cuerpo de una mujer: ni más ni menos que el de mi bella visitante. Estaba blanco como el mármol, y sus largas y negras pestañas reposaban sobre sus pálidas mejillas como si estuviera dormida.

Sin emitir palabra ni sonido alguno, salvo el producido por mis apresurados pasos sobre el suelo de piedra, salí huyendo escaleras arriba y atravesé toda la iglesia en penumbra en dirección de la radiante luz del sol. Descubrí que había recogido maquinalmente la lámpara caída y que la había llevado conmigo en la huida.

Mis pies me dirigieron espontáneamente hacia casa. Todo ello sucedió de una manera instintiva. Me sentía abrumado por el misterio de aquel nuevo horror, un misterio más insondable incluso que las más arcanas profundidades del pensamiento o la imaginación.

LIBRO IV

AL PIE DEL MÁSTIL

DIARIO DE RUPERT - CONTINUACIÓN

1 de mayo de 1907

Los días subsiguientes a aquella última aventura los pasé en un estado de semiaturdimiento, apenas capaz de pensar de manera cuerda y coherente. En realidad, fue todo lo que pude hacer para conservar algo de mi habitual aspecto y conducta. Sin embargo, mi primera prueba llegó afortunadamente pronto, y una vez superada esta recuperé la autoconfianza suficiente para

seguir adelante con mi misión. La fase original de estupefacción fue pasando paulatinamente, hasta que pude enfrentarme a la desnuda realidad. En cualquier caso, ya conocía lo peor, y, cuando se ha alcanzado el punto más bajo, las cosas deben empezar a enmendarse. Sin embargo, me sentía terriblemente sensible respecto a cualquier cosa que pudiera afectar a mi dama del sudario, o incluso a mi opinión sobre ella. Incluso empecé a temer las visiones o sueños producto de la segunda visión de tía Janet. Estos tenían la fatídica costumbre de acercarse tanto a la realidad que siempre anunciaban el peligro del descubrimiento. Tenía que reconocer ahora que la dama del sudario podía ser efectivamente un vampiro, uno de esos vampiros horribles que sobreviven a la muerte y llevan una eterna existencia de vida-en-la-muerte, solo para el mal. Así, empecé a desear haber tenido mucho antes algún tipo de visión profética en esta cuestión. Mi tía había estado tan asombrosamente acertada en sus conjeturas proféticas acerca de las dos visitas a mi habitación que era casi imposible que no estuviera al tanto de mi última experiencia.

Pero mi temor se reveló infundado; en cualquier caso, no tuve ningún motivo para sospechar que, por cualquier fuerza o ejercicio de su don esotérico, pudiera descubrir mi secreto. Solo una vez sentí próximo este peligro real. Fue una mañana temprano en que llamó a la puerta de mi habitación. Yo pregunté:

—¿Quién es? ¿Qué ocurre? —Y ella contestó con voz agitada:

—¡Gracias a Dios que estás bien, mozuelo! Sigue durmiendo.

Después, cuando nos reunimos para desayunar, me explicó que había tenido una pesadilla de madrugada. Creía haberme visto en la cripta de una gran iglesia junto a un ataúd de piedra, y, sabiendo que era un sueño de mal agüero, vino todo lo temprano que pudo para ver si me encontraba bien. Su mente estaba centrada evidentemente en la muerte y la sepultura, pues prosiguió:

—Por cierto, Rupert, me han dicho que la gran iglesia situada en lo alto del acantilado al otro lado de la cala es la de San Sabas, donde solían enterrar a los grandes de este país. Quiero que me lleves allí algún día. Iremos a hacerle una visita al santo y a ver juntos las tumbas y monumentos. Realmente creo que me daría miedo ir sola, y me gustaría que me acompañaras. —Este asunto se estaba complicando a marchas forzadas, por lo que me excusé de esta manera:

—¿De veras, tía Janet? Mucho me temo que no pueda ser. Si frecuentas viejas iglesias extrañas, y haces nuevo acopio de horrores, no sé lo que va a ocurrir. Tendrás sueños horribles sobre mí cada noche; y ni tú ni yo podremos conciliar el sueño. —Me sabía mal oponerme a cualquiera de sus deseos; y esta especie de oposición zumbona podría producirle dolor. Pero no tenía otra alternativa; el asunto era demasiado grave, y había que cortar por lo

sano. Si tía Janet iba a esa iglesia, con toda seguridad querría visitar la cripta. Y, si lo hacía, y reparaba en la tumba tapada con el cristal —como no podría por menos de hacerlo—, solo Dios sabía lo que podría ocurrir. Ya había visto con su segunda visión a una mujer casándose conmigo, y antes incluso de que yo mismo hubiera empezado a alimentar esa esperanza. ¿Qué no se le habría revelado de haberse encontrado delante de la misma mujer? Podría ocurrir que su don de la segunda visión descansara en alguna base de conocimiento o creencia, y que su visión no fuera más que una percepción intuitiva de mi propio pensamiento subjetivo. Pero, fuera lo que fuera, había que ponerle coto por cualquier medio.

Todo este episodio me hizo pensar de manera introspectiva, y me condujo de manera gradual, pero ineludible, a un examen personal, no de mis posibilidades, sino de mis motivos. Así, empecé a preguntarme sobre cuáles eran mis verdaderas intenciones. Al principio creí que este proceso intelectual era un ejercicio de simple raciocinio; pero pronto lo deseché como algo inadecuado, hasta imposible. La razón es una manifestación fría; y la sensación que se había apoderado de mí tan avasalladoramente no era otra cosa que la pasión, cuya índole es rápida, caliente e insistente.

En cuanto a mí mismo, el autoexamen no podía tener más que un resultado: hacerme ver claramente la realidad y firmeza de una intención ya formada, aunque inconsciente. Yo quería hacer el bien a aquella mujer —servirla de alguna manera—, asegurarle algún beneficio por cualquier medio, independientemente de lo difícil que fuera, que pudiera estar en mi poder. Sabía que la amaba; la amaba de manera auténtica y ferviente; no necesitaba de autoexamen alguno para saber esto. Más aún, ningún autoexamen, ni ningún otro proceso mental podría sacarme de mi única duda: si ella era una mujer corriente (o una mujer extraordinaria, para ser más exactos) que se hallaba en alguna situación dolorosa o aprieto terrible, o más bien una persona que se encontraba sometida a algún estado espantoso, solo parcialmente viva, y no dueña de sí misma ni de sus actos. Fuera cual fuera su condición, había en mi sentimiento una sobreabundancia de afecto hacia ella. En cualquier caso, el autoanálisis me enseñó una cosa: que yo sentía por ella, ante todo, una infinita lástima que había sensibilizado todo mi ser, y que ya había domeñado cualquier deseo de índole egoísta. De ahí empecé a encontrar disculpas para cualquier acción por su parte, y también supe ahora, aunque tal vez no en el momento en que estaba en marcha el proceso, que mi opinión más íntima era que se trataba de una mujer viva: la mujer que yo amaba.

En la formación de nuestras ideas hay diferentes métodos de trabajo, como si la analogía con la vida material tuviera una fuerza especial. En la construcción de una casa, por ejemplo, intervienen muchas personas con diferentes oficios y ocupaciones: arquitectos, constructores, albañiles,

carpinteros, fontaneros y otros muchos más, y todos ellos con los empleados de cada gremio u oficio. Eso mismo ocurre también en el mundo del pensamiento y el sentimiento: el conocimiento y la comprensión provienen de varios agentes, cada uno de los cuales es competente en su propio ámbito.

No supe dilucidar hasta dónde llegaba la lástima y hasta dónde el amor; solo sabía que, cualquiera que fuera la condición de la dama del sudario, estuviera viva o muerta, yo no podía encontrar en mi corazón ningún reproche hacia ella. No podía ser que estuviera muerta de la manera convencional que conocemos; después de todo, los muertos no pasean por la tierra en su sustancia corporal, en caso de que haya espíritus que adopten la forma corporal. Esta mujer tenía una forma y un peso reales. ¿Cómo podía dudar de esto yo, que la había sostenido con mis propios brazos? ¿No podría ser que no estuviera completamente muerta, y que se me hubiera confiado a mí la misión de devolverla a la vida? ¡Ah, ese habría sido un privilegiado cometido, por cuyo cumplimiento habría valido sobradamente la pena dar la propia vida! Es posible que pueda ocurrir algo así. Los viejos mitos no fueron invenciones absolutas; debió de haber alguna base para ellos en algún lugar. ¿No se podría haber basado la antiquísima historia de Orfeo y Eurídice en algún primigenio principio o poder de la naturaleza humana? No hay ningún humano que no haya deseado alguna vez traer a la vida a algún muerto. ¿Quién de nosotros no ha deseado al menos una vez devolver a la vida a alguien y, sobre todo, quién no ha advertido dentro de sí un amor suficientemente profundo como para resucitar al amado, sin, ay, conocer el secreto para conseguirlo?

Yo he visto en mi vida tantos misterios que estoy abierto a la posibilidad de que ocurran cosas aún no explicadas. Tal ha ocurrido, por ejemplo, entre los salvajes o esos pueblos primitivos que han aportado tradiciones y creencias no verificadas —sí, y también poderes— a lo largo de los siglos desde los días oscuros en que el mundo era joven, en que las fuerzas eran elementales y la obra de la Naturaleza experimental y aún no perfeccionada. Algunas de estas maravillas pueden ser más viejas incluso que el período aceptado para nuestra existencia en la tierra. ¿No podemos tener hoy otras maravillas, distintas solo en el método, pero no más susceptibles de ser creídas? El obiísmo y el fantiísmo se han practicado en mi propia presencia, y sus resultados han sido probados por la prueba de mis ojos y otros sentidos. Eso vale también para ciertos ritos extraños, con el mismo objeto y el mismo éxito, de las islas del lejano Pacífico. O de la India, la China, el Tibet y el Quersoneso Taurico. En todas y cada una de estas ocasiones hubo, por mi parte, suficiente fe para que se pusieran en movimiento los resortes del entendimiento; y no hubo escrúpulos morales que oponer en el camino de la realización. Aquellos cuyas vidas han transcurrido de tal manera que alcanzan la fama de no temer ni a hombre ni a Dios ni a diablo no se arredran a la hora de ejecutar acciones o fines que pueden disuadir a otros que no están igual de bien equipados para la

aventura. Cualquier cosa que pueda interponerse en su camino —agradable o dolorosa, amarga o dulce, ardua o fácil, placentera u horrible, humorística o llena de terror y espanto—, tienen que aceptarla como algo inexorable al igual que un buen atleta arrostra todos los obstáculos de su carrera. Y no cabe vacilar ni mirar hacia atrás. Si el explorador o el aventurero tienen escrúpulos, es mejor que renuncien a su exploración o aventura particulares y se retiren a una parcela de la vida más llevadera. Ni tampoco puede haber lugar para nostalgias. No hay motivo para ello. La vida salvaje tiene esta ventaja: engendra cierta tolerancia que no se encuentra en la existencia convencional.

DIARIO DE RUPERT - CONTINUACIÓN

2 de mayo de 1907

Hace bastante tiempo oí decir que la segunda visión es un don terrible, inclusive para su poseedor. Ahora estoy inclinado no solo a creerlo, sino a comprender las razones. Tía Janet lo practica tanto últimamente que estoy constantemente recelando que pueda descubrir mi secreto. Parece discurrir paralelamente a mí todo el tiempo, haga yo lo que haga. Es como una especie de existencia dual para ella, pues por un lado sigue siendo el ser adorable que ha sido siempre, y por el otro como una persona provista de una especie de arnés intelectual compuesto por un telescopio y un cuaderno, empleados permanentemente sobre mí. Yo sé que es también para mí, para lo que ella considera mi bien. Pero esto no deja de resultar algo embarazoso. Afortunadamente, la segunda visión no puede hablar tan claramente como ve o, más bien, como entiende, pues la traducción de las creencias vagas que inculca es a la vez nebulosa e incierta, una especie de oráculo de Delfos que siempre dijera cosas que nadie puede discernir en el momento pero que pueden interpretarse posteriormente de numerosas maneras posibles. Esto está bien, pues en mi caso es una especie de seguridad; y, además, tía Janet es una mujer muy lista, y alguna vez puede que ella misma llegue a comprenderlo, que consiga colocar las piezas en su sitio. Cuando lo consiga, pronto sabrá más que yo de todo este asunto. Y su interpretación del mismo, y de la dama del sudario en torno a la cual gira, podría no ser la misma que la mía. En fin, esto no tendría por qué constituir ningún problema. Tía Janet me ama —Dios sabe perfectamente que tengo razones sobradas para afirmarlo después de tantos años—, y sea cual sea la opinión que ella defienda, sus actos serán exactamente los que yo podría desear. Aunque también estoy seguro de que seré objeto de una buena sesión de regañina. Por cierto, debería pensar en esto; si tía Janet me reprende, será una buena prueba de que debo ser reprendido. Me pregunto si me atreveré a contárselo todo. ¡No! Es demasiado extraño... Al fin y al cabo, ella es también una mujer; y sí supiera que amo..., que me gustaría conocer su nombre, y pensara —como yo también podría pensarlo, solo que me resisto— que no está viva... En fin, que no sé lo que ella podría

pensar o hacer. Supongo que le entrarían ganas de propinarme un azote con la zapatilla como hizo alguna que otra vez cuando yo era crío, aunque de manera distinta, claro...

3 de mayo de 1907

Anoche no pude seguir escribiendo por carecer del mínimo de seriedad que se requiere para ello. La idea de que tía Janet me diera una azotaina como en los viejos buenos tiempos me provocó tal ataque de risa que nada en el mundo me pareció serio en aquel momento. Oh, tía Janet llevará razón ocurra lo que ocurra. De eso estoy seguro; así que no debo preocuparme (mejor así, pues no me faltarán cosas por las que preocuparme). Y no le impediré que me cuente sus visiones; puedo aprender algo de ellas.

Durante las últimas veinticuatro horas he estado hojeando, cuando no me vencía el sueño, algunos de los libros de tía Janet que he traído a mi habitación. ¡Caray! No me extraña que mi querida tía sea supersticiosa, con todo este material que se mete en la cabeza. Es posible que haya cierta verdad en algunos de estos disparates; puede que los creyeran quienes los escribieron, o algunos de ellos en cualquier caso. Pero, en cuanto a su nivel de coherencia o lógica, o de cualquier clase de deducción razonable o instructiva, parecen escritos por sendas gallinas... Estos autores de libros esotéricos parecen recoger hechos escuetos —montones de ellos— que luego llevan al papel de la manera menos interesante posible. Solo se rigen por la cantidad. Una sola historia de este tipo, bien examinada y con comentarios lógicos, resultaría más convincente a cualquier lector que toda la barahúnda de historias recogidas.

DIARIO DE RUPERT - CONTINUACIÓN

4 de mayo de 1907

Está claro que algo está ocurriendo en el país. Los montañeses están más inquietos que nunca. Se detecta un constante trasiego entre ellos, sobre todo por la noche y a las primeras luces del alba. Yo paso muchas horas en mi habitación de la torre oriental, desde la que diviso los bosques, y colijo de estos signos que algo se cuece. Pero, a pesar de toda esta actividad, nadie me ha dicho ni una palabra al respecto. Esto ha supuesto, he de reconocerlo, una gran decepción para mí. Yo había esperado que los montañeses vendrían a sincerarse conmigo; aquella asamblea en la que quisieron disparar sus fusiles en mi honor me hizo albergar grandes esperanzas. Pero ahora ha quedado bien claro que no se fían plenamente de mí —por el momento, al menos—. Bueno, no debo quejarme. La verdad es que hacen bien, y con razón. Hasta ahora yo no he hecho nada especial para demostrar el amor y la devoción que siento por este país. Sé que los individuos que conozco confían en mí y opinan como yo. Pero la confianza de una nación es una cosa bien distinta. Es una cosa que se tiene que ganar y demostrar; quien la gane debe justificarla, cosa que solo se

puede hacer plenamente en tiempos revueltos. Ninguna nación rendirá nunca plenos honores a un extranjero en tiempo de paz. ¿Por qué iba a hacerlo? Yo no debo olvidar que soy extranjero en este país, y que la gran mayoría de la gente ni siquiera conoce mi nombre. Tal vez me conozcan mejor cuando esté de vuelta Rooke con ese arsenal de armas y municiones que se ha procurado, y con el pequeño acorazado que ha conseguido en América del Sur. Cuando vean que entrego a su nación todo eso sin ninguna condición previa, seguro que empezarán a creer en mí. Entre tanto, lo único que puedo hacer es esperar. Todo vendrá a su debido tiempo; de ello no me cabe la menor duda. Y, si no ocurre así, bueno, solo se muere una vez...

¿Es esto realmente cierto? ¿Se puede aplicar también a mi dama del sudario? No debo pensar en ello, ni en ella, en estos momentos. El amor y la guerra son dos cosas muy distintas que no deben mezclarse —en realidad no pueden mezclarse—. Tengo que mostrarme cauto en este asunto; y, si sufro algún ataque de depresión u obcecación, he de procurar que no se me note.

Pero hay una cosa bien cierta: algo se está cociendo, y ese algo deben de ser los turcos. Por lo que dijo el vladika en aquella asamblea, deben de estar planeando un nuevo ataque contra las Montañas Azules. De ser así, debemos estar preparados; y tal vez yo pueda ayudar en esto. Hay que organizar las fuerzas y efectivos; debemos procurarnos algún método de comunicación. En este país en el que no hay ni carreteras ni ferrocarriles ni telégrafos, debemos establecer un sistema de señales de algún tipo. Esto sí puedo empezarlo ahora mismo. Puedo hacer un código, o adaptar un código que ya haya empleado en otra parte. Voy a instalar un semáforo en lo alto del castillo que se pueda ver desde una gran distancia. Adiestraré a varios hombres en el arte de la señalización. Y luego, si viera la necesidad, podré mostrar a los montañeses que estoy capacitado para que mi corazón lata al mismo ritmo que el suyo...

Además, todo este trabajo podría resultar un bálsamo para otro tipo de dolor. En cualquier caso, esto me ayudará a tener la mente ocupada mientras espero otra visita de mi dama del sudario.

DIARIO DE RUPERT - CONTINUACIÓN

18 de mayo de 1907

Estas dos últimas semanas las he pasado muy atareado, y creo que pueden resultar decisivas. Creo realmente que me han situado en una posición diferente respecto a los montañeses azules —ciertamente por lo que se refiere a los que viven en esta parte del país—. Ya no se muestran suspicaces conmigo, lo cual no está nada mal, aunque aún no me admiten en su confianza. Supongo que esto llevará su tiempo; así que no debo tratar de presionarlos. Por lo que puedo ver, ya están tratando de utilizarme para sus propios fines. Aceptaron mi sugerencia sobre las señales sin ningún problema,

y están dispuestos a adiestrarse todo lo que yo desee. Esto puede ser (y creo que lo es, a su manera) un placer para ellos. Son soldados natos, todos y cada uno de ellos; y la formación en grupo es solo una realización de sus deseos y un desarrollo ulterior de sus capacidades. Creo que voy entendiendo el sesgo de sus pensamientos, y el tipo de concepción política que se encierra en ellos. En todo lo que hemos intentado juntos hasta ahora, ellos ostentan el poder absoluto. A ellos les compete decidir la ejecución o no de cualquier idea que yo pueda sugerir; por eso no recelan de un posible deseo de poder o de gobierno por mi parte. Así, mientras me ocultan tanto sus ideas sobre la alta política como sus intenciones inmediatas, me veo incapacitado para hacerles mal alguno, a la vez que puedo serles de alguna manera útil, de presentarse la ocasión. En fin, por el momento esto me sobra. Ya me aceptan como a un individuo, no solo como uno más de la masa. Estoy segurísimo de que están satisfechos de mi buena fe personal. Es la política, y no desconfianza, lo que me mantiene maniatado. En fin, la política es una cuestión de tiempo. Son un pueblo espléndido, pero si supieran algo más de lo que saben, comprenderían que la mejor de todas las políticas es la confianza —cuando esta se puede dar—. Yo debo controlarme, y no albergar nunca ningún pensamiento duro para con ellos. ¡Pobrecillos! ¡Con mil años de agresión turca a sus espaldas, intentada tanto por la fuerza como por el fraude, no hay que extrañarse de que sean suspicaces! Además, el resto de las naciones con las que han entrado en contacto —salvo una, la mía— los han engañado o traicionado. De cualquier manera, son buenos soldados, y dentro de poco tendremos un ejército nada desdeñable. Si consigo que confíen en mí, pediré a sir Colin que venga para acá. Este sería un espléndido capitán de su ejército. Sus grandes conocimientos militares y habilidades tácticas vendrían aquí de maravilla. Me ilusiona pensar en el ejército que conseguiría formar con estos mimbres tan espléndidos, un ejército especialmente adaptado a los requisitos y características de este país. Si un simple aficionado como yo, que solo ha tenido experiencia organizando a redomados salvajes, ha conseguido que el estilo individual de la lucha se cristalice en un esfuerzo sistemático, un gran soldado como MacKelpie conseguirá convertirlos en una máquina de pelear perfecta. Nuestros montañeses de Escocia, cuando salen fuera del país, buscan siempre juntarse y aliarse con los montañeses de cualquier otro lugar. El resultado de esta unión será una fuerza capaz de plantar cara a cualquier contingencia. Espero ardientemente que Rooke vuelva pronto. Quiero ver esos rifles Malbron bien guardados en el castillo o, lo que es mejor, repartidos entre los montañeses, cosa que se hará tan pronto como me sea posible. Estoy convencido de que, cuando estos hombres hayan recibido de mí sus armas y municiones, me comprenderán mejor y dejarán de tener secretos para mí.

Durante estos últimos quince días, cuando no me he encontrado adiestrando a los montañeses, enseñándoles el código que he perfeccionado

últimamente, he ido a explorar el lado de la montaña más próximo al castillo. No soportaba la ociosidad. En mí estado mental actual, ocupado por mi dama del sudario, resulta una auténtica tortura para mí el estar sin hacer nada. Es curioso. No me importa ya mencionar esta palabra para mí solo. Al principio tenía reparos y sentía cierta amargura; pero eso ya ha pasado por completo.

DIARIO DE RUPERT - CONTINUACIÓN

19 de mayo de 1907

Estaba tan inquieto esta mañana que, antes del alba, salí a hacer una exploración por la ladera de la montaña. Justo cuando el día estaba rompiendo, me tropecé por casualidad con un lugar secreto. Con el cambio de luz, cuando los primeros rayos del sol parecían caer sobre la ladera, atrajo mi atención una abertura, delatada por una luz posterior. Era, en efecto, un lugar secreto —tan secreto que creí al principio que debía guardarlo para mí solo—. Un lugar como este, ya lo utilice uno para ocultarse, ya el conocimiento de su existencia impida a los demás utilizarlo para el mismo fin, podría ser de gran utilidad desde el punto de vista de la seguridad.

Pero cuando vi claras señales, más que simples indicios, de que alguien ya lo había utilizado para acampar, cambié de opinión, y creí oportuno, cuando tuviera la ocasión, hablarle al vladika de ello, pues este es un hombre de cuya discreción puedo fiarme. Si alguna vez tenemos guerra o algún tipo de invasión, es un lugar que puede resultar bastante peligroso. Además, está demasiado cerca del castillo —de donde yo vivo, en suma— para no prestarle toda la importancia que merece.

Los rastros eran escasos: habían encendido un fuego sobre un pequeño bajío rocoso; pero no era posible, a partir de la vegetación requemada, precisar cuánto tiempo hacía de ello. Solo se podían avanzar conjeturas. Tal vez los montañeses podrían precisarlo, o hasta adivinarlo; aunque tampoco estoy muy seguro. Yo también soy un montañés, y con una experiencia más amplia y variada que cualquiera de ellos. Aunque no estaba cierto, llegué a la conclusión de que, quien quiera que hubiera utilizado aquel lugar, lo había hecho hacía relativamente poco tiempo. No podía haber sido muy recientemente; pero tampoco hacía mucho tiempo. Quien quiera que lo hubiera utilizado había tenido buen cuidado de no dejar ninguna huella personal. Hasta las cenizas habían sido cuidadosamente retiradas, y el lugar en el que estaban se había limpiado o barrido, de manera que no quedaba rastro alguno. Recurriendo a mi experiencia africana, examiné la corteza de los árboles a sotavento, la dirección a la que debía de haber soplado el aire. Encontré algún rastro de ceniza, aunque débil. No había llovido desde hacía varios días, por lo que el polvo debía de haber llegado allí después de la última lluvia, pues aún estaba seco.

Era una pequeña garganta, con una sola entrada tapada tras un espolón rocoso y yermo; la típica larga fisura, aserrada y curva, en la roca, como un fallo de estratificación. Logré abrirme paso con un esfuerzo considerable, manteniendo la respiración de vez en cuando con el fin de reducir la expansión de mi caja torácica. El interior estaba recubierto de árboles, con grandes posibilidades de escondite.

Al alejarme, marqué bien su dirección y accesos, reparando en cualquier signo que pudiera ayudarme a encontrar el lugar de día o de noche. Exploré cada pie del terreno circundante: delante, a cada lado y por encima. Pero desde ningún sitio logré ver una sola indicación de su existencia: era una auténtica cámara secreta forjada por la mano de la propia naturaleza. No volví a casa hasta que no me familiaricé con todos los detalles del lugar y sus alrededores. Este nuevo conocimiento contribuyó claramente a mi sensación de seguridad.

Aquel mismo día, traté de ver al vladika o a algún otro montañés importante, pues creía que un escondite que había sido utilizado hacía tan poco tiempo podría ser peligroso, y especialmente en un momento en el que, como supe en la asamblea en la que no dispararon sus fusiles, podía haber habido espías merodeando o un traidor del propio país.

Antes de llegar a mi habitación esta noche, decidí salir mañana temprano a encontrar a alguna persona indicada a quien comunicar esta información. Ahora está aproximándose la medianoche, y cuando haya echado mi habitual vistazo al jardín, iré a la cama. Tía Janet ha estado inquieta todo el día, y particularmente esta tarde. Creo que debe haber sido mi inhabitual ausencia en el momento del desayuno lo que la ha puesto nerviosa; y esa angustia mental o psíquica ha ido en aumento con el paso del día.

DIARIO DE RUPERT - CONTINUACIÓN

20 de mayo de 1907

El reloj que hay sobre la repisa de la chimenea de mi habitación, que remeda las campanadas del reloj del palacio de St James, estaba dando las doce de la noche cuando abrí la puerta de cristal que da a la terraza. Había apagado la luz antes de descorrer la cortina, pues quería contemplar el exterior iluminado solo por la luz de la luna. Ahora que ha concluido la temporada de las lluvias, la luna es más hermosa y mucho más agradable. Yo estaba vestido con mi traje de etiqueta, con una chaqueta de esmoquin en lugar del abrigo, y, de pie sobre la terraza, aspiraba el aire sereno y suave de la noche.

Pero, a pesar de aquel hermoso claro de luna, unas sombras misteriosas invadían los rincones más alejados del gran jardín. Miré en aquella dirección, aguzando al máximo mi vista, que, por cierto, es bastante buena y además está bien ejercitada. No se percibía el menor movimiento. Reinaba una calma

absoluta, sepulcral, y el follaje estaba tan rígido que parecía tallado en piedra.

Permanecí así un buen rato con la esperanza de ver asomar a mi dama. Los cuartos sonaron varias veces, pero yo seguía sin prestarles atención. Por fin creí ver a lo lejos, en el extremo de la vieja muralla defensiva, un resplandor de blanco. Fue solo un momento, demasiado fugaz para justificar la manera alocada como latía mi corazón. Me controlé y seguí como si también yo fuera una imagen tumbal. Me vi recompensado con otro atisbo de blanco. Y luego sentí una delicia infinita al percatarme de que mi dama estaba aproximándose como lo había hecho anteriormente. Habría salido corriendo a su encuentro, pero sabía de sobra que eso no habría sido de su agrado. Así pues, decidido a agradecerla, volví a mi habitación. Me alegré de haberlo hecho, pues, desde el rincón oscuro en que me encontraba, la vi subir sigilosamente los escalones de mármol y detenerse tímidamente ante la puerta. Luego, tras una larga pausa, oí un susurro tan tenue y dulce como la música de una distante arpa eolia:

—¿Está usted ahí? ¿Puedo entrar? ¡Contésteme! Estoy sola y tengo miedo.
—Como contestación, salí de mi rincón oscuro tan velozmente que se sobresaltó. Por los temblores que le entraban cuando tomaba aire, colegí que estaba esforzándose —con éxito, menos mal— por reprimir un grito.

—Entre —dije sin alzar la voz—. La estaba esperando, pues sabía que vendría. Estaba en la terraza y volví a entrar al verla llegar, por temor a que pudiera vernos alguien. Eso no es posible que ocurra, pero supuse que a usted le gustaría que yo extremara las precauciones.

—Sí, ha hecho bien... —contestó con una voz serena y dulce, pero al mismo tiempo firme—. Todas las precauciones son pocas. Todo es posible aquí. Puede haber ojos donde menos lo esperemos o sospechemos. —Estas últimas palabras las pronunció con voz a la vez solemne y queda mientras entraba en la habitación. Cerré la puerta de cristal y eché el cerrojo, y luego corrí la reja de acero y el pesado cortinaje. Después, tras encender una vela, me dirigí a encender la lumbre. En unos segundos la leña seca prendió y las llamas empezaron a elevarse y a chisporrotear. Ella no puso ninguna objeción a que cerrara la ventana y echara la cortina, ni tampoco hizo ningún comentario sobre que encendiera la lumbre. Parecía aceptar todo aquello como algo que se da por sentado. Después de prepararle una pila de cojines frente a la lumbre, como hiciera con ocasión de su última visita, ella se acomodó extendiendo sus blancas y temblorosas manos en dirección del fuego.

La visita de esta noche no se parecía a las otras dos primeras. Por su manera de comportarse barrunté cierta preocupación por afirmar su amor propio. Luego, seca y no abrumada ya por la humedad y el frío, su figura me pareció irradiar una dulce y graciosa dignidad, como envuelta por un velo luminoso. No parecía fría o distante, ni, mucho menos, dura o amedrentadora;

antes bien, esta dignidad parecía hacerla más dulce y entrañable que las otras veces. Era como si, ahora que se había revelado su majestuosidad, y que su posición estaba asegurada y reconocida, sintiera que podía ya rebajarse un poco. Pero, si su dignidad innata le garantizaba una especie de halo impenetrable, esto era solo de cara a los demás; a ella no le afectaba lo más mínimo, ni podía afectarle. Esto resultaba tan evidente, y ella tenía un aspecto tan total y dulcemente femenino que me sorprendí preguntándome, con pensamientos vagos que acudían por ráfagas a deshacer el hechizo de que era víctima, cómo podía haber imaginado que fuera otra cosa que una mujer espléndida. Mientras descansaba, mitad sentada y mitad recostada sobre la pila de cojines, me pareció la personificación consumada de la gracia, la belleza, el encanto y la dulzura: la mujer perfecta con que puede soñar un hombre, sea joven o viejo. Tener al lado a semejante mujer, y tenerla como la más sagrada de las cosas sagradas, podría ser una maravilla para cualquier hombre. Una sola hora de este delicioso éxtasis podría compensar toda una vida de dolor y sacrificio, e incluso la pérdida de la propia vida. Al hilo de estos pensamientos me llegó la respuesta a las dudas que me asaltaban: si al final resultaba que no estaba viva, sino que era uno de esos lastimeros muertos-vivientes, en tal caso su misma dulzura y belleza serían razones suficientes para traerla a la vida y al cielo, aun cuando ella encontrara felicidad en el corazón y en los brazos de otro hombre.

Una vez, al inclinarme sobre la lumbre para echar un tronco, mi rostro se acercó tanto al suyo que sentí su hálito en mis mejillas. La simple idea de tan inefable contacto bastó para turbarme. Su aliento era dulce como el aliento de un novillo, como la caricia de una brisa estival sobre un macizo de reseda olorosa. En aquel momento me resultó absolutamente inimaginable que un aliento tan dulce pudiera provenir de los labios de un muerto —muerto en esencia o en potencia—, que de la corrupción pudiera emanar una fragancia tan dulce y tan pura. Contemplándola desde mi taburete, veía con dicha colmada cómo las juguetonas llamas de la lumbre se reflejaban en sus magníficos ojos negros, y cómo las estrellas en ellos contenidas brillaban con nuevos colores y nuevo resplandor, subiendo y bajando como las esperanzas y los temores. Y, como remedando al fuego, en su bello rostro se dibujaban también sonrisas de sosegada felicidad, mientras el alborozo de las llamas se reflejaba en los hoyuelos intermitentes de sus mejillas.

Al principio me sentía un poco desconcertado cada vez que mis ojos se posaban sobre su sudario, y llegué incluso a desear que el tiempo hubiera sido muy malo para que se hubiera visto obligada a ponerse otra ropa —cualquier cosa que careciera de la repulsión de aquella lúgubre indumentaria—. Sin embargo, aquella sensación fue desapareciendo paulatinamente, hasta no encontrar ya ningún motivo de descontento por su atuendo, y, antes de olvidarme por completo de aquello, un pensamiento relampagueó por mi

mente:

«¡Uno se acostumbra a todo, hasta a un sudario!». —Pero, de repente, al pensar en que ella tuviera que soportar una experiencia tan espantosa, me inundó una ola de profunda compasión.

Con el paso de los minutos, los dos fuimos olvidando todo —yo, desde luego—, salvo que éramos hombre y mujer, y que estábamos juntos. La extrañeza de la situación y de las circunstancias no parecía tener importancia alguna ni merecer la menor atención. Seguimos un buen rato sentados allí junto el fuego, cada uno en su sitio, sin decir prácticamente ninguna palabra, aunque sí entró en juego otro tipo de lenguaje: los ojos contaron su propia historia, como solo ellos saben hacerlo, con una elocuencia aún mayor que los labios. Preguntas y respuestas se sucedieron dentro de este gratificante lenguaje, y, en medio de una dicha inenarrable, empecé a darme cuenta de que mi afecto había reverdecido. En tales circunstancias resultaba imposible encontrar cualquier incongruencia en nuestra relación. Yo no me encontraba particularmente con ganas de hacer preguntas. Antes bien, recelaba de ello, con ese recelo que solo proviene del verdadero amor, como si fuera una emanación necesaria de esta pasión deliciosa, abrumadora, compulsiva. En su presencia, parecía brotar de mí una emoción que prohibía cualquier discurso. Hablar en aquellas condiciones me habría parecido algo innecesario, imperfecto y hasta vulgar. También ella guardó silencio. Pero, ahora que estoy solo con mi recuerdo, estoy convencido de que también ella se sintió feliz. Bueno, no exactamente eso. La «felicidad» no es la palabra más adecuada para describir sus sentimientos ni los míos. La felicidad es una cosa más activa, un goce más consciente. Nosotros estábamos contentos. Sí, esta palabra expresa con mayor exactitud aquel nuestro estado anímico. «Contento» encierra un significado a la vez positivo y negativo, o una condición antecedente. Entraña la ausencia de cualquier perturbación o necesidad; y entraña también algo positivo que se ha ganado o logrado, o lo que se deriva de ello. Sí, nuestro estado anímico —pues aunque pueda parecer presuntuoso por mí parte, estoy convencido de que nuestras ideas fueron recíprocas— indicó la consecución de un entendimiento a partir del cual todo lo que viniera después no podía ser más que bueno. ¡Quiera Dios que así sea!

Mientras permanecíamos sentados en silencio, mirándonos mutuamente a los ojos —las estrellas de los suyos estaban ahora llenas de fuego latente, tal vez por el reflejo de las llamas—, ella se puso repentinamente de pie, envolviéndose instintivamente con su horrible sudario. Con una voz transida de emoción, como la de quien actúa movido más por una exigencia del espíritu que por voluntad propia, me susurró:

—Tengo que marchar ahora mismo. Siento acercarse la mañana. Tengo que estar en mi lugar cuando despunte el día.

Lo dijo con tanta seriedad que sentí que no debía oponerme a su deseo; así, me puse en pie yo también y me dirigí apresuradamente hacia la ventana. Descorrí la cortina lo suficiente como para poder descorrer también la reja y abrir la puerta de cristal. Pasé de nuevo al otro lado de la cortina, que sostuve por el borde para que ella pudiera pasar. Se detuvo unos instantes para romper el prolongado silencio:

—Es usted todo un caballero, y un amigo de verdad, que comprende todo lo que yo deseo. Le doy las gracias con todo mi corazón —exclamó alargándome su bella y egregia mano. Yo la cogí entre las dos mías mientras me arrodillaba y la acerqué a mis labios. Aquel contacto me hizo estremecerme. Ella se estremeció también mientras me miraba de una manera que parecía escudriñar los arcanos de mi alma. Las estrellas de sus ojos, ahora que la luz del fuego ya no se reflejaba en ellos, habían vuelto a su misterioso color plateado. Luego retiró la mano de las mías con suma suavidad, como remisa, y pasó al otro lado de la cortina mientras me hacía una reverencia gentil, dulce y digna que me dejó clavado sobre mis rodillas.

Oí la puerta de cristal cerrarse suavemente tras ella, y solo entonces me incorporé y me precipité hacia el otro lado de la cortina, justo a tiempo para verla bajar la escalinata. Quería verla el mayor tiempo posible. El gris de la mañana estaba empezando a luchar con la oscuridad de la noche, y a la tenue e incierta luz pude entrever su figura blanca deslizándose entre los arbustos y las estatuas hasta fundirse finalmente con la oscuridad general.

Permanecí un buen rato allí, en la terraza, ora escudriñando la oscuridad envolvente en caso de que pudiera verme recompensado con otro vislumbre de su figura, ora con los ojos cerrados para poder recordar y retener mejor en mi mente su descenso por las escaleras. Por primera vez desde que la conocía, se había vuelto para lanzarme una última mirada al tomar el camino blanco que arrancaba al pie de la terraza. Y, bajo el hechizo de aquella mirada, toda ella amor y fascinación, me sentí con fuerzas para desafiar a todos los poderes del universo.

Cuando la aurora empezó a dibujarse en el cielo, volví a mi habitación. Me metí en la cama en un estado de aturdimiento —medio hipnotizado por el amor—, y en mis sueños seguí pensando, henchido de felicidad, en mi dama del sudario.

DIARIO DE RUPERT - CONTINUACIÓN

27 de mayo de 1907

¡Ya ha pasado una semana entera desde la última vez que vi a mi amor! Esa es la palabra: no me cabe la menor duda al respecto. Desde que la vi, mi pasión no ha hecho más que aumentar a pasos agigantados, como diría un

novelista. Ahora se ha vuelto tan enorme que me abrumba, hasta el punto de disipar cualquier pensamiento de duda o dificultad. Supongo que esto debe ser lo que los hombres padecían —el padecimiento no tiene por qué significar dolor— bajo un encantamiento en los tiempos antiguos. Soy como una mota de polvo en la espiral de un torbellino. Siento una necesidad imperiosa de verla de nuevo, aunque sea en su tumba de la cripta. Supongo que debo prepararme bien para esta aventura; hay muchas cosas en que pensar. Esta visita no debe ser de noche, pues ella podría venir otra vez, y entonces me perdería su visita...

La mañana llegó y pasó, pero mi deseo y mi intención aún siguen en pie; y así, en pleno mediodía, con el sol en todo su cénit, me puse en camino hacia la vieja iglesia de San Sabas. Llevé conmigo una linterna muy potente, que envolví en secreto, pues no deseaba que nadie supiera que llevaba semejante instrumento conmigo.

En esta ocasión no sentía ninguna aprensión. En la anterior visita me había quedado sin respiración durante unos momentos al ver de repente el cuerpo de la mujer a quien creía amar —ahora ya sé que la amo— tendida en su tumba. Pero ahora lo sabía todo, y era para ver a esta mujer, aunque fuera en su tumba, para lo que iba hasta allí.

Al encender la linterna, cosa que hice tan pronto como empujé la gran puerta, que encontré de nuevo abierta, dirigí mis pasos directamente hacia la cripta, cuyo acceso se encuentra detrás del trascoro de madera ricamente esculpida; gracias a la mejor luz que llevaba, pude ver que era una obra de incalculable valor y belleza. Traté de conservar buen ánimo en mi corazón pensando en mi dama y en la dulzura y dignidad de nuestro último encuentro; pero mi coraje se vino abajo igualmente mientras bajaba los escalones estrechos y tortuosos. Mi aprensión, estoy convencido ahora, no era por mí mismo, sino porque aquella a quien yo adoraba tuviera que soportar unas condiciones de habitabilidad tan espantosas. Como antídoto para mi dolor pensé en lo que podría ser, y en cómo me sentiría yo, cuando consiguiera para ella una salida de aquel horror, costara lo que costara. Este pensamiento me tranquilizó un poco y me devolvió el ánimo. Fue con esta disposición anímica —que hasta ahora me ha sacado de apuros pero también me ha metido en otros muchos— como al final abrí la puerta baja y estrecha al pie de la escalera tallada en piedra y entré en la cripta.

Sin mayor dilación, me encaminé directamente hacia la tumba con tapa de cristal bajo la cadena colgante. Gracias a la luz que despedía mi linterna pude ver que me estaba temblando la mano. Con un gran esfuerzo conseguí sobreponerme y, sujetando bien la linterna, dirigí su haz de luz hacia el interior del sarcófago.

Una vez más, la linterna cayó ruidosamente sobre el cristal, y me vi solo en medio de la oscuridad, durante un instante casi paralizado por la sorpresa y el desencanto.

¡La tumba estaba vacía! Hasta las insignias de la muerte habían desaparecido...

No supe lo que ocurrió hasta que me encontré subiendo a ciegas los peldaños de la escalera. Aquí, en comparación con la oscuridad profunda de la cripta, casi parecía haber claridad. De la iglesia provenían unos escasos rayos de sol que esclarecían los peldaños de la cripta, y, ahora que podía ver algo, sentí alegría de no verme rodeado de oscuridad por los cuatro costados. Con la luz me entró una sensación de fuerza y de renovado ánimo, y conseguí volver a tientas hasta la cripta. Allí, con la ayuda de los fósforos que llevaba, encontré mi camino hasta la tumba y recuperé la linterna. Luego atravesé despacio —pues quería probar, ya que no mi valor, sí al menos el poco de amor propio que me quedaba— el cuerpo principal del templo, donde apagué la linterna, y, tras franquear la gran puerta, salí a la luz del día. Tanto en la oscuridad de la cripta como en la semioscuridad de la iglesia, me había parecido oír unos sonidos misteriosos, como de susurros y alientos contenidos; pero el recuerdo de estas cosas no me importó mucho una vez al aire libre, sobre la gran explanada de piedra delante de la iglesia, donde recuperé toda mi consciencia y mi identidad, con el sol golpeándome en plena cara, y donde miré hacia abajo y vi a mis pies el azul intenso del mar abierto.

DIARIO DE RUPERT - CONTINUACIÓN

3 de junio de 1907

Ha transcurrido otra semana —una semana de lo más agitada—, pero aún sigo sin tener noticia ni rastro alguno de mi dama del sudario. No se me ha presentado ninguna oportunidad para volver por el día a San Sabas, como me habría gustado hacer. Sabía que no debía ir de noche. La noche es su momento de libertad, y es ella la que debe decidir; en caso contrario, podría perderme su visita, e incluso no volver a verla nunca más.

Estos días han estado marcados por un gran movimiento a nivel nacional. Los montañeses se han estado organizando por alguna razón que aún no columbro del todo y que ellos no se deciden aún a revelarme. Yo he procurado no dar muestras de curiosidad, pese a las ganas que tengo de enterarme. Esto despertaría sin duda sospechas y podría incluso resultar desastroso para mis deseos de ayudar a esta nación en su lucha por preservar su libertad.

Estos fieros montañeses son extrañamente —casi exageradamente— suspicaces, y la única manera de ganarme su confianza es empezar confiando en ellos. Un joven americano agregado a la embajada de Viena, que hizo un

viaje por el país de las Montañas Azules, me dijo en cierta ocasión:

—Mantén cerrada la cabeza, y ellos te abrirán la suya, si no quieres que sean ellos los que te la abran, ¡hasta arrancártela de cuajo!

Supuse que estaban perfilando un nuevo sistema de señalización ideado por ellos mismos. Esto es una cosa bastante natural, y en modo alguno incoherente con el grado de amistad que me han mostrado ya. En un país en el que no hay ni telégrafo ni ferrocarril ni carreteras, cualquier forma de comunicación eficaz debe ser puramente personal —no podría ser de otra manera—. Y así, si quieren mantener algún secreto entre ellos, han de mantener secreto su código. A mí me habría encantado conocer su nuevo código y su manera de utilizarlo; pero como quiero ser un amigo útil para ellos —lo que entraña no solo una confianza real, sino también una confianza aparente—, tuve que ejercitarme en la paciencia.

Esta actitud mía los impulsó, antes de separarnos en la última asamblea, y tras hacerme jurar solemnemente que guardaría fidelidad y discreción, a hacerme partícipe de su secreto. Sin embargo, esto era solo con relación al código y al método: aún siguieron manteniendo el más estricto sigilo sobre el posible hecho o motivo político que los había empujado a semejante acción unitaria.

Al volver a casa, puse por escrito, mientras aún lo tenía fresco en la memoria, todo lo que me dijeron. Este escrito lo estudié de tal manera que acabé aprendiéndomelo de memoria. Luego quemé el papel. Sin embargo, ya se ha conseguido algo muy importante: con mi semáforo puedo enviar a lo largo y ancho del país de las Montañas Azules, con extraordinaria rapidez, sigilo y exactitud, cualquier mensaje que resulte comprensible a todos.

DIARIO DE RUPERT - CONTINUACIÓN

6 de junio de 1907

Anoche tuve una nueva experiencia de mi dama del sudario, al menos por lo que a la forma se refiere. Me encontraba en la cama —acababa de caer dormido—, cuando oí unos extraños restregamientos en la puerta de cristal de la terraza. Afiné el oído, mientras mi corazón latía con intensidad. El sonido parecía provenir de la parte inferior, cerca del suelo. Salté de la cama, me precipité hacia la ventana y, tras descorrer las pesadas cortinas, miré afuera.

El jardín parecía, como de costumbre, fantasmal a la luz de la luna, pero no se apreciaba el menor signo de movimiento en ninguna parte, ni había nadie en o cerca de la terraza. Miré con ansiedad hacia el punto de donde me había parecido provenir el sonido.

Allí, pegando a la puerta de cristal, como si lo hubieran metido por debajo,

había un papel con varios pliegues. Lo recogí y abrí con la mente en ebullición, pues mi corazón me decía de dónde provenía. Estaba escrito en inglés, con una caligrafía amplia, irregular, como la de un niño de siete u ocho años:

«Ven a verme al mástil del peñón».

Naturalmente, yo conocía bien el lugar. En el punto más alejado del peñón sobre el que se asienta el castillo se yergue un elevado mástil, en el que en tiempos antiguos ondeaba la bandera de la familia de los Vissarion. En el pasado lejano, cuando el castillo estaba sometido al riesgo de ataques enemigos, este punto había estado fuertemente fortificado, y, en los días en los que aún se combatía con el arco, debió de resultar realmente inexpugnable.

En la misma roca se había trazado una galería cubierta, provista de orificios para las flechas, galería que discurre circularmente rodeando por completo el mástil y la gran protuberancia del peñón en cuyo centro se yergue. En tiempos de paz, se había levantado un puente levadizo, estrecho pero muy firme —y que aún sigue en pie—, para unir el punto exterior del peñón con una entrada practicada en la muralla exterior, protegida por dos torres laterales y un rastrillo. Su finalidad era manifiestamente evitar cualquier ataque inesperado. Desde este punto solo se divisaban las alineaciones rocosas circundantes. Así pues, era bastante difícil que pudiera prosperar un ataque secreto por barco.

Me vestí apresuradamente y, armado con un cuchillo de caza y un revólver, salí a la terraza, tomando la precaución, inhabitual en mí, de correr la reja y asegurarme de que había quedado bien cerrada. El ambiente que reina en el país es suficientemente turbulento como para correr riesgos inútiles —como sería, precisamente, circular desarmado o dejar abierta la entrada privada del castillo—, tomé el sendero rocoso y, tras subir por la escala de gato fijada a la roca —expediente realmente ingenioso en tiempo de paz—, me planté en el pie del mástil.

Me moría de ansiedad, y el trayecto me había parecido terriblemente largo; así, mi desaliento aumentó aún más al llegar y no ver allí a mi dama. Pero mi corazón volvió a latir con alegría —tal vez más que nunca— cuando la vi asomar al fin por entre las sombras de la muralla del castillo. Solo se la podía ver desde el punto en el que yo me encontraba; e incluso desde allí solo resultaba visible su sudario blanco en medio de tanta oscuridad. La luz de la luna era tan esplendente que las sombras parecían insólitamente negras.

Yo me precipité a su encuentro, y, cuando ya estaba cerca, iba a decirle, llevado de mi primer impulso: «¿Por qué abandonó la tumba?», cuando de repente se me ocurrió que esta pregunta podía resultar inoportuna y embarazosa en muchos aspectos. Así, tras pensarlo mejor, le dije más bien:

—¡Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que la vi! ¡Me ha parecido una eternidad!

Su respuesta no pudo ser más rápida; me dijo impulsivamente y sin pensarlo:

—¡A mí también se me ha hecho muy largo! ¡Oh, no se lo imagina! Le he pedido que venga aquí porque tenía tantas ganas de verlo que no podía esperar más tiempo. Me moría de ganas de verle...

Sus palabras, su actitud impaciente, ese algo inefable que transmite los mensajes del corazón, la anhelante expresión de sus ojos mientras la luz de la luna le esclarecía el rostro revelando sus relucientes estrellas de oro —pues en su impaciencia había abandonado la sombra para acercarse a mí—, todo ello tuvo el efecto de inflamarme. Sin decir ni pensar en nada —pues la naturaleza estaba hablando con el lenguaje del amor, que es una lengua silenciosa—, avancé hacia ella y la abracé con fuerza. Ella se rindió con esa dulce inconsciencia que es la coronación del amor, como obedeciendo a alguna orden dictada antes del comienzo del mundo. Sin ningún esfuerzo deliberado por parte de ninguno de los dos —yo puedo garantizar que no lo hubo en mi caso—, nuestras bocas se encontraron en el primer beso de amor.

En aquel momento no hubo nada en nuestro encuentro que me pareciera fuera de lo normal. Pero, más avanzada la noche, cuando me encontré solo y en la oscuridad, al recordar todo aquello —su extrañeza y su delicia, aún más extraña—, no pude por menos de reconocer que se habían dado unas condiciones bastante extrañas para un encuentro amoroso: el lugar solitario, la hora tardía, un hombre joven y fuerte, y lleno de vida y ambición; una mujer que, pese a lo bella y apasionada que era, llevaba puesto el sudario con el que se la había amortajado en su tumba de la cripta de la vieja iglesia, y a la que se suponía muerta...

Sin embargo, mientras estuvimos juntos, no pensé en nada de aquello. El amor tiene sus propias leyes y su propia lógica. Bajo el mástil donde había ondeado otrora la bandera de los Vissarion, ella se rindió a mis brazos, su dulce aliento acarició mi rostro, su corazón latió al ritmo del mío. ¿Qué necesidad había de razonar en aquellos momentos? Inter arma silent leges, la voz de la razón calla en el fragor de la pasión. Ella podía estar muerta, o ser una muerta-viviente, un vampiro con un pie en el infierno y otro en la tierra; pero yo la amaba, y pasara lo que pasara, en aquel momento o después, ella era mía. Como compañera mía que es, viajaremos juntos, sea cual sea el final o destino de nuestra aventura. Si se la puede rescatar del mundo de las sombras, entonces, ¡esa es mi meta!

Pero volvamos al relato de los acontecimientos. Una vez que empecé a hablarle con palabras de pasión, ya no pude parar. En realidad, no solo yo, sino

tampoco ella parecía desear que cesara aquello. ¿Puede haber una mujer —viva o muerta— que no desee oír la efusión de su amante mientras este la estrecha entre sus brazos? En aquel momento no había ninguna reticencia por mi parte; yo daba por sentado que ella sabía todo lo que yo había conjeturado y que, como no protestaba ni hacía ningún comentario, aceptaba mi opinión sobre su existencia vaga e indeterminada. A veces sus ojos se cerraban, pero incluso en aquellos momentos el embeleso de su rostro escapaba a toda posible descripción. Pero cuando sus bellos ojos se abrían y se posaban sobre mí, las estrellas en ellos encerrados brillaban y centelleaban como si estuvieran formadas de fuego vivo. Habló poco, muy poco; pero, aunque sus palabras fueron escasas, cada sílaba suya me pareció penetrada de amor, llegándome hasta lo más hondo del corazón.

Finalmente, cuando nuestra exaltación se hubo calmado y dado paso a un gozo más sosegado, le pregunté cuándo podría verla otra vez, y cómo y dónde podría encontrarla si lo deseaba. Ella no contestó directamente, pero, estrechándome entre sus brazos, musitó a mi oído, con ese suave jadeo propio del lenguaje del amante, las siguientes palabras:

—He llegado hasta aquí venciendo unas terribles dificultades, no solo porque te amo —lo cual ya sería suficiente—, sino también porque, además de asegurarme el gozo de verte, quería advertirte.

—¿Advertirme de qué? ¿Por qué? —pregunté. La contestación me la dio tras una tímida vacilación, casi con reluctancia, como quien por alguna razón secreta tiene que escoger bien sus palabras:

—Te esperan y acechan grandes dificultades y peligros; y estos son tanto mayores porque, por una triste necesidad, están ocultos para ti. A cualquier parte que vayas, a cualquier dirección que mires, cualquier cosa que hagas o digas, puede constituir una ocasión de peligro. Querido mío, el peligro nos acecha por todas partes, a la luz y en la oscuridad, en lugares abiertos y cerrados, entre amigos y enemigos, cuando estamos menos preparados, cuando menos lo esperamos. Ah, yo sé bien lo duro que es, pues lo comparto contigo..., por tu amor...

—Oh, amor mío —fue lo único que pude decir mientras la estrechaba y besaba de nuevo. Unos instantes después, pareció sosegarse de nuevo, y, al notar esto, yo volví sobre el tema que —al menos en parte— había sido al parecer la causa de nuestra cita.

—Pero si no voy a tener ninguna indicación sobre la índole y finalidad de las dificultades y peligros que me acechan de manera tan implacable, ¿qué puedo hacer? Sabe Dios que yo me quiero guardar bien, no solo por mi propio interés, sino sobre todo por el amor que te profeso. Ahora tengo una causa por la que vivir y ser fuerte, y para mantener despiertas todas mis facultades, pues

ello podría ser muy importante para ti. Si tú no puedes revelarme los detalles, ¿no puedes indicarme alguna línea de conducta, de acción, que se adaptara más a tus deseos, o, más bien, a tu idea de lo que sería mejor?

Ella me miró fijamente antes de hablar; una mirada larga, significativa, que ningún hombre nacido de mujer podría mal interpretar. Luego me dijo con un tono a la vez tranquilo, resuelto y enfático:

—Sé atrevido y no temas nada. Sé sincero contigo mismo, y conmigo; es la misma cosa. Esta será tu mejor protección. Tu seguridad no depende de mí. ¡Ah, ojalá fuera así! ¡Ojalá lo quisiera Dios así!

Yo me estremecí de alegría, no solo por aquella expresión de sus deseos, sino también por oírle emplear de tal manera el nombre de Dios. Ahora, en medio de la calma de este lugar, y con el sol delante de mí, comprendo mi fe en que fuera una mujer plena —una mujer viva—; pero, aunque en aquel momento mi corazón no conocía la duda, mi cerebro sí. Por eso decidí no separarme esta vez de ella hasta no haberle dicho que la había visto, y dónde; pero, a pesar de mis pensamientos, la escuché ansiosamente proseguir:

—En cuanto a mí, puede que tú no me encuentres a mí, pero yo sí te encontraré a ti, de esto puedes estar seguro. Y ahora debemos despedirnos, amor mío. Dime una vez más que me amas, pues es una delicia a la que a nadie le gustaría renunciar, ni siquiera a mí, que llevo estas vestimentas y descanso donde descanso.

Esto último lo dijo levantando con la mano un trozo de su mortaja para que yo lo viera. Pero ¿qué podía hacer yo sino traerla de nuevo hacia mis brazos y estrecharla con toda mi fuerza! Sabe Dios que todo fue fruto del amor; pero era un amor apasionado que hacía estallar mis venas mientras estrujaba su cuerpo contra el mío. Sin embargo, este abrazo no era egoísta; no era enteramente expresión de mi pasión: se basaba en la compasión, ese sentimiento que es hermano gemelo del amor verdadero. Tras despegar nuestros cuerpos, ella permaneció inmóvil, extática, jadeante por los besos, en delicioso embeleso, espíritu puro en medio de un claro de luna, y sus preciosos ojos estrellados parecieron devorarme mientras me decía con lánguido deliquio:

—¡Oh, cuánto me amas! ¡Cuánto me amas! Esto solo recompensaría con creces todo lo que he pasado, incluso el tener que llevar este horroroso atuendo. —De nuevo había señalado su sudario.

Era la ocasión de hablarle de lo que sabía, y no la desperdiicé:

—Lo sé, lo sé. Además, conozco ese horroroso lugar tuyo de reposo.

Me interrumpí en medio de la frase, no porque ella hubiera dicho nada,

sino por el espanto que vi en sus ojos y la manera como se separó de mí. Creo que, en realidad, no habría podido parecer más pálida de lo que ya parecía en medio de aquel claro de luna, que absorbía cualquier otro color; pero en aquel instante cualquier asomo de vida pareció abandonarla, y me miró con ojos llenos de terror, como si estuviera atravesando algún trance espantoso. De no haber sido por aquella mirada de pena, habría parecido una estatua de mármol inanimado, tal era su aspecto frío y sepulcral.

Los instantes que pasaron mientras esperaba a que hablara me parecieron eternos. Al final, habló con un temeroso susurro, tan débil que apenas logré percibirlo pese al silencio de la noche:

—¿Tú conoces...? O sea que conoces mi lugar de reposo... ¿Cómo, cuándo fue eso?

No me quedaba más remedio que decir toda la verdad:

—Estuve en la cripta de San Sabas. Fue por accidente. Estaba explorando los alrededores del castillo, y mis pasos me llevaron hasta allí. Encontré la escalera de caracol detrás del trascoro y bajé los peldaños. Querida mía, yo te amaba ya mucho antes; pero en aquel momento, aunque la sorpresa fue tal que se me cayó la linterna de la mano, mi amor no hizo sino aumentar aún más, como si la compasión hubiera tenido un efecto multiplicador. —Ella permaneció muda durante unos segundos. Cuando volvió a hablar, percibí un cambio de tono en su voz:

—¿No te sentiste turbado ante lo que viste?

—Pues claro que sí —contesté impulsivamente, y ahora creo que acertadamente—. Aterrorizado, más que turbado. El pensamiento de lo que debías soportar me angustiaba más allá de toda palabra. Al principio no quise volver por miedo a que ello pudiera levantar alguna barrera entre nosotros. Pero luego volví, otro día.

—¿Y qué ocurrió?

—En esta ocasión me llevé otro susto, mayor que el anterior, pues no te encontré allí. Fue entonces cuando me di cuenta de lo mucho que te quería..., de lo mucho que te quiero. Mientras yo viva, tú —viva o muerta— siempre estarás en mi corazón. —Ella respiró profundamente. El júbilo hizo brillar sus ojos más que la luna, pero siguió sin decir nada; lo que yo aproveché para proseguir—: Oh, amor mío, yo volví a la cripta lleno de ánimo y esperanza, aunque sabía el terrible espectáculo que verían mis ojos una vez más. Pero nadie de nosotros sabe lo que el destino le tiene reservado, y poca importancia tiene lo que podamos imaginar. Salí de allí con el corazón destrozado, desolado.

—¡Oh, amor mío, cuánto me amas! —Alentado por sus palabras, y aún más por el tono de su voz, seguí hablando con renovado coraje. Ahora no tenía ya ninguna duda, ninguna incertidumbre:

—Tú y yo, amor mío, estamos hechos el uno para el otro. Yo no puedo evitar el que tú hayas sufrido mucho antes de conocernos. Tal vez todavía tengas que sufrir cosas que yo no pueda evitar, sufrimientos cuya duración yo no pueda acortar; pero todo lo que es capaz de hacer un ser humano, yo lo haré. Ni el mismo infierno me detendrá, si fuera posible salir victorioso de sus tormentos contigo entre mis brazos...

—¿No te detendrá nada, entonces? —Su voz era más suave que la melodía de un arpa eolia.

—¡Nada! —repetí apretando los dientes. Sentía dentro de mí una fuerza que me asombraba. De nuevo me preguntó con voz temblorosa, incierta, como si en ello le fuera más que la vida misma:

—¿Ni siquiera esto? —Levantó una punta del sudario y, mientras miraba mi rostro y se daba cuenta de la respuesta antes de que yo hablara, agregó—: ¿Con todo lo que ello implica?

—¡Ni aunque fuera la mortaja de los mismos condenados! —Hubo una larga pausa. Su voz fue más resuelta cuando volvió a hablar, casi resonante. Más aún, había en ella una nota alegre, como de quien siente una nueva esperanza:

—Pero ¿no conoces lo que dicen los hombres? Unos, que estoy muerta y enterrada; otros, que no solo estoy muerta y enterrada, sino que además soy uno de esos seres infelices que no pueden gozar de la muerte de los hombres normales, que llevan una espantosa vida-en-la-muerte, capaces solo del mal. Esos desdichados muertos vivientes a los que los hombres llaman vampiros, que viven de la sangre de los vivos y causan la condenación eterna, así como la muerte, con el veneno de sus horribles besos.

—Sé lo que dicen a veces los hombres —contesté—. Pero también sé lo que dice mí propio corazón, y prefiero prestar oído a sus consejos antes que a las voces de los vivos o de los muertos. Pase lo que pase, yo estoy irremisiblemente ligado a ti, y, si ocurriera que tu antigua vida tuviera que ser rescatada de las fauces de la muerte y el infierno, mantendré mi palabra empeñada, y que vuelvo a empeñar. —Al acabar de hablar caí de rodillas a sus pies y, rodeándola con mis brazos, la atraje hacia mí. Sus lágrimas resbalaron sobre mi rostro mientras ella acariciaba mis cabellos con su mano suave y fuerte y me decía al oído:

—El tuyo es un compromiso solemne. ¿Qué matrimonio más sagrado podría conceder Dios a cualquiera de sus criaturas? —Los dos permanecemos

callados durante un rato.

Creo que fui yo el primero en recuperar los sentidos, como lo prueba la pregunta que le hice:

—¿Cuándo podremos vernos de nuevo? —Pregunta que no recordaba haberle hecho en ninguna de nuestras anteriores despedidas. Ella contestó con una voz rota, que era apenas algo más que un susurro, más suave y arrulladora que la voz de una paloma:

—Será pronto, en cuanto me sea posible, te lo aseguro. ¡Oh, cuánto te amo, querido mío! —Estas últimas palabras tiernas las pronunció con una cadencia prolongada y penetrante que me hizo estremecerme de delicia.

—Dame alguna prenda —dije—, que pueda tener siempre cerca de mí para aliviar el dolor de mi corazón hasta que vuelva a verte, y eternamente después, en nombre de nuestro amor. —Pareció cruzarle la mente un relámpago de comprensión, y, con un gesto pleno de determinación, se inclinó para rasgar con dedos veloces y fuertes un fragmento de su sudario. Tras besarlo, me lo entregó, susurrando estas palabras:

—Es hora de separarnos. Ahora debes dejarme. Toma esto, y guárdalo para siempre. Mientras dure mi terrible soledad, seré menos desdichada sabiendo que este regalo mío, que para bien o para mal forma parte de mí, tal y como me has conocido, está cerca de ti. Podría ser, amor mío, que algún día te alegraras, y hasta te enorgullecieras de esta hora, como me ocurre a mí. —Me besó mientras lo cogía.

—En la vida o en la muerte, no me importa, con tal de estar contigo —dije mientras me separaba de ella. Tras bajar la escala de gato, tomé el camino tallado en la misma roca.

Lo último que vi fue el rostro maravilloso de mi dama del sudario asomándose por el borde de la entrada. Sus ojos me parecieron estrellas relucientes mientras me fueron siguiendo. El recuerdo de aquella mirada no se borrará jamás de mí mente.

Presa de una emoción más intensa, me encaminé directamente hacia el jardín. Descorrí la reja y entré en mi estancia solitaria, que, a la luz de los momentos recién vividos, me pareció más triste que nunca. Como en sueños, me fui a la cama, y allí permanecí hasta la salida del sol, despierto y reflexionando.

LIBRO V

RITUAL A MEDIANOCHE

DIARIO DE RUPERT - CONTINUACIÓN

20 de junio de 1907

Gracias al trabajo, el tiempo ha pasado muy deprisa para mí desde la última vez que vi a mi dama. Como había informado a los montañeses de la zona, Rooke, siguiendo mis instrucciones, ha estipulado un contrato por cincuenta mil fusiles Ingis-Malbron y varias toneladas de munición que, según los expertos franceses, bastarían como suministro para un año de guerra. Utilizando nuestro código telegráfico secreto, me había comunicado que ya se había efectuado el pedido y que la mercancía estaba de camino. La mañana siguiente al encuentro en el mástil me hizo saber también que el barco fletado por él expresamente llegaría a Vissarion durante la noche. Todos estábamos expectantes. Yo mantenía ahora permanentemente en el castillo a una dotación de señalizadores, cuyas señales eran renovadas tan pronto como los hombres eran suficientemente expertos para desenvolverse solos o en grupo. Nuestra intención era que cada combatiente del país fuera en su momento un perito en señalización. Además, siempre contamos con unos cuantos sacerdotes. La iglesia del país es una iglesia militante; sus sacerdotes son soldados, y sus obispos oficiales. Naturalmente, estos, intelectualmente bien dotados, son también más rápidos para el aprendizaje que la media de los montañeses —en efecto, aprendieron el código y la señalización casi intuitivamente—. Ahora tenemos al menos a un eclesiástico experto en señalización en cada comunidad, y dentro de poco los sacerdotes se bastarán por sí solos para ejercer las tareas de señalización si fuera necesario y podrán relevar a muchos soldados propiamente tales dedicados actualmente a estos menesteres. A los montañeses que están inmediatamente bajo mis órdenes los mantuve informados de la llegada del barco, por lo que estábamos listos para empezar a trabajar cuando el vigía del mástil de la bandera nos informó de que un barco sin luces estaba acercándose lentamente hacia la costa. Todos acudimos a la escollera y lo vimos deslizarse sigilosamente hasta alcanzar el cobijo del puerto, tras lo cual colocamos la barrera flotante que protege la entrada así como las grandes puertas deslizantes blindadas que tío Roger mandó construir para proteger el puerto en caso de emergencia y ayudamos a arrimar el barco al muelle.

Rooke parecía particularmente en forma y rebosante de ardor y vigor. Su importante misión, y el simple pensamiento de una eventual acción bélica, parecía haberlo rejuvenecido.

Tras organizar la descarga de las cajas de armas y munición, me llevé a Rooke a la habitación que llamamos mi «oficina», donde me hizo un detallado relato de sus actividades. No solo había conseguido los fusiles y su correspondiente munición, sino que además había comprado a una de las

pequeñas repúblicas americanas un yate acorazado construido expresamente para fines bélicos. Parecía muy entusiasmado, y hasta excitado, mientras me exponía sus excelencias:

—Es el último grito en ingeniería naval: un yate torpedero. Un pequeño crucero con turbinas actualizadas, alimentado con petróleo y equipado con las armas y explosivos más modernos y sofisticados. La embarcación más rápida fabricada hasta la fecha. Construida por Thornycroft, provista de motores por Parsons, blindada por Armstrong, armada por Krupp. Si alguna vez entra en acción, que se eche a temblar su adversario, pues puede enfrentarse, y derrotar, a todo lo que no sea un superacorazado en regla.

Me dijo asimismo que había comprado a la misma nación, que había alcanzado recientemente una paz inesperada, todo un parque de piezas de artillería último modelo y que, en cuanto a alcance y precisión, los fusiles estaban considerados los mejores del mercado. Estos llegarían en breve, y con ellos su munición correspondiente, a lo que poco después seguiría un cargamento de lo mismo.

Después de contarme el resto de sus noticias, y de entregarme los informes, salimos al puerto para ver el desembarco del material de guerra. Sabedor de su inminente llegada, yo había mandado a los montañeses una comunicación a primeras horas de la tarde diciéndoles que vinieran a retirarlo. Estos habían contestado a mi llamada, y aquella noche pareció como si todo el país hubiese estado en ebullición.

Los montañeses acudieron individualmente, agrupándose posteriormente dentro de las defensas del castillo; algunos se habían congregado en puntos fijos en el camino. Atravesaron los bosques sigilosamente, cual fantasmas, y los que se organizaban en grupo avanzaban por la correspondiente carretera radial en dirección de Vissarion manteniendo cierta distancia con el grupo anterior. Sus llegadas y sus partidas parecían fantasmales, cual manifestaciones externas de un espíritu interno: toda una nación dominada por un objetivo común.

Casi todos los hombres del barco eran peritos, en su mayoría británicos; parecían bien organizados e inspiraban mucha confianza. Rooke los había escogido por separado, y para esta tarea había recurrido a su gran experiencia tanto de la gente como de la vida aventurera. Estos hombres formarían parte de la tripulación del yate acorazado cuando entráramos en aguas del Mediterráneo; trabajaban bien con los sacerdotes y los combatientes del castillo y mostraban un celo más que encomiable. La descarga de pesadas cajas desde la cubierta hasta el muelle cundió tanto que parecían deslizarse solas. Formaba parte de mis planes que las armas se colocaran en centros separados según su lugar de destino. En un país como este, sin ferrocarril ni

carreteras, la distribución de material bélico de cierta importancia resulta una tarea muy laboriosa e importante, que tiene que realizarse individualmente, o al menos a partir de centros.

Pero de esta tarea dio buena cuenta el gran número de montañeses que no dejaba de afluir. Tan pronto como la tripulación del barco, con la ayuda de los sacerdotes y los combatientes, colocaba las cajas sobre el muelle, los peritos náuticos las abrían y disponían su contenido para el transporte. Los montañeses acudían incesantemente, como olas del mar; cada cual cargaba con lo suyo y marchaba después de que el capitán de su sección le hubiera dado instrucciones sobre a dónde ir y qué ruta seguir. Este método de distribución de armas lo habíamos perfilado en mi oficina, y las descripciones y cantidades concretas las habían consignado debidamente los capitanes. El transporte del material bélico fue considerado como una cuestión de máximo secreto. Apenas se oyó decir una palabra fuera de las directrices necesarias, y estas mismas se impartieron en voz baja. Durante toda la noche no paró el reguero de hombres, y hacia la madrugada el volumen del material descargado se había reducido a la mitad. A la noche siguiente se retiró lo que quedaba, una vez que mis hombres almacenaron en el castillo los fusiles y la munición reservados para su eventual defensa. Era conveniente disponer de una reserva para salir al paso de cualquier posible eventualidad.

A la noche siguiente Rooke partió en secreto en el barco fletado. Debía traer todavía el cañón y la munición pesada que se había quedado almacenada entre tanto en una de las islas griegas. La segunda mañana, tras informármeme en secreto de que el barco ya estaba de camino, di la señal para que se reunieran los montañeses.

Un poco después de anochecer, el barco, que no llevaba ninguna luz encendida, se deslizó por la cala. Se volvieron a cerrar las barreras y, cuando llegó un número suficiente de hombres para la entrega de los cañones, se procedió a la descarga. Esta operación resultó bastante fácil, pues el muelle tenía todo el equipamiento necesario y completamente modernizado, incluidas unas guías prismáticas para la elevación de cañones que podían alcanzar la posición adecuada en tan solo unos segundos.

Los cañones venían bien provistos de aparejos y poleas de toda suerte, y, al cabo de unas horas, ya había desaparecido por el bosque una buena parte de estos en medio del mayor sigilo. Cada uno iba escoltado por un grupo de hombres, y su transporte se realizó con la misma agilidad que si se hubiera dispuesto de caballos.

Entre tanto, y durante la semana que siguió a la llegada de estas piezas de artillería, la instrucción militar prosiguió sin pausa. El aprendizaje del manejo de los cañones no pudo ser más satisfactorio, y aquí se demostró claramente la

gran fuerza y el aguante portentoso de los montañeses. No parecían conocer el cansancio, como tampoco parecían conocer el miedo.

Al cabo de una semana de ejercicios y maniobras se alcanzó un nivel perfecto de disciplina y organización. No se practicó el tiro, pues esto habría supuesto romper el secreto. Informaciones procedentes de la frontera turca aseguraban que el sultán estaba concentrando sus tropas y que, aunque estas no se hallaban propiamente en pie de guerra, dichos movimientos entrañaban bastante peligro. Los informes de nuestros espías, aunque vagos en cuanto a la intención y alcance de los mismos, coincidían no obstante en que algo se estaba tramando. Y Turquía nunca hace algo que, de una u otra manera, no resulte dañino para nosotros. Ciertamente, el sonido del cañón, que se oye a lo lejos, les habría puesto al corriente de nuestros preparativos, con lo que su eficacia habría resultado gravemente dañada.

Una vez distribuidos todos los cañones —salvo, naturalmente, los destinados a la defensa del castillo o a quedarse almacenados aquí—, Rooke zarpó con el barco y su tripulación. El barco lo devolvería a sus propietarios, mientras que los hombres serían expedidos en el yate de guerra, de cuya tripulación formaría parte la mayoría de ellos, mientras que los restantes, cuidadosamente seleccionados por el propio Rooke, se encontraban concentrados en secreto en Kotor, listos para entrar en acción en cuanto fueran requeridos. Todos ellos eran unos tipos excelentes, y perfectamente capaces de cualquier tarea que se les pudiera encomendar. Eso me dijo al menos Rooke, de quien me fío por completo. Su experiencia como soldado raso en sus tiempos jóvenes lo convirtió en un auténtico experto en estas materias.

DIARIO DE RUPERT - CONTINUACIÓN

24 de junio de 1907

Anoche recibí de mi dama un mensaje parecido al último y entregado de manera también parecida. Pero esta vez nuestro encuentro iba a tener lugar en la explanada de la torre del homenaje.

Para no perturbar la rutina de la casa, en la hipótesis de que me viera alguno de los criados, me preparé con el mayor esmero para la aventura que me esperaba, pues, de haber sido sorprendido, tía Janet se habría enterado de seguro, lo que daría origen a interminables conjeturas y preguntas, lo último en el mundo que yo deseaba en aquel momento.

Confieso que, reflexionando mientras hacía apresuradamente los preparativos, me resultaba absolutamente imposible comprender cómo un cuerpo humano, aun cuando fuera de un muerto, pudiera ir o ser trasladado a dicho lugar sin ningún tipo de ayuda o —al menos— de complicidad por parte de alguno de sus habitantes. En la visita al mástil de la bandera las

circunstancias habían sido distintas. Ese lugar se hallaba en realidad fuera del castillo, y para llegar a él yo mismo tuve que abandonar el castillo en secreto y desde el jardín subir a las fortificaciones. Pero aquí no existía tal posibilidad. El torreón era un imperium in imperio. Se alzaba dentro del castillo, separado de él, y disponía de sus propias defensas contra posibles intrusos. El tejado era, que yo supiera, tan poco abordable como el polvorín.

Sin embargo, no dediqué más que un pensamiento fugaz a aquella dificultad, pues, ante la perspectiva del gozoso encuentro, y del maravilloso éxtasis que se seguiría, todas las dificultades parecían desvanecerse. El amor tiene su propia fe, y yo nunca dudé de que mi dama estaría esperándome en el lugar designado. Tras atravesar los pequeños corredores arqueados y subir la escalera de doble reja incrustada en el muro, salí a la explanada. Me vino bien que, por el momento, aún hubiera en el país suficiente paz para que no se necesitaran guardias ni centinelas en estos puntos estratégicos.

Allí la vi, en un rincón oscuro donde la luz de la luna y las nubes pasajeras proyectaban sombras profundas, vestida como siempre con su sudario, y al mirarla tuve la sensación —no habría sabido decir por qué—, de que la situación era más grave que nunca. Pero yo estaba suficientemente preparado para cualquier eventualidad. Yo ya había tomado la decisión. Para llevar a cabo mi propósito de conquistar a la mujer que amaba estaba dispuesto a enfrentarme a la muerte; pero después de abrazarnos durante unos breves momentos, supe que estaba dispuesto más que nunca a aceptar la muerte, o cualquier destino peor. Aquella noche se mostró conmigo más dulce y cariñosa que nunca. Por muchas dudas que hubiera podido albergar al principio de nuestra relación amorosa, o durante su continuación, ahora no me quedaba ya ninguna. Habíamos intercambiado votos y confidencias, y reconocido nuestro amor recíproco. ¿Podía entonces haber motivos para la desconfianza o la duda que el presente no pudiera eliminar? Pues, aunque hubiera habido dudas o incertidumbres, iban a desaparecer ahora en medio del ardor de nuestro abrazo recíproco. Yo estaba ahora loco por ella, y contento de estarlo. Cuando recuperó el aliento tras nuestro apasionado beso, dijo:

—He venido para advertirte que tengas más cuidado que nunca.

He de confesar que fue una auténtica puñalada para mí, que solo pensaba en el amor, descubrir que su venida se hubiera debido a algo distinto al amor, aun cuando se basara en su preocupación por mi propia seguridad. Así, no pude evitar un tono de amargura en mi voz cuando le contesté:

—Yo he venido por el amor que te profeso.

Debió intuir el sufrimiento que se ocultaba tras mis palabras, pues se apresuró a exclamar:

—Oh, querido mío, yo también he venido por el amor que te profeso. Es precisamente porque te amo por lo que estoy tan preocupada por ti. ¿Qué sería para mí el mundo —o el cielo— sin ti?

Había tanta sinceridad en su voz que la consciencia de mi brusquedad me hizo sentirme culpable. En presencia de semejante amor, el egoísmo de cualquier amante debía ceder al punto. Yo no podía expresarme con palabras, por lo que me limité a alzar su delicada mano hasta la mía y a besarla; estaba caliente, y no pude por menos de reparar, además de en su finura, en la fuerza y firmeza con que agarraba la mía. Su calor y fervor me llegaron al corazón, al cerebro, y volví a declararle mi gran amor mientras ella escuchaba completamente encendida. Cuando la pasión se hubo desahogado finalmente en toda su plenitud, tuvieron oportunidad de expresarse las emociones más tranquilas, Satisfecho de nuevo de su afecto, empecé avalorar su preocupación por mi seguridad, volviendo al tema inicial. Su insistencia particular, basada en el afecto personal, me dio motivos más firmes para el temor. En medio de los transportes amorosos yo había olvidado o no había reparado en el maravilloso poder y conocimientos que ella debía poseer para poder desplazarse de manera tan extraña. ¿Cómo es que se encontraba en aquel momento en el corazón mismo de mí propiedad? Los cerrojos, los barrotes y hasta el mismo precinto de la muerte parecían incapaces de detenerla. Con tal libertad de acción y de movimientos, que le permitía frecuentar los lugares más recónditos, ¿qué podría desconocer que los demás conocieran? ¿Cómo podría alguien ocultarle una mala intención, por nimia que fuera? Estos pensamientos, estas conjeturas, habían pasado por mi mente en momentos más bien de excitación que de reflexión, pero nunca el tiempo suficiente para cristalizarse en un convencimiento. Sin embargo, las consecuencias y las convicciones que emanaban de ellos me acompañaban permanentemente, sí bien de manera inconsciente y aunque estos mismos pensamientos tal vez se olvidaran o marchitaran antes de alcanzar la plenitud.

—¿Y tú? —le pregunté con tono serio—. ¿Qué me dices de los peligros que tú corres? —Ella sonrió, y mientras hablaba sus pequeños dientes perlados relucieron a la luz de la luna.

—No hay ningún peligro para mí. Yo estoy a salvo. Yo soy la persona más a salvo, tal vez la única persona a salvo, de todo este país. —El significado pleno de sus palabras no lo capté, creo, al instante. Me pareció que faltaba cierta base suficiente para la comprensión de semejante afirmación. No es que no confiara o creyera en ella, sino que pensaba que podría estar equivocada. Quería tranquilizarme, y por eso, en medio de mi desazón, le pregunté sin reflexionar:

—¿Por qué la persona más a salvo? ¿Cuál es tu protección? —Durante unos minutos, que me parecieron interminables, me estuvo mirando fijamente

a la cara, mientras las estrellas de sus ojos resplandecían como fuego; luego, inclinando la cabeza, levantó un pliegue de su sudario;

—Por esto.

El significado era plenamente comprensible ahora. Yo no pude hablar en aquel momento por la profunda emoción que me embargaba. Caí de rodillas y, cogiéndola entre mis brazos, la apreté contra mi pecho. Al verme tan emocionado, acarició tiernamente mis cabellos y apretó delicadamente mi cabeza contra su pecho, cual madre que quiere consolar a un niño asustado.

Ahora volvimos de nuevo a las realidades de la vida.

—Tu seguridad, tu vida y tu felicidad son las cosas que más cuentan en mi vida —susurré—, ¿cuándo me dejarás encargarme de ellas? —La sentí temblar entre mis brazos, acurrucándose aún más contra, mí. Sus brazos parecieron estremecerse de delicia al contestarme:

—¿Quieres de verdad estar siempre conmigo? Para mí sería una felicidad indescriptible. Pero ¿qué sería para ti?

Yo pensé que ella quería que le protestara de nuevo mi amor y que, a su manera femenina, me había llevado a ese trance; y así le volví a expresar la pasión que ahora me abrasaba, mientras me escuchaba ávidamente en medio de besos encendidos, Al final se produjo un silencio, un largo, larguísimo silencio mientras nuestros corazones latían al unísono y, con un susurro dulce, intenso, suave como el suspiro del viento estival, dijo:

—Sea como desees; pero, oh, amor mío, primero tendrás que afrontar una terrible prueba que va a exigir de ti un esfuerzo supremo. No me preguntes nada. No debes preguntarme nada, porque podría no contestarte, y sería muy doloroso para mí negarte cualquier cosa. Casarse con alguien como yo exige un ritual especial, que no se puede postergar, y tal vez incluso... —Yo la interrumpí apasionadamente:

—No hay ritual alguno que yo tema, mientras sea para tu bien y para tu mayor felicidad. Y si, al final, puedo llamarte mía, no hay horror en la vida o en la muerte que no esté dispuesto a arrostrar gustosamente. Amor mío, yo no te pregunto nada. Estoy contento dejándome en tus manos. Tú me aconsejarás cuando llegue el momento, y yo me sentiré satisfecho y contento con obedecer. ¡Contento! ¡Qué palabra tan pobre para expresar lo que anhelo! Yo no esquivaré nada de este mundo, o de cualquier otro, mientras ello me sirva para hacerte mía, —de nuevo su felicidad musitada fue música para mis oídos:

—¡Oh, cuánto me amas! ¡Cuánto me amas, querido mío!

Me abrazó, y permanecimos enlazados así durante unos segundos. De repente se apartó de mí, y se mantuvo completamente erguida, con una

dignidad imposible de describir ni expresar. Su voz adquirió una autoridad nueva cuando, con tono firme y solemne, dijo:

—Rupert Sent Leger, antes de dar un paso adelante, he de decirte algo, preguntarte algo, y apelo a tu honor y a tus creencias más sagradas para que me contestes con la más absoluta franqueza. ¿Crees que soy uno de esos seres desdichados que no pueden morir, sino que tienen que llevar una existencia vergonzosa entre la tierra y el mundo inferior, y cuya misión infernal es destruir, cuerpo y alma, a quienes aman hasta convertirlos en semejantes a ellos? Tú eres un caballero, y un hombre valiente. Yo sé que no tienes miedo. Dime la verdad desnuda, sea cual sea la respuesta.

Allí, a la hechizadora luz de la luna, ella me pareció poseer una dignidad imponente, más que humana. En medio de aquella luz mística, su sudario blanco parecía diáfano, y ella un espíritu del poder. ¿Qué iba yo a decir? ¿Cómo podía yo confesar a semejante criatura que en algún momento había tenido el menor asomo de duda? Yo estaba completamente convencido de que, si hablaba equivocadamente, la perdería para siempre. Me encontraba en un terrible aprieto. En semejantes casos no hay más que un terreno firme en el que apoyarse: la verdad.

Yo me sentía realmente entre la espada y la pared, pero no valía dar largas, y le contesté empujado por un deseo compulsivo de decir la verdad. Durante unos instantes fugaces sentí que el tono de mi voz era demasiado agresivo, y casi vacilé; pero al no ver asomo alguno de ira ni de indignación en el rostro de mi dama, sino más bien una ansiosa aprobación, me tranquilicé. Después de todo, a una mujer le gusta ver a su hombre fuerte, pues toda su fe en él descansa en esto.

—Te diré la verdad. Recuerda que no tengo deseo alguno de herir tus sentimientos, pero, como has apelado a mi honor, has de perdonarme si llegase a herirte. Es cierto que tuve al principio —sí, y después también, cuando reflexionaba sobre ello una vez que te habías marchado, cuando la razón venía en ayuda de la impresión— la creencia pasajera de que fueras un vampiro. Y ¿cómo podría dejar de alimentar semejante duda, inclusive ahora, pese a amarte con toda mi alma y haberte tenido entre mis brazos y besado en la boca, cuando todo parece indicar que esta es la hipótesis más probable? Recuerda que yo solo te he visto de noche, salvo aquel amargo momento en el que, en pleno mediodía en el mundo de arriba, te vi, envuelta como siempre en un sudario, inmóvil como una muerta en una tumba en la cripta de la iglesia de San Sabas... Pero olvidemos todo esto. En lo único en que yo creo es en ti. El que seas mujer o vampiro me es absolutamente indiferente. Es a ti a quien yo amo. Si resultara que tú no eres... una mujer, cosa que no puedo creer, entonces será una misión gloriosa para mí romper tus grilletes, abrir tu cárcel y devolverte la libertad, A esa misión consagro mi vida. —Durante unos

segundos permanecí callado, vibrando con la pasión que se había despertado en mí. Ella había perdido ya su arrogante distanciamiento de poco antes y se había como ablandado, como devenido de nuevo mujer. Parecía la reencarnación perfecta del antiguo tema de la estatua de Pígalión. Al final, me preguntó con una voz más suplicante que imperiosa:

—¿Y serás siempre sincero conmigo?

—Siempre, con la ayuda de Dios —contesté, creo que con la mayor convicción del mundo. En efecto, no había motivo alguno para lo contrario. Ella permaneció unos segundos completamente inmóvil, y yo empecé a saborear ya el éxtasis que experimentaría cuando volviera a estrecharla entre mis brazos.

Pero aquel momento de delicia no llegó, pues al instante se estremeció como si hubiera despertado repentinamente de un sueño y en aquel mismo momento dijo:

—Ahora, márchate. —Yo estaba convencido de la necesidad de obedecer, y di media vuelta. Mientras avanzaba hacia la puerta por la que había entrado, le pregunté:

—¿Cuándo te volveré a ver?

—¡Pronto! —fue su respuesta—. Te lo haré saber pronto, el momento y el lugar. Ahora debes irte. —Y me apartó de ella casi con un empujón.

Al pasar por la puerta baja, que cerré con cerrojo y tranca, sentí una punzada de dolor al pensar que podía haberla dejado encerrada; pero supe que no podía actuar de otra forma, pues si hubieran encontrado abierta la puerta, podrían haber surgido sospechas embarazosas. Luego me vino el pensamiento consolador de que, al igual que había alcanzado el tejado con la puerta cerrada, también podría irse del mismo modo. Era evidente que conocía algún método secreto para entrar en el castillo. La única alternativa era, en efecto, que estuviera dotada de poderes o facultades sobrenaturales que le otorgaran capacidades especiales; pero no quería abundar en estos pensamientos y, con un pequeño esfuerzo, logré ahuyentarlos.

Al volver a mi habitación cerré con cerrojo la puerta y me fui a dormir en medio de la oscuridad. No me apetecía la luz en aquel momento; no podía soportarla.

Por la mañana me desperté, algo más tarde de lo habitual, con una especie de aprensión cuyos motivos no comprendí al principio. Pero luego, con las facultades plenamente despiertas y a pleno rendimiento, me di cuenta de que temía que tía Janet viniera a verme más alarmada que nunca para ponerme al tanto de alguna nueva —y más vivida— experiencia de su segunda visión.

Pero, por extraño que parezca, no se produjo tal visita. Ya entrada la mañana, cuando, después del desayuno, dimos un paseo juntos por el jardín, le pregunté cómo había dormido, y si había tenido algún sueño. Me contestó que había dormido de un tirón y que, sí había tenido algún sueño, debía haber sido agradable, pues no recordaba absolutamente nada.

—Ya sabes, Rupert —agregó—, que, cuando hay algo malo o temible o peligroso en mis sueños, siempre lo recuerdo.

Más tarde, solo en el acantilado al otro lado de la caía, no pude por menos de reparar en la poca vis que había tenido en aquella ocasión su don de la segunda visión. En efecto, si había un momento en el que habría podido tener motivos fundados para preocuparse por mí, sin duda era aquel en el que había pedido que se casara conmigo a la dama que no conocía, la dama de cuya identidad no sabía nada —ni siquiera el nombre—, pero a la que amaba con toda mi alma y todas mis fuerzas: la dama del sudario.

He perdido la fe en la segunda visión.

DIARIO DE RUPERT - CONTINUACIÓN

1 de julio de 1907

Ha pasado otra semana. He esperado pacientemente, y por fin me veo recompensado por otra carta. Estaba preparándome para acostarme hace un rato cuando oí el mismo misterioso sonido en la puerta que en las dos últimas ocasiones. Me precipité en dirección de la puerta de cristal, y encontré allí otra carta plegada. Pero no vi rastro alguno de mi dama ni de ningún otro ser viviente. La carta, que no llevaba destinatario, decía lo siguiente:

«Si no has cambiado de idea, y no sientes ninguna aprensión, ven a mi encuentro a la iglesia de San Sabas, al otro lado de la cala, mañana por la noche a las doce menos cuarto. Si vienes, hazlo en secreto y, por supuesto, solo. No vengas si no estás preparado para una prueba terrible. Pero, si me amas, y no tienes ninguna duda ni ningún miedo, ven. ¡Ven!».

Huelga decir que anoche no pegué ojo. Traté de dormir un poco, pero fue un esfuerzo vano. No era una felicidad morbosa la que me mantenía despierto, ni la duda, ni el miedo; no podía dormir pensando en el gozo tan inmenso que experimentaría cuando llamara a mi dama mía de verdad, y solo mía. En medio de este océano de expectativa dichosa, todas las cosas menores parecían sumergidas. Hasta el sueño, que es una fuerza imperativa para mí, falló en esta ocasión, y permanecí en la cama inmóvil, tranquilo y contento.

Sin embargo, con la llegada de la mañana empezó la zozobra. No sabía qué hacer, cómo contener me, dónde encontrar alivio. Afortunadamente, esto último me llegó en la forma de Rooke, quien vino a verme poco después del

desayuno. Tenía una buena nueva para mí sobre el yate acorazado, que había permanecido anclado frente a las costas de Cattaro la noche anterior y en él se hallaba ya a bordo el contingente destinado a convertirse en su tripulación, que llevaba varios días esperando este momento. Para evitar el riesgo de atracar con semejante embarcación en algún puerto en el que pudiera ser requisado, u obstaculizado de alguna manera por cuestiones burocráticas, se había hecho a la mar antes del amanecer. A bordo del yate había un pequeño bote torpedero, destinado a ser izado sobre cubierta y permanecer guardado allí. Este último entraría en la cala a las diez de aquella misma noche, hora en que ya habría oscuridad. El yate acorazado se dirigiría luego hacia las proximidades de Otranto, donde enviaría un bote destinado a la recepción de mis eventuales mensajes. Para transmitirlos, yo utilizaría el código que habíamos pergeñado juntos, y se referirían a las instrucciones relativas a la noche y hora aproximadas en que volvería el yate a la cala.

El día se hallaba bien entrado cuando tomamos ciertas disposiciones para el futuro, y solo entonces volví a sentir la inquietud que me atormentaba. Rooke, cual sabio capitán de fragata, aprovechó lo que pudo para tomar un descanso, pues sabía que, durante un par de días y de noches al menos, no tendría ya prácticamente ninguna ocasión para dormir.

En cuanto a mí, como estoy acostumbrado a controlarme, conseguí que nadie reparara en mi zozobra interior. La llegada del bote torpedero y la partida de Rooke constituyeron para mí un saludable solaz en medio de mi inquietud. Hace una hora dije buenas noches a tía Janet y me encerré solo aquí. Mi reloj está en la mesa delante de mí, para asegurarme de salir de aquí con puntualidad. Me he dado media hora de tiempo para llegar hasta San Sabas. Mi esquife está esperando, amarrado al pie de la escollera, en la parte en que la costa zigzaguea más. Ahora mismo son las once y diez minutos. Añadiré estos pocos minutos a la media hora que tenía prevista para disponer así de mayor margen. Iré desarmado y sin linterna. Esta noche no desconfiaré de nadie ni de nada.

DIARIO DE RUPERT - CONTINUACIÓN

2 de julio de 1907

Cuando me hallé delante de la iglesia, miré el reloj a la clara luz de la luna y descubrí que me quedaba un minuto de espera. Así pues, me detuve en la sombra del portal y contemplé el paisaje que se ofrecía a mis ojos. No se veía signo alguno de vida alrededor, ni en la tierra ni en el mar. Sobre la amplia meseta en que se asienta la iglesia no se percibía movimiento alguno. El viento, que se había levantado ligero con la marea diurna, había desaparecido completamente, y no se movía ni una hoja. Mi vista alcanzaba hasta el otro lado de la cala, donde las almenas del castillo se recortaban sobre el cielo de

medianoche y el torreón sobresalía más allá de la línea de rocas negras, proporcionando al cuadro un marco de ébano en medio de las sombras. Al contemplar este paisaje en otras ocasiones anteriores, la línea de la escollera había aparecido ribeteada de espuma blanca. Pero entonces, en pleno día, el mar había sido azul zafiro; ahora era una expansión de azul oscuro, tanto que parecía casi negro. Ni siquiera tenía el alivio de alguna ola o encrespamiento; era simplemente una superficie oscura, fría, inerte, sin ningún rayo de luz procedente de algún faro o embarcación; tampoco se oía ningún sonido especial claramente perceptible, solo el distante zumbido de las mil voces de la oscuridad fundidas en un murmullo inarticulado e incesante. Me alegré de que se hubiera agotado ya mi tiempo de espera, pues de lo contrario podría haber sucumbido a una especie de melancolía profunda.

He de decir que, desde que recibiera el mensaje de mi dama en el que fijaba nuestro encuentro en San Sabas, había estado atormentado por una continua inquietud, y, aunque sin ser consciente de ella en todo momento, siempre había estado allí, cual chispa lista para provocar un incendio. Me podría haber comparado a un horno bien guarnecido, cuya función consistiera en contener, más que en crear, el calor, y cuyas paredes hubieran podido romperse en cualquier momento por la acción de una fuerza extraña, haciendo estallar su calor irresistible, incendiario. He de decir igualmente que no tenía miedo. Otras emociones entraban y salían según la ocasión; pero no era miedo. En lo más profundo de mi corazón sabía perfectamente cuál era la finalidad de aquella excursión secreta. Sabía, no solo por las palabras de mi dama, sino también por lo que mis propios sentidos y experiencias me habían enseñado, que alguna prueba terrible debía tener lugar antes de poder alcanzar la felicidad. Y para aquella prueba terrible, aunque el método o los detalles me eran desconocidos, yo estaba perfectamente preparado. Esta era una de esas ocasiones en las que un hombre ha de tomar, a ciegas, caminos que pueden conducir a la tortura o a la muerte, o a terrores desconocidos más allá. Pero un hombre —si tiene el corazón de un hombre— siempre está en condiciones de tomar tales caminos; al menos puede dar los primeros pasos, aunque luego resulte, por la debilidad de su condición mortal, que es incapaz de alcanzar su propósito o de justificar su fe en sus propios poderes. Tal, me parece, fue la actitud intelectual de las almas valientes que en otro tiempo se enfrentaron a las torturas de la Inquisición.

Pero, aunque no sintiera miedo, las dudas me atormentaban, pues la duda es uno de esos estados mentales en que nos resulta imposible ejercer cualquier tipo de control. A menudo descubrimos que no podemos dejar de dudar, y precisamente esto confirma la realidad misma de la duda. «Pues, aun cuando un hombre», dice Víctor Cousin, «dude de todo lo demás, al menos no puede dudar de que duda». En realidad, la duda de que la dama del sudario fuera un vampiro había atravesado a menudo mi mente. Muchas de las cosas que

habían sucedido parecían apuntar en esta dirección, y aquí, en el umbral mismo de lo desconocido, cuando, a través de la puerta que yo iba a abrir, mis ojos se encontraron solo con una expansión de absoluta negrura, todas aquellas dudas volvieron a agolparse en mi mente. He oído decir que, cuando un hombre se está ahogando, hay un momento en el que toda su vida pasa por delante de sus ojos en una fracción infinitesimal de segundo. Así me encontraba yo en el momento en que mi cuerpo entró en la iglesia. Repasé todo lo que había acontecido y que, de una manera u otra, parecía probar que mi dama era realmente un vampiro; todo parecía transformar la duda en convicción. Hasta los libros que había leído en la pequeña biblioteca de tía Janet, así como los comentarios de la querida mujer, unidos a sus extrañas convicciones, dejaban poco margen a la duda. El que yo hubiera tenido que ayudar a mi dama a traspasar el umbral de mi casa la primera vez que me visitó concordaba perfectamente con la tradición vampiresca; como también el hecho de que, al primer canto del gallo, hubiera salido disparada del calor que tan ansiosamente había buscado en aquel nuestro primer encuentro tan extraño; o su repentina marcha a medianoche en su segunda visita. Y en la misma categoría entraban los siguientes hechos: el que siempre portara un sudario, y el que se hubiera comprometido conmigo, y yo con ella, dándome como recuerdo un jirón de este; el que yaciera en una tumba cubierta de una tapadera de cristal; el que consiguiera acceder a los lugares más recónditos de un castillo fortificado donde cada acceso estaba bloqueado por innúmeras cerraduras y candados; o sus mismísimos movimientos, aunque todos ellos llenos de gracia, al deslizarse silenciosamente por la oscuridad de la noche.

Todas estas cosas, y otras muchas más de menor importancia, parecieron por unos instantes consolidar mi convencimiento inicial. Pero luego venían los recuerdos supremos de su abandono entre mis brazos, de nuestros apasionados besos, del latido de su corazón contra el mío, de sus dulces e intoxicantes palabras de confianza susurradas a mis oídos... ¡No! No podía aceptar la idea de que no fuera una mujer de carne y sangre, con alma y sentidos, dotada de todos los suaves y apasionados instintos que conforman una feminidad perfecta.

Y así, a pesar de todo, a pesar de mis convicciones, fijas o pasajeras, y con la mente delirando entre mil consideraciones contradictorias, penetré en la iglesia presa del más receptivo de los estados de ánimo: la duda.

Solo había una cosa sobre la que no albergaba la menor duda o incertidumbre: quería llevar a cabo lo que me había propuesto. Más aún, me sentía lo suficientemente fuerte como para tener éxito en mi intento, por terrible o espantoso que fuera lo que me tenía reservado lo desconocido.

Una vez dentro, tras haber cerrado la pesada puerta, me envolvió por completo una sensación de oscuridad y soledad en todo su horror. La gran

iglesia parecía un misterio viviente, un trasfondo terriblemente perfecto para pensamientos y recuerdos de inexpresable melancolía. Una vida aventurera como la mía enseña a aguantar mucho y a dar muestras de valor en los momentos de necesidad, pero tiene como contrapartida la abundancia de los recuerdos.

Avancé ayudándome también de las manos, y cada segundo que pasaba parecía llevarme cada vez más al interior de una oscuridad que era casi tangible. De repente, y sin que ninguna secuencia lógica de pensamientos me hubiera llevado a ello, fui consciente de todo lo que me rodeaba, cuyo conocimiento, percepción o especulación no habían penetrado nunca en mi mente. Estos mismos pensamientos saturaron la oscuridad que me envolvía con imágenes de sueño. Yo sabía que a todo mi alrededor había monumentos mortuorios, que en la cripta construida en la misma roca bajo mis pies yacían los muertos propiamente tales. Algunos de ellos tal vez —al menos uno, que yo supiera— habían franqueado los tenebrosos umbrales de lo desconocido y, por alguna agencia o poder misterioso, habían regresado a la tierra material. No hubo descanso para mi pensamiento cuando supe que el aire mismo que estaba respirando podría estar lleno de moradores del mundo de ultratumba. En aquella negrura impenetrable se ocultaba un mundo de imaginación cuyas posibilidades de horror eran infinitas.

Casi imaginé ver con mis ojos mortales a través de ese piso rocoso bajo el cual, en la solitaria cripta, yacía, en su tumba de piedra maciza y bajo aquella estupefaciente tapa de cristal, la mujer que amo. Vi su bello rostro, sus largas pestañas negras, su dulce boca —que había besado— relajada en el sueño de la muerte. Vi también el amplio sudario —del que conservaba un jirón en mi corazón, cual precioso recuerdo—, el níveo cobertor de lana adornado con un dibujo de ramitas de pino doradas, la suave concavidad del cojín sobre el que su cabeza debía reposar desde hacía tanto tiempo. Y me vi a mí mismo —mis ojos no habían olvidado aquella primera visita— viniendo de nuevo con paso contento a renovar aquella visión entrañable —entrañable aunque me quemara los ojos y desgarrara el corazón— y descubriendo en cambio la inmensa aflicción y desolación de la tumba vacía...

¡Basta! Sentí que no debía pensar más en aquello por temor a quedarme sin fuerzas precisamente cuando más necesitado de valor estaba que nunca. ¡Cuidado con la locura! La oscuridad ya encerraba en sí suficientes terrores para añadirle además unos recuerdos e imaginaciones tan tétricos... Y, sin embargo, aún tenía que superar una prueba terrible, tanto que inclusive a aquella que había traspasado varias veces el umbral de la muerte le había parecido amedrentadora...

Sentí un grato alivio cuando, mientras buscaba a tientas mi camino en medio de la oscuridad, tropecé contra un mueble de la iglesia.

Afortunadamente yo estaba agarrotado por la tensión, pues de lo contrario no habría podido controlar instintivamente, como conseguí controlar, el chillido que brotaba de mis labios.

Habría dado cualquier cosa por poder encender una simple cerilla. Un solo segundo de luz, estaba seguro, me habría hecho volver a ser quien era; pero sabía que tal cosa habría atentado contra las condiciones establecidas para el encuentro y podría haber tenido consecuencias desastrosas para aquella a quien yo había venido a salvar. Hasta podría haber frustrado mi plan y desbaratado por completo mi oportunidad. En aquel momento vi con mayor claridad que nunca que no estaba combatiendo solamente para mí o mis objetivos egoístas, que no se trataba de una simple aventura, de una lucha contra dificultades y peligros ignotos. Era un combate en nombre de aquella a quien amaba, no solo por su vida, sino tal vez también por su alma.

Y, sin embargo, aquel mismo pensamiento —o, mejor, aquella misma comprensión— me produjo una nueva forma de terror, pues en esa oscuridad tétrica y envolvente me asaltaron recuerdos de otros momentos de terrible tensión.

De salvajes ritos místicos celebrados en la profunda oscuridad de los bosques africanos, donde, entre escenas de horrores nauseabundos, Obi y otros demonios semejantes parecían revelarse a los audaces adoradores saturados de horror y cuyas vidas no cuentan para nada; en los que una vez hasta tuvo lugar un sacrificio humano, hasta el punto de que inclusive yo, espectador privilegiado —aun a riesgo de mi propia vida— llegado hasta allí a través de peligros sin fin para contemplar la escena, me alcé y salí huyendo despavorido.

De escenas de misterio representadas en templos tallados en la misma piedra más allá del Himalaya, cuyos sacerdotes fanáticos, más fríos e inmisericordes que la muerte, en reacción a su frenesí de pasión echaban espuma por la boca y luego se sumían en una quietud de mármol, como si contemplaran con ojos interiores las visiones de los poderes infernales conjurados.

De danzas salvajes y fantásticas de los adoradores del diablo de Madagascar, donde desaparecía el menor rastro de humanidad en medio de los fantásticos excesos de sus orgías.

De extraños hechos de oscuridad y misterio en los monasterios suspendidos en la roca del Tibet.

De espantosos sacrificios, todos para fines místicos, en los lugares más recónditos de Catay.

De los ritos extraños con serpientes venenosas de los hechiceros indios

zuni y mochi en la parte suroccidental de las Rocosas, más allá de las grandes llanuras.

De reuniones secretas en vastos templos del antiguo México, y junto a lúgubres altares de ciudades olvidadas en el corazón de las grandes forestas de Sudamérica.

De ritos de horror indescriptible en las profundidades de la Patagonia.

De... Aquí me detuve una vez más. Tales pensamientos no eran la preparación más adecuada para lo que me esperaba. Aquella noche yo obraba impulsado por el amor, la esperanza, la entrega a la mujer que más amaba en el mundo, cuyo futuro yo quería compartir, aunque ello me condujera al infierno o al cielo. La mano que acometía aquella empresa no debía temblar.

Sin embargo, he de confesar que aquellos horribles recuerdos jugaron un papel positivo en mi preparación para la terrible prueba. Eran todos acontecimientos que había visto, de los que había sido partícipe, al menos en parte, y a los que había sobrevivido. Tras haber vivido aquellas experiencias, ¿podía el destino tenerme reservado algo más espantoso aún...?

Y si la inminente y terrible prueba era de índole sobrenatural o sobrehumana, ¿podría superar en horror a los actos más abyectos y desesperados de los hombres más abyectos?

Con renovado valor seguí abriéndome paso a tientas, hasta que mi sentido del tacto me dijo que me encontraba en el trascoro tras el cual se esconde la escalera que baja a la cripta.

Allí esperé mudo, inmóvil.

Yo ya había cumplido con mi papel; que yo supiera, todo lo que viniera después no dependía ya de mí. Yo había hecho lo que había podido; el resto debía incumbir a los demás. Había obedecido exactamente las instrucciones recibidas, había cumplido mi promesa en la medida en que mi capacidad y mi conocimiento me lo habían permitido. Así pues, no me quedaba por el momento más que esperar.

Es una peculiaridad de la oscuridad absoluta el crear su propia reacción. El ojo, cansado de la negrura, empieza a imaginar formas de luz. Yo no sabría decir hasta qué punto esto es producto de la imaginación pura y simple. Tal vez los nervios posean sentidos propios que encauzan el pensamiento hacia el depósito común de todas las funciones humanas; pero, sea cual sea el mecanismo o el objetivo, la oscuridad parece poblarse de entes luminosos.

Así ocurrió en mi caso mientras permanecía solo en medio de la iglesia oscura y silenciosa; aquí y allí parecían centellear minúsculos puntos de luz.

Del mismo modo, el silencio empezó a romperse de cuando en cuando por

extraños sonidos ahogados; más una sugerencia de sonidos que vibraciones reales. Estos fueron al principio de escasa entidad: frufús, crujidos, ligeros movimientos, respiraciones muy débiles. Apenas me hube recuperado del trance cuasi hipnótico al que me habían reducido la oscuridad y la quietud, miré a mi alrededor asombrado.

Los fantasmas de luz y sonido parecían haberse tornado reales, y se veían efectivamente aquí y allá verdaderos vislumbres luminosos, no suficientemente intensos para iluminar los detalles de la iglesia, pero sí para aliviar la oscuridad ambiente. Aunque tal vez se tratara de una mezcla de recuerdos e imaginaciones, creí distinguir la planta de la iglesia, y ciertamente el gran retablo del altar me resultaba ya vagamente visible. Instintivamente, miré hacia arriba, y me estremecí; justo encima de mí pendía una gran cruz griega, contorneada por varios puntitos luminosos.

El estupor se apoderó de mí, y permanecí inmóvil, en una actitud puramente receptiva, remiso a hacer cualquier cosa, preparado para lo que pudiera sobrevenir, con una disposición más negativa que positiva, que teñía algo de mansedumbre espiritual. Este es el verdadero espíritu del neófito, y, aunque no se me ocurrió en aquel momento, la actitud adecuada para un nuevo adepto, tal y como lo pide la Iglesia, en cuyo templo me hallaba.

Conforme la luz parecía aumentar algo en potencia, aunque nunca lo suficientemente como para ver con claridad, percibí borrosamente ante mí una mesa en la que descansaba un gran libro abierto, en el cual había dos anillos, uno de plata y otro de oro, y dos coronas de flores cuyos tallos estaban atados con hilo, uno de oro y otro de plata. Yo no entiendo mucho de los ritos de la antigua iglesia griega, que es la religión de las Montañas Azules, pero los objetos que tenía ante mí eran símbolos bastante claros. Instintivamente supe que había sido guiado hasta allí para que —aunque en aquel escenario tan espectral— se celebrara mi casamiento. Aquella idea me llegó por sí sola a lo más hondo del corazón. Pensé que lo mejor que podía hacer era permanecer completamente pasivo, y no mostrar ninguna sorpresa ante nada que pudiera suceder; pero todos mis sentidos estaban bien despiertos y alertas.

Miré ansiosamente en todas direcciones, pero no vi señal alguna de aquella a la que había venido a ver.

Observé, empero, de manera completamente casual, que en la iluminación de la iglesia no había llamas ni luces «vivas», sino una claridad amortiguada, como proveniente de las transparencias de una piedra verde. El efecto general era terriblemente extraño y desconcertante.

De repente, de la oscuridad surgió una mano que se alargó para coger la mía. Me volví y vi cerca de mí a un hombre muy alto con luengos cabellos negros, barba y relucientes ojos oscuros. Iba vestido con una fastuosa túnica

bordada en oro y profusamente adornada. Estaba tocado con un sombrero alto decorado, al que iba prendido un chal negro, cuyos extremos caían como un velo largo a cada lado de su magnífica vestimenta dorada, produciendo un efecto de extraordinaria solemnidad.

Me rendí a esta mano que me guiaba y al punto me encontré, por lo que pude ver, en un extremo del tabernáculo.

En el suelo, junto a mis pies, se abría un agujero sobre el que pendía una cadena, fijada en un punto tan alto que en la incierta luz no pude divisarlo. Al ver esto, se produjo en mi memoria una extraña asociación de recuerdos. No pude por menos de recordar la cadena que pendía sobre la tumba con tapa de cristal de la cripta, y tuve la sensación instintiva de que aquella lúgubre abertura no era sino el otro lado del agujero en el techo de la cripta de donde pendía la cadena sobre el sarcófago.

Se oyó un ruido: el crujir de un cabrestante y el estridor de una cadena. Noté una respiración pesada no lejos de mí. Yo estaba tan atento a lo que estaba ocurriendo que no vi cómo, una tras otra, pareciendo brotar de la oscuridad envolvente, iban saliendo varias figuras negras con sayos monacales en medio de un silencio sepulcral. Sus rostros iban tapados por cogullas negras provistas de agujeros a través de los cuales se distinguía el brillo de relucientes ojos negros. Mi guía me cogió con fuerza la mano. Esto me dio una sensación de seguridad en el tacto que me ayudó a conservar dentro de mi pecho un mínimo de calma.

El crujir del cabrestante y el estridor de la cadena prosiguieron durante tanto tiempo que el suspense se hizo casi insoportable. Por fin se hizo visible una anilla de hierro, de la cual pendían cuatro cadenas menores. Unos segundos después pude ver que estas estaban fijadas a los extremos del gran sepulcro de piedra con tapadera de cristal, que estaba siendo izado. Al subir, llenó prácticamente toda la abertura. Cuando su base hubo alcanzado el nivel del piso, se detuvo y permaneció inmóvil. No había espacio para la menor oscilación. Al punto fue rodeado por varias figuras negras, que levantaron el cristal que lo cubría y lo llevaron a la oscuridad. Luego avanzó un hombre muy alto, con barba negra y con el mismo tocado que mi guía, si bien dispuesto en tres capas. También iba suntuosamente ataviado con una túnica ondulante de tejido dorado ricamente bordada. Levantó la mano y al punto otras ocho figuras vestidas de negro dieron un paso adelante e, inclinándose sobre el ataúd de piedra, sacaron de él la forma rígida de mi dama, aún vestida con su sudario, y la colocaron con cuidado sobre el piso del santuario.

Fue para mí una bendición que, en aquel instante, las luces ya inciertas se debilitaran y finalmente desaparecieran, todas menos los puntitos que marcaban el contorno de la gran cruz colgada de lo alto. Estos solo daban

suficiente claridad para acentuar aún más la penumbra. La mano que sujetaba la mía soltó ahora su presa y, con un suspiro, me percaté de que estaba solo. Se oyó de nuevo el crujir del cabrestante y el estridor de la cadena, y luego el sonido sordo de un choque de piedras; después, silencio de nuevo. Agucé el oído, pero no oí cerca de mí el menor sonido. Hasta las cautas y contenidas respiraciones de mi alrededor, de las que había sido consciente hasta entonces, habían cesado. Terriblemente vulnerable en mi ignorancia, sin saber qué hacer, abrumado por una emoción que en aquel momento no lograba entender, lentamente me arrodillé e incliné la cabeza. Cubriéndome la cara con las manos, traté de recordar las oraciones de mi juventud. No es que tuviera miedo —de eso puedo dar plena fe—, ni que vacilara o flaqueara en mi resolución. Eso lo sé ahora y lo supe incluso entonces. Fue, me parece, que aquel prolongado y melancólico ambiente de misterio y oscuridad me había tocado finalmente en lo más profundo y que el ponerme de rodillas no fue sino una representación simbólica del espíritu que se inclinaba ante un poder superior. Al darme cuenta de ello, advertí una satisfacción que no había experimentado desde que penetrara en la iglesia y, con renovado valor, aparté las manos de mi rostro y levanté de nuevo la cabeza.

Impulsivamente, me incorporé y erguí al máximo, expectante. Todo parecía haber cambiado desde el momento en que había caído de rodillas. Los puntitos de luz alrededor de la iglesia, poco antes eclipsados, habían vuelto de nuevo y lucían con mayor intensidad, iluminando, si bien parcialmente, el espacio que me circundaba. Ante mí se hallaba la mesa con el libro abierto, sobre el cual se encontraban los anillos de oro y de plata y las dos coronas de flores. También había dos velas altas, con minúsculas llamas azules, la única luz viva que se podía ver.

De la oscuridad surgió la misma figura alta de antes suntuosamente ataviada. Traía de la mano a mi dama, aún vestida con su sudario; pero de la corona que llevaba en cabeza caía un velo de encaje muy antiguo de extraordinaria belleza. Pese a la tenue luz pude percibir la exquisita factura del tejido. El velo estaba sujeto con un manojo de pequeñas ramitas de azahar, ciprés y laurel, una combinación un tanto extraña, y en la mano llevaba un ramo igual. Su olor agradable pero intoxicante penetró por mis fosas nasales. Esto, y los sentimientos que su presencia evocaba, me hicieron estremecerme.

Obedeciendo a la mano que la dirigía, mi dama se colocó a mi izquierda, delante de la mesa, mientras su guía se situaba detrás de ella. A cada lado de la mesa, a nuestra derecha e izquierda, se hallaba un sacerdote de luengas barbas vestido con una túnica espléndida y tocado con un birrete del que pendían velos negros. Uno de ellos, que parecía ser el más importante de los dos, y llevaba la iniciativa, nos hizo una seña para que pusiéramos nuestras manos derechas sobre el libro abierto. Mi dama, que naturalmente conocía el ritual y

las palabras que el sacerdote estaba pronunciando, extendió la mano, mientras mi guía hacía reposar también la mía. Sentí un estremecimiento al tocar la mano de mi dama, y en aquellas condiciones tan misteriosas.

El sacerdote nos hizo tres veces en la frente la señal de la cruz, y luego nos entregó a cada uno un minúsculo cirio encendido, que le habían traído expresamente. Me alegré de esta nueva fuente de luz, no tanto por el alivio — sin duda importante— que me procuró como porque nos permitía ver nuestras caras un poco mejor. Fue una delicia para mí contemplar el rostro de mi novia; por su expresión supe que ella sabía lo que yo estaba experimentando. Sentí un placer inexpresable cuando, al posarse sus ojos sobre mí, afloró un débil sonrojo en medio de la palidez gris de sus mejillas.

El sacerdote se dirigió con voz solemne a cada uno, empezando por mí, y formuló las preguntas de asentimiento habituales en tales ceremonias. Yo contesté lo mejor que pude, siguiendo las palabras murmuradas por mi guía. Mi dama contestó con orgullo, en un tono que, aunque suave, pareció vibrante. Fue un motivo de preocupación para mí —o, mejor, de dolor— no poder, en el interrogatorio del sacerdote, captar su nombre, del que, por extraño que parezca, no tenía la más remota idea. Como no conozco la lengua, y las frases no se correspondían literalmente con nuestro ritual, no pude distinguir cuál de estas palabras era su nombre.

Tras algunas oraciones y bendiciones, rítmicamente recitadas o cantadas por un coro invisible, el sacerdote recogió los anillos del libro abierto y, tras persignarme tres veces en la frente con el anillo de oro mientras él repetía la bendición en cada caso, lo colocó en mi mano derecha; luego dio a mi dama el de plata, con el mismo ritual repetido tres veces. Supongo que fue aquella bendición la que constituyó el punto culminante de la ceremonia de convertir a dos en uno.

Después, los que se hallaban detrás de nosotros intercambiaron nuestros anillos tres veces, quitándolos de un dedo y enfilándolos en el otro, de manera que al final mi mujer llevó el de oro y yo el de plata.

Finalmente se entonó una salmodia, durante la cual, mientras mi esposa y yo sosteníamos nuestros cirios, el sacerdote agitó varias veces el incensario. Después de esto, nos bendijo, y a sus bendiciones respondieron las voces de los cantores invisibles en la oscuridad.

Tras una larga secuencia de preces y bendiciones, cada una recitada tres veces, el sacerdote tomó las coronas de flores y nos las colocó sobre la cabeza, coronando la mía primero con la adornada de hilo de oro. Luego nos persignó y bendijo tres veces a cada uno. Los guías, que permanecían detrás de nosotros, intercambiaron nuestras coronas tres veces, como habían hecho anteriormente con los anillos, de manera que al final, como me alegró

comprobar, mi esposa se quedó con la corona de oro, y yo con la de plata.

Luego sobrevino, aunque es difícil describirla, una calma absoluta, como para preparar una celebración aún más solemne. Así pues, no me sorprendí cuando los sacerdotes tomaron en sus manos el gran cáliz de oro. Arrodillados, mi esposa y yo bebimos de él tres veces.

Levantados de nuevo, y transcurridos unos minutos más, el sacerdote tomó mi mano izquierda con su derecha, y yo, por indicación de mi guía, di mi mano derecha a mi esposa. Y así, en fila, encabezados por el sacerdote, dimos la vuelta a la mesa en una especie de danza rítmica. Los que nos habían ayudado avanzaban detrás de nosotros, sosteniendo las coronas sobre nuestras cabezas, y sustituyéndolas cada vez que nos deteníamos.

Después de un himno, cantado en medio de la oscuridad, el sacerdote retiró nuestras coronas. Esto fue, evidentemente, la conclusión del ritual, pues el sacerdote nos invitó a abrazarnos, y ya marido y mujer, nos bendijo.

Unas luces se apagaron de golpe, y otras se fueron desvaneciendo lentamente, de modo que a los pocos segundos nos encontramos de nuevo en la oscuridad.

Solos en la oscuridad, mi mujer y yo nos abrazamos de nuevo, y durante unos momentos permanecemos juntos, enlazados, mientras nos besábamos ardientemente.

Instintivamente volvimos a la puerta de la iglesia, que estaba ligeramente abierta, para ver la luz de la luna que asomaba por la rendija, y a paso igual, apoyándose ella en mi brazo izquierdo —el que corresponde a la esposa—, atravesamos la vieja iglesia y salimos al aire libre.

A pesar de todo lo que la oscuridad me había regalado, fue un alivio estar al aire libre y juntos, sin contar con la nueva relación que existía ahora entre nosotros. La luna relucía en lo alto, y, tras la penumbra u oscuridad de la iglesia, aquel plenilunio me pareció tan brillante como el pleno día. Por primera vez pude ver ahora el rostro de mi esposa adecuadamente. El resplandor de la luna podría haber contribuido a resaltar su etérea belleza, pero ni la luna ni el sol podían hacer justicia a aquella belleza en su vivido esplendor humano. Mientras me deleitaba en sus ojos estrellados, no pude pensar en ninguna otra cosa; pero cuando mis ojos se fijaron un momento, con fines de protección, en su figura entera, mi corazón experimentó una punzada de dolor. Como el brillante claro de luna ponía al descubierto todos los detalles con perfecta claridad, pude ver que solo llevaba su sudario. En el momento de oscuridad que siguió a la última bendición, antes de que volviera a mis brazos, debió de quitarse el velo nupcial. Sin duda esto concordaba con el ritual establecido de su iglesia; pero, a pesar de todo, mi corazón estaba dolorido. El

gozo de llamarla solo mía quedó algo oscurecido por el hecho de que no llevara ya el adorno nupcial; aunque eso no alteró la dulzura que mostraba conmigo. Avanzamos juntos por la senda del bosque, ella adecuando su paso al mío, como buena esposa.

Cuando hubimos avanzado por el bosque lo suficiente para ver el tejado del castillo, ahora dorado a la luz de la luna, ella se detuvo y, mirándome con ojos hinchados de amor, me dijo:

—¡Aquí debo dejarte!

—¡Cómo! —Estaba estupefacto, y sentí que mi voz expresaba todo mi desencanto, desilusión y sorpresa.

—¡Ay, así es! —agregó rápidamente—. Por el momento no puedo seguir más allá.

—Pero ¿qué puede impedirte? —pregunté—. Ahora eres mi esposa. Esta es nuestra noche de boda, y tu lugar no puede estar en otro sitio que conmigo. —El quejido de su voz al contestarme me llegó a lo más hondo:

—Oh, lo sé, lo sé. No hay deseo más querido en mi corazón —no podría haberlo— que compartir la casa de mi marido. Oh, amor mío, si supieras lo que sería para mí estar contigo siempre... Pero la verdad es que no puedo... todavía. No soy libre. Si supieras lo que me ha costado lo que ha tenido lugar esta noche... ¡Ah! Cuánto me costará todavía a mí y a otros... Debes comprenderlo, Rupert. —Era la primera vez que se dirigía a mí por mi nombre, lo que naturalmente me llegó al alma—. Rupert, marido mío, yo confío en ti con esa fe absoluta que nace del amor perfecto; nuestro amor recíproco me ha dado valor para hacer lo que he hecho esta noche. Oh, amor mío, yo sé que tú sabrás comprender; sé que el honor de tu esposa es tu honor, lo mismo que el tuyo es también el mío. Mi honor depende de esto; y tú puedes ayudarme —la única ayuda que puedo recibir por el momento— confiando en mí. Sé paciente, amor mío, sé paciente. Oh, sé paciente un poquito más. No será por mucho tiempo. Tan pronto como mi alma quede liberada regresaré a ti, marido mío; y no volveremos a separarnos nunca más. Conténtate con esto durante un período de tiempo. Créeme cuando te digo que te amo con toda mi alma y que el estar lejos de ti me resulta más amargo a mí que a ti. Piensa, amor mío, que yo no soy como las demás mujeres, como un día podrás comprender plenamente. Por el momento, un momento que durará todavía cierto tiempo, estoy ligada por obligaciones y deberes que otros han establecido para mí, y que yo he prometido solemnemente cumplir. Esto me impide actuar como a mí me gustaría. Oh, confía en mí, amado mío, esposo mío...

Extendió las manos de forma suplicante. El claro de luna que caía por la

espesa foresta ponía de relieve su blanco atuendo. Entonces, el recuerdo de todo lo que ella debía haber padecido —la espantosa soledad en aquella tétrica tumba de la cripta, la desesperante agonía de quien se siente indefenso ante lo desconocido— me inundó de compasión. ¿Qué podía hacer yo sino ahorrarle ulteriores penalidades? Y esto solo podía hacerlo mostrándole mi fe y confianza. Si ella tenía que volver a aquel terrible osario, al menos que se llevara con ella el recuerdo de que alguien que la amaba y a quien amaba — con quien acababa de unirse en el misterio del matrimonio— confiaba en ella plenamente. Yo la amaba más que a mí mismo, más que a mí propia alma; y me embargó una compasión tan grande que desintegró cualquier posible resto de egoísmo. Incliné mi cabeza delante de ella —mi dama y mi esposa— y le dije:

—Sea como tú dices, amor mío. Confío en ti plenamente, lo mismo que tú confías en mí. Esto ha quedado probado esta noche, incluso para mi corazón dubitativo. Esperaré pacientemente todo lo que sea. Pero, hasta que vengas a mí definitivamente, permíteme que te vea o sepa de ti en cuanto te sea posible. Querida esposa, las horas se me harán eternas pensando en que tú estás sufriendo lejos de mí. Sé, pues, buena conmigo y no permitas que pase mucho tiempo entre mis atisbos de esperanza. ¡Oh, dulce amada mía, cuando vengas a mí, que sea para siempre!

Hubo algo en la entonación de la última frase —yo mismo sentí su especial sinceridad—, el soterrado anhelo de una promesa, que hizo que sus bellos ojos se inundaran de lágrimas. Las gloriosas estrellas contenidas en ellos se nublaron al contestarme con un fervor que me pareció más que terrenal:

—¡Para siempre! ¡Lo juro!

Con un largo beso y un último abrazo que me dejaron turbado durante un largo rato después de perdernos de vista, nos separamos. Yo me quedé viendo cómo su blanca figura se iba deslizando por la creciente oscuridad y se iba desvaneciendo conforme el bosque se tornaba más espeso. Ciertamente no fue ninguna ilusión óptica ni fantasma de la mente cuando vi su brazo envuelto en el sudario levantarse a modo de bendición o despedida antes de ser engullida por la oscuridad.

LIBRO VI

LA PERSECUCIÓN EN EL BOSQUE

DIARIO DE RUPERT - CONTINUACIÓN

3 de julio de 1907

El mejor calmante para el dolor del corazón es el trabajo; y mi dolor es solo de corazón. A veces me pregunto cómo, con tantas cosas para hacerme feliz, no puedo conocer la felicidad. ¿Cómo podría yo ser feliz cuando mi esposa, a la que amo profundamente y que sé que me ama, está sufriendo en medio de un horror y una soledad que casi superan toda comprensión humana? Sin embargo, lo que es pérdida para mí es ganancia para mi país, pues el país de las Montañas Azules es ahora mi país, pese a seguir yo siendo todavía súbdito del rey Eduardo. Tío Roger se preocupó de esto al decir que yo debía contar con el consentimiento del Privy Council para poder ser súbdito de cualquier otro país.

Al volver a casa ayer por la mañana, naturalmente no pude dormir. Los acontecimientos de la noche y el amargo desencanto que siguió a mi enorme alegría hacen imposible semejante cosa. Cuando eché la cortina de la ventana, el reflejo del sol naciente estaba empezando a teñir las nubes que corrían altas delante de mí. Me tendí y traté de descansar, pero sin conseguirlo. Sin embargo, me propuse permanecer tendido, y al fin, aunque no consiguiera dormir, al menos sí pude descansar un poco.

Sobresaltado por un golpecito en la puerta, me levanté inmediatamente y me puse la bata. Fuera, al abrir la puerta, estaba tía Janet. Sostenía una vela encendida en la mano, pues aunque se estaba haciendo de día, los pasillos permanecían oscuros. Al verme pareció respirar más fácilmente y me preguntó si podía entrar.

Ya sentada al borde de mi cama, como en los viejos tiempos, me dijo en voz baja:

—Oh, mozuelo, mozuelo. Espero que tu carga no sea demasiado pesada.

—¡Mi carga! ¿Qué diablos quieres decir, tía Janet? —repuse parafraseándola. No quería que me delatara ninguna respuesta concreta, pues era evidente que ella había tenido de nuevo algún sueño o segunda visión. Me contestó con la seriedad habitual en ella cuando abordaba asuntos esotéricos:

—He visto que tu corazón estaba sangrando, mozuelo. Estoy convencida de que era el tuyo, aunque no sabría decirte en qué se funda mi convencimiento. Yacía sobre un piso de piedra en la oscuridad, salvo la fantasmagórica luz azul de la morada de los muertos. Sobre él había un gran libro, y cerca había desparramadas muchas cosas extrañas, entre ellas dos coronas de flores, una atada con hilo de plata, y la otra con hilo de oro. También había una copa de oro, parecida a un cáliz, volcada. El vino tinto brotaba de ella mezclado con la sangre de tu corazón, pues, sobre el libro grande, había una especie de peso borroso envuelto en negro, y sobre él muchos hombres a su vez, todos vestidos de negro. Y al dejarse caer los hombres sobre tu corazón, la sangre brotó de nuevo. Oh, y tu pobre corazón,

mozuelo, seguía vivito y coleando, de manera que cada latido hacía levantarse el peso negro... Pero esto no lo era todo, pues muy cerca se hallaba la imperial figura, muy alta, de una mujer, toda ella vestida de blanco, con un gran velo de encaje finísimo que le colgaba sobre el sudario. Era más blanca que la nieve, y más hermosa que la mañana, aunque era morena, con el pelo como un cuervo, y los ojos más negros que el mar por la noche, y contenía estrellas en ellos. Y a cada latido de tu pobre corazón sangrante ella retorció sus manos blancas, y el «gemido» de su dulce voz partía en dos mi corazón. Oh, mozuelo, ¿qué puede significar todo esto?

—La verdad es que no tengo la menor idea, tía Janet —acerté a contestar—. Supongo que todo eso lo has soñado.

—Sí, ha sido un sueño, o una visión, querido sobrino. Son como avisos que nos envía Dios...

Con un tono de voz diferente, me sorprendió luego con esta pregunta:

—Mozuelo, ¿acaso te has hecho culpable de algo con alguna mujer? No es que yo te eche nada en cara, pues los hombres sois distintos a las mujeres, y vuestra opinión de lo bueno y lo malo difiere de la nuestra. Pero, oh, mozuelo, las lágrimas de una mujer se vierten con facilidad cuando su corazón queda herido por palabras duras. Esto es una carga muy pesada de llevar para el hombre, y a menudo causa a otros un sufrimiento que él desearía evitar. —Hizo una pausa y, en medio de un silencio agobiante, esperó a que yo hablara. Yo creí más oportuno tranquilizar su pobre y sensible corazón, y, como no podía divulgar mi secreto, le hablé en términos vagos:

—Querida tía Janet, yo soy un hombre, y siempre he llevado la vida de un hombre, como debe ser. Pero puedo decirte a ti, que siempre me has amado y me has enseñado a ser sincero, que en el mundo entero no hay una sola mujer que deba llorar por culpa de un engaño mío. Si hay alguna mujer que, dormida o despierta, en visiones o en la realidad, llore por causa mía, ciertamente no será por una acción mía, sino por algo ajeno a mí. Puede ser que su corazón sufra porque yo tenga que sufrir —como todos los hombres tienen que sufrir en cierto grado—, pero no llorará por ningún acto mío.

Suspiró aliviada mientras me miraba entre lágrimas, pues estaba muy emocionada; y, tras besar tiernamente mi frente y darme su bendición, me dejó. Se mostró más dulce y tierna de lo que podría describir, y mi único pesar respecto a todo lo ocurrido es no haber podido presentarle a mi esposa y hacerla partícipe del amor que me profesa. Pero esto ya vendrá en su debido momento, ¡quiera Dios que sea pronto!

Por la mañana envié un mensaje codificado a Rooke, que se hallaba en Otranto, para que estuviera con el yate acorazado en Vissarion para la noche.

Todo el día lo pasé visitando montañeses, formándolos y revisando sus armas. No podía estar parado. Mi única posibilidad de paz pasaba por el trabajo, y mi única posibilidad de sueño por la fatiga hasta el agotamiento. Por desgracia, soy muy fuerte, de manera que, al volver a casa por la noche, aún estaba fresco. Pero encontré un telegrama de Rooke comunicándome que el yate acorazado llegaría a medianoche.

No hay ninguna necesidad de convocar a los montañeses, ya que los hombres del castillo se bastan por sí solos para hacer los preparativos necesarios para la llegada del yate acorazado.

Más tarde

El yate acorazado ya ha llegado. A las once y media el vigía señaló la presencia de un vapor que estaba haciendo su entrada en la cala con las luces apagadas. Yo corrí al mástil de la bandera y vi la embarcación: avanzaba como un fantasma. Está pintada de color azul-gris metálico, y resulta casi imposible percibirla desde cierta distancia. Ciertamente es una maravilla. Aunque las vibraciones de las máquinas ni siquiera eran suficientes para alterar la absoluta tranquilidad del mar, entró a una buena velocidad, y en el espacio de unos minutos se acercó a la barrera flotante. Apenas tuve tiempo para bajar y ordenar que retiraran la barrera antes de que la embarcación entrara en el puerto, por lo que esta tuvo que pararse en seco. Rooke, que iba al timón, dice que nunca ha estado en una embarcación que responda a sus órdenes tan bien y tan rápido. Ciertamente, repito, es una maravilla, y, por lo que he podido ver en medio de la noche, es perfecta en todos los aspectos. Me he prometido pasar unas cuantas horas de placer a bordo durante el día. También la tripulación parece competente.

No tengo ganas de dormir y mucho me temo que esta noche no logre ya conciliar el sueño. Pero el trabajo exige que esté en forma para lo que pueda ocurrir; así que trataré de dormir, o, al menos, de descansar un poco.

DIARIO DE RUPERT - CONTINUACIÓN

4 de julio de 1907

Me levanté con los primeros rayos del sol, de modo que, una vez que me hube bañado y vestido, había ya luz de sobra. Bajé al puerto sin mayor dilación y pasé la mañana examinando la embarcación acorazada, que, puedo asegurarlo, justifica con creces el entusiasmo de Rooke. Está construida con líneas preciosas, y no me extraña nada que pueda alcanzar grandes velocidades. Su perfecto blindaje lo adivino por el libro de especificaciones, pero su armamento es realmente maravilloso. Y no solo puede presumir de los más recientes adelantos en el plano de la guerra de agresión —ahí están para probarlo los torpedos y lanzatorpedos—, sino también de cañones a la vieja

usanza, que en ciertas ocasiones son utilísimos. Dispone igualmente de cañones eléctricos y de los novísimos cañones acuáticos Massillon, así como de lanzadores electroneumáticos Reinhardt para obuses de piroxilina. Está equipada incluso con globos de guerra expansibles, y con aeroplanos Kitson comprimibles. No creo que haya ninguna embarcación semejante en el mundo entero.

La tripulación está a la altura de lo anteriormente dicho. No sé de dónde puede haber sacado Rooke unos tipos tan estupendos, Casi todos han trabajado anteriormente en buques de guerra. Son de varias nacionalidades, aunque en su mayor parte británicos. Son mayoritariamente jóvenes —los más viejos no llegan aún a los cuarenta— y, por lo que he podido saber, todos ellos están especializados en algún aspecto bélico. Aunque me cueste trabajo conseguirlo, trataré de mantenerlos juntos.

No sé cómo pude superar el resto de la jornada. Procuré no dar pie a problemas de índole familiar por miedo a que tía Janet, tras su espeluznante sueño o visión de la noche anterior, pudiera atribuirle un nuevo y particular significado. Creo que lo logré, pues, como pude comprobar, no reparó especialmente en mí. Nos despedimos como de costumbre a las diez y media, y volví aquí para actualizar mi diario. Esta noche estoy más inquieto que nunca, lo cual no es de extrañar. Daría lo que fuera por poder hacer una visita a San Sabas y volver a ver a mi esposa, aunque solo fuera para verla dormida en su tumba. Pero no me atrevo a hacerlo, por miedo a que venga a verme aquí y no me encuentre. Así que he hecho lo único que podía. La puerta de cristal que da a la terraza está abierta para que pueda entrar sin llamar en caso de que venga. El fuego está encendido y la habitación calentada. Hay comida preparada en caso de que le apetezca tomar algo. La habitación está abundantemente iluminada, y no he corrido del todo la cortina para que la luz pueda guiarla.

¡Oh, qué larga se me hace la espera! El reloj ha dado la medianoche. La una, las dos... ¡Menos mal que pronto amanecerá y empezará de nuevo el trajín cotidiano! El trabajo puede convertirse otra vez en un alivio para mis males. Entretanto, debo seguir escribiendo para mantener a raya la desesperanza.

En un determinado momento de la noche creí oír ruido de pasos fuera. Me precipité hacia la ventana y miré al exterior, pero no se veía ni oía nada. Debí de ser hacia la una y media. No me atreví a salir al jardín por miedo a alarmla, y decidí volver a mi mesa. No podía escribir, pero permanecí sentado un rato como si estuviera escribiendo. Como no aguantaba más, me levanté y me puse a pasear por la habitación. Tenía la sensación de que mi dama —me resulta doloroso pensar que aún no conozco su nombre— no estaba lejos de mí, y el pensar que tal vez iba a asomar de un momento a otro

hizo que mi corazón latiera con mayor fuerza. ¡Por qué no tendría yo también el don de la segunda visión, igual que tía Janet! Me dirigí hacia la ventana y, desde detrás de la cortina, agucé el oído. Creí oír un grito a lo lejos y salí precipitadamente a la terraza; pero no se oía el menor sonido ni había el menor rastro de ser viviente por ninguna parte, por lo que supuse que el grito procedía de un ave nocturna; así, volví a mi habitación y, más calmado, reanudé mi diario. Creo que voy a sufrir un ataque de nervios, pues me parece como si cada sonido nocturno encerrara algún significado especial para mí.

DIARIO DE RUPERT - CONTINUACIÓN

7 de julio de 1907

Al alba, perdida ya toda esperanza de que acudiera mi dama, decidí ir a San Sabas tan pronto como pudiera salir del castillo sin despertar la sospecha de tía Janet. Yo siempre desayuno fuerte y, si no lo hubiera hecho también esta mañana, de seguro que habría suscitado su curiosidad, lo cual era lo último que yo deseaba en aquel momento. Como aún disponía de bastante tiempo, me eché sobre la cama tal y como estaba y —caprichos del destino— caí dormido al punto.

Me despertaron unos tremendos golpes en la puerta. Fui a abrirla y encontré a un pequeño grupo de criados pidiendo mil excusas por haberme despertado sin permiso expreso para hacerlo. El jefe del grupo me explicó que el vladika había enviado a un joven sacerdote con un mensaje tan urgente que este insistía en verme inmediatamente y a toda costa. Yo salí al punto y lo encontré en el vestíbulo del castillo, delante de la gran chimenea, que siempre estaba encendida por la mañana. Tenía una carta en la mano; pero, antes de entregármela, dijo:

—Me envía el vladika (el mismo, me recordó, que había hablado en la reunión para conminar a los montañeses a que no dispararan sus fusiles), quien ha insistido para que os vea lo antes posible, pues el tiempo es más que nunca oro en este trance particular. Entre otras cosas, esta carta sirve para acreditarme. Pues bien; ha ocurrido una terrible desgracia: anoche desapareció la hija de nuestro jefe. No se encuentra rastro alguno de ella, y se cree que la han secuestrado los emisarios del sultán de Turquía, quien en otro tiempo puso a nuestra nación al borde de la guerra al pretenderla como esposa. También he de decir que el vladika Plamenac quería venir en persona, pero que ha debido ir inmediatamente a consultar al arzobispo Esteban Paleólogo sobre qué medidas tomar en este momento tan aciago. Ha mandado salir hacia aquí a una escuadra de exploradores al mando del archimandrita de Spazac, Petrof Vlastimir, y dado que aquí en el castillo disponéis de un eficiente sistema de señalización y podéis difundir más rápidamente las noticias, en caso de alguna novedad será a vos a quien se dirija. Él sabe que vos, el hospodar, sois en lo

más hondo de vuestro gran corazón uno de los nuestros y que ya habéis demostrado vuestra amistad reforzando nuestros efectivos con vistas a la guerra. Y, como gran compatriota que sois, os pide ayuda en este momento tan aciago.

Luego me entregó la carta y permaneció en respetuoso silencio mientras yo rompía el sello y la leía. Estaba escrita a vuela pluma y firmada por el vladika.

«Acuda a ayudarnos en este momento de peligro para nuestra nación. Ayúdenos a rescatar lo que más adoramos y nuestros corazones serán suyos para siempre. Descubrirá hasta qué punto los hombres de las Montañas Azules aprecian la fe y el valor. ¡Acuda pronto!».

Esta era una de esas misiones cuyo cumplimiento honra a cualquier hombre. Me llegó al corazón saber que los hombres de las Montañas Azules me habían llamado en aquel momento de extrema apretura y necesidad. Esto despertó todo el instinto guerrero de mis antepasados vikingos, e hice votos en mi corazón para que los montañeses quedaran satisfechos con mi trabajo. Llamé al punto al cuerpo de señalizadores que tenía a mi lado y los conduje hasta el tejado del castillo, llevando también conmigo al joven mensajero-sacerdote.

—Venga conmigo —le dije—, para que vea cómo contesto a la orden del vladika.

Se izó la bandera nacional, señal convenida para indicar que la nación se hallaba en un gran aprieto. Al instante, en cada elevación del terreno se vio ondear una bandera en respuesta a la contraseña. E, inmediatamente después, siguió la señal que llamaba a tomar las armas.

Di a los señalizadores sendas órdenes en rápida sucesión conforme iba pergeñando el plan de búsqueda y captura. Los brazos del semáforo se agitaron con tal precisión que el joven sacerdote quedó boquiabierto. Parecía como si, a medida que recibían órdenes, los señalizadores fueran entusiasmándose cada vez más. Entendieron el plan como por instinto y trabajaron como semidioses. Sabían que un movimiento tan extendido tenía mayores probabilidades de éxito si se efectuaba de manera rápida y con perfecta unidad de acción.

Del bosque que se extendía frente al castillo llegó una ovación salvaje que parecía interpretar el anterior silencio de las colinas. Daba gusto comprobar que quienes veían las señales —de numerosos tipos— estaban listos. Yo noté la mirada expectante del mensajero-sacerdote, y me alegré de su brillo cuando me volvía hacia él para hablarle. Por supuesto, él quería saber algo de lo que estaba ocurriendo. Vi el centelleo de mis ojos reflejarse en los suyos cuando le dije:

—Diga al vladika que, antes de transcurrir un solo minuto de la lectura de su mensaje, el país de las Montañas Azules se ha puesto en pie de guerra. Los montañeses ya están desfilando y, antes de que el sol alcance su cénit, habrá una línea de guardias situados a una a distancia de tiro de piedra unos de otros a lo largo de toda la frontera, desde Angusa hasta Islin, desde Islin hasta Bajana, desde Bajana hasta Ispazar, desde Ispazar hasta VoloK, desde VoloK hasta Tatra, desde Tatra hasta Domitan, desde Domitan hasta Gravaja, y desde Gravaja hasta Angula. La línea es doble. Los hombres de mayor edad montarán guardia en línea, y los más jóvenes avanzarán. Estos formarán un gran círculo que irá cerrándose progresivamente para que nada se les pueda escapar. Tendrán vigiladas las cimas de las montañas y las hondonadas boscosas, y finalmente confluirán aquí, en el castillo, que se puede divisar desde lejos. Mi yate acorazado está aquí, y con él yo rastrearé la costa de punta a punta. Es la embarcación más rápida del mundo y puede neutralizar a un escuadrón entero. Aquí seguirá estando el centro de señalización. Dentro de una hora, aquí mismo habrá una oficina de señalización, donde vigías adiestrados vigilarán de día y de noche hasta que se encuentre a la persona perdida y se haya vengado el ultraje. Los raptos se encuentran ahora atrapados en un círculo cerrado del que no lograrán escapar.

El joven sacerdote, completamente enardecido, se encaramó a lo alto de las murallas y se dirigió a gritos a la multitud, que se estaba congregando alrededor del castillo, en el sector de los jardines. Del bosque fue saliendo una sucesión de unidades, hasta que parecieron el núcleo de un ejército. Los hombres se despacharon a vítores, en medio de un clamor que se elevó hasta nosotros cual rugido de mar encrespado. Con las cabezas descubiertas, no dejaban de gritar:

—¡Dios y las Montañas Azules! ¡Dios y las Montañas Azules!

Yo bajé corriendo hacia ellos lo más rápidamente que pude y empecé a dar órdenes. Al cabo de un periodo de tiempo que se podía computar por minutos, todos ellos, organizados por secciones, habían rastreado ya una buena parte de las montañas más próximas. Al principio solo habían entendido la llamada a las armas por mor de la seguridad general. Pero, al enterarse de que la hija de su jefe había sido capturada, se volvieron realmente locos. Por algo que dijo al principio el mensajero, pero que no logré captar o entender, aquella noticia pareció tener para ellos un significado especialmente personal, que los puso frenéticos.

Cuando hubo marchado el grueso de los hombres, tomé conmigo a unos cuantos hombres del castillo y a varios montañeses a los que había pedido que se quedaran, y juntos partimos hacia el barranco secreto que yo conocía. Encontramos el lugar vacío; pero había señales inequívocas de que una pandilla de hombres había estado acampando allí durante varios días. Algunos

de los nuestros, expertos en silvicultura y rastreo, convinieron en que debía de tratarse de una veintena de individuos. Como no pudieron encontrar rastro alguno ni desde ni hacia aquel lugar, llegaron a la conclusión de que debían haber llegado por separado desde distintas procedencias y haber marchado de la misma manera misteriosa.

En fin, esto ofrecía ya un pequeño punto de arranque, y los hombres se separaron convencidos de la necesidad de efectuar un rastreo concienzudo del lugar en busca de huellas. Aquel que encontrara una pista debía seguirla acompañado al menos por un camarada, y cuando tuviera noticias más concretas debería comunicarlas por señales al castillo.

Yo ordené a los señalizadores que se pusieran rápidamente manos a la obra para que difundieran entre nuestro pueblo las noticias de que disponíamos.

Cuando se comunicaron al castillo mediante señales de bandera todas las noticias que se tenían hasta el momento, se descubrió que los merodeadores habían seguido en su huida un extraño itinerario en zigzag. Era evidente que, en su intento de despistar a posibles perseguidores, habían procurado evitar lugares que pudieran resultarles peligrosos. Esto podía haber sido un método para desconcertar a los perseguidores, un método por cierto excelente, pues así ninguno de sus perseguidores inmediatos podía saber hacia qué dirección se estaban dirigiendo en un momento dado. Hasta que no verificamos el itinerario en el gran mapa de la habitación del señalizador (la antigua sala de guardias del castillo), no nos formamos una mínima idea del rumbo de su huida. Esto aumentaba también la dificultad de la persecución, pues los que la hacían, al desconocer la intención de los fugitivos, no tenían muchas probabilidades de cortarles el paso, sino que tenían que estar preparados para seguir cualquier dirección. De este modo, la persecución resultaba una tarea bastante dura, con todos los visos de ir para largo.

Como por el momento no podíamos hacer nada hasta que no se conociera mejor el itinerario que proyectaban seguir los fugitivos, encomendé al cuerpo de señalizadores la tarea de recibir y transmitir información a las cuadrillas móviles para que, llegada la ocasión, estas pudieran cortar el paso a los merodeadores. Por mi parte, decidí llamar al capitán del yate acorazado, Rooke, y rastrear la costa. Pusimos rumbo hacia la norteña Dalairi, y luego hacia la meridional Olesso, y regresamos a Vissarion. No vimos nada sospechoso salvo, en el extremo meridional, un barco de guerra que no llevaba ninguna bandera. Rooke, que parecía conocer los barcos por instinto, dijo que era turco; así que, a nuestro regreso, mandamos señal a lo largo de todo el litoral para que lo mantuvieran vigilado. Rooke tenía a La dama —el nombre que yo había puesto al yate acorazado— lista para zarpar en cuanto se detectara algún movimiento sospechoso. No se andaría con protocolos, sino que pasaría al ataque si fuera necesario. No queríamos ceder ni un palmo en

esta enconada lucha que habíamos emprendido. Habíamos colocado en diferentes puestos estratégicos a un par de los nuestros para que estuvieran al tanto de las señales.

Al volver me dijeron que el itinerario de los fugitivos, ahora unidos en una sola pandilla, había sido definitivamente identificado. Habían tomado rumbo sur, pero, manifiestamente alarmados por la línea de guardias que estrechaba el cerco, se habían encaminado de nuevo hacia el noreste, donde el país era más anchuroso y las montañas más salvajes y menos habitadas.

Inmediatamente, tras dejar por completo la señalización en manos de los sacerdotes combatientes, me puse a la cabeza de un pequeño grupo de montañeses de nuestro distrito y salimos sin perder un minuto con el objetivo de atajar el paso a los fugitivos. El archimandrita (abad) de Spazac, que acababa de llegar, vino también con nosotros. Era un hombre espléndido, un auténtico combatiente además de un santo clérigo, tan bueno con el puñal como con la biblia, y corredor de primera. Los merodeadores avanzaban a un ritmo increíble, considerando que iban a pie; así que nosotros teníamos que ir también a toda velocidad. Entre estas montañas no hay otra manera de viajar. Descubrí que a nuestros hombres los animaba un ardor especial, sin duda fundado en una preocupación asimismo fuera de lo normal. Al comentar esto con el archimandrita, que avanzaba a mi lado, recibí la siguiente respuesta:

—Nada más natural: no solo luchan por su país, sino también por motivos personales.

Yo no comprendí del todo aquella respuesta, y empecé a hacerle algunas preguntas, con el resultado de que pronto acabé comprendiendo más cosas de las que él mismo comprendía.

Carta del arzobispo Estaban Paleólogo, primado de la iglesia oriental de las Montañas Azules, a la señora Janet MacKelpie de Vissarion.

9 de julio de 1907

Distinguida señora:

Como a usted le gustará sin duda estar perfectamente informada acerca del reciente y lamentable trance en el que tanto peligro ha corrido nuestro país de las Montañas Azules, y en concreto una persona especialmente querida para nosotros, le envío estas líneas por expresa petición del hospodar Rupert, muy amado por nuestros montañeses.

Cuando el vaivoda Pedro Vissarion hizo su viaje a la gran nación a la cual nos dirigimos en nuestra hora de necesidad, se vio la conveniencia de que el viaje se hiciera en el más absoluto secreto. El turco, impulsado por la avaricia frustrada, se hallaba a nuestras puertas. Su sultán ya había tratado en vano de

concertar su matrimonio con la vaivodina esperando que, en su calidad de consorte, recayera sobre él en su día la jefatura de esta nación. De sobra sabía, como lo sabemos todos nosotros, que los montañeses azules no debemos fidelidad a nadie que no nombremos nosotros mismos para la función del gobierno. Y siempre ha sido así en el pasado, aunque de vez en cuando surge o se presenta un individuo con especiales aptitudes personales para el tipo de gobierno que este país requiere. Así pues, la dama Teuta, vaivodina de las Montañas Azules, fue confiada a mi custodia por ser yo el primado de la iglesia oriental del país de las Montañas Azules, tomándose asimismo las medidas oportunas para que los enemigos desalmados de este nuestro país no pudieran nunca apoderarse de ella. Todos los que de alguna manera participamos en esta labor de custodia nos sentimos muy orgullosos de dicha tarea, pues a la vaivodina Teuta de Vissarion la consideramos representante de la gloria de la antigua raza serbia, en cuanto que es el único retoño del vaivoda Vissarion, último varón de su maravillosa estirpe; estirpe que desde siempre, a lo largo de los diez siglos que tiene, nuestra historia, ha dado indefectiblemente la vida y todas sus posesiones para la protección, salvaguardia y bienestar del país de las Montañas Azules. Nunca durante estos siglos se ha tenido conocimiento de nadie de esta estirpe que haya flaqueado en su patriotismo o se haya arredrado ante cualquier pérdida o penalidad que les exigiera el deber o la necesidad. Más aún, esta fue la estirpe de aquel primer vaivoda Vissarion —en su tiempo conocido como «La espada de la libertad» y gigante entre los hombres—, que, como dicen las leyendas, saldrá de su tumba marina del perdido lago de Reo y acaudillará una vez más a los hombres de las Montañas Azules hasta la victoria final. Así pues, esta noble estirpe estaba considerada como la última esperanza del país. Por eso, cuando el vaivoda estaba ausente de servicio a su país, era natural que su hija fuera estrechamente vigilada. Poco después de marchar el vaivoda, se informó que podría retrasarse en sus diplomacias, y también en su estudio del sistema de la monarquía constitucional, el cual estaba destinado a sustituir a nuestro imperfecto sistema político. Debo añadir, *inter alia*, que este se iba a convertir en nuestro primer rey cuando se aprobara la nueva constitución.

Luego nos sobrevino una gran desgracia; un terrible duelo se apoderó del país. Tras una breve enfermedad, la vaivodina Teuta Vissarion murió de una misteriosa enfermedad. El duelo de los montañeses fue tan grande que el consejo nacional tuvo que amonestarlos para que no manifestaran públicamente su aflicción. Era de todo punto necesario mantener en secreto la noticia de su muerte por razones de diversa índole. En primer lugar, era aconsejable que ni siquiera su mismo padre supiera nada de tan terrible pérdida. Era bien sabido que él la había amado con toda su alma y que, si llegaba a enterarse de su muerte, quedaría demasiado postrado para poder proseguir el intrincado y delicado trabajo que había acometido; y había más:

no seguiría fuera del país, sino que regresaría inmediatamente para poder estar junto al lugar donde ella reposaba. Y entonces surgirían nuevas sospechas, y la verdad acabaría conociéndose muy pronto fuera de las fronteras, con el inevitable resultado de que el país se convertiría en epicentro de una guerra entre muchas naciones.

En segundo lugar, si los turcos se enteraban de que la raza de Vissarion se estaba extinguiendo, se sentirían alentados para reanudar su agresión, la cual se produciría de manera inmediata si descubrían además que el propio vaivoda se hallaba ausente. Era bien sabido que mantenían las hostilidades temporalmente suspendidas en espera de una buena ocasión. Pero sus planes de agresión se habían reanudado tras el rechazo de la nación, y de la propia muchacha, a concederla como esposa al sultán.

La joven muerta había sido enterrada en la cripta de la iglesia de San Sabas, y, día tras día y noche tras noche, los atribulados montañeses, solos o en grupos, habían acudido a su tumba a tributarle el testimonio de su devoción y reverencia. Eran tantos los que habían deseado ver por última vez su rostro que el vladika, contando con mi consentimiento como arzobispo, había dispuesto que se colocara una tapadera de cristal en su ataúd.

Pero he aquí que, pasado cierto tiempo, todos los encargados de la custodia de su cuerpo —se trataba naturalmente de sacerdotes de diversa dignidad jerárquica— llegaron al convencimiento de que la vaivodina no estaba realmente muerta, sino que era simplemente víctima de un trance extrañamente prolongado. Tras lo cual surgió una nueva complicación. Nuestros montañeses son por naturaleza, como tal vez ya sepa usted, profundamente suspicaces —característica de todo pueblo valiente, abnegado y celoso de su noble heredad—, y, tras haber visto a la muchacha muerta, según ellos creían, se habrían mostrado bastante renuentes a aceptar el hecho de que pudiera estar viva. Podrían incluso imaginar que detrás de todo aquello se escondiera alguna oscura trama que fuera, o pudiera ser, una amenaza, ahora o más adelante, para su independencia. En cualquier caso, era indudable que la opinión se dividiría en dos bandos, cosa peligrosa y deplorable en la crítica situación que estaba viviendo el país.

Como el trance o catalepsia o lo que quiera que fuera prosiguió durante muchos días, hubo tiempo suficiente para que los jefes del consejo, el vladika, el clero representado por el archimandrita de Spazac y yo mismo en mi calidad de arzobispo y representante de la vaivodina durante la ausencia de su padre, tomáramos una decisión en cuanto a la política a seguir en caso de que la muchacha despertara, pues en tal caso la dificultad de la situación se multiplicaría desmesuradamente. Nos reunimos varias veces en las recámaras secretas de San Sabas, y estábamos finalmente alcanzando un acuerdo cuando la muchacha se despertó.

Por supuesto, se llevó un susto indescriptible al verse dentro de la tumba de una cripta. Tuvo mucha suerte de que las grandes velas que rodeaban su tumba siguieran encendidas, pues su luz mitigaba al menos en parte el horror del lugar. De haberse despertado en la oscuridad, posiblemente hubiera perdido la razón.

Pero era una muchacha noble, valiente y con una voluntad, una resolución, un autocontrol y un poder de aguante extraordinarios. Tras ser conducida a una de las recámaras secretas de la iglesia, donde se le administró calor y la atención debida, se convocó una reunión urgente a la que asistimos el vladika, los jefes del consejo nacional y yo mismo. Me habían mandado la gozosa noticia de su recuperación, y partí con la mayor premura, llegando a tiempo para participar en el consejo.

A la reunión asistió también la vaivodina, a la que se le puso al tanto de todos los detalles de la situación, y fue ella misma quien sugirió que se mantuviera oculta su curación hasta el regreso de su padre, en cuya ocasión todo quedaría perfectamente clarificado. A este fin aceptó someterse a la terrible prueba que entrañaba esta estratagema. Al principio nos pareció imposible que una mujer normal pudiera soportar semejante prueba, y algunos de nosotros no vacilamos en expresar nuestras dudas, o incredulidad. Pero ella la superó con creces, poniendo en evidencia nuestra actitud timorata. Al final, recordando gestas realizadas siglos atrás por otros de su estirpe, acabamos creyendo no solo en su convicción y en sus intenciones, sino también en la viabilidad de su plan. Ella juró solemnemente no revelar su secreto bajo ningún concepto.

El clero, a través del vladika y de mí mismo, decidió apoyar la teoría fantasmal con el fin de impedir una observación demasiado detenida o insistente por parte de los montañeses. Así, se difundió la leyenda del vampiro como protección contra un eventual descubrimiento, al tiempo que se daba pie y pábulo a otras extrañas creencias. Se tomaron disposiciones para que solo en determinadas fechas fueran admitidos los montañeses a la cripta, y, en estas ocasiones, ella aceptó tomar opio o servirse de algún otro método parecido para preservar el secreto. Ella estaba dispuesta, cosa que nos dejó a todos sumamente impresionados, a arrostrar cualquier sacrificio personal que se considerara necesario para permitir a su padre llevar a cabo la tarea que había asumido para el bien de la nación.

Por supuesto, el tener que reposar sola en la lúgubre cripta le produjo al principio unos terrores de espanto. Pero, tras cierto tiempo, dichos terrores, si no llegaron a cesar, al menos se mitigaron en parte. Existen junto a la cripta unas cavernas secretas en las que sacerdotes y otros dignatarios de alto rango han encontrado a menudo refugio en tiempos turbulentos. Se preparó una de estas para la vaivodina, y allí permaneció ella, salvo en las ocasiones en que

debía estar expuesta, y en algunas otras sobre las que le hablaré ahora. Se tomaron medidas ante la eventualidad de visitas accidentales a la iglesia. En tales ocasiones, alertada por una señal automática procedente de la puerta de entrada, ella volvería a instalarse en su tumba. El mecanismo había sido ingeniado de tal manera que le permitiera colocar debidamente la tapadera de cristal e ingerirlos narcóticos en brevísimo tiempo. Siempre habría una guardia de sacerdotes por la noche en la iglesia para protegerla contra el miedo a los espíritus así como contra cualquier otro peligro físico; y, cuando estuviera en su tumba, sería visitada cada cierto tiempo. Se había pensado incluso en la ropa que la cubría en el sarcófago: descansaba sobre un eje dispuesto transversalmente encima de ella, de manera que ocultara las palpitaciones de su pecho mientras dormía bajo el influjo del narcótico.

Pasado cierto tiempo, la tensión prolongada produjo tanta mella en su organismo que se decidió que hiciera de vez en cuando algún ejercicio fuera del recinto. Esto no era difícil, pues, cuando arraigó entre el pueblo la historia del vampiro que habíamos difundido, su vista no sería sino una prueba más a favor de dicha historia. Sin embargo, como había cierto peligro en que alguien la viera, estimamos conveniente exigirle un juramento solemne en el sentido de que, mientras durara aquella triste misión, bajo ninguna circunstancia llevaría otra indumentaria que no fuera el sudario, la única manera de asegurar el secreto y de salir al paso de cualquier eventualidad.

Existe un pasaje secreto desde la cripta a una gruta, justo a los pies de la escollera sobre la que se yergue la iglesia y cuya entrada durante la marea alta permanece sumergida bajo el agua. Así, decidimos procurarle una barca en forma de ataúd; y en esta se acostumbró a atravesar la cala cada vez que deseaba hacer alguna excursión. Era esta una idea excelente y muy eficaz para la difusión de la creencia vampiresca.

Este estado de cosas duró desde antes de que llegara a Vissarion el hospodar Rupert, hasta el día de la llegada del yate acorazado.

Aquella noche, el sacerdote de servicio, al hacer la ronda de la cripta antes del alba, encontró la tumba vacía. Llamó a los demás, y se inició enseguida la búsqueda. La barca había desaparecido de la caverna, y, tras varias pesquisas, fue descubierta en el extremo opuesto de la cala, junto a las escaleras del jardín. Fuera de esto no descubrieron nada más. Parecía haber desaparecido sin dejar rastro.

Rápidamente fueron a informar al vladika, y a mí me lo comunicaron mediante señales de fuego al monasterio de Astrag, donde me encontraba. Tomé conmigo a un grupo de montañeses y salimos a hacer una batida por el país. Pero, antes de partir, mandé un mensaje urgente al hospodar Rupert, pidiéndole a él, que tanto interés y amor ha mostrado hacia nuestro país, que

nos ayudara en aquel momento tan difícil. Por supuesto, él no sabía entonces nada de lo que yo le he contado a usted. Sin embargo, como sin duda usted ya conoce, se empleó a fondo, con todas sus fuerzas y todo su corazón, a ayudarnos a solucionar nuestro problema.

Pero se acercaba el momento en que el vaivoda Vissarion debía regresar de su misión, y nosotros, los miembros del consejo a quienes estaba encomendada la custodia de su hija, estábamos empezando a hacer preparativos para que, a su regreso, se pudiera hacer pública la noticia de que aún estaba viva. Estando su padre presente para responder por ella, estábamos seguros de que no surgiría ninguna duda o equívoco.

Pero la «oficina de los espías» turca se las había ingeniado por algún medio para llegar a conocimiento de los hechos. Sustraer un cadáver con objeto de establecer posteriormente un derecho ficticio habría sido una empresa más desesperada aún que la ya en curso. Por numerosos indicios, conocidos gracias a nuestras investigaciones, inferimos que un grupo atrevido de emisarios del sultán había hecho una incursión secreta con objeto de secuestrar a la vaivodina. Muy sobrados de recursos y de valor debían de haber estado para atreverse a penetrar en el país de las Montañas Azules, fuera cual fuera su objetivo, y más aún para este en concreto, a todas luces tan quimérico... Durante muchos siglos hemos enseñado al turco, con lecciones muy amargas, que cualquier intento de incursión dolosa está abocado al fracaso.

Cómo lo consiguieron es algo que no sabemos por el momento; pero el caso es que lo consiguieron, y, tras esconderse en algún lugar secreto en espera de una oportunidad favorable, se hicieron con su presa. No sabemos tampoco por el momento si habían descubierto la entrada a la cripta y robado, como pensaban, el cuerpo muerto, o si, por alguna desgraciada coincidencia, la encontraron errando bajo su disfraz espectral. En cualquier caso, lo cierto es que la capturaron y, a través de desvíos y atajos por las montañas, la querían obligar a acompañarlos hasta Turquía. Estaba claro que, cuando se encontrara en suelo turco, el sultán la forzaría a casarse con ella para, finalmente, arrogarse, para él o sus sucesores, y contra cualquier otra nación, el derecho a la soberanía o protectorado de la Montañas Azules.

Tal era el estado de cosas cuando el hospodar Rupert se lanzó en su persecución con un celo sin igual y con la pasión de Berserk, heredada de sus ancestros vikingos, cuya tierra nos dio también en otro tiempo la misma «Espada de la libertad».

Pero había también otra posibilidad, que el propio hospodar fue el primero en descubrir. Si no conseguían llevarse a la vaivodina hasta Turquía, sus raptos podían matarla, silogismo perfectamente acorde con las oscuras

tradiciones e historia de los musulimes, a la vez que con las costumbres turcas y los deseos actuales del sultán. En cierto modo, esto favorecería aún más los fines estratégicos de Turquía, pues, si llegaba a extinguirse la raza de los Vissarion, el sometimiento del país de las Montañas Azules podría, en su opinión, resultar una tarea más fácil que en el pasado.

Así estaban las cosas, distinguida dama, cuando el hospodar Rupert fue el primero en desenvainar el puñal en nombre de las Montañas Azules y de lo máspreciado que contienen.

PALEÓLOGO,

Arzobispo de la iglesia oriental del país de las Montañas Azules

DIARIO DE RUPERT - CONTINUACIÓN

8 de julio de 1907

Me pregunto si alguna vez, en la larga y extraña historia del mundo, alguien ha recibido alguna noticia más alegre que la que yo recibí —aunque más por modo deductivo que directo— por conducto de las respuestas del archimandrita a mis preguntas. Por suerte, yo pude contenerme, pues, de lo contrario, podría haber dado pábulo a algunas sospechas, que con toda seguridad habrían dificultado seriamente nuestra labor persecutoria. Durante un breve lapso de tiempo me resultó difícil aceptar la realidad que se abría paso dentro de mí como la auténtica e íntima esencia de los hechos que me eran conocidos, y que iba ocupando su debido lugar en el entramado general; pero hasta un corazón que duda debe alguna vez aceptar una verdad grata, y mi corazón, independientemente de lo que hubiera albergado en el pasado, no albergaba ya dudas, sino un inmenso e inconmensurable agradecimiento. Fue la espléndida magnitud de la verdad la que impidió su inmediata aceptación. Yo quería gritar de alegría, y solo me calmé al pensar en el peligro en que se hallaba mi esposa. ¡Mi esposa! ¡Mi esposa! No un vampiro, una pobre criatura atormentada y condenada a un destino espantoso, sino una espléndida mujer, increíblemente valiente, patriótica como pocas en la historia de la heroicidad...

Empecé a comprender el verdadero significado de los extraños sucesos que habían afectado tan profundamente a mi vida. Hasta el origen y la finalidad de aquella primera visita extraña a mi habitación me resultaban ahora claros. Nada más natural que la muchacha pudiera desplazarse por el castillo de manera tan misteriosa: había vivido allí toda su vida y estaba familiarizada con todas las entradas y salidas secretas. Yo siempre había creído que aquel lugar debía estar plagado de pasadizos secretos. Nada de extrañar, pues, que conociera uno, desconocido a todos los demás, que conducía hasta las almenas, o que hubiera podido acudir a la cita del mástil de la bandera siempre

que quisiera.

Decir que mi mente era todo un remolino habría sido una manera pobre de describir mi estado de ánimo. Me sentía flotar en un cielo de delicia que no encontraba punto alguno de comparación en mi anterior vida aventurera. Se había levantado el velo y su verdad sobre mi esposa —¡mía!— precisamente cuando las dificultades y los peligros eran mayores que nunca: no era ningún vampiro ni cadáver ni espíritu ni fantasma, sino una auténtica mujer de carne y hueso, hecha de afectos, amor y pasión. Ahora finalmente mi amor conocería plena realización y, una vez arrancada de las manos de sus raptos, la conduciría a mi casa, donde, si conseguía conquistar un don semejante para ella —y para mí mismo—, ella viviría y reinaría rodeada de paz, amor y felicidad.

Pero aquí un espantoso pensamiento atravesó mi mente, pensamiento que al instante tornó mi gozo en desesperación, y mi palpitante corazón en un témpano de hielo:

«Como es una mujer normal, el peligro que está corriendo en manos de los rufianes turcos es mayor que nunca. Para ellos una mujer, en cualquier caso, no tiene más valor que una oveja; y, si no pueden conducirla hasta el harén del sultán, pueden decidir que la medida más sensata es matarla. De esta manera, ellos mismos tendrían más posibilidades de escapar. Una vez que se hubieran deshecho de ella, podrían separarse y tener más posibilidades de escapar que en grupo. Pero, aun cuando no la mataran, el que se la llevaran del país supondría condenarla al peor de los destinos: ¡el harén del turco! Semejante destino para una mujer cristiana no puede significar más que dolor y desesperación para toda la vida. Y para ella, una recién casada feliz que había servido a su país de manera tan noble, una vida de ignominiosa esclavitud habría supuesto una desdicha aún más atroz si cabe.

»¡Hay que rescatarla, y pronto! Los merodeadores deben ser apresados cuanto antes, ahora mismo, para que no tengan tiempo ni oportunidad de hacerle ningún daño, lo que ciertamente harán en cuanto sepan que corren el menor peligro.

»¡Adelante! ¡Adelante!».

Y adelante seguimos toda aquella terrible noche, lo mejor que pudimos, bosque a través.

Entre los montañeses y yo parecía haberse declarado una especie de competición. Yo comprendía ahora el sentimiento que los embargó, y que los diferenciaba incluso de los más fieros de sus camaradas, al conocer el peligro que corría la vaivodina. Eran los mejores de una gran raza, y, a pesar de mi gran resistencia, tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para mantenerme a

su cabeza. Eran más astutos que los leopardos, e igual de veloces; habían pasado la vida entera en medio de las montañas, y ahora se consagraban en cuerpo y alma a aquella tarea de persecución. Estoy seguro de que, si la muerte de cualquiera de nosotros hubiera podido facilitar de alguna manera la liberación de mi esposa, habríamos incluso peleado entre nosotros para obtener semejante honor.

Dada la naturaleza del trabajo que nos aguardaba, nuestro grupo tuvo que mantenerse en lo alto de las colinas. No solo teníamos que encontrar a la banda de fugitivos que perseguíamos, e impedirle que nos descubriera, sino que además teníamos que estar siempre en condiciones de atender a las señales que nos enviaran desde el castillo, o desde la residencia de cualquier otra personalidad del país.

Carta de Petrof Vlastimir, archimandrita de Spazac, a la señora Janet MacKelpie de Vissarion

Escrita el 8 de julio de 1907

Distinguida señora:

Me pide que le escriba el vladika, y, con el permiso del arzobispo, tengo el honor de transmitirle el informe sobre la persecución de los espías turcos que secuestraron a la vaivodina Teuta, de la noble casa de Vissarion. La persecución fue emprendida por el hospodar Rupert, quien, haciendo cortésmente referencia a mi «gran conocimiento del país y de su gente», me pidió que me uniera a su grupo. En efecto, yo siempre he tenido un gran conocimiento del país de las Montañas Azules y de su pueblo, en el cual y entre el cual ha discurrido mi vida entera. Pero en semejantes casos no se necesita un motivo real para actuar. Todos y cada uno de los hombres de las Montañas Azules habrían dado su vida por la vaivodina Teuta, y, cuando se enteraron de que no estaba muerta, como habían creído, sino que solo había pasado un período de tiempo en estado de trance, y que era ella a quien se habían llevado los merodeadores, les invadió un auténtico frenesí. Así, ¿cómo iba precisamente yo —a quien se había encomendado el monasterio de Spazac— a dudar en una hora tan tremenda? Por lo que a mí atañía, yo quería actuar con la mayor celeridad y unirme rápidamente a la lucha contra los enemigos de mi país; pues de sobra sabía que el hospodar Rupert, en cuyo cuerpo de gigante se encierra un corazón de león, actuaría con una rapidez sin igual. Los de las Montañas Azules no vacilamos nunca cuando hay que tomar las armas, y mucho menos aún cuando enfrente de nosotros —fieles de la Iglesia griega oriental— se encuentran los infieles de la media luna.

No llevamos con nosotros equipaje ni impedimenta de ningún tipo, ni tampoco mantas ni comida. Solo nuestros puñales y fusiles, con munición suficiente. Antes de partir, el hospodar dio órdenes mediante el semáforo del

castillo para que se nos enviara comida y municiones (según lo fuéramos pidiendo por señales) a los caseríos más próximos.

A mediodía partimos un grupo de diez solamente, pues nuestro caudillo solo quería corredores experimentados y capaces de utilizar el fusil y el puñal con absoluto dominio. Así, como íbamos ligeros de equipaje, podíamos avanzar más deprisa; pero sabíamos ya, por los informes que se nos habían transmitido por señales a Vissarion, que los enemigos eran hombres escogidos de un temple nada desdeñable. El guardián de la Bandera Verde islámica está bien servido, y, aunque el turco es un perro infiel, a veces es también valiente y fuerte. En efecto, salvo cuando traspasa las fronteras de las Montañas Azules, se le supone capaz de realizar empresas admirables. Pero, como nadie de quienes se han atrevido a internarse por nuestras colinas ha regresado nunca a su país, carecemos de base para saber cómo hablan en su casa de las batallas libradas aquí. Sin embargo, estaba claro que a estos hombres no se les podía despreciar; y nuestro hospodar, que es un hombre prudente además de valeroso, nos aconsejó prudencia y no infravalorar a nuestros enemigos. Nosotros hicimos como él nos aconsejó, y en prueba de ello salimos en número de diez, pues solo teníamos a veinte hombres en contra. Pero además estaba en juego algo más importante que la propia vida, y no quisimos correr riesgos. Así, cuando en el reloj de Vissarion sonaron las doce del mediodía, los ocho corredores más rápidos de la Montañas Azules, junto con el hospodar Rupert y yo mismo, iniciamos nuestro viaje.

Se nos había comunicado por señales que el itinerario seguido por los merodeadores discurría en zigzag y describía toda suerte de extraños ángulos y curvas. Pero nuestro caudillo había trazado un itinerario que nos permitiría interceptar a nuestros enemigos siguiendo precisamente la dirección de su huida; y, hasta que no hubimos alcanzado el punto que se nos había indicado, sin detenernos ni un segundo, seguimos avanzando lo más deprisa posible durante toda la noche. La nuestra era una competición muy parecida a aquellas que los atletas de la antigua Grecia organizaban entre sí, aunque lo que nos aguijoneaba no era una celosa emulación, sino el valor y el deseo de servir mejor a nuestro país y a la vaivodina Teuta. En cabeza avanzaba el hospodar, que se condujo como un paladín de los viejos tiempos: su imponente figura no se detenía ante ningún obstáculo; antes bien, no dejaba de aguijonearnos. Como corríamos juntos —pues, distinguida dama, en mi juventud yo fui el más veloz de mi raza y todavía incluso puedo capitanear a un batallón cuando el deber me lo exige—, me fue haciendo algunas preguntas sobre la dama Teuta y lo extraño de su famosa muerte, a las que yo di cumplida respuesta. Y, conforme él se iba enterando de mis revelaciones, noté que aceleraba aún más la marcha, cual persona poseída de mil demonios; a lo cual, nuestros montañeses, que parecían dispuestos a ir al mismo infierno con tal de lograr su propósito, redoblaron sus esfuerzos para poder mantener el ritmo de marcha,

hasta el punto de que también ellos parecieron posesos. Y yo mismo, olvidándome de la calma que exige mi oficio sacerdotal, con las orejas tiesas y los ojos Inyectados de sangre, di un tirón hasta colocarme al lado de los más veloces.

Luego el espíritu de un gran capitán se mostró en el hospodar, pues, en contraste con la furia que nos agitaba, empezó a calmarse, de manera que, de su actual autodomínio y el recuerdo de su elevada posición, resultó una estrategia válida para cualquier contingencia que pudiera presentarse. Así, cuando hubo de tomar una nueva dirección, no vaciló ni un instante. Nosotros, nueve hombres de distinta índole, sentimos todos que teníamos un jefe; y así, dispuestos a limitarnos a la estricta obediencia, quedamos libres para utilizar los pensamientos y fuerzas que teníamos para mayor beneficio de nuestra empresa.

Dimos con la pista de los merodeadores fugitivos la segunda mañana tras el secuestro, un poco antes del mediodía. Fue bastante fácil descubrirla, pues esta vez los infieles estaban todos congregados, y nuestros hombres, que eran en su totalidad habitantes de los bosques, pudieron informar sobradamente del grupo que había pasado. Evidentemente, estos avanzaban precipitadamente, pues no habían tomado ninguna de las precauciones necesarias en caso de fuga, que suelen llevar su tiempo. Nuestros silvicultores dijeron que iban dos por delante y dos por detrás, y, en el centro, el grueso de los fugitivos, que avanzaba en grupo compacto, como rodeando a su prisionera. No pudimos entreverla; imposible, pues la rodeaban por todos lados. Pero nuestros silvicultores vieron otras cosas más observando el terreno por el que los merodeadores acababan de pasar. Afirmaron que la prisionera había avanzado contra su voluntad; y, tras haber estado un rato arrodillado examinando el terreno, uno de ellos dijo, incorporándose:

—Esos perros bastardos la azuzan con su yataganes. Hay gotas de sangre, aunque no hay marcas de sangre de sus pies.

Al oír esto, el hospodar estalló de cólera. Apretando los dientes, dijo con voz ronca:

—¡Venga, vamos!

Saltó de nuevo como un resorte y, empuñando el cuchillo, reanudó la marcha.

No tardamos en divisar a la pandilla de los raptos. Se hallaba muy por debajo de nosotros, en lo más hondo del valle, e iba avanzando hacia la parte derecha. Se dirigía hacia la base del peñón que se elevaba ante todos nosotros y, como supimos enseguida, el motivo que los empujaba en aquella dirección era doble. Efectivamente, en lo profundo del valle que estaban atravesando

atisbamos a unas personas que avanzaban a toda prisa, sin duda hombres de la cuadrilla de perseguidores de la zona norte. Aunque los árboles los tapaban, no era posible equivocarse al respecto. Yo mismo soy suficientemente experto en forestas para no albergar ninguna duda. De nuevo, era evidente que la joven vaivodina no podía ya seguir viajando al ritmo infernal que habían impuesto. Aquellas marcas de sangre lo dejaban bien claro. Para ella todo habría terminado aquí en caso de que fuera descubierta la pandilla.

Luego pudimos comprobar que aquel que más fiero y más rápido se había mostrado de todos resultó ser también el más sosegado. Levantando la mano pidiendo silencio —aunque era casi imposible que hubiéramos guardado más silencio durante aquella larga carrera a través del bosque— dijo lo siguiente con una voz baja y penetrante que cortó el silencio como un cuchillo:

—Amigos míos, ha llegado el momento de entrar en acción. Demos gracias a Dios por habernos puesto cara a cara con nuestros enemigos. Pero hemos de actuar aquí con suma precaución: no por mor de nosotros, pues nosotros no deseamos otra cosa que lanzarnos a tumba abierta y conquistar o morir, sino por mor de aquella a la que vosotros amáis, y a la que yo también amo. Ella puede correr peligro por cualquier cosa que nos delate ante nuestros enemigos. Si saben, o meramente sospechan por un instante, que nos encontramos cerca de ellos, de seguro que la asesinarán...

Aquí su voz se quebró unos instantes, no habría sabido decir si a causa de la pasión o de la profundidad del sentimiento que lo embargaba, aunque creo que por ambas cosas combinadas.

—Sabemos por esas marcas de sangre lo que son capaces de hacer..., incluso a ella. —Aquí volvió a apretar los dientes hasta el punto de hacerlos rechinar, aunque prosiguió sin detenerse—: Organicémonos bien para esta batalla. Aunque estamos a poca distancia de ellos a vuelo de pájaro, el camino es largo de recorrer. Según puedo ver, solo hay un sendero que baja al valle desde esta parte, sendero por el que ellos han pasado antes y que estoy seguro van a mantener vigilado. Dividámonos para que podamos rodearlos. El peñón hacia el que se dirigen se extiende constantemente hacia la izquierda sin interrupción. Desde el punto en que nos encontramos no podemos ver si a la derecha hace lo mismo, pero por la naturaleza del terreno es probable que prosiga también en esa dirección, tornando el profundo valle en una amplia bolsa o anfiteatro. Como han estudiado el terreno en otros lugares, es probable que hayan hecho lo mismo aquí y hayan escogido este lugar como refugio. Que un hombre, un señalizador, se quede justo aquí.

En aquel mismo instante, un hombre dio un paso al frente. Según mis conocimientos, era un tirador excelente.

—Que otros dos vayan a la izquierda y traten de encontrar una bajada al

acantilado por delante de nosotros. Cuando hayan bajado hasta el fondo del valle —por un sendero o por otro camino—, que avancen con gran precaución y sigilo, con los fusiles preparados. Pero no deben abrir fuego más que en caso de necesidad. Recordad, hermanos míos —agregó, dirigiéndose a los que habían dado un paso o dos hacia la izquierda—, que el primer disparo será la señal para la muerte de la vaivodina. Esos hombres no se lo pensarán dos veces. Vosotros mismos escogeréis el momento oportuno para disparar. Los demás nos dirigiremos hacia la derecha y trataremos de encontrar un camino por ese lado. Si el valle es efectivamente una bolsa entre los peñones, debemos encontrar una bajada que no sea una senda.

Mientras hablaba, en sus ojos brillaba una llama que no presagiaba nada bueno para quien pudiera interponerse en su camino. Yo corrí a su lado cuando nos desplazamos hacia la derecha.

Se confirmó lo que él había supuesto. Apenas habíamos avanzado un poco cuando descubrimos que la formación rocosa doblaba hacia nuestra derecha y, tras una amplia curva, proseguía hasta el lado opuesto.

El valle, con su angosta circunferencia y sus elevadas paredes, que parecían amenazar desplome, tenía un aspecto amedrentador. En el extremo más alejado de nosotros, los grandes árboles que revestían la ladera de la montaña crecían hasta el borde mismo de la roca, de manera que sus ramas tensas pendían sobre el abismo. Y, por lo que cabía suponer, en nuestra vertiente debía ocurrir lo mismo. Por debajo de nosotros, el valle estaba oscuro incluso a la luz del día. Distinguíamos mejor el movimiento de los merodeadores fugitivos por los destellos del sudario blanco de su rodeada cautiva.

Desde el lugar en que nos habíamos agrupado, en medio de los grandes troncos de árboles justo encima del peñón, conseguimos verlos perfectamente una vez que nuestros ojos se hubieron habituado a la sombra: unas veces arrastrando y otras acarreado con la vaivodina, atravesaron el espacio abierto y se refugiaron en un pequeño claro herboso rodeado, salvo en su entrada tortuosa, por numerosos matorrales. Desde el nivel del valle resultaba a todas luces imposible verlos; pero desde nuestra altura sí era posible ver por encima de los raquítricos matorrales. Una vez dentro del claro, le quitaron las manos de encima, y ella se retiró temblando al rincón más apartado.

Y luego, ¡oh, que el deshonor recaiga sobre su raza! —Aunque fueran turcos y, por tanto, paganos—, vimos cómo la habían sometido a la indignidad de amordazarla y atarle las manos.

¡Nuestra vaivodina Teuta atada! Para todos y cada uno de nosotros aquello fue como una terrible bofetada. Oí de nuevo crujir los dientes del hospodar. Pero, una vez más, consiguió sobreponerse.

—Tal vez esta indignidad tenga su lado positivo —dijo con calma—. Ellos se están buscando su propia perdición, que les llegará rápidamente... Más aún, están abortando sus propios planes innobles. Como ella está atada, se confiarán más y aplazarán la alternativa asesina hasta el último momento. Así aumentan nuestras probabilidades de rescatarla con vida.

Durante unos momentos permaneció completamente inmóvil, como si estuviera rumiando algo mientras observaba atentamente. Noté que en su mente estaba tomando cuerpo alguna resolución sañuda, pues sus ojos pasaron de la copa de los árboles hacia lo alto del acantilado, y de nuevo hacia abajo, esta vez muy despacio, como midiendo y estudiando con detalle cuanto se hallaba delante de él. Luego habló de esta manera:

—Ellos esperan que el otro grupo perseguidor no los descubra. Por eso están haciendo tiempo. Si los nuestros no hacen su aparición en el valle, ellos proseguirán su marcha. Volverán por la senda por la que han venido. Allí los esperaremos, los atacaremos y abatiremos a los que la tienen rodeada. Luego los otros abrirán fuego, ¡y nos libramos finalmente de ellos!

Mientras estaba hablando, dos de nuestros hombres, tiradores de élite que yo conocía personalmente, y que acababan de inclinarse para cargar sus fusiles, se pusieron en pie.

—¡Danos órdenes, hospodar! —dijeron simplemente, cuadrados marcialmente—. ¿Vamos a la cabecera del camino del barranco y nos escondemos allí? —Él estuvo pensando durante un minuto aproximadamente, mientras todos permanecíamos callados como estatuas. Se podía oír el latir de nuestros corazones. Luego dijo:

—No, aún no. Aún queda tiempo. No se moverán —no pueden—, ni harán planes de ningún tipo hasta que no sepan si el otro grupo avanza o no hacia ellos. Desde esta altura nosotros podemos ver la dirección que los otros van a seguir bastante antes que esos villanos. Entonces haremos nuestros planes y nos prepararemos.

Pasamos bastantes minutos más esperando, pero sin ver rastro alguno del otro grupo perseguidor. Este había adoptado evidentemente una mayor precaución en sus movimientos conforme se acercaba al lugar donde esperaba encontrar al enemigo. Los merodeadores empezaron a ponerse nerviosos. Incluso desde nuestra distancia se podía notar esto por su actitud y movimientos.

Finalmente, cuando la espera les resultó intolerable, se acercaron a la entrada del claro, el lugar más alejado de su prisionera al que podían retirarse sin exponerse demasiado a quien entrara en el valle. En este momento se les vio hacer consultas entre ellos. Por sus gestos pudimos seguir lo que estaban

diciendo, pues como no querían que su prisionera los oyera, su gesticulación resultaba tan esclarecedora para nosotros como para ellos mismos. Nuestra gente, como la generalidad de los montañeses, tiene buena vista, y el hospodar es también un águila en esto como en otras cosas. Tres hombres se apartaron del resto. Dejaron en el suelo sus fusiles, pero al alcance de la mano. Luego sacaron sus cimitarras y se pusieron firmes, como si montaran guardia.

Estos eran manifiestamente los asesinos designados. Parecían conocer perfectamente su cometido, pues, aunque se hallaban en un lugar desértico sin nadie cerca salvo la cuadrilla perseguidora, de cuya aproximación serían debidamente informados, estaban tan cerca de su prisionera que ningún tirador del mundo —ni de ahora ni de nunca antes, ni siquiera el mismísimo Guillermo Tell— habría conseguido herir a uno de ellos sin al mismo tiempo ponerla en peligro también a ella. Dos de ellos hicieron girarse a la vaivodina de manera que su rostro mirara hacia el precipicio —en esta posición ella no podría ver lo que estaban tramando— mientras el que era a todas luces el cabecilla de la panda daba a entender con gestos que los demás debían ir a espiar a los perseguidores. Cuando los hubieran localizado, él, o uno de sus hombres, volvería atrás y, desde el umbral del bosque, levantaría la mano para avisar también a los demás.

Esta sería la señal para degollar a la víctima. Tal era el método escogido (infame incluso para unos asesinos paganos) para su muerte. No hubo ni uno solo de nuestros hombres a quien no le rechinaran los dientes al ver cómo, de una manera demasiado elocuente, el turco levantaba la mano derecha y, cerrándola como si empuñara un yatagán, hacía el gesto de cortarse la garganta.

A la entrada del claro todo el grupo espía se detuvo mientras el cabecilla notificaba a cada cual el punto en el que debía internarse en el bosque, que se extendía horizontalmente a través de todo el valle, de un peñasco a otro.

Los hombres, agachados mientras avanzaban por la zona despejada, listos para aprovecharse al instante de cualquier relieve o protuberancia del terreno, parecían desvanecerse cual espectros a lo largo de la llanura herbosa, hasta perderse engullidos por el bosque.

Cuando hubieron desaparecido, el hospodar Rupert nos reveló los detalles del plan de acción al que había estado dando vueltas en su cerebro. Nos hizo señas de que le siguiéramos; nos abrimos paso entre los troncos de árboles, manteniéndonos todo el tiempo junto al borde del peñón, de manera que nos resultara visible el espacio inferior. Hasta que no llegamos a un punto desde el que se podía divisar todo el bosque sin perder de vista a la vaivodina y a su asesino asignado, no nos mandó detenernos. Había una ventaja añadida en este punto sobre el anterior, pues desde aquí veíamos directamente la elevación del

camino de montaña: por el extremo más alejado discurría un ulterior tramo del sendero que habían seguido los salteadores. Era en algún punto de ese sendero donde el otro grupo perseguidor había esperado interceptar a los fugitivos. El hospodar habló con rapidez, aunque con ese tono imperioso que todo verdadero soldado gusta de escuchar:

—Hermanos, ha llegado el momento de partiros el brazo por Teuta y nuestro país. Que los dos tiradores tomen posición aquí, mirando al bosque. — Los dos hombres se echaron al suelo al instante con los fusiles en ristre—. Repartíos entre vosotros toda la extensión del bosque, estableciendo vosotros mismos los límites de vuestras posiciones. En cuanto aparezca uno de los merodeadores, disparad sobre él y abatidlo antes de que pueda salir del bosque. Y seguid vigilando y tratando de la misma manera a cualquier otro que pueda ocupar su lugar. Haced esto si vienen individualmente hasta que no quede un solo hombre. Recordad, hermanos, que no basta con tener un corazón valiente en un momento tan difícil. Solo con un espíritu tranquilo y un ojo avizor conseguiremos salvar a la vaivodina.

Luego, volviéndose al resto de nosotros, dijo:

—Archimandrita de Spazac, a vos, que sois el intérprete ante Dios de los ruegos de tantas almas, os digo que ha llegado también mi hora. Si no vuelvo, transmitid mi amor a mi tía Janet, Miss MacKelpie, de Vissarion. No nos queda más que una salida si deseamos salvar a la vaivodina. Cuando llegue el momento, tomad a estos hombres y uníos al vigía que está en lo alto del camino del barranco. Cuando oigáis los fusiles, poneos a la cabeza de estos hombres y precipitaos barranco abajo para atravesar el valle. Hermanos, puede haber llegado el momento de vengar a la vaivodina, sí no podéis salvarla. Por mi parte, yo tomaré un atajo, pues ya no queda tiempo para bajar por el sendero; es un atajo que la naturaleza ha dispuesto para mí, y ese es el que tomaré. ¿Veis aquella haya gigante que se eleva por encima del claro del bosque donde se encuentra la vaivodina? ¡Ese es mi atajo! Cuando veáis desde aquí el regreso de los espías, hacedme una señal con vuestro sombrero, pero no utilizéis un pañuelo ni otro objeto blanco que pueda ponerles sobre aviso. Luego precipitaos por ese barranco. Apenas recibida vuestra señal, yo me dejaré caer entre los árboles, y, si no puedo hacer otra cosa, al menos aplastaré a los asesinos con el peso de mi cuerpo, aun cuando tuviera que arrollarla a ella también. Al menos moriríamos juntos, y libres. Sepultadnos en la tumba de San Sabas. ¡Adiós, si es que no nos volvemos a ver!

Dicho lo cual, arrojó al suelo la vaina en que guardaba el puñal, se ajustó el arma al cinto y desapareció...

Los que no vigilábamos el bosque mantuvimos los ojos clavados en aquella gran haya, observando sus largas ramas, que pendían ahora hacia abajo

y hasta se meneaban con la suave brisa. Durante unos minutos, que nos parecieron interminables, perdimos por completo el rastro del hospodar. Luego, junto a una de las grandes ramas que se extendían despojadas de hojas, vimos algo trepar lentamente. Se asomaba al precipicio, y, al percatarnos de que estaba mirándonos, yo agité la mano para darle a entender que lo habíamos avistado. Iba vestido de verde —su habitual atuendo en el bosque—, por lo que había pocas probabilidades de que otros ojos pudieran reparar en él. Yo me quité el sombrero y lo mantuve listo para hacerle la señal cuando llegara el momento. Miré en dirección del claro del bosque y vi a la vaivodina de pie, aún viva, con sus guardias tan cerca que la estaban tocando. Luego yo también fijé mi atención en el bosque.

De repente, el hombre que se hallaba a mi lado me cogió del brazo y señaló con el dedo. A través de los árboles, que eran más bajos que en otras partes del bosque, vi a un turco avanzar furtivamente, y entonces agité mi sombrero. En aquel mismo instante crepitó un fusil debajo de mí. Un segundo o dos después, el espía cayó de bruces, muerto. Inmediatamente después, mis ojos buscaron el haya, y vi a Rupert levantarse hasta la mitad y deslizarse hasta un nudo grueso de la rama. Luego el hospodar se irguió y se precipitó sobre la masa de las ramas. Cayó como una piedra, y mi corazón con él.

Pero, un instante después, pareció recuperar el equilibrio. Se había agarrado a las ramas más finas en su caída, y las hojas que había arrancado con su movimiento violento revoloteaban ahora a su alrededor.

De nuevo crepitó el fusil debajo de mí, y unas cuantas veces más. Los merodeadores estaban alertados e iban saliendo en tropel. Pero mis ojos estaban fijos en el árbol. El gigantesco cuerpo del hospodar cayó con el estruendo de un rayo —aunque su corpulencia resultaba microscópica en medio de la inmensidad del entorno—; pero, para frenar la caída que la altura tornaba peligrosa, se agarró primeramente a las ramas del haya y luego, cuando estas hubieron alcanzado su tensión máxima y no podían alargarse más, a las matas que crecían entre las hendiduras de la roca. Al final —pues aunque todo esto tuvo lugar en escasos segundos, la gravedad de la situación me los hizo parecer interminables— vino un gran espacio rocoso de unos cinco metros de superficie. No se detuvo, sino que se lanzó hacia un lado, para poder caer donde se hallaba la vaivodina y sus guardias. Estos hombres no parecían sospechar nada, pues su atención estaba puesta en el bosque de donde esperaban la señal de su mensajero. Pero levantaron sus yataganes por si acaso: los disparos los habían alarmado, y parecían dispuestos a perpetrar el asesinato en aquel instante, con o sin mensajero...

Pero, si los hombres no vieron el peligro que les venía de arriba, la vaivodina sí lo vio. Levantó los ojos rápidamente al primer ruido, e incluso desde donde nosotros estábamos, antes de que empezáramos a correr hacia el

sendero del barranco, pude ver la triunfante mirada en sus gloriosos ojos al reconocer la identidad del hombre que parecía estar bajando del mismo cielo para ayudarla, cosa que ella, y también nosotros, imaginamos que hizo el hospodar realmente, pues, si alguna vez hubieran debido los cielos echar una mano para un rescate en la tierra, este era el momento clave.

Ni siquiera durante la última caída del follaje rocoso perdió el hospodar la cabeza. Mientras caía sacó su puñal, y casi antes aún de tocar tierra rebanó la cabeza de uno de los asesinos. Lo vi tambalearse unos instantes, pero fue para lanzarse mejor contra sus enemigos. Dos veces, con la rapidez del rayo, la hoja de su cuchillo fulguró en el aire, y dos cabezas rodaron por el suelo.

La vaivodina levantó sus manos atadas. De nuevo relució la hoja, esta vez hacia abajo, y la dama quedó libre. Sin perder un segundo, el hospodar le rasgó la mordaza, y con su brazo izquierdo alrededor de ella y el puñal en la derecha, plantó cara a los enemigos que aún seguían vivos. La vaivodina se agachó de repente, y luego, levantando el yatagán que había caído de la mano de uno de los merodeadores muertos, se colocó a su lado.

Los disparos de los fusiles se sucedían ahora sin cesar mientras los merodeadores —los que quedaban— salían atropelladamente a la zona despejada. Pero los tiradores conocían su cometido de sobra. No habían olvidado la norma del hospodar de mantener la calma. Siguieron apuntando a los que avanzaban en cabeza, de manera que su carrera hacia adelante no parecía avanzar nunca.

Mientras nos precipitábamos barranco abajo y, mientras empezábamos a temer que alguna desgracia hubiera ocurrido a algunos de los que habían alcanzado el claro del bosque, surgió otro motivo para la sorpresa..., una alegre sorpresa.

Del bosque surgió de repente un grupo de hombres, todos portando la boina nacional, por lo que supimos que eran de los nuestros. Todos iban armados solamente con cuchillo, y avanzaban corriendo como tigres. Se abalanzaron sobre los turcos en huida, barriéndolos literalmente como un niño borra una lección de la pizarra.

Unos segundos después, a estos les siguió una figura altísima con pelo largo y barba negra mezclada de gris. Instintivamente, todos nosotros, al igual que los que estaban en el valle, gritamos de gozo, pues este no era otro que el propio vladika Milosh Plamenac.

Confieso que, sabiendo lo que yo sabía, estuve un rato nervioso por miedo a que, en medio de la gran excitación que nos invadía a todos, alguien dijera o hiciera algo que pudiera causar problemas posteriormente. La espléndida gesta del hospodar, digna de cualquier héroe del viejo romance, nos había

enardecido a todos. Él también debía de haberse sentido poseído por una furia sobrenatural para realizar dicho acto; y no es precisamente en tales momentos cuando se puede esperar que un hombre haga gala de discreción. Sobre todo, temí que surgiera algún peligro por parte de la vaivodina. Si yo no hubiera asistido a su boda, tal vez no habría comprendido entonces lo que debía significar ser salvada de semejante condena en semejante momento por semejante hombre que tanto representaba para ella, y de semejante manera. Habría sido perfectamente natural que, en un momento tal de gratitud y de exaltación, ella hubiera proclamado el secreto que los del consejo de la nación, colaboradores de su padre, habíamos guardado tan religiosamente. Pero ninguno de nosotros conocíamos entonces ni a la vaivodina ni al hospodar Rupert como los conocemos ahora. Y qué providencial el que fueran como son, pues los celos y la suspicacia de nuestros montañeses podrían haberse manifestado incluso en un momento como aquel, mientras todos exultábamos ante tamaña proeza. El vladika y yo, que éramos (además de los dos principales protagonistas) los únicos que lo sabíamos, nos miramos mutuamente con aprensión. Pero, al instante, la vaivodina, con una rápida mirada a su marido, se cruzó los labios con el dedo índice, y él, haciéndose cargo al instante, la tranquilizó con un signo semejante. Luego ella cayó de rodillas ante él y, llevando la mano del hospodar a sus labios, la besó mientras decía:

—Hospodar Rupert, te debo todo lo que una mujer puede deber, salvo lo que debe a Dios. ¡Tú me has devuelto la vida y el honor! Nunca podré agradecerte cumplidamente todo lo que has hecho por mí; mi padre procurará hacerlo cuando regrese. Pero estoy segura de que los hombres de las Montañas Azules, que tanto aprecian el honor, la libertad y la valentía, te abrirán sus corazones para siempre.

Los labios le temblaban, tenía los ojos humedecidos por las lágrimas, y había hablado de una manera tan dulce, tan femenina y tan en sintonía con la manera como las mujeres suelen tratar a los hombres en nuestro país, que los corazones de nuestros montañeses se emocionaron al punto. Su noble sencillez halló las lágrimas como vía de expresión. Pero, si el gallardo hospodar hubiera pensado por unos instantes que llorar así era impropio de hombres, su errónea apreciación habría sufrido ipso facto un severo correctivo. Cuando la vaivodina se incorporó, lo que hizo con dignidad de reina, los hombres hicieron un círculo alrededor del hospodar como una ola del mar y, en unos segundos, lo lanzaron al aire, pasándose de mano en mano, para festejarlo. Fue como cuando, en los tiempos antiguos, los vikingos de quienes hemos oído hablar y cuya sangre corre por las venas de Rupert, escogían a su jefe. Yo estaba contento de que los hombres estuvieran tan entusiasmados con el hospodar que no vieron la luz que brillaba en los ojos estrellados de la vaivodina, pues, de lo contrario, podrían haber adivinado el secreto. Por la

mirada del vladika, supe que este compartía mi propia satisfacción, al igual que antes había compartido mi nerviosismo.

Los montañeses seguían lanzando por los aires al hospodar Rupert, recogéndolo luego entre sus manos, y sus gritos alcanzaron un volumen tal que, a todo nuestro alrededor, y más allá, las aves, asustadas, emprendieron vuelo, aumentando el alboroto general con su frenético aleteo. El hospodar, como siempre preocupado por los demás, fue el primero en calmarse.

—Vamos, hermanos —dijo—, vamos a lo más alto de la montaña a transmitir la noticia al castillo. Es justo que toda la nación comparta la grata noticia de que la vaivodina Teuta de Vissarion ha sido liberada. Pero, antes de irnos de aquí, llevémonos las armas y vestimentas de estas carroñas. Podrían sernos de utilidad después.

Los montañeses lo posaron sobre el suelo con cuidado, y él, tomando a la vaivodina por la mano, y llamando al vladika y a mí también para que los acompañáramos, encabezó la ascensión por el sendero del barranco por el que habían bajado los merodeadores, y desde allí atravesamos el bosque hasta lo alto de la colina que dominaba el valle. Aquí, a través de un claro que se abría entre los árboles, pudimos divisar a lo lejos las murallas almenadas de Vissarion. Inmediatamente después, el hospodar hizo señales a sus moradores, y esperó la respuesta, que llegó al poco tiempo. Luego les transmitió la alegre noticia, que fue recibida con manifiesto júbilo. No podíamos percibir ningún sonido desde tan lejos, pero lo adivinamos por los rostros levantados y las manos agitadas. Pero unos instantes después vino una calma tan terrible que, antes de que el semáforo empezara a funcionar, supimos que nos aguardaba alguna mala noticia. Cuando esta llegó finalmente, se elevó entre nosotros un amargo gemido, pues el contenido de la misma era el siguiente:

—El vaivoda ha sido capturado por los turcos a su regreso, y se encuentra prisionero en Ilsin.

En tan solo un instante cambió el talante general de los montañeses. Fue como si, tras un relámpago, el verano hubiera devenido en invierno, como si el esplendor dorado del grano hubiera quedado sepultado bajo un pesado manto de nieve. Bueno, en realidad fue algo más violento aún: fue como el rastro que deja a su paso una tempestad, con los gigantes del bosque caídos por el suelo. Durante un rato no se oyó ni una palabra; luego, con un rugido de rabia, como cuando Dios habla en medio de la tormenta, se oyó exclamar con fiera determinación a los hombres de las Montañas Azules:

—¡A Ilsin! ¡A Ilsin!

A lo que siguió una estampida en dirección sur; pues, distinguida dama, tal vez usted, que ha vivido tan poco tiempo en Vissarion, no sepa que en la punta

meridional del país de las Montañas Azules se encuentra el pequeño puerto de Ilsin, que mucho tiempo atrás arrebatamos al turco.

La estampida quedó repentinamente paralizada ante el «¡Alto!» ordenado con voz atronadora por el hospodar. Instintivamente, todos se detuvieron. El hospodar Rupert volvió a tomar la palabra:

—¿Por qué no reflexionamos un poco antes de emprender el viaje? Voy a pedir que envíen por semáforo todos los particulares que se conozcan. Avancemos todos en silencio y lo más deprisa posible. El vladika y yo esperaremos aquí hasta recibir noticias y enviar algunas instrucciones; luego os seguiremos y, si podemos, os alcanzaremos. Ah, otra cosa: no digáis absolutamente nada de lo que sabéis. Guardaremos secreto sobre todos los detalles, incluso sobre el rescate de la vaivodina, salvo lo que yo transmita.

Sin comentario alguno, demostrando así una confianza inmensa, el grueso de los allí congregados —no demasiados, a decir verdad—, emprendió la marcha, y el hospodar empezó a transmitir información por señales. Como yo mismo era experto en el código, no necesité ninguna explicación, y pude comprender las preguntas y las respuestas que se sucedían. Las primeras palabras que transmitió por señales el hospodar Rupert fueron estas:

—Silencio, silencio absoluto sobre todo lo ocurrido.

Luego pidió más detalles sobre la captura del vaivoda. La respuesta fue esta:

—Fue seguido desde Flushing, y sus enemigos fueron informados por los espías a lo largo del trayecto. En Ragusa, un montón de forasteros —viajeros, al parecer— subieron a bordo del barco. Al apearse él, los forasteros hicieron lo mismo y lo fueron siguiendo, aunque por el momento no tenemos más detalles. Desapareció en Ilsin del hotel Reo, donde se había alojado. Se están tomando todas las medidas posibles para seguir sus movimientos, y sobre todo este asunto se está observando el más absoluto silencio.

La respuesta fue:

—¡Muy bien! Seguid manteniendo el mismo silencio y el mismo secreto. Yo regreso ahora mismo. Comunicad al arzobispo y a todos los miembros del consejo nacional que acudan a Gadaar a toda prisa. Allí les esperará el yate acorazado. Decid a Rooke que zarpe rápidamente rumbo a Gadaar, donde invitará a embarcarse al arzobispo y al consejo —dadle la lista completa de los nombres— y volverá a toda velocidad. Procurad tener preparadas varias armas y un comando de seis hombres ultrarrápidos; más doscientos hombres y provisiones para tres días. Y, sobre todo, silencio y silencio... Todo depende de esto. Que todo siga en el castillo como de costumbre, salvo para quienes deben moverse en secreto.

Transmitido el mensaje, y recibida la respuesta, los tres —pues, naturalmente, la vaivodina iba con nosotros: se había negado a abandonar al hospodar— nos apresuramos a alcanzar a nuestros camaradas. Pero, cuando bajamos la colina, resultó evidente que la vaivodina no podía mantener el terrible ritmo al que marchaba el grupo. Hizo unos esfuerzos heroicos, pero el largo viaje ya realizado y las penalidades y angustia padecidas le habían pasado factura. El hospodar se detuvo y, diciendo que debíamos darnos mucha prisa —estaba en juego la vida de su padre— nos comunicó que él se encargaría de llevarla.

—¡No, no! —contestó ella—. ¡Sigue tú! Yo seguiré con el vladika. Así podrás tener todo preparado cuando lleguen el arzobispo y el consejo.

Se besaron, tras lanzarme ella una mirada tímida, y él siguió los pasos de nuestros camaradas a un ritmo endiablado. Lo vi poco después alcanzarlos, aunque también ellos iban muy deprisa. Durante unos minutos siguieron corriendo juntos, sin dejar él de hablarles, cosa que pude observar por la manera como ellos volvían constantemente sus cabezas hacia él. Luego el hospodar se adelantó a ellos en un santiamén. Corría cual ciervo en busca de refugio y pronto lo perdimos de vista. Los camaradas hicieron una breve pausa. Luego unos cuantos siguieron corriendo y el resto volvió hacia nosotros. Rápidamente improvisaron una litera con cuerdas y ramas, e insistieron para que la vaivodina la utilizara. En un lapso de tiempo increíblemente corto, nos pusimos de nuevo en marcha, avanzando con gran rapidez en dirección a Vissarion. Los hombres que llevaban la litera se fueron relevando; yo tuve también el honor de echar una mano.

A un tercio aproximadamente de lo que quedaba para llegar a Vissarion, salió a nuestro encuentro un buen número de personas. Como venían frescas, portaron la litera, y así, al vernos aliviados, pudimos acelerar el ritmo y llegar antes al castillo.

Aquí todo era un ir y venir. El yate acorazado, que el capitán Rooke había mantenido con las máquinas encendidas desde que el grupo perseguidor encabezado por el hospodar partiera de Vissarion, ya se había hecho a la mar, e iba surcando las olas a una velocidad increíble. Los fusiles y municiones estaban apilados en el muelle. También los cañones habían sido cargados, y las cajas con munición estaban listas para el embarque. Los hombres, en número de doscientos, estaban ya formados, listos para entrar en acción al primer aviso. También se había preparado provisiones para tres días y cubas con agua fresca, que se cargarían a bordo tan pronto volviera el yate. En un extremo del muelle, listo para subir a bordo, se encontraba también el aeroplano del hospodar, perfectamente equipado y listo para despegar cuando lo exigieran las circunstancias.

Me sentí contento al constatar que el aspecto de la vaivodina no era muy malo pese a su espantosa experiencia. Aún llevaba su sudario, pero nadie parecía reparar en nada especial. Resultaba evidente que había corrido de boca en boca el relato de lo sucedido. Pero la discreción seguía siendo la norma. Ella y el hospodar se encontraron como dos personas que habían trabajado y penado en común; pero me alegraba notar que su autocontrol era tal que ninguno de los que no estaban ya en el secreto habría sospechado que existía un gran amor entre ellos, y mucho menos que estaban unidos por el vínculo del matrimonio.

Todos esperamos con la mayor paciencia posible a que se anunciara por señales desde la torre del castillo que el yate acorazado había asomado por el horizonte septentrional, y que avanzaba a toda velocidad bordeando la costa.

Cuando llegó, oímos, para nuestra satisfacción, que todos los afectados habían realizado bien su trabajo. El arzobispo estaba a bordo, y no faltaba ningún miembro del consejo nacional. El hospodar los invitó a entrar con la mayor premura en la gran sala del castillo, que habían preparado con esmero para la ocasión. Yo también entré, pero la vaivodina se quedó fuera.

Cuando todos hubieron tomado asiento, él se levantó y dijo:

—Excelentísimos arzobispo, vladika y señores todos del consejo, me he atrevido a citarles aquí de esta guisa porque el tiempo apremia, y la vida de una persona a la que todos amamos, el vaivoda Vissarion, se encuentra en grave peligro. El audaz atentado por parte del turco es la antigua agresión de siempre bajo una nueva forma. Es un paso nuevo y más atrevido el tratar de capturar a vuestro jefe y a su amada hija, la vaivodina. Afortunadamente, la segunda parte de su intento se ha visto frustrada. La vaivodina está ya entre nosotros, sana y salva. Pero el vaivoda sigue prisionero, y esperemos que aún con vida. Debe de encontrarse en algún lugar cerca de Ilsin, pero aún no sabemos en qué punto exactamente. Tenemos una expedición lista para partir en el momento en que recibamos vuestra sanción, vuestra orden. Os obedeceremos a costa de nuestra propia vida. Pero, como el asunto urge, me aventuro a formular una pregunta, y solo una; a saber, «¿Debemos rescatar al vaivoda a cualquier precio?». Pregunto esto porque el asunto ha adquirido ya una dimensión internacional y, si nuestros enemigos muestran el mismo empeño que nosotros, la única salida es la guerra.

Dicho lo cual, con una dignidad y una determinación fuera de lo común, se retiró; y el consejo, tras proceder al nombramiento de un escribano —el monje Cristóforos, sugerido por mí— inició sus deliberaciones.

El arzobispo fue el primero en tomar la palabra:

—Señores del consejo de las Montañas Azules, me atrevo a pedirlos que la

contestación al hospodar Rupert sea un sí inmediato, junto con nuestro más ferviente agradecimiento a este gallardo inglés, que ha hecho suya nuestra causa y tan valerosamente ha rescatado a nuestra amada vaivodina de las despiadadas manos de nuestros enemigos.

En esto se levantó Nicolos de Volok, el miembro más anciano del consejo, y, tras consultar con la mirada los rostros de los asistentes, y no hallando sino gestos de asentimiento —pues no se había dicho ni una sola palabra—, dijo a quien sujetaba la puerta:

—Manda venir al instante al hospodar Rupert,

Cuando este hubo entrado, le habló de esta manera:

—Hospodar Rupert, el consejo de las Montañas Azules no tiene más que una respuesta que dar: ¡Adelante! Rescatad al vaivoda Vissarion, sea cual sea el precio a pagar. En lo sucesivo vos tendréis en vuestras manos el puñal, que es el arma nacional de nuestro país, pues, tras vuestra heroica empresa concluida con el rescate de nuestra amada vaivodina, poseéis ya el corazón de nuestro pueblo. ¡Adelante sin más dilación! Os damos, ay, muy poco tiempo; pero sabemos que este es vuestro propio deseo. Luego emitiremos una autorización formal de manera que, si se sigue la guerra, nuestros aliados sepan que habéis actuado en nombre de la nación, amén de las credenciales que podáis necesitar para esta empresa excepcional. Estas os seguirán antes de una hora. Nuestros enemigos nos traen sin cuidado. He aquí el puñal que os ofrecemos.

Como un solo hombre, todos los allí congregados desenvainaron ipso facto sus relucientes cuchillos.

Luego se procedió sin un minuto de demora. El consejo levantó la sesión, y sus miembros, mezclándose con el pueblo que esperaba fuera, tomaron parte activa en los preparativos. Muy poco después, el yate acorazado, pertrechado con todo lo necesario, abandonaba la cala. En el puente, junto con el capitán Rooke, se hallaba el hospodar Rupert y la vaivodina Teuta, aún envuelta en su sudario. En cuanto a mí, yo iba en la cubierta inferior con los soldados, aprovechando para explicar a algunos de ellos las tareas especiales que probablemente tendrían que realizar; asimismo, llevaba conmigo la lista que había preparado para mí el hospodar Rupert mientras esperábamos a que el yate volviera de Gadaar.

Petrof Vlastimir

DIARIO DE RUPERT - CONTINUACIÓN

9 de julio de 1907

Avanzamos a una velocidad endiablada, bordeando siempre la costa para

evitar, en la medida de lo posible, ser vistos desde el sur. Justo al norte de Ilsin se yergue un promontorio, y ese fue nuestro escondite. Al norte de la península hay una pequeña bahía cerrada, con aguas bastante profundas y suficientemente ancha para contener un yate acorazado, si bien un barco mucho más grande no podría penetrar sin riesgo de encallar. Hicimos nuestra entrada y anclamos cerca de la costa, que no era más que una línea rocosa, un arrecife natural muy parecido a un muelle. Aquí nos encontramos con los hombres que habían acudido de Ilsin y cercanías en respuesta a nuestras señales transmitidas varias horas antes. Nos facilitaron las últimas informaciones respecto al secuestro del vaivoda, y nos comunicaron que todos los habitantes de aquella parte del país estaban tremendamente consternados. Nos aseguraron que podíamos contar con ellos, no solo para luchar hasta la muerte, sino también para mantener el más absoluto silencio. Mientras los marineros, bajo la dirección de Rooke, transportaban el aeroplano hasta la playa y le buscaban un lugar adecuado, donde pudiera permanecer oculto para cualquier ojo curioso pero desde el que pudiera levantar el vuelo fácilmente, el vladika y yo —y, por supuesto, mi mujer— nos quedamos a escuchar todos los detalles que se sabían sobre la desaparición del vaivoda.

Al parecer, este había viajado en secreto con el fin de evitar precisamente lo que al final le había acontecido. Nadie se había enterado de su llegada hasta que no desembarcó en Fiume, de donde mandó al arzobispo un mensaje codificado, que solo este era capaz de descifrar. Pero los agentes turcos no le perdieron el rastro en ningún momento, y la oficina de los espías se mantuvo informada permanentemente de sus movimientos. En Ilsin se bajó de un barco de vapor costero que hacía el trayecto Ragusa-Levante.

Durante los dos días anteriores a su llegada se había registrado un número inhabitualmente elevado de desembarcos en el pequeño puerto, de manera que se llenó el único hotel medianamente bueno de Ilsin. En realidad, solo quedaba una habitación, que fue precisamente la que reservó el vaivoda para la noche. Según el hotelero, que no lo había reconocido, cenó tranquilamente y se fue a dormir a su habitación, situada en la parte trasera de la planta baja, frente al muelle del pequeño río Silva, que desemboca aquí en el puerto. Durante la noche no se oyó ningún ruido extraño. Pero ya entrada la mañana, al no dar señales de vida el anciano forastero, fueron a llamar a su puerta. Al no recibir respuesta alguna, el hotelero forzó la puerta y encontró vacía la habitación. Su equipaje parecía intacto; solo faltaba la ropa que había llevado puesta. Era extraño que, aunque la cama daba muestras de haber sido usada y su ropa había desaparecido, no se hubiera podido encontrar la ropa que habría debido ponerse por la noche, de lo que las autoridades locales que acudieron a hacer la investigación dedujeron que el vaivoda se había ido, o había sido llevado, de la habitación con dicha ropa puesta, y que presumiblemente su ropa de calle había sido llevada también con él. Resultó enseguida evidente que las

autoridades sospechaban algo, pues habían exigido absoluto silencio a todos los de la casa. Cuando acudieron a hacer una investigación sobre los demás huéspedes, se descubrió que todos ellos habían marchado en el transcurso de la mañana, tras abonar debidamente el importe de la habitación. Ninguno de ellos había llevado ningún equipaje pesado ni había dejado ningún rastro por el que se pudiera deducir su identidad. Tras enviar un informe confidencial a la sede del gobierno, las autoridades habían proseguido sus pesquisas, y en este momento aún seguían trabajando activamente en la investigación. Antes incluso de volver yo a Vissarion, gracias a la intervención de los representantes del clero, se habían alistado para las tareas de búsqueda todos los hombres hábiles, de modo que no había palmo de aquella parte de las Montañas Azules que hubiera quedado sin rastrear. Al jefe del puerto le aseguraron sus vigías que ningún barco, ni grande ni pequeño, había zarpado del puerto durante la noche. Así pues, cabía inferir que los secuestradores del vaivoda se lo habían llevado tierra adentro, a no ser que se hubieran escondido en la ciudad o cerca de la misma.

Mientras nosotros recibíamos los distintos informes, llegó un mensaje urgente diciendo que se creía que toda la banda de los salteadores se encontraba en la Torre Silenciosa. Esta era una noticia bastante verosímil. Se trataba de una torre imponente e inmensamente sólida, construida en recuerdo de una de las masacres anteriores de los turcos y utilizada también como mazmorra. Se asentaba en lo alto de un cerro rocoso a unas diez millas del puerto de Ilsin, dirección tierra adentro. Era un lugar evitado por lo general y tan árido y baldío que no había habitantes en las cercanías. Como pertenecía al estado, y podía resultar útil en tiempo de guerra, estaba dotado de unas macizas puertas de hierro, que se mantenían cerradas salvo para ciertas ocasiones. Las llaves se encontraban en la sede misma del gobierno, en Plazac. Así pues, si los salteadores turcos habían conseguido entrar en la torre, podría resultar difícil, además de peligroso, intentar sacar de allí al vaivoda. La presencia de este era una grave amenaza para cualquier fuerza atacante, pues los turcos no vacilarían en quitarle la vida.

Rápidamente, le pedí su opinión al vladika sobre la conducta a seguir, y decidimos colocar un cordón de guardias alrededor de la torre a una distancia prudencial, para impedir la recepción de avisos del exterior, sí bien por el momento nos abstendríamos de atacar.

Preguntamos también si se había visto algún barco en los alrededores durante los últimos días, y se nos informó que una o dos veces se había visto un barco de guerra en la parte más meridional. Sin duda este era el barco que había visto Rooke en el transcurso de su rastreo de la costa tras el secuestro de la vaivodina, y que él había identificado como un navío turco. Siempre había sido avistado en pleno día, aunque no había ninguna prueba de que no se

hubiera movido sigilosamente durante la noche sin luces. Pero el vladika y yo estábamos convencidos de que el barco turco estaba de guardia —confabulado con las dos pandillas de salteadores— y decidido a eliminar a cualquier forastero que tratara de llegar a Ilsin sin ser detectado. Estaba claro, desde este punto de vista, que los secuestradores de Teuta se habían dirigido hacia el sur a toda velocidad y que solo posteriormente, frustrados y desengañados, habían puesto rumbo hacia el norte, buscando a la desesperada una oportunidad para atravesar la frontera. Aquel anillo de acero había dado sus frutos hasta la fecha.

Mandé llamar a Rooke y le expuse pormenorizadamente la situación. Él ya había pensado lo mismo que nosotros. Su deducción fue la siguiente:

—Mantengamos el cordón, y tratemos de interceptar alguna señal de la Torre Silenciosa. Los turcos se cansarán antes que nosotros. Yo vigilaré el barco de guerra turco. Durante la noche pondré rumbo al sur, sin luces, y le echaré un vistazo, aunque para ello tenga que esperar hasta las primeras luces del alba. Pueden vernos desde el barco; pero, si nos ven, saldré disparado a tal velocidad que perderán nuestro rastro en menos que canta un gallo. Estoy seguro de que el barco se acercará más a la costa antes de que termine el día, pues en la oficina de los espías saben que el país está en pie de alerta y que, cuando esto ocurre, cada día que pasa aumenta el riesgo de que descubran sus planes. Por la precaución que muestran deduzco que no quieren ser descubiertos y, por ello mismo, no contemplan una declaración de guerra abierta. Si tal es el caso, ¿por qué no salir a su encuentro y obligarlos a suscitar una controversia, si fuera necesario?

Cuando Teuta y yo tuvimos la primera ocasión de estar solos, discutimos de la situación detalladamente. La pobre muchacha estaba muy nerviosa pensando en el peligro que corría su padre. Al principio apenas podía hablar —ni siquiera pensar— de manera coherente. Sus palabras se entrecortaban y su razonamiento casi estaba paralizado por el estupor. Pero, luego, la sangre guerrera de su raza la devolvió a su estado normal, y entonces su rápido ingenio de mujer valió más que el razonamiento de un campamento entero de hombres. Al verla tan obsesionada por este tema, yo permanecí sentado y callado, procurando no interrumpirla en ningún momento. Durante un buen rato permaneció callada, mientras la oscuridad de la noche se iba haciendo cada vez más densa. Cuando habló, fue para exponer un plan de acción perfectamente pergeñado, basado en una inteligencia sutil:

—Tenemos que actuar con rapidez. Cada hora es mayor el peligro que corre la vida de mi padre. —Aquí su voz se quebró un instante, pero luego se recuperó y prosiguió—: Si tú vas al barco, yo no debería ir contigo, pues no sería conveniente que me vieran a mí. Sin duda el capitán conoce ambas intenciones: la de secuestrarme a mí y a mi padre. Por ahora debe ignorar lo que

ha sucedido. Tú y tu grupo de hombres valerosos y leales lo hicisteis tan bien que no pudo transcender ninguna noticia. Así pues, como hasta ahora el capitán del barco no sabe nada, debe retrasar su acción hasta el final. Pero si me viera a mí, se enteraría de que la otra aventura se ha malogrado. Y nuestra presencia le daría a entender que nos hemos enterado de la captura de mi padre, y entonces, percatándose de que los salteadores fracasarían a menos que fueran socorridos cuanto antes, ordenaría que el cautivo fuera... pasado a cuchillo. Sí, querido, tal vez mañana convenga que veas al capitán, pero esta noche tenemos que intentar rescatar a mi padre. Mira lo que he pensado. Tú tienes un aeroplano. Por favor, llévame contigo volando hasta el interior de la Torre Silenciosa.

—¡Ni aunque me lo pidiera Dios en persona! —exclamé yo horrorizado. Pero ella me cogió la mano y la apretó con fuerza mientras agregaba:

—Lo sé, lo sé, amor mío. Pero es la única manera. Sé que tú puedes penetrar en ese lugar, y en la oscuridad. Pero si entras allí, ello alertaría a los enemigos y, además, mi padre no lo comprendería. Recuerda que él no te conoce; él nunca te ha visto, y supongo que ni siquiera sabe nada de tu existencia. Pero a mí me reconocerá enseguida, y de cualquier forma que vaya vestida. Tú puedes intentar bajarme con una cuerda hasta la misma torre desde el aeroplano. Los turcos no conocen aún nuestra intención, y sin duda se fían, al menos en parte, de la seguridad que les ofrece la torre, por lo que su vigilancia será menos activa que una vez que se hayan enterado. Yo informaré a mi padre de todos los detalles, y estaremos listos en poquísimo tiempo. Ahora, amor mío, tracemos el plan juntos. Que tu ingenio y experiencia de hombre ayude a mi ignorancia, y podamos así salvar juntos a mi padre.

¿Cómo podía yo resistirme a semejantes súplicas, aun cuando no me hubieran parecido prudentes? Pero es el caso que sí eran prudentes, y yo, que sabía lo que podía hacer el aeroplano bajo mi guía, vi al punto las posibilidades de éxito. Por supuesto, existía un riesgo terrible en caso de que algo saliera mal. Pero en aquel momento vivíamos en un mundo de riesgos, y la vida de su padre estaba en peligro. Así, cogí a mi querida esposa en mis brazos y le dije que mi mente era también suya en esto, como ya lo eran también mi alma y mi cuerpo. Y la animé diciéndole que su plan era estupendo.

Mandé llamar a Rooke y, tras haberme escuchado, juzgó el proyecto bastante acertado. Luego le dije que por la mañana tendría que ir él solo a entrevistarse con el capitán del barco de guerra turco en caso de que yo no apareciera.

—Yo voy a ver al vladika —le dije—. Él capitaneará nuestras tropas en el ataque a la Torre Silenciosa. Pero a usted le encomiendo la tarea de tratar con

el barco de guerra. Pregunte al capitán a quién o a qué nación pertenece el barco. Él se negará con toda seguridad a decírselo. En tal caso dígame que, si no ondea el pabellón de ninguna nación, el suyo es un barco de piratas y que usted, que está al mando de la marina de las Montañas Azules, lo tratará como se trata a un pirata: sin cuartel ni piedad. Él tratará de dar largas, y tal vez también de salir por la tangente; pero cuando vea que la cosa se pone seria, desembarcará un batallón, o al menos lo intentará, y tal vez incluso se lance a bombardear la ciudad. De todos modos, seguro que amenazará con hacerlo. En cuyo caso usted tratará con él de la manera que juzgue más oportuna, o como le sea posible.

Él contestó:

—Llevaré a cabo sus deseos hasta la muerte. Es una misión justa. Nada me detendrá en mi resolución. Si él ataca a nuestra nación —sea un turco o un pirata—, lo borraré del mapa. Verá lo que es capaz de hacer nuestro barquito. Y digo más: todo aquel que haya entrado en el país de las Montañas Azules ya por mar ya por cualquier otro conducto no saldrá vivo por mar. Presumo que será mi contingente el que cubra al grupo de asalto, pero será para todos nosotros un gran dolor si nos vemos obligados a hacerlo sin que Su Señoría y la vaivodina hayan vuelto, pues en tal caso pensaremos que ha ocurrido lo peor.

Pese a ser un hombre de hierro, noté que estaba temblando.

—Así es, Rooke —dije—, estamos asumiendo un gran riesgo, de eso no cabe duda. Pero la situación es desesperada. Y todos tenemos un deber que cumplir, pase lo que pase. El nuestro y el suyo son desesperados, pero, cuando lo hayamos llevado a cabo, el resultado será una vida más fácil para los demás; para todos los que queden.

Antes de partir, le pedí que me mandara tres conjuntos de trajes antibalas Masterman, de los que tenía un amplio surtido en el yate acorazado.

—Dos son para la vaivodina y para mí —dije—; el tercero es para que se lo ponga el vaivoda. La vaivodina se lo pondrá cuando descienda del aeroplano y caiga sobre la torre.

Luego aproveché la poca luz del día que quedaba para ir a reconocer el terreno. Mi esposa quería venir conmigo, pero yo no se lo permití.

—No —le dije—; en el mejor de los casos, vas a sufrir una terrible prueba de fuerza y de nervios. Querrás estar lo más fresca posible cuando subas al aeroplano. —Cual buena esposa, obedeció y se echó un poco a descansar en la pequeña tienda montada ex profeso para ella.

Me llevé conmigo a un hombre del lugar que conocía bien el terreno, y

cuya discreción estaba garantizada. En nuestra aproximación a la torre hicimos un rodeo para no ser avistados. Me serví de mi brújula para establecer la dirección a tomar, prestando atención especial a todo lo que nos podría servir como punto de referencia en el terreno. Ya de vuelta, quedé convencido de que, si todo salía bien, podría sobrevolar fácilmente sobre la Torre en medio de la oscuridad. Luego tuve una charla con mi mujer, y le di las últimas instrucciones:

—Cuando nos encontremos sobrevolando la Torre, te bajaré con una cuerda larga. Llevarás un paquete de comida y licor para tu padre en caso de que esté cansado o desvanecido; y, por supuesto, el traje antibalas, que se deberá poner al instante. También llevarás una cuerda corta con una correa a cada extremo, una para tu padre y la otra para ti. Cuando yo dé la vuelta y venga otra vez con el aeroplano, tú tendrás preparada la anilla que hay en medio de los dos cinturones, y meterás por ella el gancho fijado al extremo de la cuerda ya bajada. Una vez que todo esté bien sujeto, y yo haya tirado de vosotros dos con el cabrestante, arrojaré el lastre que llevaremos a tal fin y nos alejaremos a toda máquina. Temo que esto resulte algo incómodo para vosotros dos, pero no hay otra alternativa. Cuando nos hayamos alejado lo suficiente de la Torre, os izaré a los dos a bordo. Si fuera necesario, tomaré tierra, y luego pondremos rumbo hacia Ilsin.

»Una vez que estemos a salvo, nuestros hombres atacarán la Torre. Dejaremos que lo hagan solos, pues tienen muchas ganas de hacerlo. Unos cuantos hombres con la ropa y las armas que les quitamos a tus secuestradores serán perseguidos por otros también de los nuestros. Todo está perfectamente planeado. Ellos pedirán a los turcos que les dejen entrar, y, si no se han dado cuenta aún de la huida de tu padre, lo más probable es que accedan a ello. Una vez dentro, nuestros hombres tratarán de abrir la puerta. No tienen muchas probabilidades de éxito, ¡pobres muchachos!, pero son todos voluntarios, y morirán peleando. Si salen victoriosos, les espera una gran gloria.

»La luna no asoma esta noche hasta un poco antes de las doce; así que tenemos tiempo de sobra. Saldremos de aquí a las diez. Si todo sale bien, te dejaré en la Torre con tu padre dentro de menos de un cuarto de hora. Bastarán unos minutos para ponerle el traje antibalas y el cinturón. Yo no me alejaré de la Torre más que unos minutos, y, si Dios quiere, mucho antes de las once estaremos todos a salvo. Luego se podrá conquistar la Torre en un ataque lanzado por nuestros montañeses. Tal vez, cuando se oigan los disparos en el barco de guerra turco —pues es seguro que se producirá un fuego cruzado—, el capitán trate de desembarcar a un escuadrón. Pero Rooke estará por medio y, por lo que conozco de este hombre y de La dama, esta noche tendremos pocas molestias por parte turca. A medianoche, tu padre y tú podréis estar de camino hacia Vissarion. Yo interrogaré al capitán del navío por la mañana.

Nada parecía quebrantar el maravilloso coraje y autodomínio de mi esposa. Estaba ya lista para nuestra aventura cuando aún faltaban treinta minutos para la hora fijada y había incluso mejorado nuestro plan en un detalle. Se había puesto el cinturón y anudado la cuerda alrededor de su talle, de manera que el único retraso se produjera solo cuando su padre hiciera lo propio. Guardaría el traje antibalas destinado a él atado con una cinta a la espalda, de manera que, si todo salía bien, él no tuviera necesidad de ponérselo hasta que él y ella alcanzaran la carlinga del aeroplano. En tal caso yo no me alejaría de la Torre, sino que me limitaría a sobrevolarla despacio para recoger al cautivo y a su valerosa hija antes de partir definitivamente. Yo había sabido por fuentes locales que la Torre tenía varios pisos. Se entraba por el nivel del suelo, donde se hallaba la gran puerta revestida de hierro; más arriba había otros locales y el almacén, y en lo alto un espacio abierto. Lo más probable —así se creía— es que este fuera el lugar escogido para guardar al prisionero, pues se hallaba encerrado entre unas macizas murallas en las que no había ningún tipo de abertura. Tal sería, pues, la mejor disposición para nuestro plan. Todos los guardias se encontrarían en ese momento dentro de la Torre —probablemente descansando, la mayor parte de ellos—, por lo que era posible que ninguno de ellos se percatara de la llegada del aparato aéreo. Sin embargo, yo no me atrevía a pensar en términos tan optimistas, pues en tal caso nuestro trabajo sería demasiado sencillo y con máximas probabilidades de verse coronado por el éxito.

A las diez en punto nos pusimos en marcha. Teuta no mostró el menor signo de miedo ni de inquietud, aunque esta era la primera vez que veía volar un aeroplano. Y la verdad es que resultó una admirable pasajera, pues durante el trayecto permaneció completamente inmóvil junto a las cuerdas que yo había dispuesto para ella.

Tras verificar mi itinerario a la luz de la pequeña linterna gracias a los puntos de referencia y a mi brújula de la caja oscura, tuve finalmente tiempo para echar un vistazo a mi alrededor. Todo parecía oscuro por doquier —por tierra, mar y aire—. Pero la oscuridad es relativa, y, a pesar de mi primera impresión, las tinieblas no eran absolutas propiamente hablando. Así, por ejemplo, podía distinguir entre la tierra y la mar, pese a lo lejos que nos encontrábamos de la una y la otra. Miré luego hacia arriba: el cielo estaba oscuro; sin embargo, había suficiente luz para ver y hasta distinguir grandes efectos. No tuve dificultad para avistar la Torre hacia la que nos dirigíamos, lo que, después de todo, era lo más importante. Avanzamos despacio, muy despacio, pues no hacía ni gota de viento y yo solo daba al motor el mínimo de gas necesario. Creo que ahora entiendo por primera vez el valor extraordinario del motor con el que mi Kitson estaba equipado. Era silencioso, prácticamente no pesaba nada y permitía al aparato progresar con la misma facilidad con la que los antiguos aeróstatos eran empujados por la brisa. Teuta, que estaba

dotada de una vista estupenda, parecía mejor aún que yo, pues, conforme nos fuimos acercando a la Torre, y su cúspide redonda y abierta empezó a tomar forma, inició los preparativos para el trabajo que tenía reservado. Fue ella quien desenrolló la larga cuerda preparada para su descenso. Íbamos avanzando tan suavemente que tanto ella como yo teníamos la fundada esperanza de poder mantener en equilibrio el aparato en lo alto de la pared en curva, cosa manifiestamente imposible en una superficie recta.

Así que seguimos avanzando. No se veía luz alguna sobre la Torre, ni se oyó el menor sonido hasta que no estuvimos en línea con la pared ascendente; entonces oímos algo así como ruidos de jolgorio, pero amortiguados por la distancia y el espesor de las murallas. Esto nos dio renovados ánimos, pues significaba que nuestros enemigos estaban reunidos en las cámaras inferiores. Solo faltaba que el vaivoda se encontrara en la planta superior...

Lentamente, casi palmo a palmo, y con un suspense que resultó agónico, atravesamos los veinte o treinta pies que había sobre el punto más alto de la muralla. Al aproximarnos, pude ver la línea quebrada de manchas blancas donde, en los tiempos antiguos, las cabezas de los turcos masacrados eran ensartadas en picas, y que parecían difundir aún su lúgubre mensaje de muerte. Viendo que estas constituían en sí una dificultad para aterrizar sobre la muralla, me desvié de manera que, si se desplazaban, pudiéramos rozarlas y hacerlas caer por fuera de la muralla. Unos segundos después, conseguí posar el aparato con la parte delantera de la carlinga sobresaliendo por el muro de la Torre. Y allí lo anclé longitudinalmente con ganchos ad hoc.

Mientras hacía esto, Teuta se inclinó hacia adelante y, con un bisbiseo tan suave como el suspiro de una dulce brisa, susurró:

—¡Ssss! ¡Ssss!

La respuesta se produjo con un sonido parecido a unos veinte pies por debajo de nosotros, y entonces supimos que el prisionero estaba solo. Tras fijar el gancho de la cuerda a la anilla a la que estaba atado su cinturón, descolgué a mi esposa. Evidentemente, su padre había reconocido su susurro, y estaba listo. La Torre hueca —su interior era un simple cilindro— me devolvió el susurro de sus voces:

—¡Padre, soy yo, Teuta!

—¡Hija mía! ¡Mi valiente hija!

—Rápido, padre; póngase de prisa este cinturón y asegúrese de que esté bien sujeto. Tal vez tengamos que ser izados en el aire. Apretémonos todo lo que podamos. Así resultará más fácil a Rupert elevarnos hasta el aeroplano.

—¿A Rupert?

—Sí. Luego se lo explicaré. ¡Rápido, rápido! No hay ni un segundo que perder. Él es muy fuerte, y puede levantarnos a los dos; pero tenemos que ayudarle permaneciendo quietos, de modo que no tenga que utilizar el cabrestante, que podría partirse. —Mientras hablaba meneaba ligeramente la cuerda, que era la señal convenida para que yo tirara. Yo tenía miedo de que el cabrestante pudiera romperse, y su juiciosa sugerencia acabó por decidirme. Así, puse manos a la obra, y en unos segundos se hallaron en la carlinga, sobre la que, por sugerencia de Teuta, se quedaron tumbados, cada uno a un lado de mi asiento, para así mantener el mayor equilibrio posible.

Retiré los ganchos, solté las bolsas de lastre sobre la parte superior de la muralla, de modo que no se oyera el ruido de su caída, y puse en marcha el motor. El aparato avanzó unas pulgadas, volcándose ligeramente hacia el exterior de la muralla. Me dejé caer con todo mi peso sobre la parte delantera de la carlinga, e iniciamos nuestra caída describiendo un ángulo muy cerrado. Un segundo más y el ángulo se había ensanchado, y, sin hacer ruido, nos deslizamos hacia la oscuridad. Luego, ascendiendo según avanzábamos, cuando el motor había empezado a funcionar con toda su fuerza, dimos media vuelta y volamos rumbo a Ilsin.

El viaje fue breve: duró unos minutos solamente. Me pareció como si no hubiera transcurrido tiempo alguno hasta que vimos debajo de nosotros el resplandor de las luces y distinguimos un gran batallón de hombres dispuestos en orden militar. Redujimos velocidad y perdimos altura. La multitud guardaba un silencio sepulcral; pero, al vernos aparecer, demostró con creces que su silencio no se había debido a una posible falta de ánimo o de alegría. La presión de sus cuerpos mientras nos rodeaban, y la devoción con la que besaron las manos y los pies tanto del vaivoda como de su hija, me bastaron como prueba, y me habrían bastado aunque una buena parte de su agradecido regocijo no hubiera ido también destinada a mí.

En medio de todo aquello se oyó la voz baja y ronca de Rooke, que se había abierto paso hasta donde se hallaba el vladika:

—Hermanos, ha llegado el momento de atacar la Torre. Adelante, pero en silencio. Que no se escuche el menor ruido hasta que no estéis cerca de la puerta; luego representad vuestra pequeña comedia de los merodeadores fugitivos. Pero para ellos no habrá comedia alguna en la Torre. Mr. Sent Leger, el yate acorazado está listo para la misión de mañana, en caso de que yo no salga vivo de la refriega si llegan los del barco de guerra. En tal caso, tendrá que pilotarlo usted mismo. Que Dios la guarde, mi señora; y a vos también, vaivoda. ¡Adelante!

En medio de un silencio sepulcral, el denodado pequeño ejército empezó a moverse, mientras Rooke y los hombres que lo acompañaban desaparecían en

la oscuridad en dirección del puerto de Ilsin.

MANUSCRITO DEL VAIVODA PEDRO VISSARION

7 de julio de 1907

Cuando inicié mi viaje de regreso a casa, difícilmente podría haber sospechado que fuera este a tener un final tan extraño. Yo, que desde mi niñez he vivido siempre en un constante trajín de aventuras, intrigas, diplomacias — o como quiera que se llamen—, asuntos de estado y guerras, tuve en aquella ocasión sobradas razones para sentir sorpresa. Cuando me encerré en mi habitación del hotel de Ilsin, pensé que al final disfrutaría de un último lapso, aunque fuera breve, de descanso. Todo el tiempo que duraron mis prolijas negociaciones con distintas nacionalidades tuve que estar en constante tensión, lo mismo que durante el viaje de regreso a mi país, por miedo a que en el último momento pudiera verse frustrada mi misión. Pero, una vez que me vi a salvo en mi país de las Montañas Azules, donde solo me podían rodear amigos, y reposé mi cabeza sobre la almohada, pensé que había llegado el momento de olvidarme de las preocupaciones.

Pero cuál no sería mi estupor cuando me desperté con una mano extraña tapándome la boca, y sujetado por tantas manos que no podía mover ni un dedo... Todo lo que siguió fue como una pesadilla espantosa. Me enrollaron dentro de una gran alfombra con tanta fuerza que apenas podía respirar, y menos aún gritar. Sacado en volandas por muchas manos a través de la ventana, que, según pude oír, había sido suavemente abierta para la tarea, me transportaron hasta un barco. Posteriormente me llevaron en una especie de litera, sobre la que recorrí una larga distancia a una velocidad endiablada. Al detenernos, me introdujeron a rastras en un recinto —oí el ruido estridente que hizo la puerta al cerrarse—. Luego me sacaron de la alfombra y me encontré, aún con mi ropa de dormir, en medio de un corro de hombres. Serían unos cuarenta, todos ellos turcos y con cara de poco amigos, y armados hasta los dientes. Me arrojaron a los pies mi ropa, que se habían traído de mi habitación del hotel, y me mandaron vestirme. Mientras los turcos salían de la habitación, con techo abovedado, el último de ellos, que me pareció ser una especie de oficial, me dijo:

—Si gritas o haces algún ruido mientras estés en la Torre, morirás inmediatamente.

Poco después me trajeron un poco de comida y de agua, así como un par de mantas. Me tapé con ellas y estuve durmiendo hasta las primeras horas de la mañana. Me trajeron el desayuno, y luego entraron los mismos hombres. En presencia de estos, me dijo el mismo oficial:

—He dado instrucciones para que, sí haces algún ruido para delatar tu

presencia a cualquiera fuera de la Torre, el hombre más próximo a ti te haga callar para siempre mediante su yatagán. Si me prometes que no harás nada mientras estés en la Torre, podré ampliar un poco tu libertad de movimientos aquí. ¿Me lo prometes?

Yo se lo prometí; no había ninguna necesidad de padecer una reclusión severa. Cualquier posibilidad de escapar pasaba por disponer de la máxima libertad de movimientos. Aunque me habían secuestrado en medio del mayor sigilo, yo sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que se iniciara la persecución. Así que me dispuse a esperar con la mayor paciencia posible. Luego me permitieron subir a la plataforma superior, consideración mostrada por mis secuestradores pensando más en su comodidad personal que en la mía propia.

Por la tarde me dejaron permanecer en la plataforma superior, favor poco alentador, pues durante el día había podido comprobar que sería completamente imposible, incluso para una persona más joven y activa que yo, escalar las empinadas murallas. Estaban construidas para servir de cárcel, y ni siquiera un gato habría encontrado resquicios para sus uñas entre las piedras. Yo me resigné a mi suerte de la mejor manera que pude. Envuelto en mi manta, me tendí mirando al cielo. ¡Quería verlo mientras pudiera!

Estaba empezando a dormirme —el perfecto silencio del lugar solo lo rompían de vez en cuando algunas observaciones de mis secuestradores en las habitaciones inferiores— cuando vi una extraña aparición por encima de mi cabeza, una aparición tan extraña que me senté y me quedé mirando con ojos desorbitados.

Por encima de la torre, pero no demasiado, se iba deslizando despacio y en silencio un gran aparato. Aunque la noche era cerrada, la oscuridad aún mayor que reinaba en el hueco de la torre, donde yo estaba, me permitió ver perfectamente lo que planeaba por encima de mi cabeza. Supe que era un aeroplano, uno de esos artefactos que yo había visto ya en Washington. En el centro iba un hombre sentado, pilotando, y, a su lado, la figura silenciosa de una mujer completamente vestida de blanco. Al verla, el corazón empezó a latirme muy deprisa, pues me pareció tener cierto parecido con mi Teuta, solo que era más ancha, menos estilizada. Se inclinó, y su susurrado «Ssss» llegó hasta mí. Yo le contesté de igual manera, a lo cual ella se levantó, y el hombre la fue bajando hasta la torre. Luego vi que era mi querida hija la que había venido a salvarme de una manera tan maravillosa. Sin perder un segundo me ayudó a atarme a la cintura una correa sujeta a una cuerda, que llevaba enrollada alrededor de su cuerpo; y luego el hombre, un auténtico gigante tanto por su fuerza como por su estatura, nos izó a los dos hasta la carlinga del aeroplano, que puso en movimiento sin la menor pausa.

En unos segundos, y sin que nadie descubriera mi escapada, nos dirigimos a toda velocidad hacia el mar. Las luces de Iلسin se hallaban delante de nosotros. Sin embargo, antes de llegar a la ciudad, descendimos en medio de un pequeño ejército de mi querido pueblo, que se había dado cita allí para tomar por asalto la Torre Silenciosa y, si hubiera sido necesario, llevar a cabo mi rescate por la fuerza; aunque, en la eventualidad de semejante choque, habría habido pocas probabilidades de que yo saliera con vida. Pero, felizmente para mí, la devoción y el valor de mi querida hija y del galán que la acompañaba impidieron dicha eventualidad. Fue realmente curiosa aquella recepción tan gozosa por parte de mis amigos en medio de semejante silencio. No había tiempo para hacer comentarios ni preguntas. Yo estaba contento de aceptar las cosas como se presentaban, y de esperar para más tarde las explicaciones.

Estas llegaron después, una vez que mi hija y yo pudimos conversar a solas.

Cuando partió la expedición contra la Torre silenciosa, Teuta y yo nos dirigimos a su tienda, y con ella vino su compañero gigante, que no parecía propiamente cansado, sino simplemente muerto de sueño. Cuando entramos en la tienda, a pequeña distancia de la cual se había establecido un cordón de montañeses montando guardia, este me dijo:

—Señor, quisiera pedirle me excusara en este momento y permita a la vaivodina explicarle todo, pues hay mucho trabajo que hacer todavía antes de que nos hayamos visto libres del presente peligro. Por mi parte, yo casi me caigo de sueño. Llevo tres días y tres noches sin dormir nada, trabajando y penando lo indecible. Pero ya no puedo más; y, cuando amanezca, debo dirigirme hacia el barco de guerra turco que se divisa desde aquí. Es un barco turco, aunque no lo quiera reconocer, y de él han desembarcado los forajidos que han capturado tanto a su hija como a usted mismo. Es necesario que yo vaya, pues el consejo nacional me ha otorgado su autorización para adoptar las medidas que juzgue más oportunas para nuestra protección. Y para esta misión que me espera debo tener la cabeza bien despejada, pues la guerra puede depender de ese encuentro. Yo estaré en la tienda contigua, y saldré al punto si me llama, en caso de que desee verme antes del alba.

Aquí intervino mi hija:

—Padre, pídale que se quede. No lo vamos a molestar, estoy segura, durante nuestra conversación. Además, si supiera cuánto le debo —a su valentía y fuerza—, comprendería por qué me siento mucho más segura cuando él está cerca de mí, aunque estemos rodeados de un ejército de bravos montañeses.

—Pero, hija mía —dije yo, aún ignorante de todo—, hay confidencias

entre padre e hija que nadie más puede compartir. Yo ya conozco algunas de las cosas que han ocurrido, pero quiero saberlo todo, y tal vez sería mejor que ningún extraño —por valiente que sea o por mucho que le debamos— se encuentre presente.

Para mi extrañeza, la que siempre se había plegado a mis deseos más nimios, me argumentó de la siguiente manera:

—Padre, hay otras confidencias que hay que respetar de manera parecida. Oh, padre querido, tenga un poco de paciencia, por favor, hasta que le haya contado todo, pues estoy completamente segura de que me dará la razón. Se lo pido, padre mío.

Esto pareció zanjar el asunto, y, como veía que el joven caballero que me había rescatado estaba tambaleándose mientras esperaba respetuosamente, dije a este:

—Quédese con nosotros, señor. Nosotros velaremos su sueño. —Luego me acerqué rápidamente a él, pues casi al instante se desfondó, y tuve que ayudarle a alcanzar las esteras extendidas sobre el suelo. En unos segundos cayó profundamente dormido. Mientras lo miraba, hasta que vi que estaba completamente dormido, no pude menos de maravillarme de la prodigalidad de la Naturaleza, capaz de mantener en pie a un hombre hasta el instante final de su cometido y de dejarlo luego desplomarse una vez concluido, para descansar tranquilamente.

Era a todas luces un tipo formidable. Creo que nunca he visto en mi vida a un hombre tan hermoso físicamente; y si la fisonomía ha de ser reflejo de algo, seguro que es tan cabal por dentro como bello por fuera.

—Ahora —dije a Teuta— estamos ya completamente solos a efectos prácticos. Cuéntame todo lo ocurrido, para que pueda estar completamente informado.

Acto seguido, mi hija, tras mandarme que me sentase, se arrodilló junto a mí y me contó de principio a fin el relato más maravilloso jamás oído o leído en mi vida. Algunos particulares ya habían llegado a mi conocimiento por la última carta del arzobispo Paleólogo, pero de todo lo demás no tenía ni la más remota idea. Yo, que había estado tan lejos —en el Gran Oeste más allá del Atlántico, y luego en los confines de los mares orientales—, me emocioné en lo más hondo del corazón al conocer, sucesivamente, la heroica devoción y fortaleza que había mostrado mi hija al someterse, por amor a su país, a aquella terrible prueba de la cripta; el duelo de la nación al enterarse de su supuesta muerte, noticia que se me había mantenido oculta de forma tan sabia todo aquel tiempo; los rumores sobrenaturales tan profundamente arraigados en nuestro pueblo... Pero no me había llegado la menor noticia ni alusión del

hombre que se había cruzado en el camino de la vida de mi hija, y menos aún de todo lo que había resultado de ello. Como tampoco había sabido nada de su secuestro, ni de su más que valerosa liberación por parte de Rupert. Nada más natural, pues, que me formara una opinión tan elevada de él; ya en el momento en que cayó vencido por el sueño delante de mí me percaté de su verdadera índole. ¡Diantre!, aquel hombre debía de ser una maravilla. Ni siquiera nuestros montañeses podían igualar una capacidad de aguante semejante. En el transcurso de su narración, mi hija me contó cómo, agotada por su larga espera en la tumba, y encontrándose sola al despertarse cuando el agua inundó y hasta sumergió la cripta, buscó seguridad y calor en otra parte, y cómo llegó al castillo una noche y encontró solo a aquel desconocido. Yo le dije:

—Eso fue peligroso, hija mía, por no decir equivocado. Este hombre, a pesar de su valentía y entrega, debe rendir cuentas ante mí, tu padre.

A estas palabras ella se turbó sobremanera y, antes de proseguir su relato, me abrazó con fuerza y me dijo al oído:

—Sé comprensivo conmigo, padre, por todo lo que he tenido que sufrir. Y sé bueno también con él, pues guarda mi corazón dentro del suyo.

Yo la tranquilicé con un suave apretón, y no hubo necesidad de decir nada más al respecto. Luego me habló de su matrimonio y de cómo su marido, que llegó a creer en la posibilidad de que fuera un vampiro, había decidido dar su alma por ella; y cómo ella, la noche misma de su boda, lo había dejado y regresado a su tumba para representar hasta el final la macabra comedia que había aceptado representar hasta el día de mi vuelta; y cómo, la segunda noche después de su boda, mientras se encontraba en el jardín del castillo —para ir a ver, según me dijo con timidez, si su marido estaba bien—, fue apresada en secreto, amordazada, atada y llevada a otra parte. Aquí hizo una pausa y una digresión. Evidentemente, debió de temer de repente que su marido y yo pudiéramos enzarzarnos en una discusión, pues dijo:

—Debes comprender, padre, que mi boda con Rupert fue para mí legal bajo todos los conceptos, y completamente acorde con nuestras costumbres. Antes de casarnos, yo le expresé mi deseo al arzobispo. Y él, como representante tuyo durante tu ausencia, dio su consentimiento personal al tiempo que sometía el asunto al vladika y a los archimandritas. Los dos dieron igualmente su consentimiento, tras exigirme —en toda justicia, creo— el juramento de no romper mi promesa. La boda fue ortodoxa en todos sus aspectos, aunque bastante fuera de lo normal, ya que se celebró de noche y en medio de la oscuridad, salvo las luces escogidas para el ritual. De todo esto, el propio arzobispo, o el archimandrita de Spazac, que le asistió, o el vladika, que hizo de paraninfo, te darán cumplida cuenta. Tus representantes hicieron indagaciones sobre Rupert Sent Leger, que vivía en Vissarion, si bien no sabía

quién era yo ni, desde su punto de vista, quién había sido. Y ahora te hablaré de mi rescate.

Y luego pasó a hablarme de aquella inútil fuga hacia el sur de sus secuestradores, y de la frustración de estos ante el cordón de seguridad que había mandado poner Rupert al enterarse del peligro que corría «la hija de nuestro dirigente», aunque él no sabía quién era el «dirigente» ni quién su «hija»; de cómo los brutales merodeadores la obligaron con sus puñales a correr; de cómo sus heridas dejaron marcas de sangre en el suelo mientras iban corriendo; de la parada en el valle, cuando los merodeadores se dieron cuenta de que su progreso por el norte estaba amenazado, por no decir cortado; de la designación de los asesinos, y de cómo estos la mantuvieron vigilada mientras sus compañeros iban a reconocer el terreno; y del valeroso rescate por aquel hombre noble, su marido, a quien en adelante llamaré mi hijo, al tiempo que doy gracias a Dios por haberme concedido la dicha y el honor de poder llamarlo así.

Luego mi hija siguió contándome la vuelta apresurada a Vissarion, con Rupert a la cabeza de todos como jefe reconocido, la convocatoria por parte de este del arzobispo y del consejo nacional, cómo habían puesto el puñal de la nación en sus manos, el viaje a Ilsin y el vuelo de mi hija —y de mi hijo— en el aeroplano. El resto lo conozco de sobra.

Cuando hubo terminado, Rupert se movió y despertó —de repente, para mi asombro—, clara señal de que era un hombre acostumbrado a campañas y aventuras. De una sola mirada recordó todo lo que había sucedido y se puso en pie rápidamente. Permaneció unos instantes respetuosamente inmóvil ante mí, y luego, con una sonrisa abierta y encantadora, dijo:

—Veo, señor, que ya lo sabe todo. ¿Estoy perdonado, por el bien de Teuta y también por el mío propio?

Para entonces yo me había puesto también de pie y estaba a su lado. Extendí mi mano y agarré la suya, que pareció saltar hacia la mía con un movimiento que solo puede hacer la mano de un espadachín.

—Me alegro de que seas mi hijo —dije. Fue lo único que pude decir, pero lo dije con toda mi alma. Nos estrechamos la mano afectuosamente. Teuta estaba encantada; me besó y luego permaneció cogiéndome un brazo con una mano, mientras con la otra cogía el brazo de su marido.

Este se dirigió luego a uno de los centinelas apostados fuera y le dijo que llamara al capitán Rooke, a quien rápidamente vimos acudir a través de la portezuela abierta de la tienda. Entonces Rupert —como lo debo llamar ahora, pues así lo quiere Teuta, y a mí no me desagradaría tampoco— dijo:

—Ahora debo ir a bordo del navío turco antes de que este llegue a tierra.

Adiós, señor, en caso de que no nos volvamos a ver.

Estas últimas palabras las dijo con una voz tan apagada que apenas las oí. Luego, tras besar a su esposa y decirle que esperaba estar de vuelta para el desayuno, desapareció. Se unió a Rooke —me cuesta aún trabajo llamarlo capitán, aunque no cabe duda de que lo merece— a la altura del cordón de centinelas, y juntos se encaminaron a buen paso hacia el puerto, donde el yate acorazado estaba esperándolos con los motores en marcha.

LIBRO VII

EL IMPERIO DEL AIRE

INFORME DE CRISTÓFOROS, ESCRIBANO DE GUERRA, AL CONSEJO NACIONAL

7 de julio de 1907

Cuando el hospodar Rupert y el capitán Rooke se hallaron a corta distancia del extraño barco, el primero le dirigió un saludo sucesivamente en las lenguas habladas en Inglaterra, Alemania, Francia, Rusia, Turquía, Grecia, España y Portugal, y en otra lengua que no conozco; creo que debió de ser en americano. En este momento toda la amurada se cubrió de una fila de rostros turcos. Cuando el hospodar preguntó en turco por el capitán, este se acercó a la pasarela, que se había abierto, y se plantó allí. Su uniforme era el de la flota turca —esto lo podría hasta jurar—, pero hizo señas de que no entendía lo que se le decía; a lo cual el hospodar volvió a hablar, pero esta vez en francés. Reproduzco aquí la conversación exacta que tuvo lugar —tomada por mí en taquigrafía—, en la que nadie más participó:

HOSPODAR: ¿Es usted el capitán de este barco?

CAPITÁN: Sí, lo soy.

HOSPODAR: ¿De qué nacionalidad son?

CAPITÁN: Eso no le interesa. Yo soy el capitán de este barco.

HOSPODAR: Me refiero a su barco. ¿Bajo qué pabellón navega?

CAPITÁN (elevando la mirada hacia el mástil): No veo que navegue bajo ningún pabellón.

HOSPODAR: Supongo que, como responsable del barco que es, me autorizará a subir a bordo a mí y a mis dos compañeros...

CAPITÁN: Le dejaré si me presenta una solicitud acreditada.

HOSPODAR (quitándose la gorra): Capitán, me permito presentarme como representante y portavoz acreditado del consejo nacional del país de las Montañas Azules, en cuyas aguas se encuentra usted actualmente, y en su nombre le solicito una entrevista oficial sobre asuntos urgentes.

El turco, que —todo hay que decirlo— se había mostrado hasta ahora bastante cortés y educado, ordenó algo a sus oficiales, y enseguida bajaron las escaleras de cámara y el embarcadero y se habilitó la pasarela, como se hace en los barcos de guerra para recibir a un invitado de honor.

CAPITÁN: Señor, sea bienvenido, junto a sus dos compañeros, a nuestro barco, tal y como desea.

El hospodar asintió con la cabeza. Al instante se preparó nuestra escalera de cámara y se bajó un bote. El hospodar, el capitán Rooke y yo —me habían pedido que fuera con ellos— subimos al bote y nos acercamos remando al barco de guerra, donde fuimos recibidos con todos los honores. Había un inmenso número de hombres a bordo entre soldados y marineros. Parecía más una expedición bélica que un navío en tiempo de paz. Al subir a cubierta, el oficial y los marineros, que iban todos armados como para una maniobra militar, presentaron armas. El hospodar avanzó en cabeza hacia el capitán, y el capitán Rooke y yo le seguimos de cerca. El hospodar se expresó de esta manera:

HOSPODAR: Yo soy Rupert Sent Leger, súbdito de su majestad británica, actualmente residente en Vissarion, en el país de las Montañas Azules. En este momento tengo plenos poderes para actuar en nombre del consejo nacional en cualquier asunto. ¡Aquí tiene mis credenciales! —dijo mientras entregaba al capitán una carta, que estaba escrita en cinco lenguas diferentes: balcánico, turco, griego, inglés y francés. El capitán la leyó detenidamente, olvidándose en este momento de que había fingido poco antes no comprender la pregunta del hospodar formulada en lengua turca. Luego contestó:

CAPITÁN: Veo que el documento es legal. ¿Puedo preguntarle el propósito de esta entrevista?

HOSPODAR: Se encuentran ustedes a bordo de un barco de guerra en aguas jurisdiccionales de las Montañas Azules y, sin embargo, no navegan bajo el pabellón de ninguna nación. De este buque han salido varias barcas hacia la costa con hombres armados, cometiéndose así un acto de guerra. El consejo nacional del país de las Montañas Azules quiere saber a qué nación están sirviendo y por qué se ha violado de este modo lo establecido por el derecho internacional.

El capitán parecía esperar más preguntas, pero el hospodar permaneció en silencio; a lo cual el primero se expresó de esta manera:

CAPITÁN: Yo soy responsable solamente ante mis... superiores. Así que me niego a contestar a vuestra pregunta.

A lo que respondió el hospodar:

HOSPODAR: Entonces, capitán, usted, como responsable de un barco —y, en especial, de un barco de guerra—, debe saber que, al violar de esta manera las leyes nacionales y marítimas, usted y todos los que están a bordo de este barco son culpables de un acto de piratería. Esto no es ni siquiera piratería en alta mar. No solo se encuentran dentro de aguas territoriales, sino que además han invadido un puerto nacional. Como usted se niega a revelar la nacionalidad de su navío, yo asumo, como usted mismo parece asumirla, su condición de pirata y actuaré en consecuencia en su debido momento.

CAPITÁN (con manifiesta hostilidad): Yo cargo con la responsabilidad de mis propios actos. Sin admitir su conclusión, le aseguro que, desde este momento, cualquier acción que toméis redundará en vuestro perjuicio y en el de vuestro consejo nacional. Más aún, tengo motivos para creer que mis hombres, que fueron enviados a tierra en una misión especial, han sido atacados en una torre que se puede ver desde el barco. Antes del amanecer se pudieron oír disparos procedentes de allí, de lo que colijo que han sido atacados. Como ellos son solo un pequeño grupo, es posible que hayan sido asesinados. Si tal ha sido el caso, os aseguro que vosotros, y vuestra miserable pequeña nación pagaréis esa acción con vuestra sangre. Yo respondo de esto, y por Alá que habrá una gran venganza. Vosotros no tenéis en toda vuestra flota —si es que se puede llamar flota lo que tenéis— suficientes barcos para hacer frente a un buque como este, que es solo uno entre muchos más. Mis cañones descargarán toda su munición sobre Ilsin, que es el motivo por el que me he acercado a la costa. Usted y sus compañeros pueden volver ahora al puerto; eso se lo deben agradecer a la bandera blanca que les ha acompañado. ¡Márchense! Y recuerden que, aunque puedan esconderse entre sus desfiladeros, por mar son incapaces de defenderse.

HOSPODAR (despacio y con voz resonante): El país de las Montañas Azules tiene sus propias defensas por tierra y por mar. Su pueblo sabe de sobra cómo defenderse.

CAPITÁN (mirando su reloj): Son ahora casi las cinco. Cuando suenen las seis, nuestros cañones abrirán fuego.

HOSPODAR (con calma): Capitán, es mi deber advertirle —y advertirle también a todo este barco— que pueden ocurrir muchas cosas antes incluso de que suenen las seis. Quedan, pues, advertidos, para que renuncien a este ataque pirata, cuya amenaza podría ser la causa de un gran derramamiento de sangre.

CAPITÁN (con violencia): ¿Me está amenazando a mí, y también a la tripulación de mi barco? Le advierto que, en este barco, todos formamos una piña, y que hasta el último está dispuesto a dar la vida antes de que fracase esta empresa. ¡Váyanse!

Con una inclinación, el hospodar dio media vuelta y bajó la escalerilla, y nosotros detrás. Unos minutos después, el yate acorazado volvía en dirección del puerto.

DIARIO DE RUPERT - CONTINUACIÓN

10 de julio de 1907

Cuando volvíamos hacia la costa tras mi tempestuosa entrevista con el capitán pirata —no lo puedo llamar de otra manera por el momento—, Rooke dio orden al furriel del puente, y La dama empezó a moverse lentamente hacia el norte del puerto de Ilsin. Luego vi a Rooke dirigirse hacia popa y entrar en la timonera en compañía de varios hombres.

Cuando estábamos cerca de las rocas —el agua es aquí bastante profunda y no hay peligro—, redujimos velocidad, casi dejándonos arrastrar hacia el sur, donde se hallaba el puerto. Yo me hallaba en el puente, y podía ver todo lo que ocurría a cubierta. También pude ver los preparativos que estaban teniendo lugar en el barco de guerra. Se había abierto la fila de portas y se habían bajado los grandes cañones de las torreras, listos para disparar. Cuando tuvimos al barco de guerra a estribor, vi igualmente abrirse el lado de la fila de portas de la timonera y a los hombres de Rooke bajar lo que me pareció un enorme cangrejo gris, que se fue descolgando despacio mediante poleas hasta el interior del agua. La posición del yate acorazado ocultaba dicha operación al barco de guerra. Las puertas se cerraron de nuevo, y el ritmo del yate empezó a acelerarse, hasta que entramos en el puerto. Yo sospechaba que Rooke tramaba algo especial, no en vano había mantenido completamente cerrada la timonera para que nadie viera aquel cangrejo misterioso.

A lo largo del puerto se veía a una gran multitud de hombres nerviosos. Pero estos habían tenido la consideración de dejar despejado el pequeño malecón de la entrada meridional, donde había una pequeña torre en cuyo remate redondo se había colocado un cañón-señalizador con el fin de que yo pudiera transmitir noticias. Cuando desembarcamos en esta prolongación del muelle, yo fui andando hasta su extremidad y, subiendo sus estrechas escaleras, salí al tejado inclinado, donde permanecí bien visible, pues estaba decidido a mostrar a los turcos que no temía por mi persona, como creerían cuando empezaran el bombardeo. Faltaban unos pocos minutos para la hora fatal: las seis campanadas. Yo me sentía terriblemente preocupado, pensando en toda aquella pobre gente de la ciudad que no había hecho nada malo y que iba a ser barrida del mapa en unos minutos por aquel ataque sangriento y

absurdo. Levanté mis prismáticos para ver cómo iban los preparativos en el barco de guerra.

En aquel momento creí que la vista me estaba fallando. Primero dirigí los prismáticos sobre la cubierta del barco de guerra, y pude ver detalladamente todos los preparativos mientras los cañoneros esperaban la señal para iniciar el bombardeo con los grandes cañones de las barbetas. Lo siguiente que vi fue simplemente el mar vacío. Luego, un instante después, vi el barco como antes, pero con los detalles bastante borrosos. Me apoyé sobre el cañón-señalizador y volví a mirar. A lo sumo habrían transcurrido tres segundos. El barco seguía viéndose perfectamente. En aquel exacto momento vi que le acometía una especie de extraño temblor, primero de proa a popa, y luego de babor a estribor. Me recordó una rata zarandeada en la boca de un diestro terrier. De repente se quedó quieto, lo único tranquilo del paisaje, pues a su alrededor el mar parecía estremecerse con un flujo y reflujo desacompañado, como cuando el agua se desborda sin seguir un rumbo determinado.

Seguí mirando y, cuando la cubierta quedó, o eso me pareció al menos, completamente inmóvil —pues por el reborde de los prismáticos seguía percibiendo el oleaje en torno al barco—, noté que nada, absolutamente nada, se movía. Los hombres apostados junto a los cañones estaban ahora tendidos en el suelo; los de las torreras, inclinados hacia delante o hacia atrás, con los brazos colgando inútilmente. Por doquier reinaba la desolación —por lo que a señales de vida se refería—. Inclusive un pequeño oso pardo, que había estado sentado sobre el cañón mientras lo ponían en posición de tiro, había saltado o caído sobre cubierta, donde yacía despatarrado, completamente inmóvil. Era evidente que el poderoso navío de guerra había sufrido algún misterioso y terrible impacto. Sin dudarle un momento, volví los ojos hacia la embocadura del puerto, donde se encontraba La dama con las portas de ataque ahora hacia dentro, y descubrí de pronto con total claridad el «para qué» de las maniobras de Rooke con el gran cangrejo gris.

Mientras miraba, vi agitarse junto al puerto una fina línea de agua que se abría cada vez más con el paso de los segundos, hasta que emergió del agua un disco de acero con ojos de cristal, que brillaban a la luz del sol. Era aproximadamente del tamaño de una colmena, y tenía esta misma forma. Estaba en línea con la popa del yate acorazado. En aquel mismo instante, como obedeciendo a alguna orden dada sigilosamente y que yo no oí, casi todos los hombres se sumergieron y los restantes empezaron a abrir portas en la fila de portas de la timonera. Se sacó la polea por una pasarela habilitada en ese lado, y un hombre se puso de pie sobre el gran gancho del extremo inferior, ayudándose de la cadena suspendida para mantener el equilibrio. Unos segundos después apareció de nuevo. La cadena se tensó, el gran cangrejo gris se elevó sobre el borde de la cubierta y fue introducido en la

timonera, cuyas puertas se cerraron, dejando dentro solo a unos cuantos hombres.

Esperé unos minutos, completamente inmóvil. Luego vi al capitán Rooke salir de la timonera con el uniforme puesto, trasbordar a un pequeño bote que se había bajado entre tanto a tal fin e ir remando hasta las escaleras del malecón. Subidas estas, vino directamente a la torre de señalización. Una vez arriba, me saludó.

—¿Qué tal? —le pregunté.

—Sin novedad, señor —contestó—. Esa pandilla no volverá a causarnos problemas, creo. Usted advirtió a ese pirata —me habría gustado que fuera un auténtico y honrado pirata, en vez del turco miserable y asqueroso que resultó ser—, que tal vez ocurriría algo antes de que dieran las seis. Y así ha sido: para él y su tripulación esas seis campanadas no volverán a sonar. De nuevo el Señor ha combatido del lado de la cruz contra la media luna. Bismillah. Amén.

Esto último lo dijo como recitando una fórmula consabida, o como siguiendo un ritual. Pero luego adoptó un tono más práctico, y más típico de él:

—¿Le puedo pedir un favor, Mr. Sent Leger?

—Uno... y mil, mi querido Rooke —dije—. No me puede pedir nada que no esté dispuesto a darle con el mayor gusto del mundo. Y lo digo con la autoridad que me ha otorgado el consejo nacional. Usted ha salvado IIsin en este día memorable, cosa que el consejo sabrá agradecerle debidamente.

—¿A mí, señor? —dijo con una expresión de sorpresa en su rostro que parecía completamente sincera—. Si Su Señoría piensa eso, quiere decir que me he librado. Cuando me desperté, llegué a temer que pudiera incoarme un consejo de guerra.

—¿Incoarle yo a usted un consejo de guerra? ¿Por qué, si se puede saber? —le pregunté sorprendido.

—Por haberme dormido mientras estaba de servicio, señor. Es el caso que me quedé exhausto tras el ataque de anoche a la Torre Silenciosa, y cuando Su Señoría mantuvo la entrevista con el pirata —que me perdonen todos los buenos piratas por esa blasfemia, amén— y supe que todo iba sobre ruedas, me fui a la timonera y eché una cabezadita. —Dijo todo esto sin parpadear, de lo que deduje que deseaba que yo guardara un silencio absoluto al respecto. Mientras yo daba vueltas a esto en mi mente, prosiguió—: Y, volviendo a mi petición, señor, cuando le haya dejado a Su Señoría y al vaivoda —y a la vaivodina también, por supuesto— en Vissarion, junto con todos los que quieran que les acompañen, ¿podré volver con el yate acorazado aquí un par

de horas? Creo que hay una buena limpieza que hacer, y creo que la tripulación de La dama, junto conmigo mismo, somos los más indicados para ello. Estaremos de vuelta en la cala a la caída de la noche.

—Haga como le parezca, almirante Rooke —dije.

—¿Almirante?

—Sí, almirante. Por el momento lo digo solamente a modo provisional, pero estoy seguro de que mañana el consejo nacional lo ratificará. Mi querido amigo, mucho me temo que su yate acorazado va a ser su único buque insignia por el momento, pero le aseguro que pronto mejorará la situación.

—Mientras yo sea almirante, señor, no tendré otro buque insignia que La dama. Yo ya he dejado de ser joven, pero, joven o viejo, mi pendón no ondeará sobre ninguna otra cubierta, Y ahora, otro favor, Mr, Sent Leger. Es un corolario del primero, por lo que me siento con fuerzas para hacer la petición: ¿Puedo nombrar al teniente Desmond, mi actual segundo de a bordo, capitán del barco de guerra? Por supuesto, al principio mandará solamente sobre su excelente tripulación, esperando la probable confirmación de su rango después. Puedo asegurarle, señor, que es un marinero muy capaz, entendido en todas las ciencias que atañen a un barco de guerra y formado en la primera marina del mundo.

—Por supuesto, almirante. Creo que estoy en condiciones de prometerle que su nombramiento será confirmado.

No dijimos nada más. Yo volví con él en su bote hasta La dama, que condujeron hasta la entrada del puerto, donde fuimos recibidos en medio de una salva de vítores.

Sin mayor dilación, me fui a ver a mi mujer y al vaivoda. Rooke, tras llamar a Desmond a su lado, subió al puente de La dama, que dio media vuelta y salió a una velocidad endiablada en dirección del barco de guerra, ya a la deriva en alta mar.

INFORME DE CRISTÓFOROS, ESCRIBANO DEL CONSEJO NACIONAL DEL PAÍS DE LAS MONTAÑAS AZULES

8 de julio de 1907

La reunión del consejo nacional, que tuvo lugar el día 6 de julio por la mañana, no lúe sino la continuación de la que había tenido lugar antes del rescate de la vaivodina Vissarion; durante la noche que medió entre ambas, los miembros del consejo se alojaron en el castillo de Vissarion. Se reunieron temprano en medio de un gran júbilo, pues la noche anterior se había transmitido desde Ilsin, mediante señales de luego, la buena nueva de que el vaivoda Pedro Vissarion se hallaba a salvo, tras ser valiente y portentosamente

rescatado desde un aeroplano por su propia hija y el hospodar Rupert, como lo llamaba el pueblo, o Mr. Rupert Sent Leger, como reza su nombre y título en Gran Bretaña.

Mientras el consejo se hallaba reunido, llegó la noticia de que la ciudad de Ilsin se había librado felizmente del gran peligro que la amenazaba. Un barco de guerra que no reconocía nacionalidad alguna y, por tanto, era considerado barco pirata, había amenazado con bombardear la población; pero, justo antes del tiempo fijado para el cumplimiento de su amenaza, había sufrido un sacudimiento tal por parte de un artefacto subacuático que, aunque parecía no haber recibido daño alguno en su exterior, no había quedado el menor rastro de vida a bordo. Que el Señor siga protegiendo a los suyos, amén. El examen de esto, así como el otro incidente, ha quedado aplazado hasta la llegada del vaivoda y del hospodar Rupert, que, junto con los demás, ya se dirigen hacia aquí.

El mismo día, unas horas después

El consejo reanudó su sesión a las cuatro de la tarde. El vaivoda Pedro Vissarion y la vaivodina Teuta llegaron en compañía del «hospodar Rupert», como lo llaman los montañeses, o Mr. Rupert Sent Leger, a bordo del yate acorazado, que este llama La dama. El consejo nacional exultó de alegría cuando hizo su entrada en la sala el vaivoda, sumamente complacido por el recibimiento que se le hacía. A Mr. Rupert Sent Leger, por expreso deseo del consejo, se le pidió que estuviera presente en la reunión. Este tomó asiento en un rincón de la sala, donde insistió en quedarse pese a los ruegos del presidente del consejo en el sentido de que presidiera la mesa junto con él mismo y el vaivoda.

Una vez terminados los preliminares de rigor, el vaivoda entregó al presidente un memorándum-informe sobre su misión secreta en las cortes extranjeras, adonde había viajado por mandato del consejo nacional. Luego explicó de modo largo y tendido, para cumplida información de los distintos miembros del consejo, los avatares y peripecias de su misión. El resultado había sido, dijo, absolutamente satisfactorio. Por doquier se le había dispensado una cortés acogida y se le había escuchado con oídos particularmente favorables. Varias de las potencias consultadas habían aplazado la fecha de su contestación definitiva, pero esto, explicó, era el resultado lógico de esas nuevas consideraciones o complicaciones internacionales que en todo el mundo se conocían como «la crisis balcánica». Sin embargo, con el tiempo, prosiguió el vaivoda, estos asuntos acabaron dilucidándose en gran medida, y las potencias indecisas se formaron un juicio definitivo (el cual, por supuesto, no se lo manifestaron a él). El resultado final, si es que en esta fase inicial se podía considerar como tal un perfilamiento aproximativo de las distintas posturas en liza, era el convencimiento del

vaivoda de que las grandes potencias de todo el mundo —norte, sur, este y oeste— comulgaban plenamente con las aspiraciones del país de las Montañas Azules a seguir disfrutando de libertad. «También tengo el honor», prosiguió textualmente, «de comunicar a este gran consejo de la nación la promesa de protección contra cualquier indigna agresión por parte de las naciones vecinas, actualmente con mayor potencial bélico».

Mientras hablaba, el hospodar Rupert fue escribiendo algo en un trozo de papel, que luego hizo llegar al presidente. Cuando el vaivoda hubo terminado de hablar, se hizo un largo silencio. El presidente se levantó y dijo en medio del silencio general que al consejo le gustaría oír a Mr. Rupert Sent Leger, que tenía una comunicación que hacer respecto a ciertos acontecimientos recientes.

Mr. Rupert Sent Leger se levantó y relató cómo, desde que el consejo le encomendara la tarea de rescatar al vaivoda Pedro de Vissarion, había llevado a cabo, con la ayuda de la vaivodina, la liberación del vaivoda de la Torre Silenciosa, y cómo, tras este feliz acontecimiento, los montañeses, que habían formado un gran cordón alrededor de la Torre, en cuanto supieron que el vaivoda se hallaba encerrado en ella, la tomaron al asalto durante la noche. Pese a la tenaz resistencia opuesta por los merodeadores allí refugiados, ninguno de ellos había escapado. Luego relató su entrevista con el capitán del extraño navío de guerra desprovisto de pabellón alguno, que había invadido nuestras aguas. Pidió al presidente que me llamara para leer el informe sobre aquel encuentro, cosa que hice puntualmente. El murmullo de aprobación del consejo mostró elocuentemente el respaldo general a las palabras y actos de Mr. Sent Leger.

Cuando me hube sentado, Mr. Sent Leger contó asimismo cómo, justo antes del tiempo fijado por el «capitán pirata» —así lo designó, como hicieron después los distintos oradores—, al barco de guerra le había sobrevenido un accidente submarino, que tuvo un efecto deletéreo sobre cuantos se hallaban a bordo. Luego añadió ciertas palabras, que transcribo aquí literalmente, pues estoy seguro de que en tiempos venideros querrán recordarse tal y como se formularon.

—Por cierto, presidente y señores todos del consejo, quisiera pedirles que confirmen al capitán Rooke, del yate acorazado La dama, en el rango de almirante de la flota del país de las Montañas Azules, y al oficial Desmond, segundo de a bordo de La dama, en el de capitán del segundo barco de guerra de nuestra flota, el navío aún sin nombre cuyo anterior capitán amenazó con bombardear Ilsin. Señores míos, el almirante Rooke ha prestado un gran servicio al país de las Montañas Azules y merece vuestra generosidad. En él hallaréis a todo un gran oficial, que hasta su último suspiro, estoy seguro, servirá a este país de manera impecable y leal.

Cuando se hubo sentado, el presidente sometió al consejo las dos resoluciones, que fueron aprobadas por aclamación. Al almirante Rooke se le otorgó el mando de la marina, y el capitán Desmond fue confirmado en su cargo de capitán del nuevo navío, que, mediante nueva resolución, fue llamado El hospodar Rupert.

En agradecimiento al consejo por haber accedido a su petición, y por el gran honor que este le había hecho bautizando el barco con su nombre, Mr. Sent Leger dijo:

—Quisiera pedir todavía que el yate acorazado La dama sea aceptado por el consejo nacional, en cuanto representante de la nación, como un presente de la vaivodina Te uta en nombre de la causa de la libertad.

En respuesta a los vítores del consejo con que este recibió el espléndido regalo, el hospodar Rupert —Mr. Sent Leger— hizo una reverencia y salió en silencio de la sala.

Como no se había preparado ningún orden del día para la reunión, por una vez no hubo silencio, sino una animada conversación entre los presentes. En esto se levantó el vaivoda, y se hizo un inmediato silencio. Todos escucharon con ávida atención sus palabras:

—Presidente, señores todos del consejo, arzobispo y vladika; Mal mostraría mi respeto si vacilara en relataros, en esta primera oportunidad que tengo, ciertos asuntos de índole personal pero que, en el decurso de los recientes acontecimientos, han incidido decisivamente en los asuntos de índole nacional. Hasta que no lo haya hecho no tendré la conciencia tranquila de haber cumplido con un deber durante largo tiempo contraído con vosotros y con vuestros predecesores en el cargo, y que os aseguro que solo os he ocultado por razones de estado. Os pido que hagáis memoria y os remontéis conmigo en el tiempo hasta el año de 1890, año en que empezó nuestra lucha contra la agresión otomana, que posteriormente tuvo un Final tan feliz para nosotros. Fueron aquellos unos tiempos particularmente difíciles para nosotros. Nuestras finanzas habían llegado a un punto tan crítico que ni siquiera podíamos comprar el pan necesario, ni el Tesoro Público podía procurarnos otras cosas que necesitábamos más que el pan: armas modernas y eficientes, pues los hombres pueden soportar el hambre y, sin embargo, morir contentos, como ha demostrado una y otra vez el glorioso pasado de nuestro país. Pero cuando nuestros enemigos están mejor armados que nosotros, el precio a pagar es terriblemente elevado para una nación pequeña como la nuestra, por muy valerosos que sean sus habitantes. En este trance, decidí reunir como fuera una suma de dinero suficiente para procurarnos las armas que necesitábamos, a cuyo fin busqué la ayuda de un gran mercader-príncipe, que conocía bien a nuestra nación, y a mí personalmente. Este me trató con el

mismo espíritu generoso que había mostrado con otras nacionalidades en lucha por la libertad. Al ofrecerle yo como aval mi patrimonio personal, él se dispuso a rasgar el documento acreditativo, y no aceptó mi deseo hasta que le hube insistido con pertinacia. Sabed, señores todos del consejo, que fue su dinero, tan generosamente avanzado, el que nos procuró las armas con que forjamos y aseguramos nuestra querida libertad.

»No hace mucho tiempo, aquel noble mercader —y os pido me perdonéis si estoy tan emocionado que tal vez parece que no muestro el debido respeto hacia este gran consejo—, aquel noble mercader, digo, pasó a mejor vida, dejando a un pariente próximo la fabulosa fortuna que él había reunido. Hace tan solo unas horas ese noble pariente del bienhechor de nuestra nación me dio a conocer que, en sus últimas voluntades, me había legado a mí, por fideicomiso secreto, la totalidad del patrimonio del que desde hacía tiempo yo había quedado desposeído al haber prescrito el plazo establecido para el cumplimiento por mi parte de las condiciones por mí mismo estipuladas. Me apena pensar que durante tanto tiempo hayáis desconocido por mi culpa los buenos pensamientos, deseos y acciones de este gran hombre. Pero fue por su sabio consejo, corroborado por mi propio juicio, por lo que guardé silencio; en efecto, temía, al igual que él, que en nuestros tiempos revueltos algún espíritu escéptico del exterior del país, o inclusive del interior, pudiera malinterpretar la honestidad de mis propósitos hacia el bien público, al no estar ya mi fortuna invertida dentro de nuestras fronteras. Este príncipe-mercader, el gran Inglés Roger Melton —¡que su nombre se grabe para siempre en los corazones de nuestro pueblo!—, guardó silencio durante su vida y encareció a sus sucesores para que no revelaran a los hombres de las Montañas Azules ese préstamo secreto que me había hecho por miedo a que yo, que me había esforzado por ser amigo y bienhechor de los montañeses, pudiera ver menoscabada mi reputación. Más aún, al disponer —bajo ciertas contingencias, que han acabado dándose— que los dominios originalmente míos me fueran traspasados de nuevo, ya no tengo el honor de haber dado todo lo que podía a esta causa nacional. Todo este honor le corresponde ahora a él, pues fue su dinero —y solo el suyo— el que compró nuestro armamento nacional.

»Ya conocéis a su digno pariente, que no solo ha vivido entre nosotros varios meses, sino que además se ha empleado a fondo para seros útiles al máximo. Fue él quien, como buen guerrero, respondió a la llamada del vladika cuando la desgracia se cernió sobre mi casa con el secuestro por los enemigos de mi querida hija, la vaivodina Teuta, a quien vosotros tanto queréis; quien, con un grupo escogido de hermanos nuestros, persiguió a los merodeadores y, mediante una intrépida hazaña que en el futuro será cantada por los poetas, la salvó de sus implacables garras cuando toda esperanza parecía muerta y nos la devolvió sana y salva; y quien administró un castigo condigno a los infieles que se habían atrevido a hacerle daño. Asimismo fue él quien después me sacó

a mí, vuestro servidor, de la prisión en la que una pandilla de infieles turcos me había encerrado, sirviéndose de la ayuda de mi querida hija, a la que él ya había liberado también, mientras guardaba aún conmigo los documentos internacionales secretos a los que ya he hecho referencia antes de ser sometido a la indignidad del registro.

»Ya conocéis igualmente esa noticia que yo desconocía en parte: cómo, gracias a la habilidad y entrega de vuestro nuevo almirante, abortó una hecatombe por parte nuestros malignos enemigos. Vosotros, que habéis recibido en nombre de la nación el espléndido regalo del yate de guerra, que encarna en sí una nueva era del armamento naval, estáis en condiciones de comprender la generosidad y magnanimidad del hombre que ha restaurado el sustancioso patrimonio de mi casa. Mientras volvíamos de Ilsin, Rupert Sent Leger me ha dado a conocer las condiciones del fideicomiso de su noble tío, Roger Melton, y, con una generosidad y una alegría aún mayor que la mía propia, ha devuelto al último varón de la raza de los Vissarion todo el patrimonio de un linaje noble.

»Y ahora, señores todos del consejo, paso a otro asunto, sobre el que personalmente encuentro cierta dificultad para hablar, pues soy consciente de que en cierto modo vosotros sabéis más que yo mismo. Es con relación a la boda de mi hija con Rupert Sent Leger. Ha llegado a mi conocimiento que este asunto fue sometido a vuestra consideración por el arzobispo, quien, como representante de mi hija durante mi misión en el extranjero, quería obtener vuestra debida sanción, ya que hasta mi regreso erais vosotros quienes velabais por su seguridad. Esto ocurrió así, no por ningún mérito mío, sino porque ella había aceptado personalmente, por el bien de nuestra nación, una tarea de una dificultad pasmosa. Señores míos, de haber sido hija de otro padre, yo no me habría cansado de ensalzar su valentía, abnegación y lealtad hacia el país que tanto ama. ¿Por qué, entonces, abstenerme de cantar sus gestas en su justa medida, puesto que es mi deber, y mi delicia, ensalzarlas más que cualquier otro habitante de este país? No seré yo quien la obligue — ni a ella, ni a mí tampoco— a callar cuando el deber me empuja a hablar como vaivoda, como embajador de nuestra nación, como padre. Durante los siglos futuros, los hombres y mujeres de nuestro país de las Montañas Azules cantarán sus gestas en canciones y las narrarán en relatos. Su nombre, Teuta, sagrado en estas regiones, donde se llamó así una gran reina, y honrado por todos los hombres, será tenido de aquí en adelante como símbolo y personificación de la abnegación femenina. Oh, señores míos, nosotros los humanos, tanto los encumbrados como los humildes, pasamos por esta tierra, por este camino que es la vida, viendo muy poco tiempo la luz del sol entre tiniebla y tiniebla, y es durante este caminar cuando debemos ser juzgados para la posteridad. Esta valiente mujer ha demostrado con creces su valía, como el mejor paladín de los tiempos antiguos. Así, es justo y equitativo que,

antes de que ella se una maritalmente con un hombre digno de sus cualidades, deis vuestra aprobación vosotros, en cuyas manos están depositados el honor y la seguridad del estado. A vosotros os fue dado juzgar sobre la valía de este gallardo inglés, ahora hijo mío. Y emitisteis el juicio antes incluso de verlo dar muestras de su valor, fuerza y habilidad al servicio de la causa nacional. Pues bien, hermanos míos, os digo que juzgasteis sabiamente, y con todo mi corazón doy las gracias a todos y cada uno de vosotros. Nadie duda de que justificó sobradamente vuestra confianza con sus actos posteriores. Cuando, en obediencia a la llamada del vladika, puso a la nación en pie de guerra y blindó nuestras fronteras con un anillo de seguridad, lo hizo sin saber que la persona que corría peligro era el ser a quien más amaba en el mundo. Él salvó el honor y la felicidad de mi hija, y la puso a salvo mediante una gesta que supera a cualquiera de las narradas en los libros de historia. Asimismo se hizo acompañar de mi hija para sacarme de la Torre Silenciosa por el aire, dado que por tierra no había ninguna posibilidad de liberación para mí, que tenía aun en mi poder importantes documentos que implicaban a otras naciones y por los que el sultán habría dado gustoso la mitad de su imperio.

»De aquí en adelante, señores todos del consejo, este hombre valeroso será siempre un hijo querido para mí, y confío que, en su nombre, sus hijos —mis nietos— conserven con la misma honorabilidad el nombre que, allá en los gloriosos tiempos antiguos, hicieron ilustre mis padres. Señores míos queridos, permitidme que os diga para terminar que estaría dispuesto a dar mi propia vida en agradecimiento por todo lo que habéis hecho por mi hija.

El discurso del vaivoda fue recibido con la ancestral costumbre de las Montañas Azules: sacando y esgrimiendo los puñales.

DIARIO DE RUPERT

14 de julio de 1907

Durante casi una semana entera estuvimos esperando algún mensaje de Constantinopla: una declaración de guerra o una investigación llevada a cabo de tal manera que desembocara igualmente en guerra. El consejo nacional se quedó en Vissarion por invitación expresa del vaivoda, a quien, de acuerdo con el testamento de mi tío, me dispuse a devolverle todo su patrimonio. Por cierto, al principio no quiso aceptarlo, y solo cedió una vez que le leí la carta de tío Roger y el acta de traspaso preparada de antemano por Mr. Trent. Finalmente, dijo:

—Lo acepto por provenir de vosotros, que sois unos amigos muy buenos, y aunque solo fuera por honrar los deseos de los muertos. Pero recuerda que solo lo acepto temporalmente, reservándome la libertad de retractarme después si así lo dispongo.

Pero Constantinopla no dio señales de vida. Su infame plan había formado parte de uno de esos «montajes» que conforman el trabajo sucio de cierto tipo de razones de estado: que solo se aceptan si tienen éxito y se rechazan en caso contrario. El asunto era el siguiente: Turquía había hecho una apuesta, y la había perdido. Sus hombres estaban muertos; su barco, confiscado. Hasta que no pasaron diez días después de que el barco de guerra quedara derrelicto, con todo bicho viviente con el cuello roto, según me informó Rooke al traer el barco a la cala y dejarlo anclado en el puerto detrás de las puertas blindadas, no vimos ninguna noticia acerca de él; en concreto, en La Roma, noticia copiada a su vez del Periódico de Constantinopla del 9 de julio:

Naufragio de un acorazado otomano con toda su tripulación

«Se ha recibido en Constantinopla la noticia de que uno de los barcos de guerra más recientes y mejor equipados de la flota turca, El Mahmut, ha naufragado con toda la tripulación a bordo, incluido su capitán, Alí Alí, hundido a consecuencia de una tormenta desencadenada durante la noche del 5 de julio a cierta distancia de Cabrera, en las Islas Baleares. No ha aparecido ningún superviviente, ni se ha descubierto ningún resto de naufragio por parte de los barcos que acudieron en su auxilio —el Pera y el Mustafá—, ni se ha recibido tampoco ninguna noticia de ninguna de las islas más próximas, en las que se ha realizado una investigación exhaustiva. El Mahmut iba doblemente equipado, pues este, que sin duda es el barco de guerra técnicamente mejor equipado, transportaba a una tripulación complementaria de expertos, enviados en misión educativa por aguas del Mediterráneo».

Cuando el vaivoda y yo departimos sobre el asunto, me dijo:

—Después de todo, Turquía es una potencia muy astuta. Ciertamente parece conocer la derrota, pero no quiere que esta llegue a conocimiento de las demás naciones del mundo.

En fin, no hay mal que por bien no venga. Como el Mahmut había desaparecido junto a las costas baleares, no podía haber sido este el que hubiera transportado a los merodeadores ni disparado sus grandes cañones sobre Ilesin. Así pues, se debía suponer que se trataba de un barco pirata; y, como hemos recogido sus restos en nuestras aguas, ahora es nuestro por todos los conceptos, convirtiéndose, así pues, en el primer barco de su clase de la marina de las Montañas Azules. Yo me inclino a pensar que, aun cuando hubiera sido declarado barco turco, el almirante Rooke no habría estado dispuesto a desprenderse de él por las buenas. En cuanto al capitán Desmond, creo que se volvería histérico si alguien se atreviese siquiera a hablarle de tal eventualidad.

Sería una lástima que volviéramos a tener más problemas de este tipo, pues la vida es ahora muy venturosa aquí para todos nosotros. El vaivoda me parece

un hombre encantador. Teuta rebosa de felicidad, y el afecto mutuo que brotó entre ella y tía Janet en el momento de conocerse es un motivo suplementario de alegría para mí. Yo ya había puesto en antecedentes a mi esposa acerca de mi tía con objeto de que, cuando se conocieran, no hubiera lugar a ningún desagradable malentendido que luego hubiéramos tenido que lamentar. Pero no hubo nada que temer: en el momento mismo en que Teuta la vio, corrió derecha hacía ella y, levantándola con sus brazos fuertes y jóvenes como quien levanta a un niño, la besó. Luego, tras dejarla sentada en su sillón, del que se había levantado al entrar nosotros en la habitación, se arrodilló ante ella y posó la cabeza sobre su regazo. El rostro de tía Janet era todo un poema; apenas podría decir si en el primer momento fue mayor la sorpresa o la alegría. Pero un instante después ya fue imposible albergar la menor duda: parecía exultar de felicidad. Al ver a Teuta arrodillada, dijo simplemente:

—¡Oh, querida, mi querida chiquilla! ¡Qué contenta estoy! ¡La mujer de Rupert! Tú y yo tenemos que querernos mucho. —Al ver que estaban riendo y llorando la una en brazos de la otra, creí más oportuno salir de la habitación y dejarlas solas. Pero no me sentí en absoluto solo al perderlas de vista. Sabía que allí donde se encontraran aquellas dos adorables mujeres siempre habría cabida para mi corazón.

Al volver, Teuta estaba sentada sobre las rodillas de tía Janet. La anciana dama debía de estar encantada, pues Teuta es un ser tan adorable que, cuando está sentada también sobre mis rodillas y veo fugazmente nuestro reflejo en algún espejo, no puedo por menos de maravillarme de la particular nobleza de su Figura.

Mi mujer saltó al verme, pero tía Janet la retuvo con fuerza, mientras decía:

—No te muevas, querida. No sabes lo feliz que me siento teniéndote así de cerca. Rupert siempre había sido «mi niño», y, pese a lo grandote que es, aún sigue siéndolo. Así que tú, a quien él ama, debes ser también «mi niña», a pesar de toda tu belleza y de tu fuerza, y sentarte sobre mis rodillas hasta que puedas colocar aquí a un pequeñín que sea querido para todos nosotros y que me haga sentirme joven de nuevo. Cuando te vi por primera vez me mostré sorprendida, pues, de alguna manera, aunque nunca te había visto ni había oído hablar de ti, me pareció reconocer tu rostro. Quédate sentada donde estás, querida. Es simplemente Rupert... y las dos lo amamos.

Teuta me miró y se sonrojó ligeramente, pero permaneció sentada donde estaba y tiró de la blanca cabeza de la anciana dama hacia su joven pecho.

DIARIO DE JANET MACKELPIE

8 de julio de 1907

Yo siempre había creído que, cuando se casara Rupert —o iniciara el camino hacia el casamiento comprometiéndose con alguna mujer—, profesaría hacia su futura esposa parte del mismo afecto que siempre le había profesado a él. Pero ahora sé que lo que realmente pasaba por mi mente no eran sino celos, y que yo no hacía sino luchar contra mis instintos al pretender no estar celosa. De haber tenido la más remota idea de que ella se parecería, aunque solo fuera un poco, a Teuta, ese tipo de sentimiento nunca habría prendido en mi ser. Nada más natural que mi querido zagal se enamorara de ella, pues, la verdad sea dicha, yo también estoy prendada de ella. No creo haber conocido nunca a una persona —a una mujer, más concretamente— dotada de tantas cualidades. Casi me da miedo decirlo, no sea que me pueda equivocar, pero creo que, en mujer, es tan estupenda como lo es Rupert en hombre. ¿Qué más se puede pedir?

Pues bien. Yo creía que la amaba y confiaba en ella y la conocía al máximo hasta esta mañana. Yo me encontraba en ese momento en mi habitación, como todavía se la llama (pues, aunque Rupert me dice en confianza que, según el testamento de su tío, toda la propiedad de Vissarion, con el castillo como centro, pertenece realmente al vaivoda, y aunque ha convencido al vaivoda para que acepte los términos de dicho documento, él —el vaivoda— no quiere que cambie nada de como está, ni tampoco quiere oír una sola palabra de que yo me marche, o cambie de habitación, o algo por el estilo; y Rupert lo apoya en esto, al igual que Teuta. Así que, ¿qué otra cosa puedo yo hacer sino complacer lo deseos de estos seres tan queridos para mí?); pues bien, como decía, esta mañana, mientras Rupert se encontraba con el vaivoda en una reunión del consejo nacional en la gran sala, Teuta vino a verme y, tras cerrar la puerta con cerrojo, cosa que me sorprendió un tanto, se acercó y se arrodilló junto a mí, y posó la cara sobre mi regazo. Yo acaricié su bello pelo negro y le dije:

—¿Qué te ocurre, Teuta querida? ¿Ha surgido algún problema? ¿Por qué has echado el cerrojo? ¿Le ha ocurrido algo a Rupert?

Cuando levantó la vista, vi que se estaba esforzando por contener las lágrimas de sus bellos ojos negros y estrellados. Ella sonrió, y las lágrimas no llegaron a verterse. Al ver su sonrisa, y tranquilizado mi corazón, le dije sin pensar:

—Gracias a Dios, querida, que no le ha pasado nada a Rupert.

—Yo también le doy las gracias, tía Janet —dijo afablemente mientras yo la abrazaba y apoyaba su cabeza sobre mi pecho.

—Ánimo, querida —le dije—. Cuéntame lo que te preocupa. —Esta vez vi que las lágrimas caían mientras bajaba la cabeza y me ocultaba su rostro.

—Creo que la he engañado, tía Janet, y que usted nunca querrá, nunca podrá, perdonarme.

—¡Pero qué me dices, mi niña! —exclamé—. No hay nada que tú puedas hacer que yo no quiera o pueda perdonar. A no ser que hayas cometido algún acto abyecto, que sería lo único difícil de perdonar. Dime ahora qué es lo que te angustia.

Me miró a los ojos sin miedo, esta vez solo con los signos de las lágrimas anteriores, y agregó con orgullo:

—No es nada abyecto, tía Janet. La hija de mi padre abominaría de hacer algo así. No creo que fuera capaz de ello. Además, de haber hecho algo abyecto no estaría aquí, pues..., nunca habría sido la esposa de Rupert.

—Entonces, ¿qué es, mi niña? Vamos, cuéntaselo a la vieja tía Janet.

A lo que ella contestó con otra pregunta:

—Tía Janet, ¿sabes quién soy yo, y cómo conocí a Rupert?

—Tú eres la Voivodina Teuta Vissarion, la hija del vaivoda, o, mejor dicho, eso eras antes, pues ahora eres Mrs. Rupert Sent Leger, dado que él sigue siendo súbdito de nuestro noble rey de Inglaterra.

—Sí, tía Janet —dijo ella—, eso soy, y estoy muy orgullosa de serlo, más orgullosa incluso que si fuera lo que fue mi tocaya, la antigua reina de las Montañas Azules. Pero ¿cómo y dónde conocí a Rupert? —Yo no lo sabía, cosa que le dije con total franqueza; a lo que contestó de este modo a su propia pregunta—: Lo conocí en su propia habitación una noche. —Yo estaba completamente convencida de que no había nada malo en lo que quiera que hubiera hecho; por eso seguí sentada en silencio esperando que prosiguiera—. Me encontraba en peligro y sentía un pánico de muerte. Creía que me iba a morir (no es que tenga miedo a la muerte), y necesitaba ayuda y calor. No iba vestida entonces como voy ahora.

De repente tuve la sensación de reconocer su rostro, pese a ser la primera vez que lo veía. Quería ayudarla a salir de la situación embarazosa en que la había metido su confidencia, y le dije:

—Mi niña querida, creo que lo sé. Dime una cosa: ¿por qué no te pones el sayal... la vestimenta... o el atuendo que llevabas aquella noche y me dejas verte con él puesto? No es una mera e inútil curiosidad, querida, sino algo mucho más importante que semejante antojo.

—Espera un minuto, tía Janet —dijo mientras se incorporaba—. No tardaré.

Y salió de la habitación. Volvió unos minutos después. Su aspecto podría

haber asustado a mucha gente, pues venía vestida solo con un sudario. Iba descalza, y, atravesando la habitación con la majestad de una emperatriz, se paró delante de mí con los ojos modestamente bajados. Pero al alzar la vista y cruzarla con la mía, una sonrisa afloró a su rostro. De nuevo se echó sobre mis rodillas y me abrazó mientras decía:

—Creía haberte asustado, querida tía Janet.

Yo sabía que podía tranquilizarla perfectamente, y le dije:

—No te preocupes, querida mía. Yo no soy de temperamento impresionable. Provengo de una estirpe guerrera que ha dado muchos héroes al mundo y pertenezco a una familia en la que abunda el don de la segunda visión. ¿Por qué iba yo a tener miedo? ¡Nosotros sabemos! Además, yo te vi con esa ropa antes. Teuta, yo os vi casaros a ti y a Rupert.

Esta vez fue Teuta la que pareció desconcertada.

—¿Nos viste casarnos? ¿Cómo conseguiste llegar hasta allí?

—Yo no fui hasta allí. Mi visión llegó mucho antes. Dime, querida, ¿qué día, o, mejor dicho, qué noche viste a Rupert por primera vez?

Ella contestó con tristeza:

—No lo recuerdo. Por desgracia perdí la cuenta de los días que pasé tendida en la tumba de aquella horrorosa cripta.

—¿Estaba tu... vestimenta mojada aquella noche? —pregunté.

—Sí. Tuve que abandonar la cripta, pues todo estaba inundado a mi alrededor. Tenía que encontrar ayuda, calor, pues en aquel momento temí por mi vida. Pero yo había asumido una terrible tarea, a la que me había comprometido personalmente. Era por amor a mi padre, y por amor al país, y sentí que era mi deber seguir viva. Y, así pues, seguí viva cuando la muerte habría sido un alivio. Hoy he venido a tu habitación para hablarte de todo esto. Pero ¿cómo me viste a mí, a nosotros, casarnos?

—Ah, hija mía —contesté—. Eso fue antes de que la boda tuviera lugar. La mañana siguiente a la noche en que viniste empapada, cuando, después de tener unos sueños extraños, vine a ver si Rupert estaba bien, me olvidé de mis sueños al ver el piso completamente mojado; eso desvió mi atención. Pero luego, la mañana después de que Rupert encendiera la chimenea en su habitación por primera vez, le conté lo que había soñado, pues, ay, zagala mía querida, yo te vi como novia vestida con fino encaje sobre tu sudario, y con flores de azahar y otras ramitas en tu pelo negro, y vi las estrellas en tus preciosos ojos, pues tienes el tipo de ojos que más me gustan. Pero, ay, querida mía, cuando vi el sudario, y comprendí lo que este podía significar, creí ver gusanos arrastrarse junto a tus pies; pero pregúntale a tu marido lo que yo le

conté aquella mañana. El corazón humano puede aprender muchas cosas de los sueños. ¿No te ha contado nunca nada de esto?

—No, querida tía —dijo simplemente—. Creo que tenía miedo de que eso pudiera turbarnos a alguno de nosotros, por no decir a los dos. Ya ves, no te contó nada de nuestros encuentros, aunque estoy segura de que le encantará hacerlo cuando sepa que las dos nos hemos sincerado y nos hemos contado todo.

Esta me pareció una contestación encantadora por su parte, por no decir también muy juiciosa; por eso le dije lo que creía que más la agradaría: la verdad.

—Oh, zagala querida, eso es lo que debería ser una esposa, lo que debería hacer una esposa. Rupert es afortunado, y feliz, al tener su corazón en tus manos.

Por el calor añadido de su beso supe que estaba complacida con lo que acababa de decirle.

Carta de Ernest Roger Halbard Melton, de Humcroft, Salop, a Rupert Sent Leger, Vissarion, país de las Montañas Azules.

29 de julio de 1907

Mi querido primo Rupert:

Hemos oído acerca de Vissarion unas cosas tan estupendas que salgo de viaje para verte. Como tú eres ahora también terrateniente, comprenderás que mi viaje no se debe precisamente a razones de placer; es más bien el deber el que me empuja a emprenderlo. Cuando muera mi padre yo seré el jefe de la familia; la familia a la que perteneció tío Roger, con quien ambos estamos emparentados. Nada más lógico y natural, pues, que esté al corriente de nuestras ramificaciones familiares y de sus respectivas sedes. Te aviso con muy poca antelación; en realidad, salgo para allá inmediatamente (por lo que llegaré casi al mismo tiempo que esta carta). Mejor así: quiero sorprenderte en plena faena. He oído decir que las montañas azules son unos verdaderos bombones, así que procura no despacharlas a todas cuando te enteres de mi llegada...

Envía un yate a Hume para recibirme. He oído decir que poseéis todo tipo de medios de transporte en Vissarion. La MacSkelpie, según he oído, dijo que la recibiste como una reina, por lo que espero hagas al menos lo mismo con uno de tu propia sangre y, más concretamente, el futuro jefe de la familia. No llevaré demasiado séquito conmigo. A mí no me hizo supermillonario tío Roger, por lo que solo me acompañará mi modesto «hombre para todo», un tal Jenkinson, cockney para más señas. Así que sé buen chico y no exhibas

demasiados encajes de oro, ni cimitarras con empuñadura de diamantes, pues de lo contrario él querrá lo peor de lo peor: que le suban el sueldo. Ese viejo cromo de Rooke, que vino a recoger a Miss McS., y a quien yo vi por casualidad en casa del abogado, podría pilotarme desde Fiume. El viejo gentilhomme-por-decreto-parlamentarlo Mr. Bingham Trent (seguro que ya escribe su nombre con un guión) me comentó que Miss McS. había dicho de él que «se sentía orgullosa» de haber hecho el viaje bajo sus auspicios. Llegaré a Fiume el miércoles al atardecer, y me alojaré en el Europa, que es, según me han dicho, el hotel menos malo del lugar. Así que ya sabes dónde puedes encontrarme, tú o alguno de los diablos que te sirven, en caso de que tenga que sufrir «servicio sucedáneo».

Sin otro particular, recibe un afectuoso saludo de tu primo

ERNEST ROGER HALBARD MELTON

Carta del Almirante Rooke al hospodar Rupert:

1 de agosto de 1907

Estimado Señor:

Obedeciendo a sus directrices expresas de que saliera a recibir a Mr. Ernest R. H. Melton en Fiume, y le refiriera con todos los detalles cuanto pudiera ocurrir, «sin guardarme nada en el tintero», como recordará me pidió, me permito informarle de lo siguiente:

Conduje el yate de vapor Trent hasta Fiume, donde llegué la mañana del martes. A las once y media de la noche fui a esperar el tren procedente de San Pedro, que tenía su llegada a las once cuarenta. Llegó con algo de retraso (cuando el reloj estaba empezando a dar las doce en punto de la noche). Mr. Melton iba a bordo, y con él su criado Jenkinson. Fie de decir que no parecía muy contento de su viaje, y que expresó una gran decepción al ver que Su Señoría no había salido a esperarle. Yo le expliqué, según me indicó Su Señoría, que tenía que asistir, junto con el vaivoda Vissarion y el vladika, a una asamblea del consejo nacional, que tenía lugar en Plazac, pues de lo contrario habría tenido el placer de acudir a recibirlo. Por supuesto, le reservé unas habitaciones (la suite Príncipe de Gales) en el Re d'Ungheria e hice que pusieran a su disposición el mismo coche que el hotelero había puesto ya a disposición del príncipe de Gales cuando este paró allí. Mr. Melton se llevó a su criado con él, y yo salí después (en un Stadtwagen con el equipaje). Al llegar, encontré al maitre d'hôtel muy nervioso y consternado. El noble inglés, dijo, había encontrado defectos en todo, y usó con él un lenguaje al que no estaba en absoluto acostumbrado. Yo lo tranquilicé, diciéndole que probablemente el extranjero no estaba familiarizado con los usos de otros países y le aseguré que Su Señoría tenía plena fe en él. Él se declaró satisfecho

y feliz con aquellas palabras. Pero noté que enseguida dejó todo en manos del camarero principal, diciéndole que atendiera al milord de la mejor manera posible, pues a él lo reclamaba un asunto urgente en Viena. ¡Un hombre muy listo!

Yo me presenté ante Mr. Melton para recibir sus órdenes con relación a nuestro viaje de la mañana, y le pregunté si había algo que deseara especialmente. El cual se limitó a decirme:

—¡Qué asco de recibimiento! ¡Váyase al diablo, y cierre la puerta al salir!

Su criado, que parece una persona bastante simpática, aunque es más engreído que un pavo real y habla con un acento cockney que resulta realmente terrible, me siguió por el pasillo mientras me explicaba «a su manera» que su amo, «Mr. Ernest», estaba alterado por el largo viaje, y que no me preocupara. Como yo no quería incomodarlo, le dije que lo único que me importaba era cumplir los deseos de Su Señoría; el yate de vapor estaría listo para las siete de la mañana, y yo acudiría al hotel a esa hora, donde esperaría hasta que Mr. Melton dispusiera salir, para llevarlo a bordo.

Por la mañana, estuve esperando un buen rato hasta que el criado Jenkinson vino a decirme que Mr. Ernest saldría a las diez. Le pregunté si quería desayunar a bordo, y me contestó que tomaría su café-complet en el hotel y el desayuno a bordo.

Partimos a las diez, y tomamos la pinaza eléctrica hasta el Trent, que se encontraba en el fondeadero listo para zarpar. Se le sirvió el desayuno a bordo, según sus órdenes, y luego subió al puente, donde yo estaba dirigiendo las operaciones. Subió con su criado Jenkinson. Al verme allí, y (supongo) no dándose cuenta de que yo estaba al mando de la embarcación, me mandó con brusquedad que me fuera a cubierta. En realidad, nombró un lugar mucho más bajo. Yo hice señas de guardar silencio al furriel timonel, que había soltado el timón e iba a hacer, me temía, alguna observación impertinente. Jenkinson se unió a mí y, a modo de explicación a la descortesía de su amo (de la que parecía manifiestamente avergonzado), por no decir a modo de desagravio, me dijo:

—El patrón tiene un humor de perros esta mañana.

Cuando avistamos Meleda, Mr. Melton me mandó llamar y me preguntó dónde íbamos a desembarcar. Yo le dije que, a menos que deseara otra cosa, nos dirigiríamos directamente a Vissarion, pero que había recibido instrucciones de hacerlo en el puerto que él escogiera. A lo que me dijo que deseaba pasar la noche en algún lugar en el que pudiera ver algo de «vida». Tuvo humor para añadir algo más, que —creo— a él le pareció jocoso: que tal vez yo podría «asesorarlo» en tales cuestiones, ya que hasta «una vieja gloria

como usted» puede seguir teniendo buen ojo para una mujer guapa. Yo le dije con el mayor respeto que pude que no tenía conocimiento alguno de tales cuestiones, que seguramente interesarían a un hombre joven pero que a mí no me interesaban en absoluto. Él no dijo nada más; así, tras un rato esperando nuevas órdenes, pero no recibiendo ninguna, le dije:

—Supongo, señor, que vamos a Vissarion.

—¡Ve adónde te dé la gana, pero déjame en paz! —me dio por contestación mientras se alejaba.

Al llegar a la cala de Vissarion, pareció mucho más calmado (con unos modales menos agresivos); pero al enterarse de que Su Señoría se hallaba retenido en Plazac, volvió a ponerse bastante «cabreado», por usar un término vulgar. Yo temí que fuera a producirse una gran desgracia antes de entrar en el castillo, pues en el puerto estaba Julia, la mujer de Michael, el maestro del vino, que es, como todo el mundo sabe, muy bella. Mr. Melton pareció sumamente prendado de ella, y ella se sintió muy halagada por las atenciones de aquel extraño caballero y pariente de Su Señoría, olvidándose momentáneamente del proverbial recato de la mayor parte de las mujeres de las Montañas Azules. A lo cual Mr. Melton, atentando contra la decencia más elemental, la cogió en sus brazos y la besó. Al instante se produjo una gran zaragata. Los montañeses presentes sacaron sus puñales, y en aquel instante me temí que fuera a producirse alguna desgracia. Por suerte, se contuvieron al ver que Michael, que acababa de llegar al muro del muelle en el momento mismo en que había tenido lugar la afrenta, venía corriendo puñal en ristre con la intención manifiesta de decapitar a Mr. Melton. En aquel mismo instante —siento decirlo, pues causó una impresión muy mala—. Mr. Melton cayó de rodillas presa de pánico. Le vino muy bien aquella pausa de unos segundos. Durante este breve lapso de tiempo, el pequeño criado cockney, que tiene el corazón de un hombre grande, dio un salto hacia delante y se plantó cubriendo a su amo en actitud de pelear.

—¡Pero, bueno, qué pasa aquí! —exclamó—. Él no ha hecho nada malo. Solo ha querido besar a una chavala, como cualquier hombre. Si queréis cortar algún gazzate, cortad el mío. ¡No tengo miedo! —Hubo en todo esto un coraje tan auténtico, y formó un contraste tan bello con la actitud cobarde del otro (perdóneme, pero Su Señoría me ha pedido la verdad), que me alegro de que él fuera también inglés. Los montañeses reconocieron su acto valeroso e hicieron un saludo con los puñales, incluido el propio Michael. Volviendo ligeramente la cabeza, el pequeño hombre apremió a su amo en voz baja:

—Levántese, patrón. Levántese, si no quiere que le hagan picadillo. Aquí viene Mr. Rooke, que le sacará de apuros.

En aquel momento los hombres se habían calmado ya un poco y, cuando

les recordé que Mr. Melton era primo de Su Señoría, guardaron sus puñales y volvieron a su trabajo. Pedí a Mr. Melton que me siguiera, y nos encaminamos hacia el castillo.

Cerca ya de la gran entrada del patio amurallado, encontramos a un gran número de criados reunidos, y con ellos a muchos de los montañeses, que montaban la guardia alrededor del castillo desde el rapto de la vaivodina. Como tanto Su Señoría como el vaivoda se hallaban en Plazac, la guardia se había doblado en aquellos momentos. Cuando el intendente del castillo salió a la puerta, los criados se apartaron un poco y los montañeses se retiraron a una zona más apartada del patio. Por supuesto, la vaivodina había sido informada de la llegada del huésped (su primo), y acudió a recibirlo según la antigua costumbre de las Montañas Azules. Como Su Señoría vino recientemente a las Montañas Azules, y no ha habido ocasión desde entonces de demostrar en la práctica esta costumbre desde que se fuera el vaivoda, y se creía entonces que la vaivodina estaba muerta, tal vez yo, que he vivido aquí durante tanto tiempo, deba explicarme:

Cuando a una casa de las Montañas Azules llega un huésped a quien se desea honrar, la dama, como se llama a la ama de la casa en lengua vernácula, sale en persona a la puerta —o, más bien, fuera de la puerta— a recibir al huésped para así poder conducirlo ella misma al interior. Es una ceremonia muy bonita, que, según se cuenta, en los buenos tiempos antiguos el monarca siempre tuvo en gran aprecio. La costumbre consiste en que, al acercarse el huésped agasajado (no tiene por qué ser de sangre azul), ella se inclina —o más propiamente se arrodilla— ante él y le besa la mano. Según los historiadores, el simbolismo consiste en que la mujer, al agasajar al huésped de su marido, no hace sino subrayar su obediencia al marido, rasgo este que caracteriza a la mujer casada en las Montañas Azules. Esta costumbre se observa siempre en toda su etiqueta cuando una joven esposa recibe por primera vez a un huésped, especialmente si su marido desea honrarlo. Por supuesto, la vaivodina sabía que Mr. Melton era su pariente y naturalmente deseaba dar el mayor lustre posible a esta ceremonia de bienvenida, para mostrar abiertamente el aprecio y respeto que sentía por su marido.

Cuando entramos en el patío, me mantuve naturalmente a un lado, pues el agasajo es enteramente individual y nunca se extiende a ninguna persona más, por importante que pueda ser. Sin duda, Mr. Melton desconocía el aspecto protocolario de la situación, y en este sentido no hay que reprocharle nada. En efecto, avanzó junto con su criado al ver que alguien se acercaba a la puerta. Yo creí que iba a apresurarse a saludar a la persona que le daba la bienvenida. Esto, aunque no figura en el ritual, habría sido lo más natural en un joven pariente que desea honrar a la joven esposa de su huésped, y a los ojos de cualquiera habría sido a la vez comprensible y perdonable. (Aunque no se me

ocurrió entonces, después he pensado que tal vez Mr. Melton no hubiera oído hablar aún de la boda de Su Señoría, cosa que, espero, para hacer justicia al joven caballero, tendrá presente Su Señoría a la hora de emitir un juicio definitivo sobre su conducta). Pero, por desgracia, no pareció mostrar tal deseo. Al contrario, pareció esforzarse en mostrar indiferencia. A mí me pareció que él, al ver que alguien deseaba ensalzarlo, aprovechó la que debió de considerar una oportunidad de oro para recuperar su prestigio personal, que sin duda había caído por los suelos tras el episodio de la mujer del maestro de vino.

La vaivodina, pensando sin duda realzar así más su bienvenida, se había puesto el traje que toda su nación tanto ama en la actualidad y que acepta como traje de gala y ceremonia. Se había puesto el sudario. Esto movió los corazones de cuantos presenciamos la escena, que vimos con buenos ojos el que se lo hubiera puesto para tal ocasión. Pero Mr. Melton no pareció apreciar aquel detalle particularmente. Mientras él se acercaba ella había empezado a arrodillarse, y se hallaba ya de rodillas cuando él estaba aún a varios metros de distancia. Mr. Melton se detuvo entonces y se volvió para hablar a su criado; se colocó un monóculo en el ojo y se puso a mirar a todos los rincones de la estancia (en realidad, a todas partes salvo a la Gran Dama, que seguía arrodillada ante él esperando poder tributarle los honores de bienvenida). Yo distinguí en los ojos de los montañeses circundantes una animosidad en aumento; así, esperando neutralizar dicha expresión, que yo sabía causaría perjuicio a Su Señoría y a la vaivodina, les lancé a todos una mirada ceñuda, que ellos parecieron comprender, pues volvieron a recuperar —y durante cierto tiempo mantuvieron— su habitual serenidad y dignidad. Puedo asegurarle que la vaivodina soportó la prueba maravillosamente. Ningún ser humano habría adivinado que se sentía mínimamente dolorida, ni siquiera sorprendida. Mr. Melton siguió mirando a su alrededor durante un rato tan largo que tuve tiempo de sobra para recuperar la calma. Por fin pareció darse cuenta de que alguien estaba esperándolo, y dio un pasó retozón hacia delante. Hubo tanta insolencia —aunque tal vez no una insolencia intencionada— en aquel movimiento que los montañeses dieron instintivamente un paso hacia delante. Cuando por fin se hubo aproximado a la vaivodina, y ella le alargó su mano, él le ofreció un dedo... Yo pude oír cómo los hombres cogían aire (todos ahora más cerca, pues yo también había dado unos pasos hacia delante). Me había parecido oportuno estar más cerca de su huésped, Señoría, por miedo a que pudiera ocurrirle algo grave. La vaivodina aún mantenía una serenidad digna del mayor encomio. Levantando el dedo ofrecido por el huésped con la misma deferencia que si se tratara de la mano de un rey, inclinó la cabeza y lo besó. Su deber de cortesía ya cumplido, estaba empezando a incorporarse cuando él se llevó la mano a un bolsillo y, sacando un soberano, se lo ofreció. Su criado movió la mano hacia delante, como para sujetarle el

brazo, pero fue demasiado tarde. Estoy seguro, Su Señoría, de que él no pretendió cometer ninguna afrenta. Sin duda quiso hacer lo que se hace en Inglaterra cuando se da «una propina» a un hotelero. No obstante, para una persona del rango de la vaivodina debió de ser una terrible afrenta, un insulto claro e inequívoco. Así fue recibido también por los montañeses, cuyos puñales se desenvainaron al unísono. Y durante unos segundos así fue recibido también por la propia vaivodina, quien, con el rostro incandescente y las estrellas de sus ojos arrojando fuego, se puso en pie como un resorte. Pero en aquellos segundos ya había recuperado el autodomínio y su justa ira había desaparecido por completo. Inclínándose, tomó la mano de su huésped y la levantó —ya sabe lo fuerte que es ella— y, sujetándola de este modo, lo condujo hacia el interior, mientras decía:

—Sea bienvenido, pariente de mi marido, a la casa de mi padre, que es actualmente también de mi marido. Ambos lamentan, debido a razones mayores, no poder estar aquí para recibirle.

Le aseguro, Su Señoría, que fue aquella una lección de dignidad que ninguno de los presentes olvidaremos jamás. Pese a lo viejo que soy, a mí me hizo temblar de delicia, y mi corazón saltó de alegría.

Y ahora, apelando a los muchos años que tengo a mis espaldas como siervo leal, me gustaría sugerirle a Su Señoría que finja —al menos por el momento— no saber nada de estas cosas que le he referido, como me mandó que le refiriera. Esté seguro de que la vaivodina le contará cuanto su graciosa persona desee que Su Señoría sepa. Y esta reticencia por su parte contribuirá a la felicidad de ella, por no decir también a la suya propia.

Para que Su Señoría sepa todo lo acontecido, como fue su deseo, y tenga tiempo suficiente para adoptar la actitud que juzgue más oportuna, le envió sin más dilación esta carta mediante un mensajero de la flota. Si estuviera aquí el aeroplano, se la llevaría yo personalmente. Seguiré aquí por ahora en espera de la llegada de sir Colin a Otranto.

Reciba un saludo del fiel siervo de Su Señoría,

ROOKE

DIARIO DE JANET MACKELPIE

9 de agosto de 1907

Me parece providencial que Rupert no estuviera en casa cuando llegó ese horrible jovencito Ernest Melton, aunque es posible que, si Rupert hubiera estado presente, no se habría atrevido a comportarse de manera tan insolente. Por supuesto, yo me enteré de todo por las criadas (Teuta nunca me dijo nada al respecto). Ya fue una grosería y estupidez bastante grandes el que tratara de

besar a una joven tan decente como Julia, que es más buena que el pan y más recatada que cualquiera de nuestras zagalas de los Highland; pero atreverse a insultar a Teuta... El asqueroso sapo... Seguro que hasta el más memo de un manicomio ecuatorial se portaría mejor que él. Si Michael, el maestro del vino, hubiera decidido matarlo, me pregunto qué hubiera hecho nuestro Rupert. No me canso de agradecer al cielo que no estuviera presente, Y también el que yo tampoco estuviera presente, pues habría armado un espectáculo, y eso a Rupert no le habría gustado. Ese... mal bicho podría haberse dado cuenta por el vestido que llevaba la pobre muchacha de que había algo excepcional en la recepción. Aunque por un motivo sí me habría gustado verla. Me han dicho que, en medio de su dignidad, parecía una reina y que su humildad al recibir al pariente de su marido fue una lección magistral a todas las mujeres del país. Debo procurar que Rupert no sepa que me he enterado del incidente. Luego, cuando ya se haya olvidado todo esto y el niño esté lejos de aquí, le hablaré de ello. Mr. Rooke —el lord gran almirante Rooke, para ser más exactos— debe de ser un hombre realmente maravilloso para haber podido sujetarse como lo hizo, pues, por lo que he oído decir de él, en sus tiempos jóvenes debió de ser peor que el viejo pirata Morgan de Panamá. Mr. Ernest Roger Halbard Melton, de Humcroft, Salop, no sospechó sin duda lo cerca que estuvo de que le «partieran la crisma».

Afortunadamente, yo ya me había enterado de su episodio con Teuta antes de que viniera a verme, pues cuando volví de mi paseo él ya había llegado. Tenía ante mí el noble ejemplo de Teuta, y yo también decidí mostrar buenos modales en aquellas circunstancias. Pero no sabía lo miserable que es. ¡Decirme a mí que la posición de Rupert aquí debía de ser una gran fuente de orgullo para mí, que había sido su gobernanta! Primero dijo su «niñera», pero luego rectificó, como si hubiera recordado algo. Me alegra poder decir que no me inmuté. Es una suerte que tío Colin no estuviera aquí, pues estoy segurísima de que en tal caso él mismo se habría encargado de «partirle la crisma». El licenciado Ernest se ha escapado por los pelos, pues precisamente esta mañana Rupert recibió un mensaje de Gibraltar anunciando que llegaría con los miembros de su clan no mucho después de su carta. Haría escala en Otranto por si había alguien esperándolo allí para acompañarlo hasta Vísarion. Tío Colin me comentó que ese joven bellaco le había ofrecido el dedo una vez que coincidieron en el despacho de Mr. Trent, aunque por supuesto procuró no mostrarle que había reparado en el feo detalle. No tengo la menor duda de que, cuando él llegue, ese niño, si es que aún sigue aquí, se dará cuenta de que no le queda más remedio que observar buenos modales por una vez, por la cuenta que le trae...

De la misma (más tarde)

Apenas había terminado de escribir las líneas anteriores cuando el vigía de

la torre anunció que el Teuta, como Rupert llama a su aeroplano, había sido avistado por la parte montañosa próxima a Plazac. Yo me apresuré para verlo llegar, pues aún no lo había visto en su «aéreo». Mr. Ernest Melton vino también. Por supuesto, Teuta se nos adelantó. Parece intuir siempre cuándo va a llegar Rupert.

Fue realmente todo un espectáculo ver el pequeño aeroplano, con las alas extendidas como un pájaro en vuelo, acercarse planeando sobre las montañas. Traía un fuerte viento de cara —se le vio luchar denodadamente contra él—; de lo contrario, no habríamos llegado a la torre con tiempo para verlo aterrizar.

Pero, una vez que el «aéreo» empezó a descender pegado a una ladera —sin duda con la intención de que esta lo protegiera del viento—, su velocidad fue extraordinaria. Si nos hubiéramos fijado solo en el aparato, no habríamos podido averiguar a qué velocidad venía; nos hicimos una idea aproximada fijándonos en lo deprisa que parecían deslizarse las estribaciones montañosas debajo de él. Cuando pasó por encima de una colina situada a unas diez millas de distancia del castillo, se aproximó a una velocidad tal que casi perdimos la noción misma de la distancia. Cuando estuvo ya cerca, se elevó un poco por encima de la torre, a la que llegó más derecho que una flecha, y se detuvo en seco tras accionar Rupert una palanca, que pareció haber puesto una barrera al viento. El vaivoda venía sentado junto a Rupert, pero he de decir que parecía agarrarse a la barra que tenía delante de él con mayor fuerza que con la que Rupert sujetaba la dirección.

Cuando se apearon, Rupert saludó a su primo con la mayor cortesía y le deseó una feliz estancia en Vissarion.

—Veo —dijo— que ya conoces a Teuta. Ahora puedes felicitarme, si lo deseas.

Mr. Melton soltó una larga baladronada sobre su belleza, pero luego, tartamudeando un tanto, dijo algo respecto a la ocurrencia tan poco afortunada de que se hubiera presentado con atuendo funerario. Rupert se rio y, dándole unas palmadas en la espalda, contestó:

—Ese tipo de atuendo probablemente se va a convertir en el traje nacional para las mujeres leales de las Montañas Azules. Cuando te enteres de lo que significa esa vestimenta para todos los montañeses, entenderás mejor lo que te digo. Entre tanto, confórmate con saber que no hay ni una sola persona en este país que no la respete profundamente y no desee ver a la vaivodina con ella puesta. —A lo que el bellaco respondió:

—¡No me digas! ¡Creí que era algún preparativo para un baile de disfraces! —La respuesta de Rupert a esta frase malintencionada no se hizo esperar:

—Permíteme, Ernest, que te dé un consejo: yo, en tu lugar, no me atrevería siquiera a pensar semejante cosa encontrándome en esta parte del globo. Aquí han enterrado a gente por mucho menos.

El bellaco debió de quedar impresionado por algo —lo que había dicho Rupert o su manera de decirlo—, pues permaneció en silencio varios segundos antes de volver a hablar.

—Perdona, Rupert, pero todavía acuso el cansancio del largo viaje que hice. Os pido a Mrs. Sent Leger y a ti excuséis mi presencia; me voy a mi habitación a descansar un poco. Mi criado me llevará una taza de té y un sándwich.

DIARIO DE RUPERT - CONTINUACIÓN

10 de agosto de 1907

Cuando Ernest dijo que quería retirarse, a todos nos pareció la cosa más prudente que podía haber dicho o hecho, y a Teuta y a mí nos vino de maravilla; yo noté a mi querida joven esposa nerviosa por algo, y supuse que lo más oportuno para ella era estar tranquila y no tener que preocuparse por ser agradable con aquel sinvergüenza. Aunque sea mi primo, no puedo tener sobre él una opinión mejor. El vaivoda y yo teníamos ciertos asuntos que tratar con relación a la última reunión del consejo; cuando concluyó nuestra charla, ya se había hecho de noche. Teuta me dijo en cuanto me vio llegar:

—¿Te importa, querido, si me quedo con tía Janet esta noche? Está muy alterada y nerviosa, y cuando me ofrecí a ir con ella se me agarró y lloró de alivio.

Así, después de cenar algo, cosa que hice en compañía del vaivoda, bajé a mi antiguo habitáculo junto al jardín y caí rápidamente dormido.

Me despertó, poco antes del alba, la llegada del monje soldado Teoffasto, notable corredor que traía un mensaje urgente para mí. Era una carta de Rooke, quien había tenido la buena idea de que me la entregaran en mano, estuviera donde estuviera. Al llegar él a Plazac yo ya había partido en el aeroplano, por lo que puso nuevamente rumbo a Vissarion.

Después de leer el informe de Rooke sobre la abominable conducta de Ernest Melton me sentí enfurecido con él de una manera que me resultaría imposible expresar con palabras. En realidad, antes no habría imaginado poder enfurecerme de este modo por su causa, pues siempre lo había despreciado. Pero esto clamaba al cielo. Sin embargo, hice caso al sabio consejo de Rooke y salí de la habitación a desfogar mi ira y tratar de serenarme un poco. El aeroplano Teuta seguía aparcado en la torre, por lo que subí solo y lo saqué de allí.

Después de unas cien millas de vuelo me sentí mejor. El viento tonificante y el movimiento rápido y estimulante me reconciliaron conmigo mismo, y me sentí ahora con fuerzas para abordar el problema del licenciado Ernest, o cualquier otro problema igualmente espinoso que pudiera presentarse, sin perder los estribos. Como Teuta había juzgado más oportuno guardar silencio sobre la afrenta de Ernest, yo decidí imitarle en esto; sin embargo, tomé la firme resolución de deshacerme de él lo antes posible.

Después de tomar el desayuno, le mandé una nota con un criado en la que le comunicaba que iba ahora mismo a verle.

Estaba con su pijama de seda, una prenda tan lujosa que ni el mismo Salomón se puso algo parecido en sus días de mayor esplendor. Una vez dentro, me aseguré de que estaba cerrada la puerta antes de empezar a hablar. Él escuchó, sucesivamente asombrado, desconcertado, airado y, finalmente, acobardado cual perro apaleado. Yo había decidido hablarle sin pelos en la lengua. Un tipejo engreído como él, que había insultado deliberadamente a cuantas personas le habían salido al paso —y si todos o algunos de tales insultos eran atribuibles a su ignorancia supina, entonces era un individuo que no estaba capacitado para vivir en medio de gente normal, sino que debía ser mantenido con la boca cerrada cual moderno Calibán—, no merecía ni piedad ni gracia. Mostrar con él buenos sentimientos, tolerancia o cualquier tipo de amabilidad habría sido privar al mundo de tales sentimientos, sin beneficio para nadie. Creo que las palabras que le dije fueron más o menos estas:

—Ernest, comprenderás que, como tú dices, tienes que irte, y cuanto antes mejor. Me da la impresión de que crees hallarte en un país de bárbaros, y que tus refinamientos y remilgos diversos le vienen grandes a esta gente. Pues bien, tal vez sea así. Es indudable que la estructura de este país está aún sin refinar; las montañas pueden hacer pensar en la época de los glaciares. Pero, por lo poco que te he visto aquí, tus proezas hacen pensar en un período muchísimo más atrasado. Al parecer, has hecho ante nuestra gente toda una exhibición de cómo se conducían los gamberros de la era sauria; pero, por rudas que sean las Montañas Azules, ya han salido de la era primitiva, y ahora nuestra gente se está esforzando por poner en práctica las reglas de la mejor urbanidad. Puede ser ruda, primitiva, bárbara, elemental, si quieres, pero no ha caído aún tan bajo como para tolerar tu ética o tus antojos. Querido primo, tu vida aquí no está nada segura. Me he enterado de que ayer, gracias al comedimiento mostrado por ciertos ofendidos montañeses —por razones que no tenían que ver nada con tu propia valía—, estuviste a punto de ser decapitado. Otro día de tu fascinante presencia aquí podría acabar con este comedimiento, y entonces se armaría un gran escándalo. Yo también soy nuevo aquí —demasiado para poder permitirme un escándalo de esta clase— y por tanto no voy a retrasar tu marcha. Créeme, mi querido primo Ernest Roger

Halbard Melton, de Humcroft, Salop, que me siento apenado por tu resolución de marcharte inmediatamente, pero no puedo cerrar los ojos a la sabiduría de dicha acción. Ahora este asunto queda exclusivamente entre tú y yo, y cuando te hayas ido —cuanto antes, mejor—, se observará un silencio general al respecto por amor a la casa de la que eres huésped; pero si hay tiempo para que el escándalo se extienda, te convertirás, vivo o muerto, en el hazmerreír de toda Europa. Así pues, me he adelantado a tus deseos y he ordenado que un vapor rápido te lleve hasta Ancona, o a cualquier otro puerto que desees. El yate estará a las órdenes del oficial Desmond, capitán de uno de nuestros barcos de guerra, hombre de gran determinación que llevará a cabo puntualmente cuantas órdenes reciba de mí. Él garantizará tu seguridad hasta el territorio italiano. Uno de sus oficiales contratará para ti un vagón especial hasta Flushing, y un camarote en el vapor hasta Queensboro. Uno de mis hombres viajará en el tren y en el vapor contigo, y velará para que comas bien y disfrutes de la mayor comodidad posible. Por supuesto, querido primo, has de entender que eres mi huésped hasta que llegues a Londres. No he pedido a Rooke que te acompañe, pues creo que fue un error pedirle que saliera a recibirte. En efecto, podrías haber corrido un peligro con el que nunca conté: un peligro completamente innecesario, te lo aseguro. Pero, afortunadamente, el almirante Rooke, si es un hombre de fuertes pasiones, sabe también dominarse maravillosamente.

—¿El almirante Rooke? —preguntó—. ¿Almirante?

—Almirante; sí, señor —contesté—. Y no un almirante cualquiera, uno del montón. Es el almirante por antonomasia, el lord gran almirante del país de las Montañas Azules, que está al mando de una marina en plena expansión. Cuando se trata como a un criado a un hombre de sus características se corre el peligro de... Bueno, para qué seguir... Creo que sobran ya las palabras. He mencionado esto último para que no vaya a ocurrírsete portarte de manera parecida con el capitán Desmond, que es un hombre más joven y, por tanto, es menos susceptible de poder autorreprimirse.

Vi que había aprendido la lección, y no dije nada más sobre el tema.

Había otra razón para que se marchara que no le mencioné. Iba a llegar sir Colin MacKelpie con los miembros de su clan, y yo sabía que no le gustaba nada Ernest Melton. No se me había borrado de la memoria aquella mañana en que ofreció un dedo al anciano caballero en el despacho de Mr. Trent, y, además, sospechaba que el motivo por el que tía Janet estaba alterada se debía probablemente a alguna grosería suya de la que ella no me quería hablar. En fin, que es un tipo absolutamente repelente, y está mucho mejor fuera de este país que en él. Si se quedara aquí, estoy seguro de que acabaría ocurriéndole alguna desgracia.

He de confesar que experimenté una sensación de enorme alivio al ver zarpar de la cala el vapor, con el capitán Desmond en el puente y mi primo junto a él.

Muy distintos fueron mis sentimientos cuando, una hora después, entró La Dama a toda velocidad en la cala con el lord gran almirante en el puente y, junto a él, con aire más saludable y militar que nunca, sir Colin MacKelpie. Mr. Bingham Trent iba también en el puente.

El general estaba entusiasmadísimo con su «regimiento»; en efecto, entre los que traía con él y los que se habían quedado completando su formación en Gran Bretaña, la fuerza se aproximaba en número a un regimiento. Una vez solos, me explicó que ya estaba arreglada la cuestión de los suboficiales, pero que había aplazado momentáneamente la de los oficiales hasta que tuviéramos una ocasión propicia para debatirla juntos. Luego me explicó su punto de vista, que me pareció bastante simple y concluyente. Los oficiales, según él, forman una casta distinta, y están acostumbrados a un nivel de vida distinto, así como a unos deberes y placeres también distintos. Son más difíciles de tratar, y más difíciles de conseguir.

—Con esta casta presumida y que tiene unas formas bastante anticuadas de actuar no lograremos gran cosa. Para alcanzar nuestro objetivo hemos de echar mano de hombres jóvenes —es decir, hombres no demasiado viejos pero con cierta experiencia—, hombres que, por supuesto, se comporten debidamente, pues de lo contrario, por lo poco que he tratado con montañeses azules, no durarían mucho en este país. Yo me encargaré de organizar todo esto según tu deseo, pues has de saber, mi querido muchacho, que vengo a quedarme aquí contigo y con Janet, y, si el Altísimo lo permite, juntos construiremos una nueva «nación», aliada de Gran Bretaña, que sirva de avanzadilla a nuestra nación y proteja nuestra ruta hacia el oriente. Cuando las cosas estén aquí ya bien organizadas en el aspecto militar, y funcionen con normalidad, volveré a Londres unas semanas, si tú lo permites, para seleccionar a una élite de oficiales tal y como los queremos nosotros. Sé que allí hay montones de oficiales que nos pueden convenir. Sin embargo, procederé despacio y con cuidado, y cada hombre que traiga me lo habrá recomendado antes algún viejo militar que yo conozca, y que conozca al hombre al que recomienda y lo haya visto en acción. Presiento que vamos a tener un ejército no superable en tamaño por ningún país del mundo, y que llegará el día en que tu antiguo país se enorgullecerá de tu nuevo país. Y ahora salgo a ver si necesita algo mi gente; bueno, tu gente ahora.

Yo me había preocupado de la comodidad de los hombres y las mujeres del clan; pero sabía que aquel excelente viejo soldado se preocuparía personalmente del bienestar de sus hombres. No en vano era —y sigue siendo— el general tal vez más amado por sus hombres de todo el ejército británico.

Al quedarme solo, Mr. Trent, quien evidentemente había estado esperando pacientemente esa oportunidad, vino a saludarme. Después de hablar de mi boda con Teuta, la cual parece haberle causado una óptima impresión, dijo de repente:

—Supongo que estamos solos, y que no nos va a interrumpir nadie.

Llamé al hombre que estaba fuera —siempre hay un centinela de guardia en mi puerta o cerca de mí, esté donde esté— y le ordené que no me molestara nadie hasta nueva orden, agregando:

—Si hay algo urgente o especialmente importante, hazlo saber a la vaivodina o a Miss MacKelpie. Si alguna de ellas envía a un mensajero, hazlo entrar.

Una vez que nos quedamos completamente solos, Mr. Trent sacó una lista y unos documentos de la cartera que traía. Luego leyó varios epígrafes de la lista, mientras colocaba ante él los documentos listados:

1. Nuevo testamento por matrimonio, para ser firmado en el acto.
2. Copia del nuevo traspaso del patrimonio de Vissarion a Pedro Vissarion, tal y como se estipula en el testamento de Roger Melton.
3. Relación de la correspondencia con el comité asesor del monarca, y actas que la acompañan.

Seleccionó la susodicha relación, desató la cinta roja y, sosteniendo el legajo en la mano, prosiguió:

—Como tal vez desee posteriormente examinar los particulares de las actas, he copiado las distintas cartas, cuyos originales están guardados en la caja fuerte de mi cámara acorazada, donde, por supuesto, están siempre disponibles en caso de que me los pida un día. Para su presente información, le haré una breve sinopsis de todo el proceso, refiriéndome cuando sea oportuno a este papel.

«Tras recibir el pliego de instrucciones de usted respecto al consentimiento del comité asesor del monarca a su cambio de nacionalidad de acuerdo con lo estipulado en el testamento de Roger Melton, me puse en comunicación con el secretario del comité asesor, informándole de su deseo de naturalizarse en su momento en el país de las Montañas Azules. Tras varias cartas cruzadas, recibí una citación para asistir a una reunión del consejo.

»Asistí a ella como se me pedía, llevando conmigo todos los documentos necesarios, y los que yo pensaba que podrían pedirme que presentara.

»El lord presidente me informó de que la presente reunión del consejo estaba convocada especialmente por sugerencia expresa del rey, a quien le

habían solicitado que manifestara sus preferencias al respecto, si es que tenía alguna. El presidente me informó luego oficialmente de que todas las actas del consejo asesor eran completamente confidenciales y que no se harían públicas bajo ninguna circunstancia. Tuvo, con todo, la atención de agregar:

»—Las circunstancias que rodean este caso son, empero, excepcionales; y como usted actúa en nombre de otra persona, hemos juzgado oportuno ampliar sus competencias en la materia para que pueda comunicarse libremente con el causante. Como ese caballero se está estableciendo en una parte del mundo que en el pasado ha estado unida, y puede volver a estarlo, a nuestra nación por cierto interés común, Su Majestad desea que Mr. Sent Leger cuente con la buena voluntad de la Gran Bretaña para con el país de las Montañas Azules, y también con su satisfacción personal, porque un caballero de tan distinguido linaje y probado carácter va a crear —dentro de su propio ámbito— un nexo de unión entre ambas naciones. A cuyo fin ha anunciado graciosamente que, si el consejo asesor aprueba la petición de desnacionalización, él mismo firmará la patente al respecto.

»“El consejo asesor se ha reunido consiguientemente en sesión privada, en la que se ha debatido el asunto en sus distintos aspectos, y muestra su satisfacción de que el cambio no vaya a resultar perjudicial, sino más bien provechoso para las dos naciones. Así pues, acordamos satisfacer el ruego del solicitante, quedando los aspectos formales de la concesión en manos de los secretarios del consejo; por lo que, muy señor mío, puede estar seguro de que, tan pronto como dichas formalidades —que, por supuesto, exigirán la firma forma de ciertos documentos por el causante— queden debidamente cumplimentadas, se emitirá la concesión y la patente”.

Tras hacer esta afirmación en estilo protocolario, mi viejo amigo prosiguió con tono más familiar:

—Y así, mi querido Rupert, todo está ya prácticamente arreglado, y dentro de poco tiempo tendrá la libertad exigida, según los términos del testamento, para poder naturalizarse en su nuevo país.

»Por cierto, puedo asegurarle que varios miembros del consejo hicieron algunos comentarios elogiosos sobre usted. No me está permitido dar nombres, pero sí puedo describir los hechos. Cierta viejo mariscal de campo, cuyo nombre es famoso en el mundo entero, me dijo que había coincidido en varios destinos con su padre, el cual era un soldado muy valiente, y que estaba contento de que Gran Bretaña tuviera la suerte de contar como aliado con el hijo de semejante padre en un país amigo actual mente más allá de la avanzadilla de nuestro imperio, pero que había sido parte de él en el pasado y que podría volver a serlo.

»En fin, todo esto respecto al consejo asesor. En este momento no

podemos hacer nada más hasta que no haya firmado y atestiguado los documentos que he traído conmigo.

»Ahora podemos ya hacer valer plenamente el convenio sobre los dominios de Vissarion, lo cual deberá hacerse mientras sea usted todavía ciudadano británico. Lo mismo digo con relación al testamento, documento más protocolario y completo, que ocupará el lugar de ese más breve que me expidió usted al día siguiente de su matrimonio. Tal vez sea necesario o aconsejable que, más tarde, una vez naturalizado en este país, redacte un nuevo testamento a tenor de las leyes aquí vigentes.

DIARIO DE TEUTA SENT LEGER

19 de agosto de 1907

Hoy hemos hecho un viaje sencillamente maravilloso. Llevábamos más de una semana esperando poder hacerlo. Rupert no solo esperó a que el tiempo fuera el adecuado, sino también a que llegara el nuevo aeroplano. Es más del doble de grande que el mayor de los que tenemos hasta la fecha. En ninguno de estos cabía todo el grupo que Rupert quería embarcar. Al enterarse de que el aeroplano estaba viniendo de Whitby, adonde había sido expedido desde Leeds, ordenó por telegrama que fuera descargado en Otranto, desde donde lo pilotó él mismo hasta aquí. Yo quería acompañarlo, pero él no lo juzgó oportuno. Dice que Brindis es un lugar demasiado activo para poder mantener algo en silencio —y mucho menos en secreto—, y él quiere la más completa opacidad respecto a este ingenio, pues funciona con el nuevo motor de radio. Desde que descubrieron radio en nuestras colinas le ronda la idea de crear un ejército del aire para nuestra mayor protección. Y, tras la experiencia de hoy, creo que lleva razón. Como quería observar todo el país desde una buena panorámica (para que se pudiera poner en marcha un plan general de defensa), tuvimos que encargar un aeroplano suficientemente grande para transportar a todo el grupo y suficientemente rápido para hacerlo en poco tiempo, y de manera inmediata. Además de Rupert y yo, estaba mi padre, sir Colin y el lord gran almirante Rooke (me gusta dar el título completo a este maravilloso anciano). Los dos últimos, consumados expertos militares por tierra y mar respectivamente, se llevaron aparatos científicos de diversa índole, así como cámaras y telémetros, con objeto de cartografiar el terreno sobre la marcha. Por supuesto, fue Rupert quien pilotó el aparato, y yo hice de copiloto. Mi padre, que aún no se ha acostumbrado al viaje aéreo, se acomodó en el asiento del centro (que Rupert le había reservado atentamente), donde se nota menor movimiento. He de decir que me sorprendió ver la planta tan estupenda que tenía el veterano soldado sir Colin. No había viajado nunca antes en aeroplano, pero lo hizo con la misma calma que si hubiera salido a dar un paseo. No' le afectó ni la altura ni el movimiento. Pareció disfrutar muchísimo todo el tiempo. El almirante es casi un experto en aviación, pero, aunque no lo hubiera

sido, estoy segura de que habría viajado también muy tranquilo, igual que durante el episodio del cangrejo, según me ha contado Rupert.

Partimos poco después del amanecer y tomamos rumbo sur. Al llegar al este de Ilsin, nos mantuvimos siempre más o menos dentro de la línea fronteriza, desplazándonos al norte o al este a tenor de esta y describiendo espirales ocasionales sobre las montañas del interior. Llegados al punto más septentrional del país, empezamos a bajar. Sir Colin nos explicó que, en líneas generales, el plan de la defensa sería relativamente sencillo, pero que, como cualquier potencia distinta de Turquía atacaría por mar, le gustaría examinar el litoral detenidamente en compañía del almirante, cuya gran experiencia por mar le sería de gran valor.

En cuanto a Rupert, sencillamente daba gusto verlo. Nadie podía por menos de admirarlo mientras, allí sentado, accionaba su palanca y hacía que la gran máquina voladora obedeciera a su tacto. Estaba tan enfrascado en su trabajo que no creo que en aquel momento hubiera podido pensar en ninguna otra cosa, ni siquiera en mí. Es realmente estupendo.

Volvimos justo cuando el sol estaba poniéndose tras los montes Calabreses; es maravilloso contemplar el paisaje cambiante desde una gran altura. Rupert me ha dicho que me va a enseñar a pilotar un aeroplano y que, cuando pueda desenvolverme yo sola en los mandos, me regalará uno muy bonito que ha mandado construir expresamente para mí.

Yo creo haber sacado también algo positivo de nuestro viaje de hoy; al menos, he sacado algunas buenas ideas. Estas no tienen que ver con la guerra, sino con la paz: creo haber descubierto una manera maravillosa para desarrollar a nuestro país. Se la comentaré a Rupert esta noche, cuando estemos solos. Entre tanto, sir Colin y el almirante Rooke van a perfilar sus proyectos individualmente, y mañana lo harán juntos. Al día siguiente piensan exponer sus ideas a Rupert y a mi padre, y en esa ocasión se tomarán decisiones.

DIARIO DE RUPERT

21 de agosto de 1907

Nuestra reunión sobre el tema de la defensa nacional, celebrada esta tarde, ha sido bastante fructífera. Éramos cinco en total, pues con el permiso del vaivoda y de los dos jefes militares —de la marina y del ejército de tierra—, llevé a Teuta conmigo. Esta permaneció sentada a mí lado perfectamente tranquila, y no hizo ninguna observación de ningún tipo hasta que no se hubieron agotado todos los puntos del orden del día, que versaba sobre la defensa. Tanto sir Colin como el almirante Rooke coincidían en cuanto a las medidas a tomar a corto plazo en materia de defensa nacional. En primer

lugar, había que guarnecer determinados puntos estratégicos del litoral y reforzar considerablemente la marina. En este punto pedí a Rooke que hablara de las medidas para incrementar la fuerza naval ya en curso, a lo que explicó que, como el pequeño acorazado La Dama nos había parecido un excelente medio de defensa costera y poseía un tamaño susceptible de guarecerse en caso necesario en muchos lugares de nuestro litoral, habíamos encargado otros nueve barcos del mismo modelo. De estos, los cuatro primeros ya estaban terminados y habían sido expedidos con la mayor rapidez. El general hizo la observación de que se podrían instalar grandes cañones en distintos puntos estratégicos de todo el litoral, cuya longitud era tan reducida que no se necesitaba una cantidad de armamento excesiva.

—Podremos tener —dijo— los cañones más grandes y más perfeccionados de cuantos existen en la actualidad. El problema que más debe preocuparnos es la defensa del puerto conocido como la «Boca Azul», cuyo desarrollo se encuentra en estado embrionario. Tras nuestro viaje aéreo he estado inspeccionándolo primero desde el mar, junto con el almirante Rooke en La Dama, y luego por tierra, junto con el vladika, que nació en sus costas y lo conoce palmo a palmo.

»Merece la pena que lo fortifiquemos, y bien, pues como puerto no tiene par en los mares del Mediterráneo. Todas las flotas del mundo podrían caber en él, y nadie las vería desde alta mar, por estar rodeado de tierra. Las montañas que lo ciñen constituyen una protección natural. Además, estas solo se pueden asaltar desde nuestro territorio. Supongo, vaivoda, que usted entiende que cuando digo “nuestro” me refiero al país de las Montañas Azules, cuya seguridad y bienestar es lo único que me preocupa actualmente. Cualquier barco que ancle en el fondeadero de la Boca Azul solo necesitará una cosa: disponer de suficiente cable para la enorme profundidad.

»Cuando se coloquen los adecuados cañones en los empinados acantilados al norte y sur de la entrada, y se acorace y pertreche debidamente el islote rocoso, la Boca será inexpugnable. Pero no debemos depender solo de las defensas de la entrada. En varios puntos destacados, que he marcado en este mapa, se deberían construir sendos fuertes blindados en la parte más honda de zonas aterraplenadas. Estos fuertes deberían proteger toda la vertiente montañosa, incluyendo, por supuesto, las últimas cumbres del país. Así estaremos en condiciones de resistir ataques desde cualquier flanco, ya por tierra ya por mar. El puerto seguirá significando la riqueza y la fuerza de esta nación; por eso es necesario protegerlo perfectamente. Esto conviene hacerlo pronto y en medio del mayor secreto para no despertar sospechas ni crear inquietud en el concierto de las naciones.

En esto Rooke golpeó la mesa con fuerza.

—¡Por Zeus, que lleva usted toda la razón del mundo! Eso ha sido el sueño de mi vida a lo largo de todos estos años.

En medio del silencio que siguió, la dulce y gentil voz de Teuta sonó con la claridad de una campanilla:

—¿Puedo decir unas palabras? Yo también me siento con ganas de decir algo, después de haber oído a sir Colin hablar tan espléndidamente y al lord gran almirante mencionar su gran sueño. Yo también quiero hablaros de mi sueño, un sueño que tuve estando despierta —pero que no por ello deja de ser un sueño— mientras sobrevolábamos en el aeroplano la Boca Azul. Me pareció por un instante ver aquel bello lugar tal y como será dentro de poco tiempo —acorde, como ha dicho sir Colin, con la riqueza y fuerza de esta nación—: un gran mercado mundial en el que se expondrá y venderá parte de la gran riqueza de las Montañas Azules. La riqueza está aún por explotar, pero ya está próximo el día en que empezaremos a hacerlo, y precisamente a través de ese puerto. Nuestras montañas y sus valles están poblados de árboles frondosísimos, forestas vírgenes de valor incalculable, y espesos bosques de todo tipo que no tienen igual en el mundo entero. Entre las rocas se esconde una vasta y variada riqueza mineral. He echado un vistazo a los informes geológicos que mandó hacer mi marido a la comisión de investigación poco después de venir a vivir aquí y, según estos, nuestras cadenas montañosas albergan ingentes cantidades de minerales, casi más preciosos para la industria que el oro y la plata para el comercio, si bien tampoco falta el preciado oro. Una vez concluidos nuestros trabajos en el puerto, y fortificado el lugar en previsión de cualquier intento de agresión extranjera, hemos de procurar encontrar una manera de que llegue hasta el mar toda esta riqueza forestal y mineral.

»Y entonces tal vez podamos iniciar esa gran prosperidad de nuestro país con la que todos soñamos.

Se detuvo, vibrando, casi ahogada por la emoción. Todos nosotros estábamos emocionados. Yo personalmente me sentía como arrobado. Su entusiasmo era contagioso y, bajo su influjo, sentí ensancharse mi imaginación. Con este estado de ánimo, me lancé a hablar:

—Claro que hay una manera, y un camino. Yo ya lo estoy viendo. Mientras nuestra querida vaivodina estaba hablando, ese camino se me reveló repentinamente. Detrás de la Boca Azul, donde esta es más profunda en medio de los acantilados, vi la boca de un gran túnel, que se elevaba por una cuesta empinada hasta desembocar en el primer altiplano más allá de la cordillera de los acantilados. Hasta allí llegaba, mediante varios raíles de gran desnivel, así como mediante toboganes a base de troncos, vagones teleféricos, cables aéreos y tubos articulados, la riqueza existente sobre y bajo tierra; pues todo nuestro

país es montañoso, y como las montañas se elevan hasta las nubes, el transporte hasta al mar será fácil y poco costoso una vez que hayamos instalado la debida maquinaria. Como todo lo que pesa tiende a bajar, los vagones del túnel principal del puerto volverán a lo alto sin coste alguno. Desde las montañas podremos tener controlada una testa superior de agua que nos permita disponer de energía hidráulica indefinida, de manera que todo el puerto, y el núcleo urbano que lo rodeará, puedan funcionar gracias a ella.

»Esta obra se puede realizar ya. En cuanto el lugar esté perfectamente vigilado militarmente y los ingenieros hayan perfilado los planos, podremos empezar el túnel principal, que irá desde el nivel del mar hacia arriba para que el coste del transporte de material sea casi nulo. Estas obras podrán proseguir mientras se edifican los fuertes; no hay tiempo que perder.

»Asimismo, me gustaría hacer unas observaciones sobre la defensa nacional. Nosotros, aunque poseemos una vieja y venerable historia, somos una nación joven en cuanto al lugar que ocupamos entre las grandes potencias. Y en tal sentido debemos mostrar el ánimo y la energía de una nación joven. El imperio del aire no se ha ganado todavía. ¿Por qué no hacemos una puja por él? Como nuestras montañas son muy elevadas, contamos con ventaja inicial tanto para el ataque como para la defensa. Podemos instalar, en lugares escogidos entre las nubes, hangares llenos de aeroplanos con los que, llegado el caso, poder descender y aplastar a nuestros enemigos en un santiamén por tierra o por mar. Nosotros queremos vivir en paz; pero ¡ay de quien nos induzca a la guerra!

No cabe duda de que los Vissarion son una raza guerrera. Mientras yo hablaba, Teuta cogió una de mis manos y la apretó fuertemente. El viejo vaivoda, con los ojos resplandecientes, se levantó y colocó junto a mí y me cogió la otra mano. Mientras, los ancianos guerreros —por tierra y por mar— se levantaron a su vez e hicieron un saludo.

Este fue el embrión del que acabó llamándose «El Comité de Defensa y Desarrollo Nacional».

Yo tenía para el futuro otros planes in mente, y tal vez más ambiciosos todavía; pero aún no había llegado el momento de darles libre expresión.

No solo me parece aconsejable, sino también necesario, que se observe la máxima discreción por parte de todos los componentes de nuestro pequeño grupo, al menos por ahora. Parece existir una nueva inquietud en las Montañas Azules. Hay constantes reuniones de miembros del consejo, pero no ha habido ninguna asamblea oficial del consejo propiamente tal desde la última a la que yo asistí. Hay un constante ir y venir entre los montañeses, siempre en grupos, pequeños o grandes. Tanto Teuta como yo, que hemos recorrido varias veces el país en el aeroplano, hemos notado esto mismo. Pero se diría que en cierto

modo se nos deja —es decir, al vaivoda y a mí— un poco al margen de esta inquietud general; aún no hemos comentado esto con los demás. El vaivoda lo nota, pero no dice nada; por eso yo guardo silencio, y Teuta hace todo lo que yo le pido. Sir Colin no nota nada que no esté relacionado con el trabajo al que se ha comprometido: crear y asegurar las defensas de la Boca Azul. Su antigua formación científica como ingeniero, junto con su enorme experiencia en guerras y estados de sitio —pues casi durante cincuenta años ha sido un enviado militar de su gobierno—, parece centrarse exclusivamente en este punto. Eso sí, está trabajando de una manera asombrosa. Consulta a Rooke casi constantemente sobre los aspectos marítimos de su empresa. El lord gran almirante ha sido un buen observador toda su vida, y hay pocos puntos importantes que se le escapen, por lo que puede aportar su gran sabiduría a la construcción de las defensas. Creo que se da cuenta de que algo está ocurriendo fuera de nuestro círculo, pero mantiene también un absoluto silencio.

No acierto a adivinar qué es lo que está ocurriendo exactamente. No es como la intranquilidad que cundió por doquier antes del secuestro de Teuta y del vaivoda, sino algo más profundo aún. Aquello fue una intranquilidad fundada en cierta sospecha. Esto es algo más positivo, con un significado más concreto, por así decir.

Supongo que nos enteraremos a su debido tiempo. Entre tanto, proseguimos con nuestro trabajo. Afortunadamente, toda la Boca Azul y las montañas circundantes se encuentran en mi propiedad, la porción del país adquirida tiempo ha por tío Roger, al margen de los dominios de Vissarion. Yo pedí al vaivoda que me dejara transferirle este patrimonio, pero él se negó rotundamente y me prohibió, de una manera tan perentoria que no dejó ningún lugar a la duda, volver a suscitar siquiera este tema.

—Tú ya has hecho bastante —dijo—. Si te dejara hacer más aún, me sentiría un ser miserable, y no creo yo que a ti te agrade saber que el padre de tu esposa se siente un miserable después de una larga vida en la que ha tratado de vivir honradamente.

Yo asentí, y no dije nada más. Así están, pues, las cosas, y creo que ha llegado el momento de tomar las grandes decisiones. He mandado hacer unas prospecciones previas, sobre cuya base se ha empezado ya el túnel que desembocará en el puerto.

LIBRO VIII

EL RESPLANDOR DEL PUÑAL

MEMORÁNDUM PRIVADO DE LA REUNIÓN DE VARIOS MIEMBROS DEL CONSEJO NACIONAL CELEBRADA EN LA CÁMARA LEGISLATIVA DE LAS MONTAÑAS AZULES, EN PLAZAC, EL LUNES 26 DE AGOSTO DE 1907

(Redactado por Cristóforos, escriba del consejo, a instancias de los reunidos)

En la asamblea privada de varios miembros del consejo nacional celebrada en la sala de reuniones de la cámara legislativa de Plazac se decidió por unanimidad adoptar como medida preliminar que a partir de aquel momento no se mencionara ningún nombre de los allí reunidos y que las personas nombradas para los distintos cargos de dicho consejo fueran designadas solo de oficio y sin darse a conocer sus nombres.

La sesión tuvo todas las características de una conversación informal, y por tanto no susceptible de ser registrada. Al final, se expresó de manera clara y unánime la opinión de que había llegado el momento, durante largo tiempo esperado por todos los presentes, de modificar la constitución y la maquinaria del estado, así como de que la forma presente de gobernar mediante un consejo irregular resultaba insuficiente y, por consiguiente, se debía adoptar un método más acorde con el espíritu de los tiempos. En este sentido, la monarquía constitucional, como la que existía en Gran Bretaña, parecía el régimen político más indicado. Por último, se decidió que cada miembro del consejo hiciera un sondeo en su respectivo distrito, hablara del asunto con sus electores y presentara en otra asamblea —o, más bien, según una nueva enmienda, en esta misma asamblea aplazada una semana, hasta el 2 de septiembre— las distintas opiniones y sondeos recabados. Antes de disolverse la reunión, se habló acerca del individuo más apropiado para ser nombrado rey, en caso de que la nueva idea resultara grata a la nación. Hubo consenso general en el sentido de que fuera nombrado el vaivoda Pedro Vissarion, siempre y cuando este aceptara tamaña encomienda. Se dijo asimismo que, como su hija, la vaivodina Teuta, estaba ahora casada con un inglés, Rupert Sent Leger —llamado generalmente por los montañeses «el hospodar Rupert»—, se nombrara un sucesor para el momento en que Dios dispusiera llamar a su seno al vaivoda, un sucesor digno por todos los conceptos de desempeñar tan excelso cargo. Varios oradores declararon, en medio de la aprobación general, que los servicios hechos al estado por parte de Mr. Sent Leger eran de tal magnitud que ahora mismo era ya digno de ser el iniciador de una nueva dinastía, pero que, como actualmente estaba emparentado con el vaivoda Pedro Vissarion, era justo y equitativo que el venerable anciano, nacido en territorio nacional, ostentara dicha dignidad en primer lugar.

EL MISMO - CONTINUACIÓN

La reunión aplazada de varios miembros del consejo nacional volvió a celebrarse en la gran sala de la cámara legislativa de Plazac el lunes 2 de septiembre de 1907. Se aprobó la moción de que ejerciera de presidente la misma persona y se renovó la normativa respecto al registro de la misma.

Los distintos miembros del consejo fueron presentando sucesivamente sus informes correspondientes según el padrón oficial. Estuvieron representados todos los distritos del país. Los informes se decantaron unánimemente a favor de una nueva constitución, y todos y cada uno de los consejeros coincidieron en señalar en que el máximo entusiasmo había acompañado a la sugerencia de que fuera coronado Pedro Vissarion como el primer rey de la nueva Constitución y de que, a su muerte, la corona recayera automáticamente sobre el hospodar Rupert (los montañeses solo aceptaban su nombre legítimo como alternativa: todos decían que él sería siempre «Rupert» para ellos y para la nación entera).

Zanjado satisfactoriamente el asunto anterior, se decidió que el consejo nacional se reuniera en sesión plenaria en la cámara legislativa de Plazac en el plazo exacto de una semana y que se solicitara al vaivoda Pedro Vissarion su asistencia a la misma. También se decidió que se remitieran instrucciones al Tribunal Superior de Legislación para que preparara un borrador de la nueva Constitución que se iba a adoptar, la cual se fundaría en la Constitución y Procedimientos de Gran Bretaña, en cuanto que estos se podían aplicar perfectamente a la tradición secular del gobierno libre del país de las Montañas Azules.

Por votación unánime, quedó ipso facto disuelta aquella reunión privada e informal de «distintos consejeros nacionales».

ACTAS DE LA PRIMERA ASAMBLEA DEL CONSEJO NACIONAL DEL PAÍS DE LAS MONTAÑAS AZULES CELEBRADA EN PLAZAC EL LUNES 9 DE SEPTIEMBRE DE 1907 PARA TRATAR DE LA ADOPCIÓN DE UNA NUEVA CONSTITUCIÓN Y DAR CARÁCTER PERMANENTE A LA MISMA EN CASO DE SER ADOPTADA.

(Redactadas por el monje Cristóforos, escriba del consejo nacional)

La reunión aplazada se celebró en la fecha previamente fijada. Se registró una asistencia plena de los miembros del consejo, incluidos el vladika, el arzobispo, los archimandritas de Spazac, de Ispazar, de Domitan y de Astrag; el canciller; el secretario del Tesoro; el presidente del Tribunal Superior de Legislación; el presidente del Tribunal Superior de justicia, así como todas las demás personalidades que suelen acudir a las reuniones del consejo nacional en ocasiones de especial importancia. Los nombres de todos los presentes se encontrarán reflejados en las actas completas, en las que se plasman las ipsissima verba de las distintas intervenciones realizadas durante el estudio de

las cuestiones debatidas, intervenciones que han sido tomadas en taquigrafía por el humilde escriba de estas actas para que puedan servir de referencia posterior a los distintos miembros del consejo y demás personas cualesquiera.

El vaivoda Pedro Vissarion, accediendo a la petición del consejo, hizo acto de presencia en la cámara legislativa, esperando en la «sala de personalidades» hasta que se le citó a comparecer.

El presidente expuso ante el consejo nacional el asunto de la nueva Constitución, subrayando sus titulares tal y como estaban redactados por el Tribunal Superior de Legislación, y, una vez que la Constitución fue formalmente aceptada *nem. con.* por el consejo nacional en nombre del pueblo, propuso que fuera ofrecida la corona al vaivoda Pedro Vissarion, con reversión sobre el «hospodar Rupert» (legalmente, Rupert Sent Leger), marido de su hija única la vaivodina Teuta. Esta resolución fue también recibida con entusiasmo, y aprobada *nem. con.*

A lo cual el presidente del consejo, el arzobispo y el vladika, actuando juntos a modo de diputación, fueron a solicitar la presencia del vaivoda Pedro Vissarion.

Cuando este hizo su aparición, todo el consejo y demás personalidades se pusieron en pie y durante unos segundos esperaron en respetuoso silencio y con las cabezas inclinadas. Luego, como movidos por un mismo resorte — pues no se pronunció ni una sola palabra ni se dio señal alguna—, todos los presentes sacaron sus puñales y se cuadraron con la punta hacia arriba y el filo hacia delante.

El vaivoda estaba muy tranquilo. Parecía muy emocionado, pero supo controlarse admirablemente. La única vez que pareció perder la serenidad fue cuando, de nuevo con extraña simultaneidad, todos los presentes esgrimieron sus puñales en alto y gritaron: «¡Dios salve al rey Pedro!». Luego, bajando sus puntas hasta que estas casi tocaron el suelo, se pusieron de nuevo en pie con las cabezas inclinadas.

Cuando el vaivoda Pedro Vissarion se hubo serenado de nuevo, habló de esta manera:

—¿Cómo podría yo, mis queridos hermanos, agradecerlos lo bastante a vosotros y, a través vuestro, al pueblo entero de las Montañas Azules el honor que me hacéis en este día de hoy? En verdad os digo que sería esta una tarea imposible, por lo que os ruego aceptéis de todos modos mi gratitud, seguro de la grandeza de vuestros corazones. Este honor que me ofrecéis no está contemplado por ningún hombre cuya mente razone de manera normal ni podría ser el sueño de la imaginación más enfebrecida. Es tan grande que os ruego, hombres con corazones y mentes como yo, que me concedáis, como

una muestra más de vuestra generosidad, un poco de tiempo para reflexionar. No necesitaré mucho, pues, en estos mismos momentos, con el fulgor del honor aún reciente, veo ya la fría sombra del deber, aunque su sustancia me resulte aún apenas visible. Dadme solo una hora de soledad como máximo, si es que esto no va a prolongar en exceso vuestra sesión. Tal vez me baste con menos tiempo; en cualquier caso os prometo que, en cuanto mi mente vea una solución justa y adecuada, volveré inmediatamente.

El presidente del consejo miró a su alrededor y, ante la aquiescencia general, dijo con reverencia y gravedad:

—¡Esperaremos con paciencia todo el tiempo que sea necesario, y que Dios, que impera en los corazones dignos, os haga ver su Voluntad!

Desde mi asiento situado junto a una ventana lo vi marchar, mientras con pasos comedidos subía la colina que se eleva detrás de la cámara legislativa y desaparecía en el umbroso bosque. Luego mi trabajo de escriba me volvió a solicitar, pues quería poner por escrito todos los particulares de la sesión mientras estaban aún recientes en mi mente. El consejo aguardó en medio de un silencio casi sepulcral, sin que nadie comentara nada con su vecino, ni siquiera con la mirada.

Había pasado casi una hora entera cuando el vaivoda volvió al consejo, e hizo nuevamente su entrada con ese paso lento y majestuoso que le caracteriza desde que la edad empezara a minar su proverbial agilidad de antaño. Todos los miembros del consejo se levantaron y se descubrieron, y así permanecieron el tiempo que duró su intervención. Habló despacio; y, como su contestación iba a ser una pieza de valor excepcional para la historia de este país y de su raza, escribí cada palabra según la fue pronunciando, dejando aquí y allá algunos espacios para la descripción o el comentario, espacios que desde entonces he rellenado debidamente.

—Señores todos del consejo nacional, arzobispo, vladika, presidentes de las cámaras judicial y legislativa, archimandritas y hermanos míos queridos: Desde que os dejé he celebrado un consejo privado conmigo mismo en medio de la soledad del bosque, y con Dios; y Él, en su graciosa sabiduría, me ha sugerido finalmente esa resolución que desde el momento mismo de conocer vuestra intención ya presentí yo en mi corazón. Hermanos míos, vosotros sabéis —pues de lo contrario toda mi larga vida habría discurrido en vano— que mi corazón y mi mente pertenecen por completo a esta nación —mi experiencia, mi vida y mi puñal—. Y, si todo le pertenece a ella, ¿cómo podría yo encogerme a la hora de ejercer en su favor mi juicio más maduro, aun cuando este tuviera que combatir contra mi ambición personal? Durante diez siglos largos, mi raza no ha flaqueado nunca ante el cumplimiento del deber. Hace muchos siglos, los habitantes de este país otorgaron a mis ancestros la

dignidad de la realeza, al igual que vosotros, sus hijos, me la otorgáis ahora a mí. Pero no sería un acto noble de mi parte traicionar esa confianza, ni aun cuando se tratara de una dignidad más pequeña. Eso es lo que yo haría si aceptara el honor de la corona que me ofrecéis ahora sabiendo que hay otra persona más digna que yo para portarla. Si no hubiera nadie más, yo me pondría gustoso en vuestras manos, y me rendiría con ciega obediencia a vuestros deseos. Pero es el caso que existe esa persona, querida ya para todos vosotros por sus hazañas, y ahora indudablemente querida también para mí, pues es mi hijo merced al amor de mi hija. Es joven, mientras que yo soy viejo. Es fuerte y valiente y leal, mientras que los días hábiles de mi vigor y mi arrojo han pasado ya. Quiero que sepáis que hace ya tiempo que contemplé como digno colofón de mis últimos años llevar una vida tranquila en uno de nuestros queridos monasterios, desde donde poder seguir observando el ajeteo del mundo que nos rodea por mor de vuestro bien, y hacer de consejero de hombres más jóvenes y con mentes más activas. Hermanos, sabéis que estamos entrando en una fase de la historia muy agitada. Veo los signos de su llegada inminente. El norte y el sur, el orden viejo y el nuevo, están a punto de colisionar, y nosotros nos encontramos en medio de esas fuerzas opuestas. Es cierto que el turco, tras habernos hostigado durante mil años, está perdiendo fuelle a gran velocidad. Pero del norte conquistador han salido sigilosamente rumbo a nuestros Balcanes los soldados de una potencia heterogénea pero más poderosa que nosotros. Mientras avanzan, van jalonando de fortificaciones cada etapa del camino. Ahora ya los tenemos muy cerca, y están empezando a apropiarse de regiones que nosotros habíamos contribuido a arrebatar al imperio de Mahmut. El austríaco está a nuestras puertas. Batido por los irredentistas de Italia, está tan confabulado con las grandes potencias de Europa que parece por el momento inexpugnable a un enemigo de nuestra envergadura. A nosotros no nos queda más que una esperanza: la unidad de las fuerzas balcánicas para oponer un poder formidable tanto al norte y al oeste como al sur y al este. ¿Es esta una tarea que se debe dejar en manos de un anciano? No; las manos de quien quiera que se atreva a aceptar dicha misión deben de ser jóvenes y flexibles; el cerebro, sutil, y el corazón, fuerte. Si yo aceptara la corona, con ello no haríamos sino aplazar lo que va a hacerse finalmente. Y, ¿de qué me serviría que mi hija fuera la reina consorte del primer rey de una nueva dinastía cuando yo no estuviera ya con vida para verlo? Vosotros ya conocéis a este hombre, y por las actas de vuestras asambleas me he enterado de que ya deseáis que sea él el rey que me suceda. ¿Por qué no empezar por él, entonces? El viene de una gran nación, en la que el principio de la libertad es un principio vital que inspira todas las demás cosas. Esa nación nos ha demostrado más de una vez su buena disposición; y a buen seguro que el hecho mismo de que un inglés se convierta en nuestro rey e infunda a nuestro gobierno el espíritu y costumbres que han hecho grande a su

gran país, contribuirá en buena medida a restaurar esa vieja amistad, por no decir incluso a fundar una nueva alianza, merced a la cual en tiempos de crisis la flota británica acuda a nuestras aguas y las bayonetas británicas al lado de nuestros puñales. Ha llegado asimismo a mi conocimiento, aunque todavía no se os ha anunciado a vosotros, que Rupert Sent Leger ya obtenido una patente, firmada por el propio rey de Inglaterra, por la que se le permite desnacionalizarse como ciudadano británico con el fin de que pueda solicitar ipso facto la naturalización en este país. También sé que ha traído de allí una inmensa fortuna, con ayuda de la cual está empezando a armar a nuestros hombres para la guerra, en caso de que se produzca esta triste eventualidad. Prueba de ello es la reciente orden que ha dado de construir otros nueve barcos de guerra de esa misma clase que ya ha resultado ser tan asombrosamente eficaz a la hora de enfrentarse al turco, o al pirata, o a quienquiera que fuera. Asimismo, ha emprendido, costeándola con sus propios dineros, la fortificación de la Boca Azul con la intención de tornarla más fuerte que Gibraltar y de protegernos contra cualquier posible ataque por parte de las fuerzas austríacas, ahora mismo concentradas en las bocas de Kotor. También está tratando de construir estaciones aéreas en nuestros montes más altos para unos aviones de guerra que están construyendo expresamente para él. Son hombres como estos los que hacen fuerte a una nación; y yo estoy completamente seguro de que, en sus manos, este espléndido país y este pueblo noble y amante de la libertad florecerá como ninguno y se convertirá en una potencia mundial. Por tanto, hermanos, como persona a la que esta nación —y su historia y su futuro— le es tan querida, me permito pedir os que concedáis al marido de mi hija el honor que me concedéis a mí. Esto lo digo tanto en nombre mío como en el de mi hija, la cual no vería así rebajadas sus atribuciones en modo alguno. Si yo fuera rey, ella, como hija mía, sería una princesa ante el mundo, mientras que, si se ve cumplido mi deseo, será la compañera y reina de un gran rey, y su estirpe, que es la mía, florecerá con todo el esplendor de la nueva dinastía.

»Así pues, amados hermanos míos, por todos los conceptos y, sobre todo, por amor a nuestro querido país de las Montañas Azules, haced vuestro rey al hospodar Rupert, que ha hecho méritos suficientes para ello, y al mismo tiempo hacedme feliz a mí al poder así retirarme al claustro.

Cuando el vaivoda dejó de hablar, todos permanecieron en pie en medio de un gran silencio. Pero era difícil equivocarse respecto a la respuesta de los presentes a su generosísimo ruego. El presidente del consejo interpretó bien el deseo general al proclamar:

—Señores del consejo nacional, arzobispo, vladika, presidentes de las cámaras judicial y legislativa, archimandritas y demás señorías aquí presentes: ¿se acuerda redactar reposadamente una contestación adecuada al vaivoda

Pedro, de la histórica casa de Vissarion, en la que le expresemos nuestra conformidad con sus deseos?

A lo cual se produjo una respuesta unánime:

—¡Sí! —El presidente prosiguió:

—Asimismo, ¿pedimos al hospodar Rupert, de la casa de Sent Leger, emparentado mediante matrimonio con la vaivodina Teuta, hija única del vaivoda Pedro de Vissarion, que acuda aquí mañana, para, una vez ante nosotros, otorgarle la corona y el reinado del país de las Montañas Azules?

A lo que volvió a producirse la respuesta:

—Sí.

Pero esta vez se produjo en medio de un sonido atronador y el resplandor de los puñales.

A lo cual la sesión quedó aplazada para el día siguiente.

EL MISMO - CONTINUACIÓN

10 de septiembre de 1907

Cuando el consejo nacional se reunió hoy, el vaivoda Pedro Vissarion se sentó también entre los presentes, pero en los asientos de atrás, de manera que al principio casi nadie reparó en su presencia. Tras los preámbulos de rigor, se solicitó la presencia del hospodar Rupert —Mr. Rupert Sent Leger—, quien, según se informó, estaba esperando en la «sala de personalidades». A los pocos minutos entró en la gran sala acompañando a la diputación que había ido a citarlo. Al hacer su aparición por la puerta, todos los consejeros se levantaron. Hubo una explosión de entusiasmo, y los puñales resplandecieron. El hospodar permaneció unos instantes en silencio, con la mano levantada, como indicando que quería hablar. Tan pronto como se reconoció su deseo, se hizo silencio en la asamblea, y él se expresó de este modo:

—Ante todo quisiera pedirles una cosa: ¿puede la vaivodina Teuta de Vissarion, que me ha acompañado hasta aquí, comparecer conmigo para escuchar vuestros deseos? —A lo que siguió una inmediata y jubilosa aprobación, y, tras inclinarse el hospodar en señal de agradecimiento, se retiró para traerla a la gran sala.

La aparición de la vaivodina fue recibida con una ovación parecida a la tributada al hospodar Rupert, a la que ella contestó con una inclinación llena de dulzura y dignidad. Luego, junto con su marido, fue conducida por el presidente, que había bajado para escoltarlos, al estrado de la sala. Entretanto se había preparado otro sillón junto al del hospodar, y ambos tomaron asiento.

El presidente hizo luego la propuesta oficial, por la que daba a conocer al

«hospodar Rupert» los deseos del consejo, en nombre de la nación, de ofrecerle la corona y el reinado del país de las Montañas Azules. El mensaje se le formuló casi con las mismas palabras empleadas el día anterior al hacersele el ofrecimiento al vaivoda Pedro Vissarion, difiriendo solamente en los detalles personales. El hospodar Rupert escuchó en medio de un grave silencio. Aunque todo esto era a todas luces completamente nuevo para él, mantuvo una serenidad asombrosa en aquella transcendental circunstancia. Cuando, tras enterarse del anterior ofrecimiento al vaivoda y del deseo expresado por este último, se levantó para hablar, se produjo un silencio sepulcral en la sala. Empezó con unas entrecortadas palabras de agradecimiento; luego, a medida que seguía hablando, su voz se tornó extrañamente sosegada:

—Antes de poder daros una respuesta adecuada, me gustaría saber si está contemplado que se una a mí en este gran honor mi querida esposa, la vaivodina Teuta de Vissarion, que tan espléndidamente ha demostrado su valía para ocupar cualquier puesto en el gobierno del país. Me gustaría...

Aquí fue interrumpido por la propia vaivodina, quien, de pie junto a él y sujetándole el brazo izquierdo, dijo:

—Presidente y señores todos aquí reunidos, no penséis que he faltado a ese respeto hacia el marido que en tan alto concepto tenemos en las Montañas Azules al haberme atrevido a interrumpir a mi señor. Estoy aquí no solo como esposa, sino también como vaivodina de Vissarion, y el recuerdo de todas las nobles mujeres de esta noble estirpe me obliga a un gran deber. A lo largo de toda nuestra historia centenaria, nosotras, las mujeres de Vissarion, nunca nos hemos propuesto rivalizar con nuestros señores. De sobra sé yo que mi querido señor me perdonará como esposa si yerro; pero a vosotros, miembros del consejo de la nación, os hablo desde otras premisas y con otra lengua. Mucho me temo que mi señor no sepa, como saben sus señorías, y yo también sé, que en los antiguos tiempos de la realeza regía la ley de la supremacía masculina, que siglos después sería conocida como Lex Sállico. Señores todos del consejo de las Montañas Azules, yo soy la esposa de las Montañas Azules, y, si soy aún joven como esposa, por mis venas corre la sangre de cuarenta generaciones de mujeres leales. Y sería poco apropiado que yo, venerada por mi marido, a quien todos vosotros también veneráis, me propusiera cambiar esa antigua costumbre respetada durante mil años y que honra a todas las mujeres de las Montañas Azules. ¡Qué ejemplo daría yo en estos tiempos en que las mujeres egoístas de otras naciones tratan de olvidarse de su condición femenina en su deseo de rivalizar en igualdad con los hombres! Hombres todos de las Montañas Azules, sé que hablo por vuestras mujeres cuando afirmo que el mayor premio para nosotras es la gloria de nuestros hombres. Ser sus compañeras es nuestra mayor dicha; ser sus esposas, la consumación

de nuestras vidas; ser las madres de sus hijos, nuestra participación en la gloria que les pertenece.

»Así pues, os ruego, hombres todos de las Montañas Azules, que me permitáis ser como las demás esposas de nuestro país, igual a ellas en la dicha doméstica, que es su esfera propia, y, si me podéis otorgar este honor incomparable, y soy digna y capaz de soportarlo, ser también ejemplo y dechado de rectitud femenina.

Con un saludo lleno a la vez de modestia y de gracia, se sentó.

Fue impresionante la manera como fue recibida su renuncia a la dignidad de reina. Ninguna corona regia, por preciosa y suntuosa que fuera, podía haberla honrado tanto como el clamor resonante y salvaje que se elevó, y el unánime alzamiento de los puñales que siguió.

La acción espontánea del hospodar fue otra fuente de alegría para todos, digno corolario de lo que acababa de suceder. Se puso en pie y, estrechando a su esposa entre sus brazos, la besó en presencia de todos. Luego se sentaron en sendas sillas próximas, permaneciendo tímidamente cogidos de la mano cual pareja de jóvenes enamorados.

Luego Rupert se levantó —ahora ya es Rupert, el nombre más ensalzado por su pueblo de ahora en adelante—. Con una seriedad intensa que pareció resplandecer en su rostro, dijo simplemente:

—¿Qué otra os puedo decir sino que soy el siervo devoto de vuestros deseos, ahora y por siempre? —Y, levantando su puñal, besó la empuñadura mientras decía—: ¡Juro ante mi puñal ser honesto y justo; ser, con la ayuda de Dios, la clase de rey que queréis que sea, mientras las fuerzas me asistan!. ¡Amén!

Con esto concluyó la sesión, y el consejo mostró una delicia inconmensurable. Una vez más relucieron los puñales, mientras se oían los vítores «tres veces tres» a la manera británica.

Cuando Rupert —me dicen que no debo escribir «el rey Rupert» hasta después de la coronación oficial fijada para el miércoles 16 de octubre— y Teuta se hubieron retirado, el vaivoda Pedro Vissarion, el presidente y el consejo se reunieron en privado con los presidentes de las cámaras legislativa y judicial para perfilar los detalles de la ceremonia de coronación, así como para redactar la notificación oficial a las potencias foráneas. Estas formalidades los mantuvieron reunidos hasta bien entrada la noche.

EXTRACTO DE

THE LONDON MESSENGER

FESTEJOS PARA LA CORONACIÓN DEL REY DE LAS MONTAÑAS

AZULES

(De nuestro enviado especial)

PLAZAC, 14 de octubre de 1907

Sentado a una mesa pobremente surtida a bordo del transatlántico austro-oriental Francisco José, echaba de menos en lo más profundo de mi corazón (y es el caso de decir que también más abajo, en la región intestinal) el confort y lujo gastronómico del Hotel Rey y Emperador de Trieste. Un breve cotejamiento entre el menú de ayer y el de hoy permitirá al lector sacar sus propias conclusiones:

Trieste. Vapor

Huevos à la cocotte. Huevos revueltos en tostada

Pollo al vapor con paprika. Pollo frío

Lonchas de jamón de Westfalia Jamón frío (en salsa de vino)

Atún a la salmuera. Arenques Bismarck

Arroz salteado con crema. Manzanas cocidas

Jalea. Queso suizo

Consecuencia: Ayer me sentí bien y feliz, esperé con ilusión el momento de ir a la cama y dormí a pierna suelta. Hoy me siento aburrido y pesado, además de intranquilo, y estoy convencido de que a la hora de dormir mi hígado se saldrá con la suya.

El viaje a Ragusa, y desde allí a Plazac, quedará grabado para siempre con trazos miserables en este mi corazón humano. Ojalá logre olvidarlo. Solo así se podrán dar la mano las virtudes de la justicia y la compasión.

Plazac es un lugarapestoso. No hay ni un solo hotel decente en toda la ciudad. Es sin duda por este motivo por el que el nuevo rey, Rupert, ha mandado construir, para el supuesto confort de los periodistas acreditados, toda una serie de grandes hoteles temporales, como los que se pudieron ver en la Exposición de St. Louis. Aquí a cada huésped se le ha dado una habitación propia (algo así como el albergue para pobres del reformador social lord Rowton). Desde mi primera noche en ella estoy capacitado para hablar por experiencia de las penalidades de un prisionero de tercera clase. Sin embargo, he de reconocer que el comedor y el vestíbulo, aunque excesivamente austeros, son adecuados para su uso temporal. Por fortuna no tendremos que soportar muchas más comidas aquí, ya que mañana cenaremos con el rey en la cámara legislativa, y como los cocineros están a las órdenes del cordón bleu Gastón de Faux Pas, que durante tanto tiempo rigió los destinos gastronómicos (casi podríamos decir «Gastonómicos») del Rois des Dámants de la parisina

plaza Vendôme, creo que podemos alegrarnos por anticipado de que no nos iremos a la cama con el estómago vacío. En realidad, nuestras previsiones — fundadas en un estudio previo del alojamiento— no se cumplieron a la hora de cenar. Para nuestro gran asombro, se sirvió una cena excelente, aunque, para ser sinceros, predominaron los platos fríos (cosa que siempre me ha parecido perjudicial para el hígado). Justo cuando estábamos en los postres, el rey (electo) se acercó a nosotros de manera campechana y, tras darnos una calurosa bienvenida, nos pidió beber juntos un vaso de vino. Cosa que hicimos catando un excelente (aunque algo dulce) caldo de Cliquot '93. El rey Rupert (electo) nos pidió luego que volviéramos a sentarnos y fue visitando las distintas mesas, reconociendo de vez en cuando a algún antiguo amigo periodista de su anterior vida aventurera. Los hombres con los que departió parecieron sumamente satisfechos —conigo mismos, sin duda—. Muestra esta de una pésima educación, a mi entender. Por mi parte, me alegré de no haber mantenido con él anteriormente una relación igualmente campechana, librándome así de lo que me habría parecido una humillación: sufrir en público aquel paternalismo por un rey en potencia que no había (en sentido cortesano) «nacido» rey. El que esto escribe, de profesión abogado, se complace con ser un gentilhomme heredero de un predio histórico en el antiguo condado de Salop, que puede presumir de una población mayor que el país de las Montañas Azules.

Nota de la redacción: Queremos pedir perdón a nuestros lectores por el reportaje enviado desde Plazac de la edición de ayer. A su autor, que no figura en nuestra plantilla oficial, se le permitió que hiciera dicho reportaje dado que es pariente del rey Rupert de las Montañas Azules, y por lo tanto creíamos que estaría en mejores condiciones para informar «desde dentro», como se suele decir. Al leer el periódico, le pusimos un telegrama comunicándole su inmediato cese; también pusimos otro telegrama para, en caso de que no obedeciera, lo expulsaran ipso facto.

Asimismo hemos mandado un telegrama a Mr. Mordred Booth, el famoso corresponsal, que se halla en Plazac por motivos personales, para que nos envíe un reportaje completo (y digno). Suponemos que nuestros lectores preferirán un relato gráfico de la ceremonia a un fárrago de menús baratos, comentarios sobre el hígado propio y la denigración de un personaje inglés suficientemente noble e íntegro para que una nación joven lo haya aceptado por rey, y a quien nuestra propia nación quiere tributar el honor que se merece. Por supuesto, no mencionaremos el nombre de nuestro abortado corresponsal, a no ser que nos veamos obligados a ello por cualquier manifestación futura por su parte.

EXTRACTO DE
THE LONDON MESSENGER

CORONACIÓN DEL REY RUPERT DE LAS MONTAÑAS AZULES

(De nuestro enviado especial Mordred Booth)

PLAZAC, 17 de octubre de 1907

Plazac no se vanagloria de tener una catedral, o cualquier otra iglesia, suficientemente amplia para ser el escenario de una ceremonia de coronación. Así, el consejo nacional decidió, con el consentimiento del rey, que tuviera lugar en la vieja iglesia de San Sabas de Vissarion, antigua residencia de la reina, A tenor de lo cual, se dispuso transportar hasta allí en barcos de guerra, la mañana de la coronación, a todos los invitados de la nación. También se dispuso que, tras la ceremonia religiosa celebrada en San Sabas, se diera un banquete en el castillo de Vissarion. Los invitados volverían luego en los barcos de guerra a Plazac, donde tendría lugar la que aquí se llama con el nombre de «coronación nacional».

En el país de las Montañas Azules era costumbre, en los tiempos antiguos en que había reyes, la celebración de dos ceremonias: una por el primado de la iglesia nacional, que es la iglesia griega, y otra por el pueblo según un rito adoptado por él mismo, bastante parecido a las antiguas asambleas germánicas. Las Montañas Azules son una nación extrañamente respetuosa de sus tradiciones: lo que se hizo hace mil años debe seguir haciéndose hoy en día, siempre y cuando, por supuesto, no se oponga al espíritu de los nuevos tiempos...

San Sabas es una iglesia muy antigua y muy bella, construida al estilo de las antiguas iglesias griegas, y en su cripta reposan grandes personajes de la historia de las Montañas Azules. Con todo, ni la iglesia ni la ceremonia hoy celebrada en ella se pueden comparar en esplendor con ciertas ceremonias relativamente recientes, como, por ejemplo, las coronaciones del penúltimo zar en Moscú, de Alfonso XII en Madrid o de Carlos I en Lisboa.

La decoración de la iglesia me recordó bastante a la de la abadía de Westminster cuando fue coronado rey Eduardo VII, aunque, por supuesto no han asistido tantas personas ni se ha visto tanto boato en los invitados. En efecto, el número de los asistentes, fuera de los que ostentaban algún cargo oficial y de la prensa internacional, ha sido bastante reducido.

De todos los presentes, la persona que más me impresionó —junto con el rey Rupert, que mide seis pies y medio de estatura y es un hombre formidable — fue la reina consorte, Teuta, que se sentó frente a una pequeña galería erigida para la ocasión justo enfrente del trono. Es una mujer de una belleza excepcional, alta y hermosamente formada, de pelo negro azabache y ojos parecidos a diamantes negros, pero que tienen la cualidad excepcional de encerrar estrellas que parecen cambiar de color con cada emoción fuerte. Pero

no fueron su belleza ni las estrellas de sus ojos las que más atrajeron la atención. Esas cualidades se percibían solo si se miraba desde cerca, pero desde lejos el punto más llamativo fue su indumentaria. Estoy seguro de que nunca antes llevó una mujer, fuera reina o campesina, un vestido semejante en tan festiva ocasión.

Iba vestida solamente con un sudario blanco. He oído contar algo de la historia que se esconde tras esta extraña vestimenta, historia que les haremos conocer ulteriormente...

Nota de la redacción: En nuestro próximo número del sábado dedicaremos una página entera a la romántica historia de la reina Tema y su sudario, redactada por Mr. Mordred Booth e ilustrada por nuestro artista Mr. Neillison Browne, que es el colaborador gráfico de Mr. Booth en el reportaje de la coronación del rey Rupert.

Mientras la comitiva hacía su entrada en la iglesia por la gran puerta del oeste, fue interpretada la canción de las Montañas Azules «Oh Jehová, guíanos en medio de la oscuridad» por un coro oculto, acompañado por el órgano y varios instrumentos marciales. El arzobispo, vestido con sus mejores galas, estaba esperando delante del altar, rodeado de los archimandritas de los cuatro grandes monasterios. El vladika se hallaba frente a los miembros del consejo nacional. Un poco más allá de este grupo se hallaba otra serie de personalidades: los presidentes de sendas cámaras legislativa y judicial, el canciller, etc., todos ellos ataviados con trajes antiquísimos, así como el gran mariscal de las fuerzas armadas y el lord gran almirante de la marina.

Cuando todo estuvo listo para la ceremonia, el arzobispo levantó la mano, a lo que cesó la música. Dándose media vuelta, para tener a la reina de frente (la cual se levantó al instante), el rey desenvainó su puñal y la saludó a la maneta de las Montañas Azules (con la puma levantada lo más alto posible, y luego bajándola hasta casi tocar el suelo). Todos los hombres allí presentes, incluidos los eclesiásticos, llevaban puñal y, solo un segundo después, remedaron el gesto del rey, haciendo relucir la hoja de sus respectivas armas. Este saludo auténticamente regio iniciado por el rey, además de emocionante, encerró una fuerte carga simbólica. El puñal del rey, que es realmente imponente, mantenido levantado por un hombre de su estatura, destacó por encima de cuanto había en la iglesia. Fue un espectáculo realmente impresionante. Ninguno de los presentes olvidará nunca aquel maravilloso brillar de los cuchillos según la costumbre milenaria del país...

La coronación fue breve, sencilla y emotiva. Rupert permaneció arrodillado mientras el arzobispo, tras una plegaria breve y fervorosa, colocaba sobre su cabeza la corona de bronce del primer rey de las Montañas Azules, Pedro. Corona que él había recibido a su vez de manos del vladika, a quien se

la habían traído del Tesoro Nacional en medio de un cortejo de personalidades. La bendición del nuevo rey y de su reina Teuta marcó el final de la ceremonia. El primer acto de Rupert al levantar sus rodillas del suelo fue sacar su puñal y saludar a su pueblo.

Tras la ceremonia de San Sabas, la comitiva se encaminó hacia el castillo de Vissarion, situado a escasa distancia al otro lado de una pintoresca cala rodeada por todos los lados por nobles acantilados de gran altitud. El rey marchaba en cabeza, acompañado por la reina, que iba cogida de su mano... El castillo de Vissarion es muy antiguo e increíblemente pintoresco. Otro día enviaré un reportaje especial describiéndolo detalladamente.

El «banquete de la coronación», como se titulaba el menú, se celebró en la gran sala, espacio de nobles proporciones. Mando junto con el presente artículo una copia del menú, ya que a nuestros lectores les gustará sin duda conocer los detalles del mismo por su particular exotismo.

Hubo en el banquete un detalle especialmente digno de señalarse. Como las personalidades del país eran invitados del rey y la reina, fueron estos mismos quienes se encargaron personalmente de servirles. Los demás invitados, incluida la prensa, fueron servidos por la casa real: no por los criados —no se veía a ninguno de esta condición—, sino por las damas y caballeros de la corte.

Solo hubo un brindis, el que hizo el rey en persona, puesto en pie al igual que todos los presentes: «Por el país de las Montañas Azules, para que todos sirvamos lealmente al país que amamos». Antes de beber, su poderoso puñal volvió a relucir, y al instante cada mesa en la que había montañeses azules se vio respuntada por hojas de acero reluciente (señalo entre paréntesis que el puñal es el arma nacional. No sé si los montañeses azules duermen con él, pero sí puedo asegurar que lo llevan a todas partes. Lo sacan cada vez que quieren resaltar algo que tiene especial relevancia para la vida nacional...).

Luego embarcamos de nuevo en las naves de guerra: un inmenso barco acorazado con láminas de acero, completamente moderno, y un yate acorazado completísimo en todos los aspectos e increíblemente rápido. El rey y la reina, junto con los señores del consejo, las altas jerarquías eclesiásticas y demás personalidades, subieron a bordo de esta segunda embarcación, que el lord gran almirante, un hombre con manifiestas dotes de mando, pilotó en persona. El resto de los asistentes a la coronación subimos a bordo del barco de guerra, el cual, aunque navegaba muy deprisa, fue siempre por detrás del yate acorazado; sin embargo, el séquito del rey nos esperó en el puerto de la Boca Azul. Desde aquí, un nuevo funicular nos transportó a todos hasta la cámara legislativa de Plazac, donde se volvió a formar la comitiva, que fue serpenteando hasta una colina pelada de los alrededores. El rey y la reina —el

rey seguía portando la antigua corona de bronce que había recibido de manos del arzobispo en San Sabas—, el arzobispo, el vladika y los cuatro archimandritas se detuvieron en la cima de la colina (el rey y la reina, por supuesto, por delante del grupo). El joven y amable caballero que me habían asignado por la mañana —a cada uno de los invitados se nos asignó un acompañante— me explicó que, como esta era una ceremonia laica, distinta de la religiosa, el vladika, que es el representante oficial del laicado, tomaba aquí el relevo en el mando. Los eclesiásticos seguían ocupando un lugar preferencial, pero solamente por cortesía, de acuerdo con el deseo del pueblo, que sentía hacia ellos un gran aprecio.

Entonces comenzó esta otra ceremonia, realmente extraordinaria, que a mi juicio no estaría mal que se exportara a nuestros países de occidente. Hasta donde alcanzaba la vista, se veía un sinfín de hombres agrupados de manera informal, sin llevar ningún uniforme, pero todos ataviados con el traje nacional y armados solo con el puñal. Delante de cada uno de estos grupos o secciones figuraba el consejero nacional del respectivo distrito, distinguible por su vestimenta oficial y la cadena. Estas agrupaciones sumaban un total de diecisiete. De número desigual, algunas de ellas eran mucho mayores que otras, cosa lógica en un país tan montañoso. En total habría más de cien mil hombres presentes (mi larga experiencia observando grandes masas de gente me dice que esta estimación se ajusta bastante a la realidad). Me llamó la atención ver tantos hombres allí congregados, pues los libros de geografía suelen hablar de una población más reducida cuando se refieren a las Montañas Azules. A mi pregunta de quién se encargaba de vigilar la frontera en aquellos momentos, se me contestó:

—Se encargan las mujeres fundamentalmente, aunque también tenemos una guardia masculina a lo largo de toda la frontera, salvo la que da al mar. Cada hombre tiene con él a seis mujeres, de manera que es una línea ininterrumpida. Además, señor, ha de tener presente que en las Montañas Azules nuestras mujeres están adiestradas para llevar armas igual que los hombres. ¡Vaya que sí! Y podrían también dar buena cuenta de cualquier enemigo que se atreviera a asaltarnos. Nuestra historia revela que las mujeres pueden ejercer labores de defensa. Le aseguro que la población turca sería mucho mayor hoy día de no haber sido por las mujeres que combatieron antiguamente en nuestras fronteras por la defensa de su patria.

—No me extraña que esta nación haya conservado su libertad durante mil años —contesté.

A una señal dada por el presidente del consejo nacional, una de las divisiones dio unos pasos hacia delante. No fue un movimiento corriente, sino una carga intensa hecha con el élan y vigor de hombres resistentes y bien entrenados. Avanzaban no solo a paso ligero, sino como si fueran al ataque,

puñales en ristre. Solo se me ocurre comparar su carrera a una carga de artillería o a un ataque de varios batallones de caballería a la vez.

Yo he tenido la suerte de ver lo primero en Magenta y lo último en Sadova, de manera que sé lo que significa esta comparación. También puedo decir que vi a la columna de fresco comandada por Roberts, a su paso por una población, cuando fue a liberar Mafeking; y ninguno de cuantos tuvimos la delicia de ver el emocionante avance de aquel velocísimo ejército lanzado a socorrer a sus camaradas necesitamos que nos digan cómo debe ser una carga de hombres armados. Con una velocidad estupefaciente, se lanzaron colina arriba y, escorándose a la izquierda, hicieron un movimiento circular hasta el altiplano de la cima, donde se hallaba el rey. Cuando se hubo completado el círculo, aquel río de hombres siguió dando vueltas y vueltas hasta completar la operación. Entre tanto había salido otra división, cuyo jefe avanzó hasta acercarse a los últimos hombres de la anterior. Luego hizo lo mismo otra, y otra... Y, así, una línea ininterrumpida fue rodeando la colina en un despliegue aparentemente infinito, hasta que todas las laderas se cubrieron de hombres en movimiento, con trajes de color oscuro, y en medio de los ubicuos destellos de los cuchillos.

Cuando todas las divisiones hubieron rodeado de este modo al rey, las voces se tornaron de repente en un susurro, en un silencio tan perfecto que casi pareció que la propia naturaleza hubiera callado también. Quienes contemplamos la escena contuvimos instintivamente la respiración.

Luego, de repente, sin ningún gaitero ni palabra ni orden aparente, los relucientes puñales de todo aquel imponente despliegue se alzaron al mismo tiempo y se oyó gritar —resonante, atronadoramente— la consigna nacional:

—¡Las Montañas Azules y el deber!

Tras aquel grito descomunal hubo un extraño hundimiento, que nos obligó a los espectadores a restregarnos los ojos. Parecía como si toda aquella masa de combatientes se hubiera hundido parcialmente bajo tierra. Luego vimos con toda nitidez lo que había ocurrido realmente: toda la nación se había arrodillado a los pies de su rey recién coronado, que permanecía completamente erguido.

Otro momento de silencio, mientras el rey Rupert, quitándose su corona, la sostenía en su mano izquierda y, esgrimiendo su gran puñal con la derecha, exclamaba con una voz tan fuerte que retumbó cual trompetazo sobre toda aquella multitud apiñada:

—¡Juro consagrar estas dos cosas, así como toda mi persona, a la libertad de nuestra nación y de cada uno de vosotros!

Esto lo dijo puesto de rodillas a su vez, mientras todos nos descubríamos

movidos por un mismo impulso.

El silencio que siguió duró varios segundos; luego, sin ninguna señal, como sí todos y cada uno de los allí congregados hubieran obrado de mutuo acuerdo, se incorporaron a la vez y describieron un movimiento que, pese a toda mi experiencia de soldados y guerras, nunca he visto a nadie ejecutar tan bien (ni siquiera a la guardia real rusa saludando al zar en su coronación, ni a un impi de zulúes de Cetewayo arremolinándose a la entrada de un kraal).

Durante un par de segundos toda aquella masa pareció agitarse y estremecerse, y de pronto he aquí que todas las divisiones de distrito volvieron a agruparse: sus consejeros junto al rey, y las divisiones descendiendo la colina en forma radial, cual cuñas.

Con esto concluyó la ceremonia, y cada cual pudo disponer a su antojo. Después, mi afable acompañante me dijo que el último acto del rey —el juramento puesto de rodillas— había sido una innovación propia. Lo único que puedo decir al respecto es que si en el futuro no se toma como un precedente y no se convierte en parte integrante de la patriótica ceremonia de la coronación, los montañeses azules del futuro demostrarían ser mucho más estúpidos que los actuales.

Los festejos de la coronación depararon como colofón unos momentos de alegría perfecta. Fueron los que rodearon al banquete ofrecido al rey y la reina por la nación; los invitados de la nación se incluyeron en la partida real. Fue una Fiesta indescriptible. Imagínese una merienda campestre de cien mil personas, hombres en su mayoría. Muchos y elaboradísimos debieron de ser los preparativos a lo largo y ancho y alto del país. Cada sección había traído suficientes provisiones para su consumo propio, además de varios platos especiales para las mesas de los invitados; pero la contribución de cada sección no estaba destinada a ser consumida por sus propios miembros, sino por los de otras secciones, con lo que se intentaba crear un ambiente general de fraternidad y propiedad compartida.

Las únicas mesas a la vista eran las de los invitados. La mayor parte de la gente se sentó en el suelo. Las mesas, junto con las sillas, las trajeron los propios hombres —no se conocía aquí el servicio doméstico— desde un bosque próximo, donde se habían dejado preparadas con antelación. Los manteles y la vajilla empleados los habían enviado para la ocasión las familias de cada población y aldea. Las flores las habían cogido los niños en las montañas por la mañana temprano, y los objetos de oro y de plata empleados para la decoración se habían encargado de traerlos los sacerdotes de las distintas iglesias. Por su parte, los hombres de cada sección se encargaron de servir por turnos las distintas mesas de los invitados.

En medio de todo aquel despliegue reinó un ambiente generalizado de

alegría, paz y fraternidad. Sería imposible describir de manera adecuada aquel espectáculo incomparable: toda una nación de hombres magníficos rodeando a su nuevo rey y teína, ansiosos por honrarlos y servirlos. Desparrramados en medio de toda aquella multitud había varios grupos de músicos, seleccionados entre los mejores del país, pero, como el espacio cubierto por este picnic multitudinario era tan vasto, había pocos puntos desde los que se pudiera oír la música de un intérprete que no fuera el más próximo.

Después de la cena, todos permanecimos sentados y fumando. En el plano musical, los instrumentos fueron cediendo el paso a las voces (en realidad, ya casi no se oía el sonido de ningún instrumento). Como yo conocía muy pocas palabras de balcánico, no pude entender la letra de las distintas canciones, si bien me dio la impresión de que eran casi todas de carácter legendario o histórico. Para quienes las entendían, como me informó mi joven acompañante, que permaneció a mi lado a lo largo de todo este día memorable, estábamos escuchando la historia del país de las Montañas Azules en forma de balada. No hubo un solo punto de esta vastísima concentración, de este auditorio entregado, en que no se cantara algún retazo de la historia diez veces secular del país.

Ya se había hecho tarde. Lentamente, el sol iba poniéndose por detrás de los Montes Calabreses mientras un asombroso crepúsculo se iba adueñando de aquel escenario entrañable. Nadie pareció notar la llegada de la oscuridad, que nos envolvió poco a poco en medio de un misterio inenarrable. Durante un buen rato permanecimos como arrobados: el parloteo general se había apagado ante el embrujo de aquella escena. El sol se hundió aún más en el horizonte, hasta que sus últimos resplandores tiñeron el lugar con sus tonos rosáceos; luego estos se desvanecieron también, y la noche se cernió sobre todos como por ensalmo.

Cuando, finalmente, pudimos distinguir los rostros más próximos, se inició un movimiento simultáneo de luces por toda la colina. Al principio, estas parecían pequeñas luciérnagas, pero luego fueron aumentando en intensidad hasta que todo el escenario se cuajó de pequeños círculos luminosos. Estos fueron creciendo a su vez en número e intensidad conforme se encendían antorchas, que se sostenían en alto. Luego empezó otra vez la música, suavemente al principio y luego cada vez más fuerte mientras los músicos se iban congregando en el centro, donde estaban sentados el rey y la reina. La música parecía evocar un pasado remoto; todos y cada uno de nosotros, según la imaginación y amplitud de conocimientos de cada cual, vimos pasar ante nuestros ojos episodios y fases enteros de la historia del país. Había en la música una maravillosa fuerza rítmica, casi coral, que hacía casi imposible permanecer sentado sin moverse. Era una invitación a la danza como nunca la había visto en ninguna nación ni en ningún momento de mi vida. Las

luminarias empezaron a juntarse en aquel momento. Una vez más, los montañeses repitieron en parte la formación que habían mantenido durante la coronación. La partida real se hallaba sentada en medio de una llanura llena de hierba fresca y corta, y alrededor de esta se había formado lo que podríamos llamar el Anillo de la Nación. El volumen de la música seguía en aumento. Los montañeses que no habían encendido una antorcha lo hicieron ahora, y toda la ladera se convirtió en una fiesta de luz. La reina se levantó, y el rey lo hizo un instante después. En ese momento los hombres se acercaron a retirar sus sillas, o, más propiamente, sus tronos. La reina dio al rey su mano (tal es, al parecer, un privilegio exclusivo de la esposa). Ambos cogieron enseguida el ritmo de la música, y pasaron al centro del anillo.

Aquella danza fue otra cosa memorable entre los sucesos maravillosos de aquel memorable día. Al principio, el rey y la reina bailaron solos, primero con un movimiento majestuoso; pero, a medida que el ritmo de la música se iba acelerando, sus pasos hacían lo mismo, y el movimiento giratorio de sus cuerpos era cada vez más frenético a cada compás hasta que, según la auténtica manera de los Balcanes, la danza se tornó en un delirio de movimientos apasionados.

En este punto, la música volvió a perder velocidad, y los montañeses empezaron a unirse a la danza. Primero lo hicieron, no sin cierta solemnidad, el vladika y las altas jerarquías eclesiásticas; luego toda la vasta multitud empezó a bailar con tal furor que pareció temblar la montaña. Las luces se estremecían, parpadeaban, deslumbraban, y de nuevo se elevaban y caían mientras aquellos cien mil hombres, cada uno con una antorcha en la mano, giraban y saltaban al ritmo de la danza. Cuanto más deprisa sonaba la música, más rápidos eran los pasos y el aporreo de los pies, hasta que toda la nación pareció ahora presa de un frenesí dionisiaco.

Yo, que estaba cerca del vladika, lo vi sacar de su cinto, en medio de esta furia final, una flauta corta y fina, y tocar en ella una única nota, una nota salvaje y aguda que resultó tener un poder de convocatoria mayor que cualquier trueno o cañonazo. Al instante toda la multitud danzante bajó las antorchas al suelo, produciéndose una inmediata y completa oscuridad, como quiera que los fuegos, de por sí ya bastante decaídos, habían sido manifiestamente pisoteados al compás de la música. Prosiguió el mismo ritmo, pero el volumen de la música había bajado considerablemente. Poco a poco, el ritmo se vio marcado y enfatizado con palmas, al principio solo unas cuantas, pero luego cada vez más hasta que todos los presentes se pusieron a dar palmas al lento ritmo de aquella noche. Esto prosiguió durante un pequeño lapso de tiempo, durante el cual, mirando a mi alrededor, noté que un ligero resplandor empezaba a apuntar por detrás de las colinas. Estaba saliendo la luna.

De nuevo se oyó una nota en la flauta del vladika, una única nota, dulce y sutil, que solo podría comparar con el canto de un gorrión, si bien con una potencia muy superior. La nota logró atravesar también la tormenta de las palmas, que cesaron al instante. El repentino silencio, potenciado por la oscuridad, fue tan impresionante que casi se podía oír el latir de nuestros corazones. Y luego, en medio de aquella noche, oí algo que jamás podré olvidar: aquella imponente congregación, sin el concurso de flautista alguno, empezó en voz baja y ferviente a entonar el himno nacional. Al principio se cantó en un tono tan bajo que aquello se asemejó a una concurrida reunión de violinistas tocando con sordina. Pero el volumen fue elevándose paulatinamente hasta que el aire que nos envolvía pareció palpitar y estremecerse. Cada sílaba —cada palabra— pronunciada al unísono por aquella vasta multitud se oía con la misma claridad que si hubiera salido de una sola boca:

—Oh, Jehová, guíanos en medio de la oscuridad...

Este himno, cantado por todas las gargantas, permanece en nuestro recuerdo como perfecto colofón a un día perfecto. Confieso —no me da vergüenza reconocerlo— que aquello me hizo llorar como un niño. Ahora mismo noto una gran dificultad para seguir escribiendo; estoy demasiado emocionado...

**

Por la mañana temprano, a la hora en que las montañas eran aún más grises que azules, el funicular nos transportó hasta la Boca Azul, donde embarcamos en el yate acorazado del rey, La Dama, que nos llevó a través del Adriático a una velocidad que yo había considerado hasta entonces imposible. El rey y la reina acudieron al embarcadero a despedirnos, Permanecieron juntos a la derecha de la escalerilla alfombrada, y dieron la mano a todos y cada uno de los invitados conforme fueron subiendo a bordo. Retirada la escalerilla, el lord gran almirante, que estaba en el puente, levantó la mano y enseguida nos deslizamos hacia la boca del golfo. Por supuesto, todos, con los sombreros quitados, vitoreamos a los reyes hasta desgañitarnos. Proclamo sin miedo a equivocarme que, si el rey Rupert y la reina Teuta alguna vez desean fundar en las Montañas Azules una colonia de diplomáticos y periodistas, quienes hemos sido sus invitados en esta gran ocasión nos presentaremos como voluntarios sin dudarle un solo momento. Creo que el anciano Hempetch, que es el decano de los periodistas de lengua inglesa, interpretó perfectamente nuestro sentir al afirmar:

—Que Dios los colme a los dos de parabienes y felicidad, y conceda la prosperidad al país y al pueblo que gobiernan.

Creo que el rey y la reina nos oyeron aclamarles, pues se volvieron para

echar una última mirada a nuestra veloz embarcación.

LIBRO IX

BALKA

DIARIO DE RUPERT - CONTINUACIÓN

Tras un largo intervalo, 10 de febrero de 1908

Hace tanto tiempo de la última entrada que hice en este diario que no sé cómo reanudarlo. Yo siempre había oído decir que un hombre casado era un hombre muy atareado; pero desde que me casé, aunque es una nueva vida para mí, y de una felicidad inenarrable, conozco por experiencia la verdad de esa afirmación. Pero no tenía la más remota idea de lo que podía significar en la realidad eso de ser rey. ¡Diantre! Eso no le deja a uno ni un solo minuto libre, y, lo que es peor, ni un solo minuto libre para Teuta. Si la gente que se mete con los reyes viviera como ellos solamente un mes de su vida, seguro que al final cambiaría de opinión. No sería una mala idea crear la cátedra sobre las tareas de un monarca en la Facultad de Anarquía, si es que tal Facultad llegara a existir algún día, claro...

Me complace poder decir que todo ha ido a pedir de boca en estos últimos meses. Teuta goza de una salud magnífica, si bien ha renunciado últimamente casi por completo a viajar en su aeroplano. Sé el sacrificio tan grande que esto ha supuesto para ella, ahora que se había vuelto toda una experta en artes aéreas. Aquí se dice que es una de las mejores pilotos de las Montañas Azules, lo que quiere decir en el mundo entero, pues estamos a la cabeza en esta modalidad de viaje. Desde que encontramos las bolsas de pecblenda en el gran túnel, y descubrimos la manera, bastante sencilla, de extraer radio de él, hemos progresado casi en proporción geométrica. Cuando Teuta me dijo que no «volaría» durante un tiempo, consideré que era una decisión prudente por su parte y la apoyé enteramente, pues pilotar un aeroplano es un trabajo bastante duro físicamente y agota el sistema nervioso. También me enteré al mismo tiempo del motivo de su prudente resolución: el motivo más corriente en una recién casada (esto fue hace tres meses); y hasta esta mañana no me dijo que no volvería a subir a un aeroplano, ni siquiera conmigo, hasta que no estuviera segura de «no correr ningún riesgo» —no se refería a un riesgo para su persona—. Tía Janet sabía bien lo que quería decir y le aconsejó mantenerse firme en su resolución. Así pues, durante los próximos meses viajaré solo por aire.

Las obras públicas iniciadas inmediatamente después de la coronación

prosигuen a buen paso. Desde el principio estamos trabajando sobre la base de un proyecto bastante elaborado. Lo primero que hicimos fue fortificar adecuadamente la Boca Azul. Mientras se estaban construyendo las fortificaciones mantuvimos todos los barcos de guerra en el golfo. Pero cuando se alcanzó el punto de seguridad razonable, mandamos a los barcos en rondas de vigilancia por la costa al tiempo que adiestrábamos a nuestros hombres para el servicio en el mar. Nuestro plan es preparar también paulatinamente a los más jóvenes, de manera que al final toda la población sepa manejarse y defenderse igual de bien tanto por mar como por tierra. Y como estamos enseñándole igualmente el manejo de los aeroplanos, acabará desenvolviéndose con total dominio en todos los elementos, salvo, por supuesto, en el fuego, aunque, si llegara la necesidad, también abordaríamos ese problema.

Empezamos el Gran Túnel en el punto del interior más alejado de la Boca Azul, y desde allí seguimos rumbo este formando un ángulo de cuarenta y cinco grados, de manera que, cuando estuviera acabado, atravesara la primera línea de colinas y desembocara en la altiplanicie localizada en lo alto de Plazac. Esta altiplanicie no es muy extensa —media milla como máximo—, y el segundo túnel empieza en la vertiente oriental de la misma. El nuevo túnel forma un ángulo más pequeño, ya que tiene que perforar la segunda colina, que esta vez es una montaña. Cuando salga a la vertiente oriental, enlazará con el corazón de la zona industrial. Es aquí donde son más hermosos nuestros árboles de madera noble, y donde se encuentran las minas más importantes. Esta altiplanicie es de una considerable longitud y discurre hacia el norte y el sur rodeando la gran mole de la montaña central, de manera que, cuando construyamos en su día un ferrocarril circular, podamos transportar a un coste mínimo toda suerte de material tanto en sentido ascendente como descendente. Es en este nivel donde hemos levantado las grandes fábricas de material bélico. Estamos asimismo construyendo túneles en las montañas donde se encuentran los grandes yacimientos de carbón. Introducimos y sacamos los furgones a ese nivel, y podemos obtener una ventilación perfecta con escaso coste y escasa mano de obra. Ya estamos extrayendo todo el carbón que consumimos dentro de nuestras fronteras, y, si así lo deseamos, dentro de un año podremos exportar carbón de sobra. Las grandes pendientes de estos túneles nos proporcionan una gran ayuda a causa de la gravedad específica, y como transportamos un suministro de agua constante a través de grandes tuberías también de la misma manera, podremos hacer lo que queramos utilizando energía hidráulica. Como, una tras otra, todas las naciones europeas y asiáticas fueron reduciendo sus inversiones en material bélico, nosotros contratamos a sus trabajadores licenciados a través de nuestros agentes, de manera que la plantilla de obreros especializados que tenemos actualmente supera a la de cualquier otro país del mundo. Personalmente creo que tuvimos

mucha suerte en poder llevar a cabo con tanta rapidez nuestros proyectos de manufactura bélica, pues si algunas «grandes potencias», como se autodenominan ciertos países, conocieran el volumen de nuestra producción actual, de seguro que tomarían inmediatamente medidas drásticas contra nosotros, en cuyo caso no nos quedaría más remedio que entrar en guerra con ellos, lo que supondría un grave parón para nuestro desarrollo. Si conseguimos pasar un año más sin ser molestados, seremos capaces, por lo que a material de guerra se refiere, de desafiar a cualquier nación del mundo. Y si todo transcurre en paz hasta que hayamos completado nuestras edificaciones y nuestra maquinaria, podremos crear almacenes con armas y efectos bélicos para todas las naciones balcánicas. Y entonces... Pero eso no es más que un sueño. Esperemos a ver cómo se desenvuelven las cosas.

Entre tanto, todo discurre aquí sobre ruedas. Se han construido plantas para fabricar cañones, que ya están en activo. Y ya tenemos también nuestros primeros productos acabados. Por supuesto, nuestros primeros cañones no son muy grandes, pero son buenos. Los grandes, y especialmente los de plaza, vendrán después. Y cuando se hayan terminado de construir las grandes plantas, y las máquinas de taladrar y devanar estén en condiciones de funcionar, entonces podremos respirar tranquilos. Supongo que, para entonces, todo el altiplano superior se parecerá a un polígono industrial; en cualquier caso, tenemos una gran cantidad de materia prima disponible. Las minas de hematites parecen ser inagotables, y como la extracción del mineral resulta barata y fácil gracias a nuestra extraordinaria energía hidráulica, y el carbón baja hasta el altiplano por su propio peso por el funicular, tenemos ventajas naturales que no existen prácticamente en ningún otro país del planeta (al menos, no en las mismas condiciones que aquí). Aquella vista a vuelo de pájaro de la Boca Azul que obtuvimos desde el aeroplano cuando Teuta tuvo aquella visión de futuro ha empezado ya a dar sus frutos. Las fábricas de aeroplanos están funcionando a un ritmo estupendo. El aeroplano es un producto grande y bien visible; su presencia es difícil de ocultar. Ya tenemos una flota aérea bastante grande y respetable. Por supuesto, las fábricas de explosivos se encuentran situadas en lugares apartados en medio de valles desnudos, donde los efectos de posibles accidentes son mínimos. Lo mismo que las factorías que trabajan con radio, en las que podría producirse algún accidente imprevisto. Las turbinas del túnel nos dan toda la energía que necesitamos actualmente, y, luego, cuando esté acabado el túnel nuevo, que hemos bautizado como «el túnel del agua», la energía disponible será inmensa. Todos estos trabajos están dando nuevo auge a nuestro transporte marítimo, y las previsiones para el futuro son óptimas.

Esto por lo que a nuestra prosperidad material se refiere. Pero con ella corre también pareja una vida mejor, y mejores esperanzas. La tensión inicial de organizar y encarrilar debidamente estas grandes obras ya ha pasado

prácticamente. Como no solo son autofinanciadas, sino además en buena parte productivas, se puede decir que no existe ningún temor a que pueda dispararse el gasto nacional. Pero, sobre todo, me estoy dedicando ya plenamente a esos otros asuntos de importancia nacional aún mayor de los que va a depender el desarrollo ulterior, por no decir también la fuerza actual, de nuestro país.

Me estoy refiriendo concretamente al tema de la gran Federación Balcánica. Curiosamente, esta ha venido siendo el gran sueño de mi esposa Teuta desde hace mucho tiempo, como también el del actual archimandrita de Plazac, su padre, quien, desde que escribí por última vez este diario, y tras haberse consagrado a la vida religiosa, fue nombrado para este gran cargo por deseo conjunto de la iglesia, los monjes y el pueblo al retirarse Petrof Vlastimir.

Dicha federación lleva mucho tiempo siendo objeto de comentario general. Por mi parte, yo vi su inevitabilidad desde el principio. Las recientes agresiones de la Nación Dual, vistas a la luz de sus pasadas agresiones a Italia, justificaban la adopción de dicha medida de protección. Y... ahora que Serbia y Bulgaria han sido utilizadas como tapaderas para encubrir sus verdaderas intenciones de anexionarlas como provincias definitivas —otrotra turcas—, encomendadas a su protectorado temporal por el Tratado de Berlín; ahora que parece que Montenegro debe renunciar para siempre a la esperanza de recuperar las bocas de Kotor, que se había ganado hace un siglo y había conservado con la punta de la espada hasta que una gran potencia las entregó, mal aconsejada, a su vecino Goliat; ahora que los sandjack de Novi Pazar corren el riesgo de padecer el mismo infortunio que parece haberse cernido ya sobre Bosnia y Herzegovina; ahora que el valeroso pequeño Montenegro ya está excluido del mar a causa de los agresivos tentáculos de Dalmacia, que avanza subrepticamente por toda su costa occidental; ahora que Turquía está empequeñeciéndose a causa de su política inepta; ahora que Grecia es prácticamente solo un símbolo, y que Albania como nación —aunque aún nominalmente sometida— muestra una virilidad tan asombrosa que se vislumbran grandes posibilidades para su futuro..., resulta a todas luces evidente que hay que pasar a la acción —a una acción de envergadura— si se quiere que la raza balcánica no se vea devorada, bocado a bocado, por sus vecinos nórdicos. Desde este punto de vista de una mejor protección he encontrado a casi todas estas naciones dispuestas a sellar una alianza defensiva. Y, como la mejor defensa es un ataque inteligente, no me cabe la menor duda de que una alianza basada en tales presupuestos debe ser una alianza total. Albania es la más difícil de ganar para este proyecto, ya que sus complicaciones con su soberano, junto con el orgullo y la suspicacia de su pueblo, obligan a proceder con extrema cautela. Solo será posible si consigo convencer a sus gobernantes de que, por grandes que sean su orgullo y valor, la magnitud del avance nórdico, si no se le pone freno, acabará arrollándola.

Este estudio de geografía política era bastante desalentador, pues no podía cerrar los ojos ante el hecho de que el expansionismo germánico se escondía tras el avance de Austria. En y antes de ese momento, la expansión fue la idea dominante de las tres grandes potencias de Europa central. Rusia miraba al este, esperando que llegara el momento de poder hacerse con las ricas provincias nororientales de China, y acabar dominando la totalidad de Europa septentrional y de Asia desde el golfo de Finlandia hasta el mar de la China. Alemania quería que su territorio se extendiera del mar del Norte hasta el Mediterráneo, erigiéndose así en una barrera infranqueable en Europa de norte a sur. Cuando la Naturaleza diera por concluido el liderazgo del imperio-monarquía, Alemania, su heredera natural, avanzaría hacia el sur a través de las provincias de lengua germana. Así, Austria, por supuesto mantenida ignara de los objetivos finales de su vecino, tendría que extenderse hacia el sur, Pero se había visto frenada en sus movimientos hacia el oeste por el surgimiento del partido irredentista en Italia, y consiguientemente tuvo que retirarse tras los límites de Carintia, Carinóla e Istria.

Según el nuevo mapa que yo soñaba, «Balka» —la Federación Balcánica — ocuparía todos los territorios situados al sur de la línea que va desde la isla de las Serpientes hasta Aquilea. Habría —habrá sin duda— grandes dificultades para llevar a cabo dicho proyecto. Por supuesto, Austria tendría que devolver Dalmacia, Istria y Eslavonia, así como parte de Croacia y el Banato húngaro. Pero, en contrapartida, podría asegurarse largos siglos de paz en el sur. Esta federación aseguraría una paz tan duradera que los estados opuestos a ella acabarían viendo con buenos ojos hacer un sacrificio pasajero para acelerar su realización. Y a sus integrantes les ofrecería una solución igualmente duradera a conflictos seculares, así como la posibilidad de formar parte integrante de una nueva potencia mundial. Cada país miembro tendría un gobierno absolutamente autónomo e independiente ya que solo se exigiría unidad para los asuntos referentes al bien común. Y no sería nada descabellado afirmar que las propias Turquía y Grecia, al ver las muchas ventajas —entre ellas una mayor seguridad— que se seguirían de dicho pacto, sin que su individualidad sufriera la menor merma o agresión, acabarán, tarde o temprano, solicitando formar parte de dicha federación. Este asunto está ya tan avanzado que, dentro de un mes, los gobernantes de los distintos estados implicados celebraremos una reunión secreta e informal. No cabe duda de que con tal motivo se estudiará un proyecto más amplio y una acción acorde con el mismo. Todos los que habitamos en esta zona —y fuera de ella— seguiremos viviendo tiempos de inquietud hasta que este asunto no haya quedado definitivamente resuelto. En cualquier caso, hasta que no llegue ese momento las fábricas de material bélico proseguirán su actividad al cien.

DIARIO DE RUPERT - CONTINUACIÓN

6 de marzo de 1908

Respiro más tranquilo. La reunión ya ha tenido lugar aquí, en Vissarion. El motivo alegado de la reunión: una partida de caza en las Montañas Azules. Un motivo de índole informal. No ha asistido ningún canciller ni secretario de Estado ni diplomático. Solo los máximos mandatarios. Después de todo, se trataba de una auténtica partida de caza. Buenos cazadores, gran cantidad de venado, un montón de ojeadores, todo organizado debidamente, y un número enorme de piezas capturadas. Creo que todos lo hemos pasado bastante bien en el apartado deportivo, y, como lo que se pretendía en el apartado político era la unanimidad absoluta de intenciones y objetivos, no podía haber ningún motivo para la queja.

Así pues, todo está decidido. Y todo en plan pacífico. No existe el menor indicio de guerra, revuelta o de algún objetivo discrepante. Por el momento —durante un año más—, todos vamos a seguir como estamos ahora, persiguiendo nuestras metas individuales. Pero todos vamos a velar para que en cada una de nuestras naciones reine el orden. Todo lo que se suponga que es eficaz seguirá manteniéndose tal y como está, y se hará un esfuerzo especial para que se perfeccionen aquellas cosas que aún dejan que desear. Todo esto tiene una simple función de protección y defensa. Creo que nos comprendemos bastante bien los unos a los otros. Y, si algún extranjero bravucón se atreve a interferir en nuestras actividades domésticas, todos nos uniremos como un solo hombre para que se mantengan las cosas tal y como nosotros deseamos. Estaremos preparados. La máxima de Alfred sobre la Paz se verá de nuevo ejemplificada. Entre tanto, los obreros de nuestras fábricas harán horas extraordinarias, y la producción tendrá como objetivo el bien general de nuestra nueva comunidad —el reparto de los costes se dirimirá posteriormente de manera amigable—. Es difícil que surja alguna discrepancia en este aspecto, pues los demás serán consumidores de nuestros productos excedentes. Nosotros, en nuestra calidad de productores, produciremos primero para nosotros mismos, y luego para el mercado restringido de los países que estén dentro del anillo. Como nos proponemos preservar nuestras fronteras —por mar y tierra—, cosa de la que somos perfectamente capaces, los bienes quedarán almacenados en las Montañas Azules hasta que sean solicitados —si llega a darse el caso— para participar en los mercados internacionales, y especialmente en el mercado europeo. Si todo va bien, y los mercados se muestran inactivos, los bienes se entregarán debidamente a los compradores, tal y como se haya estipulado.

Hasta aquí el aspecto puramente mercantil.

DIARIO DE LA VAIVODINA JANET MACKELPIE

21 de mayo de 1908

Así como Rupert abandonó su diario tras ser coronado rey, yo también detecto en mí cierta tendencia a dejar en manos de los demás la tarea de escribir. Pero hay una cosa que no quiero dejar a los demás: el pequeño Rupert. El bebé de Rupert y Teuta es demasiado precioso para que se hable de él en términos que no sean de amor, independientemente de que en su día sea también coronado rey. Así, he prometido a Teuta que, escríbase lo que se escriba en esta pequeña crónica del primer rey de la dinastía Sent Leger acerca de su alteza real el príncipe heredero, sus autoras serán solo o ella o yo. Teuta ha delegado en mí este cometido.

Nuestro querido pequeño príncipe llegó puntualmente y en perfecto estado. Los ángeles que lo trajeron lo cuidaron con el mayor mimo, y antes de dejarlo lo colmaron de todos los dones. Es un verdadero encanto. Se parece a su padre y su madre, con lo que ya está dicho todo. Mi opinión personal es que es un rey nato: no conoce el miedo y tiene mayor consideración hacia los demás que hacía sí mismo. ¿Acaso no es este el rasgo que mejor define a un rey?

Teuta ha leído esto. Con un dedo levantado a modo de advertencia, me ha dicho:

—Tía Janet querida, eso es cierto. Es un encanto, y un rey y un ángel. Pero no debemos escribir todavía demasiadas cosas sobre él. Este libro ha de versar sobre Rupert. Así que nuestro pequeñín se quedará por ahora en lo que se llama un corolario. —Y así es.

Quiero precisar que lo del libro ha sido idea de Teuta. Antes de la llegada del pequeño Rupert, Teuta se portó maravillosamente, haciendo solo lo que debía hacer en tales circunstancias. Como vi que le convenía tener alguna ocupación relajante que la mantuviera distraída, pero sin cansarla, eché un vistazo (con el debido permiso del interesado, por supuesto) a todas las antiguas cartas y diarios de Rupert, así como a otros periódicos e informes — todo lo que yo había guardado mientras él se hallaba en sus expediciones aventureras—, al principio temí que todo este material pudiera hacerle algún daño a Teuta, pues a veces se emocionaba demasiado por algunas cosas. Pero también aquí se impuso su maravilloso autodomínio. Creo que el argumento más consolador que empleé con ella fue recordarle que nuestro querido zagalote había superado felizmente todos los peligros y que lo teníamos más fuerte y noble que nunca.

Después de leer juntas todo el material varias veces —que para mí era también prácticamente nuevo, por lo que me emocioné casi tanto como ella, si bien yo lo conocía desde hacía mucho más tiempo—, llegamos a la conclusión de que en este volumen se debía hacer una selección del mismo. Como en la biografía de Rupert hay suficiente materia para llenar un montón de volúmenes, tenemos el ambicioso proyecto literario de publicar un día en

édition de luxe todas sus obras completas. Será un raro espécimen entre las numerosas obras escritas sobre reyes; pero esta versará enteramente sobre su persona, para que en el futuro sirva de referencia principal para ulteriores biografías.

Poco a poco llegamos a una fase en la que fue necesario hacerle algunas preguntas. Él mostró tanto interés por la obra de Teuta —él mismo se halla «encuadernado» a su bella esposa, cosa que no debería extrañar a nadie— que tuvimos que hablarle de nuestro proyecto. Prometió ayudarnos todo lo posible poniendo a nuestra disposición lo que anotara a partir de ahora en su diario, así como las cartas y papeles personales que guardaba con él. Dijo que ponía una sola condición —transcribo sus propias palabras—: «Como vosotras dos vais a ser mis queridas editoras, debéis prometerme transcribir cuanto os entregue sin modificar una sola coma ni tilde. No quiero ninguna floritura ni que se suavice algún rasgo alocado o egoísta mío por afecto a mi persona. Todo lo he escrito con la mayor sinceridad, y si he cometido errores, estos no deben ocultarse. Para que sea una historia fidedigna, hay que contar la verdad desnuda, sin retoques de ningún tipo, aun cuando quedáramos en evidencia alguno de nosotros tres».

Cosa que le prometimos.

También dijo que, como sir Edward Bingham Trent, barón —ha sido nombrado recientemente—, tendría seguramente algunos documentos que nos interesaría conocer, le escribiría lo antes posible pidiéndole que nos los mandara. Asimismo dijo que Mr. Ernest Roger Halbard Melton, de Humcroft, Salop (siempre da este nombre y dirección completos, que es su manera de mostrar desprecio), tendría sin duda también algún material de importancia, y que mandaría enseguida que le escribieran con el mismo fin. El canciller le escribió con un estilo lo más grandilocuente posible. Mr. E. R. H. Melton, de H., S., le contestó a vuelta de correo. Su carta es un documento que habla por sí solo:

HUMCROFT, SALOP

30 de mayo de 1908

Querido primo rey Rupert:

Me honra la solicitud cursada en tu nombre por el lord gran canciller de tu reino para que colabore literariamente en el volumen que mí prima, la reina Teuta, está compilando ayudada por tu antigua gobernanta, Miss MacKelpie. Lo haré gustosamente, pues me parece lógico y natural tu deseo de incluir en esa obra algún informe contemporáneo realizado por el jefe de la familia de los Melton, con la que tú estás emparentado, si bien solo por línea materna. Es una ambición perfectamente legítima, incluso por parte de un rey bárbaro —o

tal vez solo semibárbaro—, y nada más lejos de mí, jefe de la familia, que negarte dicho privilegio. Tal vez sepas que ya soy jefe de la familia; mi padre murió hace tres días. Yo ofrecí a mi madre disponer de la casa familiar, cuyo usufructo le corresponde de hecho en virtud de su contrato matrimonial. Pero ha preferido irse a vivir a su patria chica, Carfax, en Kent.

Ha marchado esta mañana después del funeral. Para que puedas utilizar mi manuscrito pongo solo una condición, que espero sea estrictamente observada. Y es que todo lo que yo escriba se ponga en el libro in extenso. No quiero que ningún informe mío sea manipulado para servir a otros fines que los declarados, ni que se escamotee cuanto pudiera redundar en mayor honor mío o de mi casa. Supongo, estimado Rupert, que no se te hurta el hecho de que los compiladores de historias familiares, a menudo, movidos por celos, alteran la materia que se les confía para servir a sus propios fines o dar pábulo a su propia vanidad. Creo conveniente hacerte saber que he mandado a Peter y Galpin, los famosos libreros jurídicos, hacer una copia certificada para que yo pueda verificar si se han observado debidamente mis instrucciones. He mandado asimismo empaquetar con sumo cuidado dicho libro, que es naturalmente valiosísimo, y expedirlo a sir Edward Bingham Trent, barón (ya lo es: que Dios le salve el título), abogado que conoces. Te ruego le pidas que me lo devuelva, y en estado perfecto. Él no debe publicar en este libro nada sobre él; los tipos de su clase tienden a publicitar el hecho de que alguien distinguido ha reparado en ellos. Yo llevaría el manuscrito en persona y pasaría una temporada contigo para divertirme un poco; lo que ocurre es que tu gente —o súbditos, me parece que los llamáis— es tan bravucona que es difícil que un gentilhomme de pro se sienta a salvo entre ella. Yo nunca he conocido a nadie que sepa apreciar peor una broma que esos individuos. Por cierto, ¿cómo está Teuta? Es una de ellos. He oído hablar del asunto de la incubación. Supongo que el crío estará bien. Y ahora... una cosa solo entre nosotros dos, de la que espero no presumas demasiado, viejo zorro. Estaría dispuesto a ser el padrino. Tú piénsatelo. Por supuesto, siempre y cuando el otro padrino y madrina estén a la altura; no me apetece poner a la altura a nadie. ¿Lo has pillado? Un beso a Teuta y al crío de mi parte. Más adelante debes enviármelo aquí, cuando esté presentable y haya aprendido a no dar la lata. Le vendrá bien conocer una casa inglesa realmente de primera clase como Humcroft. Para una persona acostumbrada a una vida ruda y austera, dicha estancia constituiría todo un hito difícilmente olvidable durante el resto de su vida. Te volveré a escribir pronto. No dudes en pedirme cualquier favor que esté en mis manos otorgarte. Hasta pronto.

Recibe un abrazo de tu primo,

ERNEST ROGER HALBARD MELTON

Extracto de la carta enviada por E. Bingham Trent a la reina Teuta de las

Montañas Azules.

... Así pues, creí que la mejor manera de servir a ese lamentable bellaco sería tomarle la palabra y editar su contribución literaria en toda su extensión. He mandado hacer una copia certificada de este «Informe», como él lo llama, para evitar ulteriores problemas. Le envíó el libro propiamente tal, pues temo que, si no ve lo que él ha escrito de su propio puño y letra, no pueda creer que él, o cualquier otra persona, haya podido escribir en serio un documento tan comprometedor e incriminatorio. Estoy seguro de que debe de haber olvidado lo escrito, pues ni la persona más obtusa podría publicar semejante cosa en posesión de su sano juicio... Semejantes calañas contienen en sí su propia venganza. En este caso, los ejecutores de la venganza son sus ipsissima verba.

DIARIO DE RUPERT - CONTINUACIÓN

1 de febrero de 1909

Todo va ahora viento en popa. Cuando el zar de Rusia, a quien los eslavos (como era lógico) habían pedido que hiciera de árbitro del «Tratado balcánico», se negó a satisfacer dicha petición alegando que él era, por inferencia, parte interesada, los gobernantes balcánicos acordamos unánimemente solicitar el arbitraje del rey occidental, como quiera que todos los interesados teníamos confianza en su sabiduría, amén de en su justicia. Él accedió gustosamente a esta solicitud. El asunto lleva ahora más de seis meses en sus manos, período durante el cual no ha dejado de preocuparse por obtener cumplida información. Ahora nos ha informado a través de su canciller que su decisión está casi lista, y que nos será comunicada en breve plazo.

La semana próxima tendremos otra partida de caza en Vissarion. Teuta está deseando que llegue ese momento, en el que piensa hacer la presentación del pequeño ante nuestros hermanos balcánicos (espera que estos refrenden su maravillosa opinión sobre el niño).

DIARIO DE RUPERT - CONTINUACIÓN

15 de abril de 1909

La decisión del árbitro nos la ha comunicado el canciller del rey occidental, quien la ha traído personalmente como muestra de especial amistad. Decisión que recibió la entusiástica aprobación de todos. El primer ministro se quedó con nosotros todo el tiempo que duró la partida de caza, que fue una de las ocasiones más alegres que jamás he vivido. Todos estamos de buen humor, pues el futuro de las razas balcánicas está ya garantizado. Ha tocado a su fin un conflicto milenario —interno y externo—, y miramos con optimismo a los tiempos que se nos avecinan. El canciller trajo mensajes de buena voluntad y amistad para todos. Y cuando, en mí calidad de portavoz de la confederación, yo le pregunté si podíamos transmitirle la petición de que

nos hiciera el honor de asistir a la ceremonia protocolaria del pacto balcánico, él contestó diciendo que el rey le había autorizado a decir que vendría con mucho gusto, si tal era nuestro deseo; y que, si venía, lo haría escoltado por una flota. El canciller también me dijo personalmente que era posible conseguir que otras nacionalidades estuvieran también representadas en tan señalada fecha por sus respectivos embajadores o inclusive por sus respectivas flotas, en caso de que los monarcas no pudieran asistir ellos mismos. Me dio a entender que ello tendría más posibilidades de producirse si yo me encargaba de ese asunto personalmente (sin duda daba por sentado que, aunque yo no era sino uno más ínter pares, me escogía a mí para hacer sus confidencias al ser yo extranjero de origen). Según íbamos hablando, lo noté cada vez más entusiasmado, y al final dijo que, como el rey había decidido jugar un papel primordial, a buen seguro que todas las naciones de la tierra que eran aliadas suyas participarían también con agrado en la ceremonia. Así pues, es más que posible que esta se convierta en un acontecimiento internacional único en su género. A Teuta le encantará, y yo haré cuanto esté en mi mano para que todo salga bien.

DIARIO DE JANET MACKELPIE

1 de junio de 1909

Nuestra querida Teuta no piensa más que en la próxima fiesta de la Federación Balcánica, que va a tener lugar de aquí a un mes exactamente; sin embargo, esta ha cobrado tales dimensiones que estoy empezando a sentir un vago temor. Hay algo que me resulta un poco extraño. Rupert trabaja sin cesar —ya lleva bastante tiempo así—. Durante las semanas pasadas parece haber estado día y noche en su aeroplano, recorriendo el país de punta a punta para que se realicen a la perfección todos los actos programados. Tío Colin anda también últimamente de un lado para otro, al igual que el almirante Rooke. Por su parte, Teuta ha vuelto a volar en compañía de Rupert. Esta muchacha no sabe lo que es el miedo, al igual que él. Y los dos parecen preocupados porque el pequeño Rupert les vaya a salir igual en esto. Y, a decir verdad, ya les ha salido igual en esto. Hace unos días, Rupert y Teuta se estaban preparando al amanecer para despegar desde lo alto del castillo; el pequeño Rupert estaba también allí —siempre se despierta temprano y es más vivo que un gorrión—. Yo lo tenía en brazos, y cuando su madre se inclinó para darle el beso de despedida, él le alargó sus bracitos como diciendo: «Llevadme con vosotros». Ella lanzó una mirada suplicante a Rupert, el cual le contestó con estas palabras:

—De acuerdo. Llévalo contigo, querida. Algún día tendrá que aprender; así que, cuanto antes mejor. —El bebé, mirando nerviosa y alternativamente a cada uno de sus padres con esos ojos interrogadores con que miran a veces los gatitos o los muñecos, pero, en su caso, dotados de inteligencia, vio que iba

también y casi saltó a los brazos de su madre. Creo que en cierto modo ella había contado con esa eventualidad, pues cogió un pequeño traje de cuero de manos de Margareta, la niñera, y, rebosante de orgullo, empezó a ponérselo. Cuando Teuta, con el niño en brazos, subió al aeroplano y ocupó su plaza en el centro detrás de Rupert, la joven guardia del príncipe irrumpió en vítores; Rupert accionó las palancas de mando, y el aeroplano salió volando en medio de la aurora.

La guardia del príncipe la fundaron los propios montañeses el día de su nacimiento. Se escogió a diez jóvenes entre los más altos, fuertes e inteligentes de la nación, los cuales, en una ceremonia realmente impresionante, prestaron juramento de vigilar al joven príncipe. Están organizados de tal manera que, por regla general, al menos dos de ellos lo mantienen permanentemente vigilado. Todos prometieron verter hasta la última gota de su sangre para evitar que le pudiera ocurrir el menor daño. Por supuesto, Teuta entendía bien aquello, al igual que Rupert. Por cierto, estos jóvenes son las personas más privilegiadas de todo el castillo. Son unos chicos estupendos, todos y cada uno de ellos, y todos les profesamos gran cariño y respeto. Ellos idolatran simplemente al niño.

Desde aquella mañana, el pequeño Rupert ha volado siempre en brazos de su madre, menos cuando le toca dormir. Creo que en cualquier otro lugar del planeta las altas instancias del estado habrían cursado una queja a la familia real por encontrarse tan a menudo —todos sus componentes y a la vez— en una situación tan peligrosa; pero en las Montañas Azules el peligro y el miedo son cosas que apenas se conocen —en realidad, en su lengua prácticamente no figuran tampoco—. Yo pienso también que el niño se lo pasa volando incluso mejor que sus padres. Parece un pajarillo que hubiera descubierto el uso de las alas. ¡Que Dios lo bendiga!

Me parece que debería estudiar un poco las reglas del protocolo. Hay tantas nacionalidades que han anunciado su asistencia a la ceremonia del «pacto balcánico», y van a venir tantos reyes y princesas y personalidades de todo tipo que debemos esforzarnos al máximo para que no se cometa ningún error. Solo la prensa volvería ya loco a cualquiera. Rupert y Teuta vienen a charlar conmigo algunas noches cuando todos estamos cansados de trabajar. Rupert dice que habrá más de quinientos reporteros, y que las solicitudes de acreditación se están sucediendo tan rápidamente que podrían ascender hasta mil antes de que llegue el día señalado. Anoche, en plena conversación, exclamó de repente:

—¡Queridas mías, tengo una idea! Figuraos a mil periodistas deseando adelantarse a los demás, e invocando a las potestades del cielo y del infierno para poder conseguir una información en exclusiva. El único hombre capacitado para ocuparse de este departamento es Rooke. Él sabe tratar a los

hombres y, como ya tenemos una amplia plantilla para ocuparse de los periodistas invitados, él es el más indicado para ponerse al mando de esta y nombrar diputados que actúen en su lugar. El mantenimiento del orden requerirá una mano a la vez firme y experta, y Rooke es el hombre más indicado para ese cometido.

Todos estábamos preocupados por un asunto que suele tener particular importancia para una mujer: ¿Qué vestido iba a llevar Teuta? En los días antiguos, los reyes y las reinas llevaban vestimentas suntuosas e impresionantes; pero, con el paso de los siglos, estas se fueron carcomiendo, y, como no había revistas ilustradas en aquellos tiempos primitivos, no disponíamos de ningún patrón. Teuta estaba hablando conmigo animadamente, con su bello ceño arrugado, cuando Rupert, que estaba leyendo no sé qué mamotreto, levantó los ojos y dijo:

—Por supuesto, cariño, que llevarás el sudario.

—¡Estupenda idea! —exclamó ella, dando palmas como una niña satisfecha—. Eso es. Además, es una idea que le gustará mucho a nuestro pueblo.

He de confesar que por unos momentos me sentí muy preocupada. Aquello era una prueba terrible para el amor y la devoción de una mujer. Llevar semejante prenda para recibir a numerosos reyes y personalidades de todo el mundo, todos los cuales irían ataviados por supuesto con sus mejores galas... Aquella prenda tan simple, sin el menor adorno... Manifesté estos pensamientos a Rupert, pues temía que Teuta pudiera sentir cierta decepción, que no se atreviera a expresar.

Pero, antes de que él pudiera articular un conato de respuesta, Teuta se le adelantó:

—¡Oh, gracias, querido! Me encantará llevar esa prenda; pero no me atrevía a comentártelo, Rupert querido, por miedo a que me creyeras arrogante y presumida, pues es una prenda de la que me siento muy orgullosa, al igual que nuestro pueblo.

—¡Qué tontería! —dijo Rupert con su habitual franqueza—. Es algo de lo que todos nosotros estamos muy orgullosos; la nación ya lo ha adoptado como emblema nacional: un símbolo de valor, entrega y patriotismo, que espero sea tenido siempre en gran estima por los hombres y mujeres de nuestra dinastía y de la nueva nación que está surgiendo.

Aquella misma noche se produjo un hecho curioso que puso claramente de manifiesto cuál era el sentir de la nación al respecto. Una «Diputación del Pueblo» de montañeses, sin ninguna notificación ni presentación oficial, se presentó después en el castillo, acogiéndose a la «proclamación de libertad» de

Rupert, por la que todos los ciudadanos están capacitados para enviar una diputación al rey, a discreción y en privado, sobre cualquier asunto que revista una especial importancia para la nación. Esta diputación constaba de diecisiete hombres, cada uno de ellos escogido de entre una circunscripción política, de manera que aquel pequeño grupo representaba a toda la nación. Representaban a todos los escalafones sociales y económicos, pero ante todo y principalmente representaban «al pueblo». Empezaron a hablar tartamudeando un poco —posiblemente intimidados por la presencia de Teuta, o tal vez por la mía propia—, pero con absoluta seriedad. No traían más que una petición: que en aquella gran celebración de la federación balcánica la reina llevara como traje oficial el sudario, prenda que tanto gustaba al pueblo. El portavoz de la delegación, dirigiéndose a la reina, dijo con voz a la vez elocuente y entrecortada:

—Alteza: es un asunto sobre el que las mujeres tienen mucho que decir. Por eso las hemos consultado antes de venir. Ellas han debatido acerca del asunto primero entre ellas solas y luego con nosotros, y han coincidido plenamente en que sería bueno para la nación y sus mujeres que llevarais esta prenda. Vos les habéis mostrado, a ellas y al mundo entero, lo que deben hacer las mujeres —lo que son capaces de hacer—, y, como muestra de admiración hacia vuestro gran acto, desearían convertir el sudario en un motivo de orgullo y honra para todas las mujeres que se precian de pertenecer a este país, así como en una prenda que llevasen solo aquellas mujeres que se hubieran hecho acreedoras de tal honor. Pero ellas esperan, y todos esperamos con ellas, que en esta gran ocasión en que nuestra nación va a mostrarse a los ojos de todo el mundo, todas las mujeres puedan llevarlo ese día para mostrar abiertamente su voluntad de cumplir su deber, inclusive en la muerte. Y así —aquí se volvió hacia el rey—, Rupert, confiamos en que Su Alteza la Reina Teuta entienda que, al actuar como las mujeres de las Montañas Azules quieren que actúe, se ganará como reina la misma devoción y lealtad que se ganó como vaivodina. De aquí en adelante, y para siempre, el sudario será el vestido de honor de nuestro país.

Teuta parecía rebotante de amor, orgullo y devoción. Las estrellas de sus ojos brillaron como fuego blanco cuando les aseguró que accedía a su petición. Luego concluyó así su pequeño discurso:

—Yo temía que, si satisfacía mi deseo personal, ese gesto pudiera parecer arrogante; pero Rupert ha expresado el mismo deseo, y ahora me siento ya libre para lucir ese vestido que me llevó hasta vuestros corazones y hasta el de Rupert —aquí le dirigió una sonrisa mientras le cogía una mano—, fortalecida además por vuestros deseos y por la orden de mi señor el rey.

Rupert la cogió en sus brazos y la besó tiernamente en presencia de todos.

—Hermanos míos —exclamó—, decid a vuestras esposas, y al resto de las

mujeres de las Montañas Azules, que esta es la respuesta del marido que ama y honra a su esposa. Todo el mundo verá en la ceremonia de la Federación de Balka que los hombres amamos y honramos a las mujeres que son leales y están dispuestas a morir por el deber. Y os digo, hombres de las Montañas Azules, que dentro de poco tiempo daremos forma visible a esa gran idea y la convertiremos en una institución permanente; la Orden del Sudario será el galardón más alto para cualquier mujer de este país que posea un corazón noble.

Teuta desapareció unos momentos, y volvió con el príncipe heredero en sus brazos. Todos los presentes le pidieron permiso para besarlo, cosa que fueron haciendo arrodillados.

LA FEDERACIÓN DE BALKA

Por el corresponsal de «Free America»

Los editores de Free America hemos juzgado oportuno ordenar por orden cronológico los distintos informes y descripciones de nuestros reporteros, de los que hemos enviado un número no inferior a ocho. No se ha omitido ninguna palabra escrita por ellos, si bien se han dispuesto las distintas partes de sus reportajes en un orden distinto con el fin de que, sin haberse dejado fuera ningún dato por ellos registrado, el lector pueda seguir el desarrollo de la celebración desde los distintos puntos de vista de los redactores estratégicamente situados en cada momento. En tan magna concentración de periodistas —asistieron más de un millar—, no era posible que todos estuvieran presentes al mismo tiempo en los lugares más representativos; así, tras realizar diversas consultas, nuestros hombres decidieron dispersarse con el fin de cubrir todo el acto desde distintos «puntos preferentes», selección que realizaron a tenor de sus aptitudes y experiencias personales. Uno se situó en lo alto de la torre blindada que marca la entrada a la Boca Azul; otro en el «barco-prensa» anclado junto al yate acorazado del rey Rupert, La Dama, en el que se reunieron los reyes y gobernantes de los estados balcánicos —todos los cuales se habían adherido a la Federación—; otro en el torpedero rápido, que tenía luz verde para moverse por los puntos del puerto que considerara más interesantes; otro en lo alto de la gran montaña que domina Plazac, desde el que se disfrutaba de una estupenda panorámica de todo el teatro de operaciones; otros dos en los fuertes situados a derecha e izquierda de la Boca Azul; otro en la entrada del Gran Túnel que enlaza el puerto con las montañas del altiplano, donde se encuentran las minas y fábricas; otro en la privilegiada atalaya de un aeroplano, que sobrevolaba el escenario de la celebración y lo divisaba todo, Este aeroplano iba pilotado por un antiguo reportero de Free America, otrora miembro de nuestro escuadrón especial en las Guerras Rusa y Japonesa, contratado para la ocasión por la Official Gazette de la Montaña Azul.

PLAZAC, 30 de junio de 1909

Dos días antes de la fecha señalada para la ceremonia, empezaron a acudir los invitados por el país de las Montañas Azules. Los más tempraneros fueron en su mayor parte periodistas, venidos de casi todas las partes del mundo habitado. El rey Rupert, que gusta de hacer las cosas bien, había mandado construir un campamento exclusivamente para ellos. Cada uno disponía de una tienda —por supuesto, una tienda pequeña, pues había más de mil periodistas—; pero había asimismo tiendas más grandes de uso colectivo repartidas por todo el lugar: refectorios, salas de lectura, una biblioteca, salones recreativos y de descanso, etc. En las salas para leer y escribir se podían encontrar ejemplares recientes de los principales periódicos de todo el mundo, actas parlamentarias, guías, directorios y cualquier herramienta de trabajo que pudiera servir para semejante ocasión. Para este servicio se había creado un cuerpo especial compuesto por varios cientos de criados, cada uno de los cuales lucía en su respectivo uniforme un número de identificación personal (realmente, el rey Rupert «nos trató a cuerpo de rey», por emplear una frase popular particularmente expresiva).

Había también otros campamentos con servicios especiales, todos ellos bien trazados y con numerosos medios de transporte. Cada monarca de la Federación tenía su campamento propio, en cada uno de los cuales se había levantado un magnífico pabellón. Para el rey occidental, que había aceptado desempeñar el papel de árbitro en los actos de la nueva Federación, el rey Rupert había mandado construir un auténtico palacio: una especie de palacio de Aladino, pues solo unas semanas antes el lugar sobre el que se elevaba había sido, según me dijeron, un terreno descampado. El rey Rupert y su reina Teuta tenían un pabellón como el resto de los federados de Balka, si bien bastante más modesto, tanto en tamaño como en ornamentación.

Por doquier se veía guardias de las Montañas Azules, armados solo con el «puñal», que es el arma nacional. Iban ataviados con el traje nacional, pero con colores y guarnición tales que el aire general era de uniformidad dentro de la variedad. Debía de haber al menos unos setenta u ochenta mil guardias.

El primer día lo dedicaron los invitados a ponerse al corriente de todos los detalles. Durante el segundo día fueron llegando las comitivas de los grandes federados. Algunas de estas comitivas eran enormes. Por ejemplo, el sultán (aunque había sido el último en federarse) envió más de mil hombres de distintas armas; ofrecían un espectáculo realmente digno de contemplarse, pues eran muy apuestos y sumamente diestros. Viéndolos contonearse, individualmente o en formación, con sus chaquetones alegres, sus bombachos y sus cascos coronados por la media luna dorada, parecían un enemigo formidable. Landreck Martin, el famoso veterano periodista, me dijo lo siguiente, mientras los veíamos pasar por delante:

—Hoy asistimos a un hito en la historia de la Montaña Azul. Es la primera vez después de mil años que un cuerpo tan grande de turcos entra en las Montañas Azules con fundadas esperanzas de volver a salir con vida.

1 de julio de 1909

Hoy, el día señalado para la ceremonia, ha hecho un tiempo particularmente espléndido, inclusive para las Montañas Azules, donde en esta época del año hace casi siempre un tiempo espléndido. Los habitantes de las Montañas Azules son bastante madrugadores, pero hoy se pudo ver movimiento ya incluso antes de amanecer. Por doquier se podían oír toques de clarín; según me dicen, todo se mueve aquí a toque de algún instrumento musical (trompeta, corneta o tambor, si es que se puede llamar instrumento musical a un tambor), o mediante luces, si es de noche. Los periodistas ya estábamos listos para la tarea; habían tenido la buena idea de servirnos café con tostadas y mantequilla en nuestras tiendas de dormir, mientras que en los pabellones-comedores se servía permanentemente un desayuno más elaborado. Primero vimos cómo estaba el panorama, y luego hubo una especie de pausa general para el desayuno, pausa que aprovechamos con mucho gusto para atacar la suntuosa —realmente memorable— comida que se nos sirvió.

La ceremonia estaba programada para mediodía, pero a las diez en punto todo el mundo estaba ya listo para ocupar el sitio asignado para la gran ceremonia. Conforme se acercaba el mediodía, la expectación iba ganando en intensidad. Uno a uno, los distintos signatarios de la Federación empezaron a confluír. Todos llegaron por mar; quienes tenían mar en su país venían rodeados de sus respectivas flotas, y quienes no tenían flota propia venían escoltados por al menos uno de los acorazados de las Montañas Azules (incidentalmente, yo me atrevería a afirmar que jamás he visto en mi vida una flota tan peligrosa como la compuesta por estos pequeños barcos de guerra del rey Rupert de las Montañas Azules). Conforme hacían su entrada en la Boca Azul, las embarcaciones iban ocupando su lugar de amarre preestablecido, pero los que transportaban a los signatarios, que formaban un grupo aparte, anclaron en una pequeña bahía casi completamente rodeada de elevados acantilados y situada en la parte más alejada de este imponente puerto. El yate acorazado del rey Rupert permaneció todo el tiempo pegado a la costa, junto a la boca del gran túnel que enlaza la zona portuaria con un vasto altiplano en medio de montañas, construido en parte con roca natural y en parte con colosales bloques de piedra (desde aquí, me han dicho, bajan los productos del país con dirección a la moderna población de Plazac). En el momento en que el reloj estaba dando las once y media, el yate se deslizó suavemente hacia la zona amplia de la «Boca». Detrás venían doce grandes barcas engalanadas con las insignias reales y con los colores respectivos de las naciones signatarias. Abordo de estas venían, acompañados de sus propios cuerpos de

guardia, los distintos mandatarios, que acto seguido fueron conducidos hasta el yate de Rupert: este iba en el puente y su séquito en la cubierta baja.

Entretanto, todas las flotas habían ido asomando por el horizonte meridional (estaba claro que cada nación había enviado lo más granado de su marina al bautismo de «Balka»). En este orden maravilloso, que recordaba el de los escuadrones de barcos de combate, aquel inmenso tropel marítimo fue haciendo su entrada en la Boca Azul y amarrando por grupos sucesivos. La única flota que faltaba aún por entrar era la del rey occidental. Pero aún quedaba tiempo. Poco después, mientras los allí congregados empezaban a consultar sus relojes, una larga hilera de embarcaciones asomaba por el septentrión procedente de la costa italiana. Avanzaban a gran velocidad —a unos veinte nudos—. Era un espectáculo realmente maravilloso: cincuenta de los mejores barcos del mundo, la hornada más reciente de los distintos tipos de embarcación (acorazados, cruceros y destructores). Venían formando una cuña cuyo vértice lo constituía el yate acorazado del rey, que enarbolaba el estandarte real. Cada embarcación lucía una insignia roja larguísima, que se extendía desde el tope hasta el agua. Desde la torre acorazada de la vía fluvial se divisaban miríadas de cabezas —estrellas blancas en tierra y mar—, pues el gran puerto estaba ahora rebosante de barcos, y estos a su vez rebosantes de hombres.

De repente, sin ninguna causa aparente, se eclipsaron aquellas miríadas de puntitos blancos: todas las cabezas se habían girado y estaban mirando al otro lado. Yo eché un vistazo general a toda la bahía, y luego dirigí los ojos hacia la parte alta de la montaña que la amparaba, una montaña descomunal cuyas cimas, que parecían otras tantas montañas, se proyectaban sobre el mismo cielo. A lo lejos, en el punto más elevado, el estandarte de las Montañas Azules se estaba izando sobre un mástil ciclópeo que parecía un eje de luz. Debía medir unos doscientos pies de altura, estaba pintado de blanco y, como desde aquella distancia los puntales de acero resultaban invisibles, dominaba en solitaria grandeza. A sus pies se había congregado una masa oscura detrás de un espacio blanco, que no pude distinguir hasta utilizar los prismáticos.

Luego supe que era el rey Rupert y la reina rodeados de un grupo de montañeses. Se hallaban en la estación aérea situada detrás de la plataforma del aeroplano, que parecía brillar —brillar, no relucir— como si estuviera recubierta de láminas de oro.

De nuevo los rostros miraron hacia el oeste. El escuadrón occidental estaba aproximándose a la entrada de la Boca Azul. Sobre el puente del yate acorazado se hallaba el rey occidental con uniforme de almirante, y junto a él su reina con traje de púrpura real, maravillosamente bordado en oro. Otra mirada a lo alto de la montaña me reveló que esta parecía haber cobrado vida: un parque de artillería al completo había surgido de repente, rodeado de

hombres listos para entrar en acción. Entre el grupo de los que se hallaban al pie del mástil de la bandera distinguí al rey Rupert (su enorme altura y corpulencia destacaban sobre los demás); junto a él se divisaba una mancha blanca, que me dijeron era la reina Teuta, por quien los montañeses azules profesan un afecto fuera de lo común.

En este momento, el yate acorazado, que transportaba a todos los signatarios de «Balka» (salvo al rey Rupert), se puso en movimiento en dirección de la entrada, donde luego permaneció inmóvil y en silencio esperando la llegada del árbitro real, cuyo escuadrón fue reduciendo paulatinamente velocidad hasta moverse apenas en medio de las aguas agitadas por sus motores de regreso.

Cuando la bandera que ondeaba en la proa del yate acorazado quedó casi frente al fuerte blindado, el rey occidental esgrimió un rollo de vitela que le había entregado uno de sus oficiales. Los espectadores contuvimos la respiración, pues en aquel instante vimos una escena que difícilmente podremos volver a presenciar en nuestra vida.

Al levantar su mano el rey occidental, se oyó un cañonazo en lo alto de la montaña donde se elevaba el magnífico mástil con la bandera de las Montañas Azules. Luego retumbaron las salvas de los cañones, brillantes resplandores y detonaciones que reverberaron por las laderas en interminable secuencia. A la primera salva, mediante alguna artimaña señalizadora, la bandera de la «Balka». Federada ondeó en lo alto del mástil, que había sido misteriosamente realzado, y se superpuso a la de las Montañas Azules.

En aquel mismo momento se abatieron las figuras de Rupert y Teuta: estaban ocupando sus asientos en el aeroplano. Un instante después, este, cual gigante pájaro de oro, se lanzó en los brazos del aire y luego, con la cabeza hacia abajo, se dejó caer describiendo un ángulo obtuso. Se podían divisar las figuras del rey y la reina desde la cintura para arriba —el rey con el vestido de las Montañas Azules, y la reina envuelta en su sudario blanco, con su bebé en brazos—. Cuando sobrevoló la Boca Azul, la cola del gran aparato alado se levantó y el aeroplano cayó en picado hasta que se halló a solo unos cien pies del agua. Luego la cola fue bajando, pero a una velocidad cada vez menor. El rey y la reina estaban sentados ahora juntos sobre la pequeña plataforma de pilotaje, que parecía haberse bajado; ella iba sentada detrás de su marido, a la manera de las matronas de las Montañas Azules. El amerizaje de aquel aeroplano fue el episodio más maravilloso de un día por lo demás enteramente maravilloso.

Tras permanecer flotando unos segundos, los motores empezaron a funcionar, mientras los aeroplanos volvían a la normalidad con asombrosa simultaneidad. Había un aeroplano dorado que buscaba su seguridad en el

movimiento planeador. Al mismo tiempo la plataforma de pilotaje fue elevándose, de manera que una vez más sus ocupantes no estaban debajo, sino encima del aeroplano. Desde el extremo más alejado de la Boca Azul en que se encontraban ahora, a solo unos cien pies sobre el nivel del mar, fueron volando en dirección del espacio libre que había entre las dos hileras de los barcos de guerra de las distintas nacionalidades, todos los cuales tenían 7a en este momento sus vergas trozadas —maniobra esta que se había iniciado con la primera salva lanzada desde la cima de la montaña—. Según pasaba el aeroplano, todos los marineros iban profiriendo vítores en honor de sus ocupantes; finalmente, el aeroplano se acercó tanto al barco del rey occidental que los dos reyes y las dos reinas pudieron saludarse mutuamente. El viento de levante que se había levantado transportaba el sonido hasta el fuerte acorazado, de manera que por momentos pudimos oír las aclamaciones de las distintas nacionalidades, entre las que destacaba por su entusiasmo el suave «Ban Zai» de los japoneses.

El rey Rupert, con las palancas de mando entre sus manos, parecía en su asiento un hombre de mármol. Tras él, su hermosa mujer, vestida con su sudario y sosteniendo en brazos al joven príncipe heredero, parecía igualmente una estatua.

El aeroplano, pilotado por la mano firme de Rupert, se deslizó suavemente sobre la cubierta de popa del yate acorazado del rey occidental, y el rey Rupert, saltando a cubierta, ayudó a levantarse a la reina Teuta con su niño en brazos. Ahora que el rey de la Montaña Azul se encontraba rodeado de otras personas, pudimos apreciar su enorme estatura: les sacaba literalmente la cabeza y los hombros a todas ellas.

Mientras los demás ocupantes iban bajando del aeroplano, el rey occidental y su reina empezaron a bajar las escaleras del puente. El anfitrión y la anfitriona, cogidos de la mano —según es tradición aquí—, se adelantaron a saludar a sus invitados. El encuentro fue emocionante por su sencillez. Los dos monarcas se estrecharon la mano, y sus respectivas consortes, perfectas personificaciones de la belleza del norte y del sur, se acercaron espontáneamente y se besaron. Acto seguido, la reina anfitriona, acercándose al rey occidental, se arrodilló ante él con esa graciosa reverencia característica de las anfitrionas de las Montañas Azules y le besó la mano. Sus palabras de bienvenida fueron las siguientes:

—Señor, sea bienvenido a las Montañas Azules. Os estamos muy agradecidos por todo lo que ha hecho por Baíka, y a ambos por habernos concedido el honor de su asistencia.

El rey pareció emocionado. Acostumbrado a los protocolos y formalismos de las grandes ceremonias, la emotiva sinceridad y la gentil humildad de esta

antigua costumbre oriental lo impresionó sobremanera, a él que reinaba sobre un gran país y muchas razas del lejano oriente. Impulsivamente, rompió con el ceremonial cortesano e hizo una cosa que, según me han dicho, le ha ganado para siempre un sitio privilegiado en los corazones de los montañeses azules. Cayendo de rodillas ame aquella hermosa reina envuelta en un sudario, le cogió la mano y la besó. Aquel acto fue visto por cuantos nos hallábamos en o alrededor de la Boca Azul, y en aquel momento se elevó al cielo una atronadora ola de aclamaciones cuyo volumen fue aumentando hasta alcanzar a las colinas más distantes e ir a apagarse en la lejana cima donde se erguía el majestuoso e imponente mástil que enarbolaba la bandera de la Federación Balcánica.

Confieso que nunca olvidaré aquella maravillosa escena de entusiasmo nacional, que quedará por siempre grabada en mi recuerdo: aquella cubierta immaculada, dechado de perfección en la marina mundial; los reyes de la nación más poderosa de la tierra recibidos por unos reyes recién coronados, unos reyes que se habían ganado el cetro por méritos propios, de manera que el antiguo súbdito de otro rey lo recibía ahora como a un rey-hermano en una celebración histórica, en la que una nueva potencia mundial veía la luz bajo su tutela. La rubia reina nórdica en brazos de la morena reina meridional con ojos estrellados. El esplendor sencillo del atuendo nórdico contrapuesto a la sencillez casi campesina del rey gigante del sur. Pero todo ello quedaba eclipsado —inclusive los mil años de la dinastía del rey occidental, la magnífica estatura de Rupert y la dignidad y delicadeza real de la otra reina— ante la sencillez elemental del sudario de Teuta. En medio de aquella enorme muchedumbre no había ni una sola persona que no hubiera oído algo de su maravillosa historia, y que no se sintiera feliz y orgulloso de que una mujer tan noble hubiera ganado un imperio por su valentía, a las puertas mismas de la muerte.

El yate acorazado, con el resto de los signatarios de la Federación Balcánica a bordo, se acercó a saludar al rey occidental, el árbitro de la ceremonia. Mientras, Rupert, abandonado su papel de anfitrión, se había unido al grupo para ocupar uno de los puestos de la última fila, desde donde, en este su nuevo papel, hizo una nueva reverencia junto con todos los demás.

En este momento se acercó otro barco de guerra, El Balka, que transportaba a los embajadores de las potencias extranjeras y a los cancilleres y altas personalidades de las naciones balcánicas. Le seguía una flota compuesta por los barcos de guerra de las respectivas potencias balcánicas. La gran flota occidental estaba ya anclada, y, a excepción de trozar las vergas, no participó de manera directa en la ceremonia.

Los monarcas balcánicos se acomodaron sobre la cubierta del barco recién llegado, y las personalidades de cada estado se colocaron protocolariamente

por detrás de sus respectivos monarcas. Los embajadores formaron un grupo propio destacado.

Al final venía el rey occidental, acompañado solamente de entrambas reinas y portando en su mano el rollo de vitela testimonio de su arbitraje, que se dispuso a leer tras haberse entregado una copia políglota del mismo a cada uno de los monarcas, embajadores y demás personalidades presentes.

Fue una larga declaración; pero la ocasión era tan solemne —tan intensa— que el tiempo pasó velozmente. Las aclamaciones cesaron al iniciarse su lectura (el silencio que se hizo fue realmente impresionante).

Concluida la lectura, Rupert levantó la mano, y un instante después se oyó una atronadora serie de salvas lanzadas no solo desde los barcos del puerto, sino al parecer también desde todas las laderas y cumbres.

Cuando se calmaron un poco los ensordecedores vítores que siguieron a las salvas, las personalidades de a bordo departieron entre sí y se hicieron las presentaciones de rigor. Luego las barcasas llevaron a toda la comitiva hasta el fuerte blindado situado a la entrada de la Boca Azul.

Frente a este se habían construido para la ocasión varias plataformas para el despegue de aeroplanos. Detrás de estas se había colocado una serie de tronos del rey y la reina occidentales, así como los de los altos mandatarios de «Balka» —como acabó llamándose la nueva y completa Federación Balcánica— tanto de jure como de facto; y, detrás aún, asientos para los respectivos séquitos. Todo el lugar refulgía con tonos carmesí y oro. Los periodistas acreditados estábamos expectantes —no había más que mirar la expresión del rostro de los presentes—, pues suponíamos que habría algún tipo de festejos, de cuyos particulares no estábamos al corriente. A lo sumo conocíamos algunos detalles aislados (hay una expectación especial en las cosas no programadas).

El aeroplano en el que habían llegado el rey y la reina de la montaña se posó ahora sobre la plataforma pilotado por un apuesto joven montañés, el cual saltó de la plataforma de pilotaje inmediatamente. El rey Rupert, tras acomodar a su reina (que seguía portando a su bebé) en su asiento, ocupó el suyo y accionó una palanca. El aeroplano avanzó y pareció caer de cabeza a las aguas del puerto. Sin embargo, fue un mero salto, como el que ejecuta un nadador experimentado desde un punto elevado para zambullirse en aguas poco profundas, pues el aeroplano describió al instante una curva ascendente y se dirigió a toda velocidad hacia el mástil. A pesar del viento, llegó hasta allí en un lapso de tiempo increíblemente corto. Acto seguido, otro aeroplano, de proporciones más grandes, se deslizó en dirección de la misma plataforma y recogió a un cuerpo de diez jóvenes altos y apuestos, que estaban esperando. El piloto accionó las palancas y el aeroplano siguió la pista del rey. El rey

occidental, que había reparado en estos jóvenes, preguntó al lord gran almirante, que se hallaba al mando del barco de guerra y estaba ahora justo detrás de él:

—¿Quiénes son esos hombres, almirante?

—La guardia del príncipe heredero, Majestad. La ha fundado el propio pueblo.

—Dígame, almirante: ¿tiene alguna misión especial?

—Sí, Majestad —fue la respuesta—: morir, si fuera necesario, por el joven príncipe.

—¡Ah, qué hermoso! Pero ¿qué ocurriría si muriera alguno de ellos?

—Si muriera alguno de ellos, Majestad, hay otros diez mil jóvenes esperando poder ocupar su plaza.

—¡Ah, qué maravilla! Ya es admirable que un hombre esté dispuesto a dar su vida por el deber. Pero ¡diez mil! Así es como se fraguan las naciones.

Cuando el rey Rupert alcanzó la plataforma junto al mástil, la bandera real de las Montañas Azules fue izada bajo este. Rupert se levantó y alzó la mano. En menos de un segundo retumbó un cañón junto a él; luego, más rápidos que el pensamiento, otros lanzaron su descarga en un relampagueo prolongado. Las detonaciones siguieron sin interrupción, pero con un sonido cada vez más apagado conforme la distancia y las colinas las iban atenuando. Pero en medio del silencio general que se había producido a nuestro alrededor notamos como si se fuera desplazando el sonido a lo largo de un círculo distante, hasta que al final la reverberación que se había desplazado hacia el norte volvió por el sur, hasta detenerse con el último cañón situado al sur del mástil.

—¿Qué era ese círculo maravilloso? —preguntó el rey al lord gran almirante.

—Eso, Majestad, es la línea fronteriza de las Montañas Azules. Rupert tiene dispuestos diez mil cañones en línea.

—¿Y quién los dispara? Supongo que debe de haber allí un ejército en pleno.

—Las mujeres, Majestad. Hoy están ellas de servicio en la frontera, para que los hombres puedan estar aquí.

En ese momento preciso, uno de los guardias del príncipe heredero se acercó al aeroplano del rey y dejó algo que se parecía a una pelota de goma sujeta por una cuerda. La reina dejó que lo cogiera el bebé que tenía en brazos, y el guardia se retiró. Ese gesto debió de ser la señal de algo, pues al instante se disparó un cañón, con la boca hacia arriba, en posición perpendicular. Un

obús se elevó hasta una distancia increíble y, al estallar, expandió una luz tan brillante que se pudo ver en pleno día en medio de una humareda roja divisible desde las cumbres de los Montes Calabreses, en la vecina Italia.

Al estallar el obús, el aeroplano del rey, que había aparecido de nuevo en la plataforma, se elevó ligeramente, cayó en picado como antes y se deslizó sobre la Boca Azul a una velocidad de vértigo.

Su aeroplano, seguido por el de la guardia del príncipe y otra formación aérea, pareció llenar de vida todas las estribaciones. De todas partes, hasta de las cumbres más alejadas, despegaron simultáneamente inúmeros aeroplanos, que se precipitaron a una velocidad pasmosa en la estela del rey. Este se volvió hacia la reina Teuta y debió de decirle algo, pues ella hizo un gesto con la cabeza al capitán de la guardia del príncipe heredero, que iba pilotando el aeroplano. Este giró hacia la derecha y, en vez de sobrevolar el pasillo entre sendas hileras de barcos de guerra, sobrevoló la parte exterior. Uno de los aviadores dejó caer algo sobre el puente de cada uno de los barcos.

El rey occidental dijo de nuevo al hospodar Rooke (el lord gran almirante):

—Hay que ser muy habilidoso para dejar caer esas cartas con tanta precisión.

Con el rostro imperturbable, el almirante contestó:

—Es más fácil dejar caer bombas, Majestad.

La exhibición de los aeroplanos fue uno de esos acontecimientos que hacen historia. En lo sucesivo, toda nación que se vea inmersa en algún tipo de combate, ya de defensa ya de ataque, deberá controlar el espacio aéreo si desea tener alguna probabilidad de éxito.

Entretanto, que Dios coja confesada a la nación que ataque a Balka, o a cualquiera de sus países integrantes, mientras Rupert y Teuta sigan manteniendo unidos a los montañeses azules y reinando sobre sus corazones.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es

